
JUVENIL
Una estrella en mi jardín
W. DAVIES

Créditos

EDICIONES KIWI, 2015
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Dedicatoria

A todos los que alguna vez han sentido miedo.
A Rafa, por fotografiar palabras.

-Prólogo-

Había una vez un cuento que no era un cuento. Y había, también, una lágrima huérfana nacida del terror que ni era lágrima ni era hija del miedo. Por haber había hasta un niño perdido que ni era niño ni estaba perdido. Y en ese cuento, que no era cuento, había una estrella que no era estrella y que vivía en un jardín, dos armarios que eran como libros compartiendo estante; había gente de mentira que era de verdad y gente de verdad que era de mentira, y hasta un espejo que no era espejo y que en lugar de reflejos contenía vidas.

Ese cuento que no era cuento contaba sin contar que había una vez una niña encerrada en un País de las Maravillas, que ni era país ni tenía maravillas, y que un conejo blanco —que por supuesto no era blanco— ansiaba que alguien la rescatara. Pero la niña no quería ser salvada, se hallaba encerrada por voluntad propia. No ansiaba rescate de ningún tipo, ni príncipes azules que ni eran príncipes ni sapos verdes; ella deseaba dragones que la defendieran, brujas que la hechizaran y hasta ogros que la besaran.

La niña custodiaba, literalmente, una estrella que no quería ser estrella, y vivía sus días dentro de un mundo que no era mundo en el que nada variaba ni un ápice. Un mundo habitado por monstruos que no eran monstruos y que contaban historias de mentiras para olvidar las de verdad. Hasta que un buen día, un cerdo que no era cerdo ni animal apareció en el País y comenzó a hablar en voz alta. La niña no entendió nada. ¿Era un cerdo persona, un *cerdona*? ¿O acaso se había olvidado de gruñir y por eso solo sabía hablar? Y, cuando empezaba a pensar que no podía existir cerdo más raro, le vio sonreír y descubrió que podía encerrar palabras y hasta *quizás* con su varita mágica. El *cerdona* debía de ser, sin duda alguna, un hechicero. ¿Qué querría de ella? ¿Qué buscaba? ¿Querría tal vez robarle su estrella o, peor aún, salvarla? Se asustó y decidió escapar. Pero ya era tarde.

El hechicero la capturó y se la bebió. La pobre niña vivió por siempre jamás dentro de un hechicero que dicen sin decir que un día una estrella logró crear.

De la niña poco se sabe ya. De ella solo se escucha, en un breve murmullo que recita sin cesar, un poema que algún día debió de olvidar.

A UN CERDO[1]

No son más silenciosas las miradas
ni más furtivo el amor;
eres, tras el armario, esos ojos

que encierran espejos en el desván.
Por dictamen de una reina que no reina
y por miedo a perder la cabeza, te busqué sin buscar;
más remoto que una estrella en un jardín, que un beso que es dedal,
tuyo es mi temor, tuya soy yo.
Tu sonrisa condesciende a lo absurdo
de mi orilla sin mar.
Has admitido desde la cordura que amas a la locura.
En otro lugar estás.

Eres el dueño de un país que no es país, de alguien que solo te tiene a ti.

1 Adaptación del poema titulado *A un gato*, de Jorge Luis Borges.

-Capítulo 1-
Charlie

Algunos hogares tienen ladrillos; otros personas.

Con un esfuerzo sobrehumano, atravesó el pasillo hasta llegar a la primera habitación, donde habían apilado gran parte de sus pertenencias, y soltó una de las cajas, que cayó al suelo con un golpe seco. Movió los brazos para desentumecerlos y se llevó un dedo a la boca al comprobar que se había hecho una herida. Contempló el caos con cierta desazón, toda una vida encerrada en un puñado de cajas de cartón. Sintió el olor del pasado, la pesadez de los recuerdos, la despedida de una etapa que llegaba a su fin. De camino hacia la salida, no pudo evitar fijarse en las paredes de aquella casa. Blancas, frías, impersonales. Tan asépticas como las de un hospital, como la cárcel de cristal en la que vio marchitarse a su madre.

El recuerdo fugaz le hizo trastabillar, quedarse parado en mitad del pasillo, observando la claridad que bañaba la estancia, los rayos de sol que se filtraban a través de las paredes y acentuaban la luminosidad de la casa. Por un momento, un breve instante de vacilación, Charlie volvió a ser un niño. Perdido. Desorientado. Tan asustado que tuvo que sacudir la cabeza y canalizar el estremecimiento que le recorrió el cuerpo por entero. Hasta que el ruido de una puerta al cerrarse le hizo salir de su letargo y tomó una decisión. Necesitaba darle otro aire a aquella casa, dejar su sello en ella, convertirla en algo suyo, un verdadero hogar en el que sentirse a gusto.

Al salir al exterior, descubrió que sus amigos discutían sobre en qué orden sacar las cajas de la enorme furgoneta que habían alquilado para la mudanza. Puso los ojos en blanco y se acercó a ellos.

—¿A qué viene tanto jaleo?

Sean exhaló un hondo suspiro.

—Estoy intentando convencerlos de que deberíamos sacar los muebles primero. Es una tontería seguir sacando cajas y cajas cuando antes deberíamos montar los muebles.

—Eso deberías haberlo dicho antes de meter la mitad de las cajas —replicó Aidan con gesto de fastidio.

—Yo voto porque terminemos de meterlas como podamos en la misma habitación y ya nos ocuparemos más tarde de los muebles —intervino William, colocándose junto a su hermano gemelo y

reposando un codo sobre el hombro de este como si de un mueble se tratara. Eran tan idénticos y, al mismo tiempo, tan diferentes que, a pesar de conocerlos de toda la vida, Charlie aún se sorprendía sonriendo ante el parecido sobrecogedor.

—Creo que me voy a echar en el sofá hasta que os decidáis. —Aidan apartó a su hermano de un empujón y se sentó sobre el sofá que descansaba en el jardín delantero de la casa. Era uno de esos sofás enormes de piel sintética de un color naranja que contrastaba con los tonos marrones apagados de las casas adosadas. Sacarlo del camión había sido relativamente fácil, pero la puerta era demasiado pequeña para que pudieran entrarlo en la casa.

—He tenido una idea —intervino Charlie, haciendo que tres pares de ojos se posaran sobre él—. Pero necesito vuestra ayuda.

—¿Qué idea es esa? —preguntó Sean, pasándose un brazo por la frente para limpiarse el sudor.

—No me gusta nada el blanco de las paredes —dijo, mirando alternativamente a los gemelos y resoplando al ver el sofá en el que se había acomodado Aidan, ahí plantado a un lado de la entrada. Le resultó curioso, realmente parecía como si alguien hubiera plantado allí una semilla de sofá y este hubiera brotado, creyéndose flor. Qué sofá más tonto, no sabía que los sofás no nacían de semillas, y precisamente al desconocer que no podía crecer de la tierra, creció.

—¿Charlie? —le llamó William, sacándole de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Las paredes.

—Ah, sí. —Hizo un gesto con la mano—. Necesito que vayáis a por pintura. Os apunto lo que necesitaremos y vais a por ello mientras Sean y yo terminamos de meter las cajas en la habitación. Ya las desplazaré cuando pintemos el resto de la casa.

Aidan frunció el entrecejo y se levantó, perezoso.

—No estarás pensando en desplegar tus dotes artísticas como en la nave, ¿no? Te recuerdo que la última vez nos pegamos meses. Meses enteros —enfatizó alzando las cejas— trabajando día y noche.

Charlie se echó a reír al ser arrollado por cientos de recuerdos de aquellos días lejanos que hicieron de la nave un refugio, su lugar favorito en el que escapar y olvidarse de los problemas. Una isla donde el sol salía cada día para darles la bienvenida y abrigaba sus almas frías y marchitas. Aunque con el paso de los años iban con menos frecuencia, todavía continuaban escapándose de vez en cuando a esa guarida que los vio crecer, que guardaba tantas sonrías y anhelos.

—No, de momento solo quiero pintar. Del resto ya me ocuparé. Quiero algo diferente a lo de la nave, más personal. —Se

encogió de hombros—. Entonces qué, ¿me ayudáis?

—Qué remedio —rezongó William, que tendió una mano hacia él—. Las llaves de tu coche —explicó al ver la confusión en su rostro.

—Más te vale que tengas cuidado —le advirtió Charlie con gravedad al tiempo que sacaba las llaves del bolsillo. Conocía cómo era William al volante y no era la primera vez que le devolvía el coche con alguna abolladura.

—Lo que tú digas —dijo William arrebatándole las llaves y haciéndole un gesto a su hermano para que subiera al coche. Aidan le siguió, bostezando sonoramente—. Envíanos un mensaje con lo que necesitas.

—Ahora mismo —asintió Charlie. Se apoyó en la furgoneta y comenzó a teclear en su móvil, elaborando una pequeña lista con todo el material que iban a necesitar. Cuando terminó, se puso manos a la obra y entre Sean y él continuaron subiendo las cajas.

Fue entonces cuando Charlie reparó en ella. Y no es que la chica no intentara ocultar su presencia, pero a veces parecía olvidar que él podía verla desde abajo y, como impulsada por una fuerza mayor que ella misma, apartaba toda la cortina, dejando expuesta su figura, y se quedaba mirándolo fijamente. Como es lógico, Charlie se hacía el loco y continuaba con la mudanza como si la curiosa chica no le disgustara, como si no sintiera su mirada clavada en la nuca. Y la verdad era que no le molestaba. Es más, le divertía tanto que pronto se vio deseando que las cajas nunca se acabaran para poder mirarla con mayor detenimiento. Era experto en eso, en acechar sin que los otros se dieran cuenta, una habilidad que había aprendido al contar con un grupo de amigos tan amplio. Desde niños jugaban a hacerse los despistados, era un arma infalible para un depredador y a Charlie le gustaba ser el que llevara la voz cantante, cazar antes de ser cazado. Y eso había hecho con ella, cazarla espiándolo, o al menos era lo que creía.

En la batería de casas adosadas la de la chica estaba justo pegada a la suya, y pese a ser del mismo color que las demás, tenía algo que la hacía diferente, que te obligaba a alzar el rostro y contemplarla unos segundos. Las puertas y los marcos de las ventanas estaban pintados de color azul cielo, y el pequeño porche estaba repleto de plantas que reptaban hasta la ventana del primer piso; flores coloridas y helechos colgaban de ella, dándole un aire más exótico a la composición. Mientras cargaba con una caja, Charlie se tomó unos segundos para mirar a la chica de reojo. Era rubia y el pelo liso, que parecía no tener fin, le caía en cascada hacia los lados, y tenía unos ojos azules brillantes y cristalinos. Era extraño poder distinguirlos tan nítidamente desde esa distancia, pero Charlie no tuvo

tiempo para dudar y se quedó tan perdido en esos ojos que la chica dio un respingo y cerró la cortina; él tuvo que obligarse a seguir su camino y hacer como si no hubiera sucedido nada.

—Nos está espiando —murmuró Sean en voz baja mientras subía detrás de él.

—Gracias, Sherlock. No me había dado cuenta.

—¿Sabes quién es?

Charlie negó con la cabeza.

—El casero me dijo que era… rara.

—¿Cómo de rara? —preguntó Sean, divertido.

—Pues por lo visto no sale casi nunca y no habla con nadie. Vive con su abuelo, que según el casero está chalado.

—Vaya, pues al menos no te aburrirás estando lejos del centro. —Soltó una risita—. ¿Qué te dijo tu padre cuando le dijiste que te marchabas de casa?

Charlie depositó la caja sobre un montón más, apiladas al final de la habitación, e hizo una mueca. Casi no quedaba sitio.

—Pues supongo que en el fondo se alegra de que me marche. El pájaro ha de volar del nido. —Se encogió de hombros—. Ya sabes, ahora que ha vuelto a casarse necesita algo de espacio para ellos. —Chasqueó la lengua—. Insistió en comprármela —comentó, refiriéndose a la casa—, pero no quise precipitarme. Creo que me va a venir bien estar algo alejado, que me ayudará a concentrarme en dibujar, pero tampoco estoy seguro de que sea lo que realmente quiero.

—Claro, primero prueba a ver qué tal te va. Si no te gusta siempre puedes cambiar. Aunque a Will le dará un infarto si te mudas y tenemos que volver a repetir todo esto. —Los dos rieron al unísono.

Los gemelos volvieron al poco rato y una hora más tarde se les unió Thomas, que había tenido dentista aquella mañana y no había podido venir antes; con su llegada, el grupo estaba casi completo. Charlie le puso al día, se repartieron las tareas y estuvieron enfrascados en la labor de pintar y colocar los muebles hasta que se puso el sol y sus cuerpos exigieron a gritos un descanso. Pidieron unas pizzas y cenaron en círculo en la nueva mesa de centro; aunque tuvieron que sentarse en el suelo, pues el sofá había decidido que quería ser flor y como la puerta tampoco quería colaborar, nadie quiso sacarlo de su error.

—¡Por nosotros! —brindó Sean alzando su refresco.

—¡Por Charlie y su nueva vida! —siguió Thomas, siempre pensando en la felicidad de sus amigos.

—¡Por las fiestas que vamos a organizar en esta casa! —continuó William soltando una risotada maligna.

—¡Porque Charlie nos presente a la rubia de la casa de al

lado! —dijo Aidan, consiguiendo que todos rieran a carcajadas.

—¡Por el mañana! —terminó Charlie entrechocando su bebida con las del resto—. Gracias a todos, chicos. No sé qué haría sin vosotros.

—Habrías tardado cuatro veces más —murmuró Aidan mirándose los dedos.

—No me digas que has tenido que sumarlo. —Charlie le miró de hito en hito.

—Hablas con un negado de las matemáticas. —Aidan esbozó una de sus sonrisas angelicales, que resaltaba de una manera casi caricaturesca teniendo en cuenta su enorme figura y sus músculos pronunciados.

—No son matemáticas. Es elemental, tío —le picó su hermano, y Aidan respondió lanzándole una bola de papel manchada de tomate.

—Por cierto, ¿dónde está Nick? —preguntó Sean al tiempo que cogía otro pedazo de pizza.

—Con gripe —contestó Charlie—, por eso Christian tampoco ha venido —explicó, refiriéndose al chico con el que Nick llevaba saliendo casi tres años y que había pasado a ser uno más del grupo.

—Pues mejor que no haya venido, que cuando cae uno caemos todos. —William hizo una mueca.

—¿Necesitas que volvamos mañana? —le preguntó Thomas a Charlie.

—No, lo que queda ya puedo terminarlo yo. Ya habéis hecho bastante.

Thomas y Sean insistieron, pero Charlie les aseguró que se ocuparía él mismo de pintar la habitación que quedaba y colocar todas sus cosas. Agradecía el gesto, pero era una tarea algo más íntima y prefería hacerlo solo.

Sus amigos se quedaron hasta bien entrada la madrugada, hablando y recordando entre risas algunas anécdotas del pasado. Cuando decidieron dar por concluida la pequeña celebración improvisada, Charlie los acompañó hasta los coches y permaneció en la calle hasta que estos se perdieron en la negrura de la noche. Mientras veía a sus amigos marchar, la nostalgia arremetió contra él sin darle tiempo a pisar el freno. Estar con ellos era gratificante y, al mismo tiempo, descorazonador. Nunca se acostumbraría a la ausencia de su mejor amigo, nada lograría llenar el hueco que había dejado en su vida. Habían pasado tres años desde que desapareció de sus vidas, pero aún le sentía en cada uno de ellos, el eco de su risa despreocupada, la palabrería que usaba para asegurarse de que nunca les faltara una sonrisa. Ya ni siquiera le nombraban, sus fotos habían desaparecido, su recuerdo volatilizado de sus vidas, su compañía una

quimera que se había quedado atrás, dentro del cajón de los recuerdos, de los juguetes olvidados. Charlie lo odiaba tanto como añoraba su presencia, pero había comenzado a sentir algo más desolador que todo eso: el olvido. Estaba dejando de doler, y eso le asustaba más que aliviarle.

Las farolas iluminaban el asfalto creando formas difusas que a Charlie se le antojaban insectos que luchaban entre las sombras por hacerse realidad. Y entonces lo sintió otra vez; la certeza de que alguien le observaba. Era ella, sin duda. Y esta vez no tuvo ganas de hacerse el despistado. Se dio la vuelta con rapidez y clavó sus ojos verdes en los de ella. Para su asombro, la chica no se amedrentó. Había abierto la ventana y apoyaba la barbilla en un brazo sobre el alféizar, como una niña curiosa que observa el devenir de la vida. Ella le observaba sin reparo alguno, como si intentara ver a través de él, como si quisiera resolver el gran enigma de la humanidad.

Charlie metió las manos en los bolsillos y sintió un ligero escalofrío provocado por una breve ráfaga de aire gélido, algo extraño teniendo en cuenta que estaban en pleno verano y la temperatura era agradable; un momento tan irreal como la imagen que se alzaba sobre la ventana. El pelo de la chica la arropaba, cayendo por fuera de la ventana, y pudo corroborar lo largo que lo tenía; sus ojos azules brillaban con fiereza, compitiendo con la luminosidad de las estrellas. Estaba tan hermosa bajo la luz de la luna que Charlie parpadeó varias veces para comprobar que seguía allí, que no era una aparición ni estaba soñando. Su rostro le resultaba extrañamente familiar, pero no podía imaginarse de dónde provenía la certeza de que ya la conocía. Tal vez fuera parte de un sueño, tal vez hubieran coincidido en las maravillas del mundo onírico. Entonces, mientras Charlie cavilaba sobre lo familiar que le resultaba su cara, la chica se apartó con brusquedad y desapareció de su vista, dejando que las cortinas se balancearan a su paso.

Se quedó perplejo, pero no se movió, a la espera de que reapareciera. Porque lo iba a hacer, ¿verdad? De lo contrario se habría molestado en cerrar la ventana, todo el mundo sabe que hay que cerrar bien las ventanas para que no entren sombras traviesas. Esperó largos minutos que le parecieron años enteros y, cuando se cansó de esperar y avanzaba hasta la entrada de la casa, la chica volvió a aparecer. Había sacado medio cuerpo por la ventana y sostenía algo entre las manos. Una cámara. Una cámara con la que le sacó repetidas fotos sin que Charlie pudiera protestar ni reaccionar a la intrusión.

—¿Pero qué… ? —empezó, con los ojos abiertos como platos. Desanduvo sus pasos con rapidez para poder verla mejor, pero ella ya había cerrado la ventana y desaparecía en la oscuridad de la casa.

Y él no pudo hacer más que sonreír y gruñir alternativamente.

Desde luego, su casero se había quedado corto al describirla.

-Capítulo 2-
Alicia

Se sentía como un ratón que envidia a los búhos
por el simple hecho de poder volar.

Un silencio ensordecedor envolvía la estancia, bañada por una oscuridad mortecina. Nada perturbaba ese momento. Alicia estaba totalmente abstraída en la tarea que tenía entre manos; un manto de expectación cubría su rostro, pero sus manos eran firmes, seguras. No podía fallar, nada podía salir mal. Lo había hecho un millón de veces, pero aun así siempre la embargaban los mismos nervios. Tras asegurarse por segunda vez de tener todas las soluciones preparadas, colocó la película del carrete en la espiral; no necesitaba mirar, y de haberlo hecho tampoco habría servido de mucho, pues estaba totalmente a oscuras. Una pequeña luciérnaga podría arruinarlo todo.

Cuando la película estuvo dentro de la espiral, la metió en el tanque de revelado e introdujo el agente químico antes de cerrar la tapa y accionar el cronómetro, sin olvidarse de darle un par de toques para evitar las odiosas burbujas en el negativo. Un rato después, el cronómetro la avisó de que el tiempo había llegado a su fin con un estridente pitido. Con sumo mimo, vació el tanque y colocó en su lugar la solución de paro. Volvió a cerrar el tanque y esperó unos minutos en un sepulcral silencio, como si su voz pudiera emanar una luz que fuera a dañar los negativos. A continuación, repitió el mismo proceso y cambió la solución de paro por la de fijación, esperando pacientemente los quince minutos habituales antes de vaciar de nuevo el tanque y proceder al lavado de los negativos con agua del grifo para eliminar el rastro de cualquier sustancia, sin olvidarse de añadir unas gotitas de humectante para facilitar posteriormente el proceso de secado. Ya casi estaba. Sacó la espiral del tanque y colgó la película en un pequeño tendedero que había dentro del cuarto. Intentó fijar la vista en los negativos, para adivinar si todo había salido bien, pero no pudo apreciarlo.

Lo demás era coser y cantar para ella, llevaba años haciéndolo. Usar la ampliadora para proyectar la luz en el papel y una vez hecho esto, retirarlo y repetir un proceso muy similar al que había llevado a cabo con la película. Pero eso ya lo haría más tarde. Le encantaba revelar las fotografías, era como una mañana de navidad continua. Pequeños regalos en forma de instantes. La era digital estaba

consumiendo los pequeños placeres de la vida. Alicia jamás cambiaría su cámara de carrete por una digital. Ni por todo el oro del mundo. Su cámara la obligaba a pensar, a actuar, a tomar decisiones. El carrete tenía un número limitado de fotografías y debía valorar detenidamente qué merecía la pena y qué no. Y luego estaba la espera. Le encantaba la felicidad que la embriagaba desde que hacía la fotografía hasta que podía ver el resultado. Ese tiempo se convertía en una dulce expectación llena de entusiasmo que poblaba cada una de sus terminaciones.

Los niños eran más felices cuando esperaban la llegada de Papá Noel que cuando este ya había dejado diligentemente los regalos bajo el árbol. Una vez que los regalos se encontraban allí, la magia desaparecía con la espera. Alicia creía fervientemente que la felicidad se encontraba escondida en los momentos en los que estamos intentando alcanzarla.

Salió de la habitación que utilizaba para el revelado con una sonrisa enorme dibujada en los labios, y se encaminó al salón. Estaba segura de que su abuelo se había quedado dormido en su sillón favorito, como de costumbre. «No puedo serle fiel a la cama cuando el sillón se esfuerza tanto en seducirme. Yo solo me dejo querer», solía decir cuando Alicia le regañaba por dormirse en él. A Alicia no le extrañaba que el abuelo le fuera infiel a su cama, no era una cama despertador como la que ella tenía. Emitió una pequeña risita en cuanto entró en la estancia y confirmó sus sospechas de que el abuelo estaba siéndole infiel, una vez más, a su cama, y fue en busca de una manta con la que arroparlo. Miró el reloj. Las tres de la mañana.

Descolgó el collar de su gata y lo pasó por el cuello del animal, que ronroneó entusiasmado. Era hora de su paseo nocturno. Tal y como hacía cada noche, entró en el salón, retiró la cortina y miró por la ventana para asegurarse de que la calle estuviera desierta. Al no ver ningún signo de vida en el exterior, abrió la ventana y sacó la cabeza para confirmar que las luces de la casa de al lado estuvieran apagadas y su nuevo vecino no hubiese continuado su pequeña fiesta él solo. Alicia no solía salir a pasear a horas tan tardías, pero la reunión que había tenido el nuevo vecino la obligó a retrasar su paseo nocturno. «Espero que no lo coja por costumbre» pensó, claramente enfurruñada. No le gustaba alterar su rutina.

Cuando estuvo frente a la puerta principal, la abrió unos centímetros y asomó la cabeza, cerciorándose, una vez más, de que no hubiera nadie; solo entonces se decidió a salir. El viento, juguetón, la recibió con una caricia alentadora; su cabello parecía querer jugar también, pues comenzó una extraña danza con él. La joven no tardó en poner fin a ese juego de niños con un manotazo. Sujetaba la correa de Nida con firmeza, la pequeña gata paseaba junto a ella, diligente

como el más obediente de los perros. A Alicia no le quedaba la menor duda de que Nida había nacido en el cuerpo equivocado. Era un perro encerrado en el cuerpo de un gato, incluso una vez había creído escucharla ladrar y ni siquiera se había sorprendido, aunque sí entristecido al percatarse de que solo había sido el abuelo tosiendo.

Torció hacia la derecha al llegar a la esquina y subió la calle hasta el final de la misma, donde la carretera se cortaba. De forma instintiva, miró hacia los lados y curvó los labios en una alegre sonrisa. Sentía el corazón lleno de vida, latiendo como el grito desesperado de un niño que acaba de nacer. Se tumbó en medio de la carretera y se quedó ahí tendida, sintiendo el frío asfalto bajo sus brazos y piernas, las pequeñas piedrecitas que se le clavaban en la piel. Soltó la correa de Nida y, señalándola con un dedo, le ordenó que se quedara quieta; por supuesto, esta no pudo hacer más que obedecer. Entonces hizo lo que hacía siempre: bajó toda la calle rodando por la carretera, como una rueda que se desliza cuesta abajo. A Alicia le gustaba pensar que era como una croqueta rebozada de pan rallado, aunque la suciedad de su ropa no tenía mucho que ver con el pan.

—Bueno, después de una caída como esta ya puedo caer por cualquier escalera —le dijo a Nida, que la miraba desde lo alto de la cuesta, aunque resultaba casi imposible que pudiera escucharla desde arriba. Se levantó y se limpió los pantalones como pudo. La miró durante un minuto y le hizo señas para que bajara, pero la gata continuaba inmutable en la misma posición donde la había dejado. Resopló y volvió a subir por la cuesta para ir en su busca—. Qué literal eres, Nida, puedes moverte —murmuró al tiempo que subía. La gata la miró de reojo y se lamió la pata derecha como toda respuesta —. Volvamos a casa.

Deshizo el camino a paso lento, disfrutando de la sensación de libertad. Ojalá el mundo fuera siempre así. Desearía que las calles estuvieran desiertas eternamente para poder disfrutar de la vida. Bañarse en el mar, en un río o meterse en un charco. Cualquier cosa. Correr bajo la atenta mirada del sol, pasear sin tener que preocuparse por nada. Iría al cine, comería helado bajo la lluvia, se subiría en el London Eye y daría una vuelta en barco por el Támesis, como hacía todo el mundo; incluso iría de compras y visitaría el circo. Frunció los labios ante la perspectiva de una ciudad fantasma. Si todo el mundo desapareciese, ¿quién proyectaría la película, le vendería la ropa o haría acrobacias para ella? ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Ella deseaba salir del pozo del miedo y caminar por el jardín de la vida, pero simplemente no podía. Era superior a ella.

Algo pequeño y puntiagudo, como un alfiler, la había atravesado esa mañana al ver al nuevo vecino junto a sus amigos. No

solía pensar en lo que le faltaba, pero cuando era testigo de una situación como esa, sentía una envidia terrible; ella también quería tener algo parecido. Formar parte de algo. Pero Alicia estaba rota. Vivía en su propio mundo, su pequeño país siempre habitado por las mismas caras, las mismas historias y las mismas situaciones que se repetían una y otra vez como si todo, como si ella misma, formara parte de un libro que alguien no dejaba de leer. «Deje usted de leerme ya y coja otro libro, para que pueda vivir nuevas aventuras», le diría a ese lector. Pero no había lector, ni libro, ni nada. Estaba encerrada en su pequeño país por propia voluntad. No obstante, al meditarlo, se dio cuenta de que quizá no había sido del todo elección suya. ¿Si un náufrago nada hacia una isla desierta es verdaderamente decisión suya? Se podría decir que sí, pero en realidad no tiene más alternativas. Morir en alta mar o vivir en una isla. Alicia preferiría vivir en una isla, no querría acabar convertida en comida para peces. La idea de una isla desierta se le presentó como la solución perfecta para todos sus males. ¿Habría alguna isla desierta que pudiera usar? No lo sabía, pero se lo preguntaría al abuelo. Él sabía mucho de todo, aunque su madre solía decir que quien sabe mucho de todo, en realidad, no sabe nada de nada. En cualquier caso, una elección deja de ser elección en cuanto no hay más elecciones posibles. Y Alicia no tenía más opciones. Incluso en esos momentos, en plena madrugada y paseando por las calles cercanas a su casa, no dejaba de mirar hacia los lados, temiendo que su calma se viera interrumpida.

Cuando se quiso dar cuenta, su cuerpo, obedeciendo a una rutina que tenía aprendida de memoria, se vio de repente frente a la entrada de su casa. Se detuvo indecisa, no le apetecía nada entrar todavía; y a Nida tampoco, que caminó hacia un lado, haciendo que su brazo se elevara. Reparó entonces en el sofá de su vecino, hacia donde la gata se había encaminado, y ambas decidieron que querían sentarse en él. Era de lejos el sofá más cómodo en el que Alicia se hubiera sentado nunca. Parecía hecho de flores. Si el sofá hubiera podido hablar, le habría revelado que era una flor y que por definición tenía que estar hecho de flores, pero como el sofá no podía escuchar los pensamientos de Alicia, ni hablar, ni ser una flor, no dijo nada. Se mantuvo tan silencioso como la noche, y el crujido de la piel sintética contra el cuerpo de la joven se mezcló con los ronroneos acompasados de Nida, con los latidos sosegados de Alicia y la paz de sentir la libertad bañando cada poro de su piel. Extendió los brazos y acomodó la cabeza en el respaldo, los ojos cerrados hacia el cielo, negándose a dedicar tanto a algo que le había dado tan poco, como si el propio firmamento tuviera la culpa de todas sus desgracias.

Nida colocó medio cuerpo en el regazo de Alicia y ronroneó, pidiéndole con ese gesto un poco de su atención.

—Yo siempre te acaricio y tú nunca me acaricias a mí —le dijo a la gata, peinando su pelaje con los dedos como a ella le gustaba que hiciera—. Esto es injusto —protestó aún con los ojos cerrados.

—Totalmente cierto.

Alicia miró a Nida con los ojos como platos, pero la gata no parecía dar señales de haber hablado en los últimos segundos. Entonces levantó la vista y reparó en él, que la miraba desde la puerta de su casa con una sonrisa pintada en labios y ojos. La serenidad que había envuelto a la joven durante los últimos minutos desapareció como el estallido de un globo al rozar contra algo punzante. Alicia sintió cómo sus músculos se contraían, los pulmones empezaron a abrasarle y el oxígeno comenzó a desaparecer. No podía respirar. Un terror sobrehumano, más grande que ella, la sujetó por los pies y la dejó totalmente paralizada. Ya no era ella, había menguado, se había hecho tan pequeñita que ni las palabras cabían por su garganta.

La sonrisa del rostro del chico se borró de una sacudida en cuanto reparó en el semblante de Alicia. Hizo ademán de acercarse, pero ella no pudo soportarlo más. Cogió en brazos a Nida y salió corriendo, despavorida, hacia su casa, como si el mismísimo diablo la persiguiera. Incluso cuando estuvo dentro de la seguridad de su país, las manos seguían temblándole y las palabras se negaban a volver a ella. Temblaba como si en su interior siempre fuera diciembre. Se acurrucó contra el sillón en el que descansaba su abuelo, sobre la alfombra, y ahí se quedó dormida cuando los pensamientos y el miedo dejaron de atormentarla, y su respiración logró acompasarse a los ronquidos del abuelo.

-Capítulo 3-
Charlie

No se debería preguntar por preguntar,
solo si realmente se busca una respuesta.

La luz comenzaba a menguar y una ligera brisa se colaba por los cristales, consiguiendo que el cabello de Charlie se revolviera a un ritmo lento, como si el aire hubiera decidido recrearse en él y mecerlo como una madre que mece a su niño unos segundos más tras haberse quedado dormido. Todavía olía a pintura, a nuevo, y quedaban cajas sueltas repartidas por las distintas habitaciones, incluso en el estudio donde Charlie se hallaba. Dibujaba con expresión ensimismada, engullido por las fauces de la inconsciencia, absorto en la imagen a la que intentaba dar vida. Se había pasado la mañana trabajando, inmerso en su primer proyecto con una editorial estadounidense independiente, el primer cómic que vería la luz bajo su nombre.

Se podría decir que había sido una mañana productiva. Sin embargo, tras el descanso para la comida, había intentado retomar en vano la lámina que tenía a medias. Su cabeza no estaba dentro de aquellas viñetas, ni en aquella casa, ni siquiera estaba en este mundo; su mente había planeado lejos, muy lejos, vagaba por el mar azul de los ojos de aquella chica, ahogado por el dolor que habitaba en el pozo de su mirada, en el miedo que la había paralizado, llevándoselo a él con ella. Esa imagen se había quedado grabada irremediablemente en su retina.

No sabía en qué momento había apartado su trabajo a un lado y había comenzado a trazar líneas que se balanceaban de un lado a otro queriendo captar su esencia, plasmar su rostro en aquella superficie blanca. Pero por mucho que lo intentaba, se veía incapaz de hacerlo. Y no es que Charlie hubiera olvidado el rostro de la joven, no. La recordaba con una exactitud estremecedora. Tenía dibujada en su mente cada línea de su rostro, su figura, el halo de irrealidad que emanaba de ella. Para Charlie, acostumbrado a dibujar todo lo que veía desde que tuvo edad suficiente como para sostener un lápiz entre los dedos, era desesperante no poder retratarla, capturarla. Las láminas iban cayendo a la papelera con desgarrones, castigadas por el crimen de no reflejar lo que su mente le pedía a gritos, lo que sus dedos se negaban a exteriorizar. ¿Qué le pasaba? Estaba frustrado y enfadado, tanto que terminó lanzando el lápiz contra la mesa y

levantándose con el fin de encontrar el equilibrio que parecía haberse esfumado de sus manos.

A pesar de saber con exactitud que no eran sus recuerdos los que le jugaban una mala pasada, recorrió el pasillo de su nuevo hogar preguntándose si sería buena idea llamar a la puerta de su nueva vecina, verla una vez más y terminar lo que había empezado. Charlie era una de esas personas tercas que no descansaban hasta conseguir sus propósitos. Y en esos instantes no había otra cosa que pudiera hacerle olvidar la necesidad de finalizar ese retrato. Su hoja estaba en blanco y eso le perseguía, se había convertido casi en un reto. Y a Charlie le encantaban los retos. Necesitaba poder dibujarla para poder olvidarlo. Eso era lo que se decía mientras daba vueltas de un lado a otro por el pasillo, buscando una excusa aceptable para llamar a su puerta.

¿Qué podría decirle? Quizá con un «Buenas tardes. Soy Charlie, tu nuevo vecino, aunque eso ya lo sabes. Lo de vecino, no lo de Charlie. La cuestión es que he estado ocupado y no he podido venir antes, pero como todo buen vecino quería aprovechar para pasarme y saludar», o… «Creo que anoche te di un susto de muerte y he venido a disculparme…», o tal vez «Pasaba por aquí y he recordado de repente que todavía no me he presentado». Pensándolo mejor, podría ser simplemente sincero y decir «Verás, soy dibujante y dibujo cosas. Pero a ti no puedo dibujarte, y no porque no seas una cosa. También dibujo personas, claro. ¿Podrías simplemente quedarte quieta unos treinta minutos con la cara que pusiste ayer por la noche para que pueda dibujarte y seguir con mi vida? Y si tuvieras un poco de azúcar, sería genial». Se sentía idiota, ni en sus propios pensamientos podía hilar dos frases con algo de sentido. ¿Por qué le costaba tanto llamar a la puerta y dejarse llevar, como tantas otras veces había hecho? Él no era de los que planeaban meticulosamente las cosas, prefería lanzarse a un río embravecido y disfrutar de la sensación de ser arrastrado por la corriente. Pero esa chica tenía algo que le hacía dudar, como si al acercarse pudiera evaporarse y fundirse con el aire ante sus ojos. Y luego estaba esa extraña certeza de que ya la conocía de algo.

Al percatarse de que llevaba media hora dando vueltas de un lado para otro sin decidir nada concreto, se decantó por actuar como lo haría normalmente: por puro instinto. Salió de la casa y llamó al timbre de la vecina dispuesto a improvisar cualquier cosa. Podríamos detallaros lo nervioso que estaba, la manera en que movía las piernas, las manos en el interior de sus bolsillos…, pero estaríamos mintiendo. De hecho, Charlie no tuvo tiempo de ponerse nervioso. El ruido de los zapatos resonando contra el suelo desde el otro lado de la puerta, como alguien que corre perseguido por una fuerza mayor, lo abstrajeron de cualquier sentimiento previo. Charlie estaba

sorprendido, y su sorpresa no hizo más que acrecentarse cuando escuchó a la chica resoplar desde el otro lado y chocar contra la puerta. El golpe fue tan fuerte que se sobresaltó y dio un paso hacia atrás instintivamente, como si la puerta fuera a caerse o abrirse de tal manera que fuera a golpearle en toda la cara; algo que no sería factible dado que solo se abría hacia dentro. Al otro lado, se escuchó a la joven gritar «¡Ay! ¡Mi dedo!». Desde la ventana exterior situada a escasos metros de la puerta, a través de las cortinas, vio su figura dar saltitos mientras seguía gritando «¡Ay, ay, ay! ¡Qué dolor!». Y, de repente, silencio. Un silencio tan denso que Charlie llegó a preguntarse si se lo habría imaginado todo. Pero, por supuesto, no era producto de su imaginación, lo que le llevaba a una única conclusión: la chica no quería abrirle la puerta. Volvió a tocar el timbre, pero solo el silencio contestó.

Sin pensarlo, pegó la oreja a la puerta y pudo oírla respirar. Una respiración acelerada. Tan clara como la puerta de madera oscura que los separaba, como el suelo que se cernía bajo sus pies. Y esa certeza le hizo soltar una risotada que nació de la incredulidad y que no tardó en convertirse en indignación.

—¡Estás ahí! ¡Puedo escucharte! —dijo casi a gritos, atónito por el recibimiento—. ¿No te han dicho nunca que es de mala educación ignorar a una persona? —preguntó, sin esperar respuesta—. Pues lo es. ¡Eres una maleducada! —Tocó de nuevo al timbre para dar más énfasis a su afirmación—. Qué digo maleducada, ¡una grosera! Y estás loca, ¿me oyes? ¡LO-CA! —enfatizó cada sílaba casi escupiendo la palabra—. Y encima me espías, ¿crees que no te veo por la ventana? ¡Habría que estar ciego para no verte! —Se apartó de la puerta y la miró como si descargara toda la ira con ella, como si la pobre puerta tuviera la culpa de su mal humor—. ¡Atrévete a hacerme otra foto ahora, venga! ¡Cobarde!

Y justo en ese momento la puerta se abrió de par en par. Pero no era ella quien estaba al otro lado, sino un señor mayor de porte elegante, que miraba a Charlie con expresión austera a pesar de que todo en él dejaba a las claras que era un hombre afable. Retrocedió instintivamente, azorado; la determinación y el envalentonamiento que segundos antes lo habían dominado cayeron en picado en el tiempo que se tarda en emitir un leve suspiro.

—¿Se puede saber por qué chilla delante de mi casa, jovencito? —dijo el hombre con voz solemne. Charlie abrió los labios y volvió a cerrarlos al ver que no sabía qué contestar a eso—. ¿Cree que esa es manera de venir a una casa ajena, dando gritos y llamando el timbre de manera insistente? ¿Qué tipo de educación ha recibido?

«Una mejor que la de su nieta, eso seguro» pensó Charlie; aunque, por supuesto, prefirió guardarse el comentario para sí mismo.

—Lo siento, yo… —balbució—, soy el vecino.

—¿Qué vecino?

—El nuevo vecino —contestó Charlie con expresión de aturdimiento.

—Gracias por la aclaración —dijo el hombre mientras se recolocaba la chaqueta, y por el tono que empleó se preguntó si se estaría burlando de él—. ¿Cómo se llama? —Volvió a usar ese tono autoritario que a Charlie le resultaba tan irritante, y se sorprendió de que continuara tratándole de usted.

—Charlie, señor…

—Señor White para usted. —El hombre enarcó las cejas y sus ojos brillaron con algo que Charlie no pudo descifrar. Se llevó una mano al pecho y zarandeó las gafas metálicas y redondeadas que le colgaban de una cadena—. Así que Charlie, el nuevo vecino. —Emitió un sonido agudo, como si estuviera cavilando sobre algo importante—. Le diré una cosa. No debe llamar a la puerta a menos que haya sido invitado. Bajo ningún concepto. ¿Me ha entendido? —El señor White dio un paso hacia él y le miró de arriba a abajo—. Nunca se sabe lo que puede uno encontrar al otro lado —continuó el hombre—, ni si estamos o no en condiciones de abrirle. —Charlie quiso decirle que esa era la «sorpresa» de llamar a la puerta, que nunca sabías lo que había al otro lado. Pero tampoco consideró oportuno decir nada—. ¿Me está escuchando? —le preguntó al darse cuenta de que tenía la cabeza en otra parte.

—Sí, señor —respondió él. Solo quería terminar la conversación de una vez y volver a su casa. La locura pasajera que había tenido respecto a su vecina había terminado abruptamente para él. No tenía ningún sentido perder el tiempo por un dibujo, Charlie tenía cosas mejores en las que pensar. Como su nuevo proyecto, su nueva vida o la cena que iba a organizar para sus amigos.

El señor White continuaba divagando sin parar, pero Charlie había dejado de prestarle atención y se limitaba a asentir con la cabeza.

—… haga caso de lo que le digo y puede que un día le invite a tomar el té —comentó el hombre como si le estuviera haciendo un favor, y eso despertó el interés repentino de Charlie.

Arrugó el ceño y aterrizó de nuevo en la conversación, mirando detenidamente a su vecino. Como si él fuera a aceptar una invitación como esa. Ni en sueños. Jamás volvería a tocar esa puerta, y si podía evitar hablar con ellos mejor que mejor.

Pero obviamente, se equivocaba, como tantas veces lo haría en adelante.

—¿Sabe jugar al ajedrez? —preguntó el señor White de repente, mirándolo interesado. Tenía los ojos de un azul más apagado

que los de su nieta.

—Claro que sé. —A Charlie se le escapó una risotada burlona que el señor ignoró o pasó por alto.

—Estupendo. —Elevó los labios finos en una especie de sonrisa—. Tal vez le invite entonces a jugar, si de veras se ve capaz de enfrentarse a un rival experimentado como yo. —Carraspeó y frunció el entrecejo, como si de repente hubiese recordado algo importante—. ¿Me va a decir ya qué hacía en la puerta de mi casa? ¿Y por qué gritaba tanto? —Elevó el tono y Charlie volvió a prestarle atención.

Decidió ser sincero.

—Su nieta estaba detrás de la puerta.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabe?

—La escuché y la vi por la ventana.

En la cara del hombre se dibujó una mueca de horror.

—¿Estaba espiando a mi nieta?

—¡Por supuesto que no! —replicó Charlie con el rostro encendido—. Solo es que anoche creo que la asusté y salió corriendo, y solo venía a saber si estaba bien.

El comentario hizo que el rostro del señor White se endureciera.

—Así que usted fue la razón de que empeorara —murmuró más para sí mismo que para Charlie.

—¿Qué? —Charlie no daba crédito. ¿De qué hablaba?

—¿Sabe que podría denunciarle por espiar a mi nieta? Podría ir a la cárcel.

—¡No he hecho nada! —protestó—. Estaba sentada en mi sofá y yo salía de mi casa y al verme echó a correr —aclaró de un tirón—. No tengo la culpa de que su nieta sea tan… susceptible.

—¿Sentada en su sofá cuando salía de su casa? En todo caso, querrá decir cuando entró en su casa. ¿Está acusando a mi nieta de haberse colado en su casa?

Charlie lo miró de hito en hito.

—¡El sofá lleva desde ayer por la mañana fuera de la casa! —Resopló—. Por el amor de Dios, debe haberlo visto.

—Yo no veo nada. Los hombres decentes nunca ven nada —dijo el hombre.

—Pero si se ve desde aquí —replicó Charlie, dando un paso hacia atrás y señalando hacia su casa. Estaba más que dispuesto a cerrarle la boca—. Salga unos pasos y podrá verlo —insistió.

El señor White se rascó la barbilla, como si estuviera tomando una decisión, y consultó la hora en su reloj de bolsillo. Entonces su expresión cambió, alzó las cejas y abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Pero qué tarde es! —bramó casi a gritos—. Por su culpa voy a llegar tarde.

—¿Por mi culpa? Pero si ha sido usted el que me ha… —El hombre no le dejó terminar y le cerró la puerta en las narices, desapareciendo en el interior de la casa, dejando a Charlie aún más estupefacto.

No sabríamos deciros cuánto tiempo permaneció allí plantado, delante de la puerta, con el eco del portazo aún resonando en sus oídos. Cuando hubo asimilado la situación, llegó a la conclusión de que había cubierto su cupo de gente extraña por una eternidad. Pero no se lo tengáis en cuenta, así de iluso era Charlie de vez en cuando. Por el contrario, él no era de los que se enfadaban por cualquier cosa, incluso debía admitir que la situación había sido bastante cómica a pesar del bochorno que había pasado. La constatación de ese hecho le hizo sonreír, y la sonrisa pasó a ser una sonora carcajada que continuó hasta llegar a su casa e incluso minutos después de haber vuelto a posicionarse frente a su escritorio. Cogió el último dibujo que había hecho de su vecina y lo tiró a la papelera, junto al resto.

Era hora de ponerse de nuevo manos a la obra.

[image]

Aquella noche, mientras hablaba por teléfono con Wendy, su mejor amiga, y le contaba lo sucedido, llegó a la conclusión de que había algo que se le escapaba, de que el misterio de su vecina tenía que ser por descontado mucho más complejo de lo que se entreveía a simple vista. Charlie había comprendido a las malas que las cosas siempre eran más complicadas de lo que parecían, aunque el mundo entero se empeñara en asegurar lo contrario. Él no creía en los caminos fáciles ni en los resultados predecibles. Cierto es que lo había hecho, pero de eso hacía ya demasiado tiempo y había quedado muy atrás, junto a la ingenuidad de la niñez, los sueños rotos y la ausencia de aquellos que creía los pilares de su vida. Siempre se había dicho que de los palos se aprende, y él llevaba medio camino estudiado. Digamos que tenía buen olfato y no se equivocaba, pero le faltaba algo: interés.

—¿Y dices que has dejado el sofá fuera? —Wendy reía a carcajadas.

—¡No te rías! No hay manera de entrarlo, así que ahí se va a quedar. Castigado.

—Pobre sofá, en invierno va a pasar mucho frío —canturreó Wendy en el mismo tono que empleaba cuando contaba cuentos—. ¿Y qué hará cuando llueva?

—Pues si se moja que se seque —contestó Charlie sin poder contener una sonrisa.

—Podríamos comprarle una de esas fundas impermeables —propuso ella, tan práctica como siempre.

—¿Y dónde quedaría la aventura?

Wendy resopló.

—¡Eres imposible!

—Y tú demasiado previsible.

—Gracias, yo también te quiero —refunfuñó ella, que no tardó en cambiar de tema—. Entonces, ¿no me vas a presentar a tu vecina? Me vendría muy bien como inspiración, visto lo visto —dijo entre risas.

—Wendy Davies —dijo en un tono que distaba mucho de ser autoritario—. Le prohíbo tajantemente que utilice a los locos de mis vecinos en uno de sus libros. Ya tengo suficiente con tenerlos en la casa de al lado, solo me faltaba que me obligaras a leerlos.

—¡Podría ser una gran historia! —replicó ella, entusiasmada.

—El pasado ya nos ha enseñado que no suele salir bien eso de usar a gente real para tus libros. —Y nada más decirlo Charlie sintió unas ganas enormes de abofetearse.

Como era de esperar, Wendy se quedó callada, y el silencio no hizo más que expandirse conforme los recuerdos afloraban; era como un líquido que se derramaba a través de ese aparato que sostenían entre las manos y les permitía estar en el mismo sitio a la vez, a pesar de que sus cuerpos se encontraban a tantos metros de distancia.

—Lo siento, Wendy. Ni siquiera lo he pensado. —Se palmeó la frente para intentar suplir con dolor físico el daño que a su amiga le habían causado sus palabras. No obstante, sabía que estaba muy lejos de conseguirlo, pues él también estaba sufriendo en carne propia el mismo padecimiento.

—No te preocupes —le dijo ella con voz alentadora—. Yo también lo siento. —Y era verdad, lo sentía a él, a todas horas.

-Capítulo 4-
Alicia

No sabía entonces que no existe un servicio de habitaciones vidal,
y que si quieres algo te toca ir a ti mismo a por ello.

La tarde era preciosa, el sol se estaba poniendo y la temperatura era perfecta. El jardín estaba más hermoso que nunca, absorbiendo hasta la última gota de luz que bañaba su divinidad. Las flores llameaban, relucientes, llenas de vida y, mientras Alicia avanzaba, susurraban cariñosamente a su paso como harían los fieles creyentes al ver caminar a la diosa que adoran. La flora de ese jardín adoraba a Alicia de la misma manera que ella adoraba todo lo que allí vivía. Era su lugar preferido, el único que le proporcionaba estabilidad cuando nada conseguía mantenerla en equilibrio. De ser Blancanieves, aquel lugar habría sido su tumba de cristal, un lugar que la mantenía insonorizada del exterior, de su propio mundo interno. Pero ese día Alicia estaba demasiado nerviosa a pesar de que todo era tan perfecto como de costumbre. Ella era la que desentonaba, y lo hacía de una manera tan visceral que temía que al posar su mano sobre una rosa esta se marchitara y con ella lo hiciera el resto, como un castillo de naipes que se derrumba y acaba convertido en cenizas. Negras, irrespirables. Sentía que su cordura pendía de un hilo demasiado fino como para ser apreciado por el ojo humano. Y todo se lo debía a él.

Charlie, así era como le había dicho Donna que se llamaba. Donna era la vecina, una de esas señoras cotillas que irrumpen en la casa de uno con cualquier pretexto por el placer de ser la primera en divulgar una noticia jugosa. Y no es que Alicia estuviera molesta por la intrusión del joven. En realidad, y aunque no os lo creáis, le intrigaba. Muchísimo. Lo veía como un ser exótico, como una nueva criatura hasta entonces desconocida para ella, uno de esos animalitos que tanto le gustaba estudiar en las enciclopedias que le compraba el abuelo. Pero Charlie no era desconocido para ella, ni tampoco era una criatura indefensa, y ella no podía evitar sentirse como una niña temerosa de que el perro le mordiera la mano al acercársela para acariciarlo. Y no es que Alicia viera a Charlie como un perro, por supuesto que no. Ni tampoco es que quisiera acariciarlo, ¡de ninguna manera! Alicia era de esas personas que necesitaban su tiempo; era ella misma la que se asemejaba a un animalito asustado que necesitaba allanar el terreno antes de sentirse parte del todo. Solo que

su terreno se limitaba a ese jardín y a las cuatro paredes de su casa.

Pero volvamos al tema principal: Charlie. Lo que queríamos decir era que Alicia ya le conocía, aunque quizá sería más acertado decir que lo había visto con anterioridad. Nunca podría olvidar su rostro, como no podría olvidar el de ninguna otra persona. Era como una maldición para ella, todas y cada una de las personas en las que se fijaba detenidamente se quedaban grabadas a fuego en su retina, inmortalizadas en el almacén de sus recuerdos. Y la imagen de Charlie era aún más agresiva que la de los demás. Jamás podría olvidar al chico que vio hacía tres años, el mismo día en que murió su hermana gemela y ambas cumplían dieciséis años. Nada haría que olvidara ese día; Eve siempre se lo recordaría, el mismo Charlie se lo recordaría.

Alicia se detuvo junto al rosal. Las rosas rojas, las preferidas de su madre, comenzaban a abrir sus capullos y a florecer tan hermosas que sentía la acuciante necesidad de arrancarlas de un tajo. Le gustaba el color rojo casi tanto como lo odiaba. Rojo como la sangre que bombeaba el corazón de su hermana y que había decidido pararse para siempre. A ella le gustaban las rosas blancas, por eso se había encargado, pese a las protestas de su madre, de que el número de estas casi doblara al de las rojas. Esa era su pequeña venganza personal contra su madre, contra la vida entera. Su ofrenda a Eve.

Sacudió la cabeza para apartar los pensamientos dolorosos de su mente y se concentró en otros algo más alegres. Como os decíamos, Alicia recordaba bien al Charlie de hacía tres años. Lo había visto en plena calle y había chocado con él, y el episodio no podía haber terminado de una manera más traumática para Alicia. Aquel día, ella y su primo Chase habían representado una pequeña obra para Eve en su habitación del hospital y vestían ropas algo extravagantes, aunque si le preguntarais a Charlie seguramente os diría que eran de lo más horteras. Lamentablemente, las medicinas administradas por los médicos hicieron que Eve se durmiera en medio de la representación, y el resto de la tarde la pasaron sentados en la sala de espera; esperando, siempre esperando. Eran tiempos de espera para Alicia. Se podía decir que su vida consistía en eso, en esperar a que sucediera algo, a que algo acabara o empezara. Ese día terminaría algo importante, pero Alicia no lo sabría hasta la llegada de la noche.

Su primo Chase, que advertía que el problema de Alicia no hacía más que empeorar, había tenido una idea que suponía que podría ayudarla. Quería sacarla a la calle como fuera, y a pesar de las mil excusas que Alicia se prestó a enumerar, de alguna extraña manera que no podríamos explicaros había terminado por convencerla. La idea consistía en salir a la calle, vestidos tal cual estaban, y camuflarse entre la gente.

—Tienes que hacerlo, tienes que intentar pasar desapercibida,

olvidarte de la gente —le había dicho Chase.

—¿Y qué conseguiré con eso, además de un ataque de nervios? —había preguntado ella—. Todos me mirarán, ¿has visto cómo voy vestida? Es como si llevara uno de esos monos fluorescentes que usa la gente cuando tiene una avería con el coche.

—Es un chaleco reflectante, no un mono.

—¡Lo que sea!

—Venga ya, Ali. Nadie te mirará. Nadie se fijará en ti. Es tu cabeza la que cree que lo harán, pero ahí fuera —dijo, señalando hacia la ventana— la gente tiene mejores cosas que hacer que mirarte. Si sales así vestida y lo superas, podrás hacerlo en cualquier momento. Ya lo has hecho otras veces con Eve. Puedes hacerlo. —Su voz era tan embriagadora que resultaba difícil resistirse—. Piensa en ella, en su cara cuando se lo cuentes esta noche, sería un buen regalo de cumpleaños para ella, para las dos en realidad. —Y ese fue el detonante final para que terminara aceptando.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó llena de dudas, pavor y cierta esperanza de poder conseguirlo.

—Nada. Solo tienes que ser uno más. —Chase tomó su mano entre las suyas—. Caminaremos por las calles y tú irás detrás de mí. —Sonreía de oreja a oreja, como si hubiera tenido una de las mejores ideas de su vida—. Harás todo lo que yo haga, imitarás mis pasos, ¿vale? Tienes que seguirme. Daremos una vuelta alrededor de las dos manzanas que siguen al hospital y volveremos en círculo de nuevo a la entrada.

Alicia asintió.

—Tengo miedo.

—Lo conseguirás. Estoy seguro. —Chase tiró de ella y la sacó a la carrera de aquella sala.

Alicia había intentado no reparar en el reflejo de sí misma que le mostraban los escaparates, no mirar a nadie y seguir siempre los pasos de su primo. Casi lo había logrado. Cuando él entró en la cafetería y pidió un café, Alicia se sentó en un lado apartado, temblando de pies a cabeza y se atrevió a pedir, a trompicones, un chocolate caliente. Tenía el estómago cerrado y ni siquiera pudo probarlo, pero lo importante era que lo había conseguido; y cuando salió de allí siguiendo a Chase se sentía triunfante, como si hubiera ganado una pequeña batalla. El recorrido continuó y Alicia consiguió ganar otra batalla más al entrar en lo que parecía una tienda ecológica. No tuvo que buscar demasiado entre los productos, fue directa al estante donde estaban dispuestos los tarros de mermeladas y compró uno, el favorito de su hermana. Ni siquiera levantó la vista para mirar a la dependienta ni pidió una bolsa. Dejó un billete sobre el mostrador y salió disparada sin articular una sola palabra, tan deprisa

que chocó de bruces contra alguien.

Sin previo aviso, se vio tirada en el suelo con el bote de mermelada manchando gran parte de la acera y su ridículo atuendo. Le llevó unos segundos darse cuenta de lo que había pasado, y otros más enfocar la vista hacia el par de ojos que la miraban desde arriba. Era Charlie, y su expresión era una mezcla de irritación y contrariedad. Alicia se quedó suspendida en el tiempo, contemplando aterrada la imagen que se presentaba ante sus ojos. El pelo revuelto de Charlie, su aspecto descuidado y salvaje, el dolor que se atisbaba en la profundidad de sus ojos verdes. Estaba perdido, tan perdido que a Alicia se le encogió el corazón; y su mirada era tan transparente, tan real, que sintió un pánico atroz. Varios ojos la miraban, demasiados para ella.

Alicia tenía fobia a las multitudes, a la gente. Durante un rato se había sentido libre de la cárcel a la que su propia mente la tenía sometida, pero había sido todo una ilusión. La adrenalina y la euforia se habían reído de ella y ahora estaba sola. No veía a Chase por ninguna parte y solo podía sentir el peso abrumador de la multitud sobre ella. El corazón empezó a latirle desenfrenado y, como si todo el miedo que había logrado contener en los últimos minutos se hubiera desencadenado con la caída, el mundo entero explosionó ante sus ojos y ella solo pudo gritar y gritar hasta quedarse afónica. Le faltaba el aire; las fuerzas y su consciencia se alejaban de ella a pasos agigantados. Dejó de pensar y de sentir y el instinto se encargó de mover ficha por ella, de manejar los hilos de su cuerpo. El resto era una mancha borrosa en su memoria; cuanto más se concentraba en recordar los detalles más se escondían estos, eclipsados por la mirada de todos aquellos desconocidos. Solo recordaba la voz de Charlie como el rumor de una melodía que expía sus últimas notas; sus pies volando sobre la acera, ascendiendo por las escaleras hacia la habitación de su hermana; la dolorosa noticia de que no pasaría de esa noche; las siluetas sin rostro que iban y venían, voces huecas, tan vacías como su propio corazón. Esa noche Alicia no solo fue incapaz de ganar la partida, sino que el tablero desapareció y ella terminó de romperse, todo su ser lo hizo, y su vida cambió para siempre.

Y ahora Charlie se había detenido en su camino, había cruzado la valla y accedido a sus dominios. Casualidad, destino, poco importaba lo que fuera. A sus diecinueve años, Alicia se sentía como una chiquilla en los momentos previos a cometer una travesura. Le gustaba contemplarlo en todas sus formas. Para ella, Charlie era como una figura impresa en tres dimensiones, de esas que al moverlas cambian constantemente de forma. Podríamos llamarla cotilla, curiosa o de mil maneras inimaginables, pero lo cierto es que Alicia era una chica con demasiado tiempo libre, que apenas tenía amigos ni salía de

casa. Era normal que la llegada de un nuevo y joven vecino rompiera un poco sus esquemas, y más si ese vecino era Charlie.

Terminó de dar una segunda vuelta a su jardín y decidió que era hora de regresar a casa. Su estómago había empezado a rugir, lo que le recordó que todavía no había merendado. Entró por la puerta que llevaba al salón y se quedó sorprendida al encontrarse con Ofelia, amiga de la familia y su psicóloga desde hacía años.

—No sabía que ibas a venir —le dijo Alicia alegremente.

La mujer tenía la mirada perdida mientras exhalaba el humo de su cigarrillo. Era a la única a la que el abuelo le permitía tomarse la licencia de fumar dentro de la casa. Ladeó casi de forma imperceptible la cabeza, pidiéndole a Alicia que se sentara con ese gesto. Ella chasqueó la lengua, pero obedeció. Su abuelo debía de haberla llamado por el episodio de la noche anterior y ahora le tocaba lo que Alicia denominaba una «sesión de emergencia». Le resultaba gracioso llamar «sesión» a lo que hacían, teniendo en cuenta que Ofelia apenas pronunciaba unas pocas frases. Era una experta en el arte de confundirla y hacer que soltara la lengua y le contara todo lo que pensaba.

—¿Quién eres? —preguntó al fin Ofelia, tras un largo silencio en el que permaneció inmóvil, sus ojos clavados en los de Alicia con el fin de descubrir todo lo que le rondaba por la cabeza. Esa era su manera de estudiarla: silencios, miradas intimidatorias, preguntas que no tenían ni pies ni cabeza.

Alicia no pudo evitar bostezar ruidosamente, lo que logró que el rostro de la mujer se crispara.

—Uy, ¡lo siento! —se apresuró a decir—. Pero es que me aburre que siempre empecemos por el mismo sitio.

—¿Y por dónde quieres empezar si no es por el principio?

—Ya sabes quién soy, es aburrido que me hagas la misma pregunta cada vez que nos vemos.

—Yo no sé nada —replicó Ofelia—. Y tú tampoco, por lo que veo.

Alicia frunció los labios con cierta irritación.

—Soy Alicia.

—¿Y quién es Alicia?

—Yo.

—¿Quién eres tú?

—¡Esto es un sinsentido! —protestó, molesta.

—Cierto. Tiene mucho más sentido tener miedo de las personas, siendo tú como eres una de ellas. Lo entendería en el caso de que fueras una hormiga, o una oruga. Pero eres una persona, ¿cierto?

Alicia asintió, dubitativa.

—Entonces, tú eres tú, Alicia, una persona.

—Sí.

—¿Recuerdas lo que hablamos la última vez? Debes ponerle ganas, Alicia. Deja de esconderte.

—No es fácil.

—Nada es fácil si no se intenta.

—¡Lo estoy intentando! —aseveró—. Hago todo lo posible por intentarlo.

—Que sin duda es menos de lo que puedes hacer.

Ella resopló. Ya estaban otra vez con lo mismo. Odiaba la manera que tenía la mujer de tergiversar todo lo que decía.

—Hablemos de tu último episodio. Según me ha contado tu abuelo, saliste corriendo y después te escondiste. Dime, Alicia, ¿a eso le llamas intentarlo?

—Me pilló desprevenida, lo tuve delante y me entró el pánico. Intenté hablarle, de verdad que sí, pero no me salían las palabras. Las manos empezaron a sudarme y no podía respirar. Quería hacer una cosa, pero mi cuerpo quería otra. ¿Cómo puedo luchar contra mí misma?

—Interesante pregunta. —La mujer apagó el cigarrillo y encendió otro, dándole una calada lenta y perezosa, los ojos cerrados para disfrutar al máximo del momento—. Preguntas cómo luchar contra ti misma, cuando es lo que haces todo el tiempo.

Alicia puso los ojos en blanco.

—No lo hago.

—Tú no eres esa, ese es el miedo. El terror absoluto poseyéndote. Y tú decides unirte a él y abandonarte a ti. Realmente me parece que sí luchas contra ti misma.

—¿De verdad piensas que me gusta esto? ¿Sentir lo que siento? ¿Vivir encerrada? ¿Que de mayor quería ser ermitaña? ¡No me gusta! ¡Lo odio! ¡Me odio a mí misma por ello! Pero no puedo hacer nada. Me tomo las pastillas, hago todo lo que me decís y sigo sin ser capaz de salir de día a dar un simple paseo.

—No te odias —dijo la mujer con un tono que no daba lugar a réplica—. Has olvidado quién eres. Estar aquí es fácil, no tienes que enfrentarte a nada, ni tomar decisiones. Solo necesitas hacerte pequeña e invisible, respirar el mismo aire viciado mientras te marchitas al mismo tiempo que las rosas que tanto mimas. —Ofelia dejó el cigarrillo en el cenicero y se tumbó en el sofá sin dejar de mirar a Alicia; cualquiera que hubiera pasado por allí habría pensado que estaba a punto de quedarse dormida, en trance. Alicia, en cambio, sabía que era el procedimiento habitual, la manera que tenía de hacerla sentir un poco culpable—. Querida, salir ahí fuera implica crecer. Con cada día que pasas encerrada, recluida del mundo, estás

ayudando a la enfermedad a crecer. Le das alas. Luchas contra ti en lugar de luchar contra ella.

—¡Hago lo que puedo! Quería abrirle la puerta, ¡pensaba hacerlo! —Y era verdad. Quería abrirle la puerta, quería hablar con él y demostrarle que no era una cobarde, pero los dedos se le quedaron aferrados al picaporte, tan tensos que los huesos empezaron a dolerle. Su corazón latía tan deprisa que no era capaz de contar los latidos como había hecho otras tantas veces. Aunque su mente le pedía a gritos que saliera, que se atreviera a dar la cara, su cuerpo había decidido dejarse caer al suelo; sus manos, por sí solas, se elevaron hacia los oídos y los taparon, impidiéndole escuchar la voz de Charlie. Entonces apareció su abuelo y ella aprovechó la distracción para salir corriendo y perderse en su jardín.

Todo eso fue lo que le contó a Ofelia. Alicia empezó a parlotear, como solía hacer muy a menudo, y Ofelia hizo lo que hacía siempre: escucharla.

-Capítulo 5-
Charlie

Quizá las personas seamos lágrimas que un día alguien derramó, quizá seamos el dolor de alguien mientras descendemos por su rostro.

Esa noche Charlie soñó con dulces depositados sobre la tumba de su madre a modo de flores, con un salto al vació por el que terminaba cayendo dentro de las páginas de un enorme libro que lo engullía como el mar a los peces. Se vio caminando sobre millones de láminas en blanco mientras la vecina le esperaba al final con una mueca de horror. Y cuando su inconsciencia parecía estar dispuesta a darle una tregua y permitirle despertar, a su mente acudió su nuevo vecino gritando una y otra vez «¡Llego tarde! O espere… ¡Es usted quien llega tarde!», para finalmente ser sepultado por enormes fichas de ajedrez y ahogado en ellas, en un océano de figuras negras y blancas que le robaban lo único que necesitaba para vivir: oxígeno. Si bien es cierto que para vivir se necesita mucho más que oxígeno, preferimos no cuestionar los sueños de Charlie. La cuestión es que eso mismo soñó, como una mala película sin guion establecido que iba dando tumbos de un lado para otro. Y cuando se quedó sin inspiración hizo lo único que podía hacer: bajar el telón.

Charlie se despertó con el corazón desbocado, un sudor pegajoso cubría su cuerpo, adhiriéndose a las sábanas. Y no pudo hacer otra cosa más que suspirar. Si alguna vez gritó en un suspiro, fue esa. Le hubiera encantado gritar, pero no le salía la voz ni tenía fuerzas para romper algo en mil pedazos. Charlie estaba simplemente cansado y decepcionado. Había esperado otra cosa de su nueva vida, otro comienzo más espectacular, menos extraño. Se estaba acostumbrando a que las cosas fueran como eran y no como él quería que fuesen. Lo que Charlie no sabía entonces es que no existe un servicio de habitaciones vidal, y que si quieres algo te toca ir a ti mismo a por ello. Ya lo aprendería con el tiempo y las experiencias, pero como en aquel momento aún no había recibido esa lección, o no la recordaba, continuó toda la mañana en un estado de pesadumbre, de aceptación triste de los acontecimientos.

Charlie había huido, porque eso era lo que realmente había hecho, y había resultado que no tenía muy claro si solo había cavado un poco más hondo en lugar de salir hacia tierra firme. Con el paso

del tiempo había ido sintiendo que el mundo se derrumbaba bajo sus pies, que no encajaba realmente en ningún sitio, que estaba perdido en su propia existencia. No eran pocas las veces en las que ni siquiera sabía quién era. Porque, y he aquí una cuestión de gran importancia, ¿quién era Charlie? Y como pasa con la mayoría de las preguntas, la respuesta era bien distinta según a quien le preguntaras.

La verdad a menudo es como un espejo que refleja una imagen y que se rompe en mil pedazos dando lugar a distintas visiones de la misma verdad. Charlie era la imagen reflejada en el espejo, todo él era la gran verdad, pero cada persona que le conocía tenía un fragmento de ese espejo. Puede que vieras el fragmento de un trozo de su cabello y expusieras que «El pelo de Charlie es castaño», y fuera verdad. O por el contrario, que te tocara uno que contenía parte de sus ojos y aseguraras que «Charlie tiene los ojos verdes», lo que también era verdad. Distintas verdades de una gran verdad. Wendy os hubiera dicho que Charlie era todo fuerza, que era más espíritu que carne y hueso; Thomas os hubiera contestado a esta enrevesada cuestión asegurando que era uno de sus mejores amigos, gran parte de la definición de su infancia; Nick hubiera hablado de lo gruñón y cascarrabias que era; y quizá Sean hubiera optado por mostraros el cristal de su parte más frágil, porque a fin de cuentas Charlie era un niño encerrado en un cuerpo que no dejaba de crecer, y no hacía más que perderse en él.

La cuestión es que Charlie no poseía ninguno de aquellos fragmentos y se sentía perdido y solo. Estaba rodeado de gente, de amigos y hasta de vecinos locos, pero esa sensación de soledad perpetua no le abandonaba nunca. A veces, cuanta más gente tenía alrededor más desamparado se sentía. No acababa de encontrar su lugar, su momento justo. No existen mapas sobre eso por mucho que ansiáramos disponer de alguno; a Charlie le tocaba caminar a la aventura, y eso mismo había hecho al mudarse. Pero lo nuevo siempre asusta. No es que estuviera deprimido, sabía de sobra que tenía muchos motivos para sentirse afortunado, pero el sentimiento no llegaba a rozarle y solo se sentía asustado, girando en una curva sin saber lo que le esperaba al llegar al final. Charlie nada más quería ser otro, el único problema es que Charlie era irremediablemente Charlie. Y entonces empezó a pensar si él era realmente él, si no era producto de las circunstancias, de la vida. Si su verdadero yo estaba encerrado dentro de él, atado de pies y manos por toda la educación que había recibido, por los palos que se había llevado y las lágrimas que había derramado, por las rocas con las que había tropezado. En realidad, nadie es quien es, la mayoría somos quienes nos han enseñado a ser. ¿Sería, acaso, otro Charlie de haber vivido otra vida? Claro que si hubiera vivido otra vida, no sería Charlie.

Empezó a dolerle la cabeza de tanto cavilar y decidió alejar con una ducha todos los pensamientos. Mientras el agua caliente caía por su cuerpo, anestesiándolo y queriendo que el líquido se llevara parte de su desazón, no dejaba de idear una excusa que ponerles a sus amigos para suspender la cena que habían planeado esa noche. Finalmente, decidió que no hacía falta inventarse nada, que contar una parte de la verdad era el mejor recurso que usar en este caso.

En cuanto terminó de vestirse les escribió un mensaje que decía «¡Ey, chicos! Me he despertado con un terrible dolor de cabeza, mejor dejamos lo de esta noche para otro día», e inmediatamente apagó el móvil. No quería que le convencieran ni que se preocuparan por una insignificante mentira. Hubiera sido más sencillo decir «¡Ey, chicos! Me he despertado pensando que la vida es una mierda y que odio a todo el mundo. Solo me apetece tumbarme en la cama y dormir todo el día. Quedamos otro día». Pero en demasiadas ocasiones la verdad no es factible, y Charlie había preferido dejarse llevar por la corriente de las mentiras piadosas. Que por ser piadosas no dejan de ser mentiras, pero parece que son menos falsas. Y esto le llevó a pensar si el verdadero Charlie, el que estaba atado por sus vivencias, habría dicho simplemente la verdad. Y cuando se vio divagando otra vez decidió hacer lo único que le apetecía hacer: dormir.

Se pasó casi todo el día durmiendo, ni siquiera se levantó para comer, y al despertarse todo le parecía de distinto color, como si los tonos oscuros se hubieran difuminado bajo las brumas del sueño. La vida se veía distinta, de otra manera. Quizá solo era que aquella mañana se había despertado con el pie equivocado. Se preparó un bol de palomitas y puso una película que vio sentado en el suelo del salón, bajo algunos cojines y apoyado contra la pared en la que debería estar el sofá.

El reloj se aproximaba lenta pero decididamente hacia las nueve de la noche cuando el sonido del timbre de la puerta le hizo salir de la película. Charlie se levantó extrañado, y al abrir se quedó mudo al encontrarse a todos sus amigos al otro lado. Por instinto se llevó una mano a la cabeza, como recordándose a sí mismo el motivo por el cual había suspendido la reunión.

—Hemos traído pizza —dijo Thomas, alzando las cajas para mostrar parte del festín.

—Y aspirinas. —Sean meneo una bolsita diminuta que llevaba en una mano.

Entraron en la casa como si nada, dejando a un Charlie estupefacto en el umbral de la puerta, sin saber qué decir. Ni siquiera sabía de qué se sorprendía, ellos eran así. Puede que se sintiera solo, que quisiera sentirse así, pero no lo estaba. Sonrió al tiempo que les veía sentarse en el suelo del salón y cambiar la película que estaba

viendo.

Charlie se detuvo junto a la entrada del salón y les dijo:

—Eh, chicos. Os equivocáis de sitio. Tenéis que pasar al salón. —Reprimió una sonrisa—. Venid por aquí. —Les señaló hacia el pasillo, y ellos le siguieron algo confundidos de nuevo hasta la puerta de la calle, que había dejado abierta—. Pasad al salón, por favor. —Señaló hacia el exterior.

—¿Nos estás echando? —preguntó un Nick escéptico.

—No, os estoy invitando a entrar.

—¡Pero si ya estamos dentro!

—No, no lo estáis.

Los dos amigos permanecieron unos segundos escrutándose, Charlie con una sonrisa torcida y Nick con una expresión de desconcierto; no acababa de comprender si su amigo estaba bromeando o hablaba en serio. Los demás guardaron silencio, expectantes, como si estuvieran presenciando una guerra de miradas y ansiaran conocer al vencedor.

—Venga, vamos —dijo Thomas, zanjando la batalla ficticia, pasando por la puerta mientras le guiñaba un ojo a Charlie y salía a la calle.

El resto le siguió, sin añadir nada más.

—No hay salón sin sofá y el sofá no entra por la puerta, así que este es mi salón. —Charlie se encogió de hombros al tiempo que tomaba asiento—. Es más fácil sacar el salón que entrar el sofá.

—¡Tenías que haber empezado por ahí! —le reprochó Nick sentándose a su lado, como si fuera lo más normal del mundo.

Todos rompieron a reír.

—Charlie, ¿podrías salir de la casa para sacar la cena? Tengo hambre —continúo el juego Sean, que se había sentado en el hierba enfrente del sofá.

—Será un placer —contestó Charlie con una sonrisa.

Al cabo de un rato, los siete amigos estaban acomodados en el jardín principal de Charlie, devorando unas pizzas. Sean y Christian sentados en el césped frente a los demás, que disfrutaban de la comodidad de un sofá lo suficientemente grande como para no caber por la puerta, pero no tan grande como para albergarlos a todos.

—Está húmedo —se quejó Sean, examinando el césped y sus pantalones—. Saca una manta o algo.

—Y unas velas, si quieres —ironizó Charlie.

—Wendy ya la habría sacado —murmuró Christian soltando una risotada.

—Wendy no está.

—¿Dónde está? —quiso saber Thomas.

—Escribiendo.

Todos asintieron. Cuando Wendy encontraba la inspiración, la agarraba con fuerza y no la dejaba escapar hasta que se hubiera consumido. Era de esa clase de personas que amaban lo que hacían y se arrojaban a ello de cabeza, sin comprobar si la piscina estaba llena o si podrían hacerse daño en la caída. Wendy no siempre fue así, pero ahora Charlie envidiaba su pasión, su arrebatadora fuerza. Hubo un tiempo en el que él y Wendy fueron mucho más que amigos, un tiempo en el que fueron una balsa creada a partir de pedazos de un navío que había quedado a la deriva. Un tiempo en el que sus labios se rozaban y sus cuerpos se enredaban entre sonrisas. Ese tiempo había acabado, se había esfumado. Un día, Charlie comprendió que no la amaba a ella; amaba quien era cuando estaba con ella. Y ella tampoco le quería. En realidad sí, pero nunca como a él. Y aunque aprendió a vivir sabiendo que para ella nunca sería él, con el paso del tiempo se dio cuenta de que solo eran amigos que se reconfortaban con caricias. Charlie quería ayudarla con palabras, con hechos, no con las mentiras que emanaban de cada beso que se daban. Así fue como pasaron del amor a la amistad, aunque quizá nunca habían llegado a pisar el amor. Puede que solo estuvieran perdidos y no quisieran estar solos.

A Charlie le parecía curioso cómo la vida asustaba menos cuando estabas junto a alguien. Una noche de tormenta en soledad puede ser aterradora, pero en compañía se puede convertir en una noche de historias sin fin. En realidad, estaba convencido de que la compañía espantaba al miedo. Quizá es porque los monstruos tienen más personas que sortear para lograr alcanzarte. Fuera como fuera, acabaron convirtiéndose en el *atrapa-miedos* del otro, en la tirita, en la balsa, en la esperanza. Juntos, la vida dolía menos y los monstruos infundían menos respeto. Claro que esto no lo sabían en aquellos momentos, solo la distancia y el tiempo permiten que veas con claridad por qué haces lo que haces.

Y por esos derroteros navegaba la mente de Charlie cuando se le ocurrió alzar la vista y se la encontró a ella tras la ventana, mirándoles fijamente, espiándoles. Estaba cansado de tonterías, así que simplemente la ignoró. Como si su intrusión fuera natural, de la misma manera en que lo hacían las estrellas o la luna. Y si bien es cierto que la ignoró por completo, debemos puntualizar que aunque Charlie continuara conversando con sus amigos y riendo como si aquellos ojos azules no estuvieran clavados en ellos, su voz aumentó unos tonos y su risa se tornó más fácil y fuerte. Como si quiera demostrarle a alguien, a un alguien muy cotilla que vivía en la casa de al lado, que le era indiferente.

Sin embargo, nos vemos en la obligación de señalar que el comportamiento de Charlie se debía a que en realidad no pudo ignorar

su presencia, que algo había empezado a brotar en el interior del joven. Algo profundo y atemporal, algo que lleva dominando la humanidad desde sus inicios: la curiosidad.

-Capítulo 6-
Alicia

Debía de sentirse trisfeliz,
que es cuando estás triste y feliz a la vez.

Contemplar a Charlie con sus amigos provocaba una terrible angustia en Alicia. ¿Estarían hablando de ella? ¿Riéndose de la loca de la vecina? Lo más probable es que así fuera, y eso la mataba. Como si alguien hubiera dibujado una enorme cruz en su cara que la marcaría para siempre como «rara». Todo el vecindario pensaba eso de ella, todo aquel con el que se había cruzado. Pera ellos solo era una loca. Se imaginó a sí misma bajando y plantándose delante de todos ellos, asegurándoles que no era verdad. Y solo de pensarlo las manos se le humedecieron y la garganta comenzó a secársele. Ni siquiera podía permitirse el imaginar una cosa así. Ofelia le pedía que lo intentara, pero era algo imposible, una batalla perdida de antemano. Había aprendido a convivir con quien era realmente, a adaptarse a las circunstancias. ¿No era eso también luchar? Intentaba seguir adelante, pese al resto, pese a ella misma. Sonreía cuando quería llorar, asentía cuando quería gritar, vivía cuando quería abandonar. Buscaba la normalidad en su propia rareza. Y aunque espiar a Charlie y a sus amigos no era lo que se dice muy normal, sentía curiosidad por lo que significaría ser alguien distinto. Envidiaba algo que la aterraba. Alicia se sentía como un ratón que envidia a los búhos por el simple hecho de poder volar.

—Mi Mary ponía esa misma cara cuando miraba por esa ventana —dijo el abuelo, que la observaba desde la puerta.

—¿La tía? —Alicia se volvió para mirarlo. Su abuelo tenía por costumbre contar siempre las mismas historias, una vez tras otra, pero la mención de su tía era algo nuevo.

—A ella le encantaba la gente, le gustaba ser el centro de atención. Y aun así ponéis la misma cara de miedo. —Sonrió con tristeza y se limpió una pelusilla de la chaqueta—. A ella esto se le quedaba muy pequeño y a ti muy grande. Sois tan distintas que sois iguales. Le hubieras encantado.

Alicia permaneció en silencio. No concebía cómo alguien podría considerar que su mundo era demasiado pequeño. A lo mejor su abuelo se equivocaba y había malinterpretado a su hija.

—Un día salí a la puerta a por el periódico y me la encontré

en el tejado —continuó explicando su abuelo, inmerso como estaba en sus recuerdos. A veces también le era infiel al presente con el pasado; debía de ser como el sillón: más cómodo—. ¡Estaba en el tejado! Mi pequeña Mary en el tejado. Y yo ni me inmuté —dijo con una risita rellena de desconcierto—, volví a entrar en casa. Lo más seguro es que fuera porque estaba tan acostumbrado a ese tipo de rarezas en ella, que simplemente habían dejado de sorprenderme. Pero cuando me disponía a leer el periódico, caí en la cuenta de que Mary era una niña y que no podía estar en el tejado. —Sonrió y se sentó al borde de la cama de Alicia, una cama que tiempo atrás había pertenecido a su hija —. Salí corriendo hasta la entrada de la casa y ahí estaba ella. «Quiero volar» me dijo con una enorme sonrisa. Y me quede ahí, sin saber qué hacer. Entonces fue cuando llegaron tu abuela y tu madre, que habían ido a por bollos. Tu abuela casi se desmaya y tu madre no hacía más que llorar. Lloraba y lloraba, y Mary reía y reía. Debería haber sido al revés, pero sin embargo fue así.

Su abuelo hizo una pausa y elevó la mirada al techo del dormitorio antes de continuar con el relato:

—«Te vas a caer, estate quieta» le dije, y ella me respondió «No me caeré» con voz solemne. «Eso no lo puedes saber, Mary. Baja inmediatamente» insistí con la voz más autoritaria que pude poner. Y, ¿sabes qué hizo? —Alicia negó con la cabeza, esta historia era nueva y estaba completamente fascinada—. ¡Se puso a saltar! ¡En el tejado! Tu abuela intentaba calmar a tu madre, que no paraba de llorar, y yo intentaba darle una razón a tu tía para bajar, solo que no se me ocurría ninguna. —Sacudió la cabeza y soltó una breve risotada—. Le pregunté qué hacía allí arriba y ella me dijo que había encontrado una estrella, una estrella en el jardín, y que estaba intentando subirla al cielo. Por eso estaba en el tejado saltando, queriendo volar, para subir la estrella al cielo. Mary era realmente única. —Emitió un leve suspiro —. Y como yo seguía sin encontrar ninguna razón para que bajara, me inventé una —continuó el abuelo—. «No podrás subirla ahora, Mary» le dije intentando que no se me notara lo nervioso que estaba, y haciendo como que las miradas desesperadas que me echaba tu abuela no me afectaban. «¿Y por qué no?» me preguntó Mary inclinándose hacia abajo, lo que hizo que el corazón casi se nos parara a los tres. «Porque es de día, no hay estrellas en el cielo. Aunque pudieras subirla, estaría sola. Tiene que ser de noche» le dije con tanta seguridad que hasta yo mismo me lo creí. —Sonrió—. «Tienes razón, papá» dijo Mary, y bajó sin replicar ni una sola vez más.

Alicia pensó que le hubiera encantado ser una estrella viviendo de día para poder estar sola y no tener miedo, pero decidió que al abuelo le pondría triste el comentario, así que prefirió guardárselo para sí misma.

Esperó callada a que su abuelo continuara, pero este no dijo nada más.

—¿Qué paso con la estrella? ¿Volvió a subirla?

—Por la noche subimos juntos al tejado e intentamos devolverla al cielo, aunque no hubo manera. Mary se puso muy triste, pero al día siguiente vino canturreando, llena de felicidad, y nos contó que la estrella le había confesado que en realidad no quería estar en el cielo. Que solo estaba cansada de ser una estrella, de ver la vida pasar delante de ella sin poder intervenir, y que por eso había decidido bajar. —En los labios del abuelo se dibujó una sonrisa que parecía una lágrima—. Pero era literalmente una estrella, no podía dejarla por ahí, ya que cualquiera podría robarle su brillo. Así que simplemente se encerró en su habitación y la escondió para que nadie le pudiera hacer daño nunca. Debe de seguir por aquí. —El abuelo paseó la mirada por la habitación con aire soñador—. Siempre me he preguntado si cuando ella murió su estrella se apagó, o si alguna otra estrella lo hizo. A mí siempre me ha parecido que el cielo brilla menos desde que ella ya no está.

Alicia se apartó de la ventana muy lentamente y se acomodó cerca del abuelo, pensando en la historia que le había contado. Podría haberle dicho muchas cosas, podría haberle dicho, por ejemplo «Cuánto lo siento, abuelo» o «No estés triste». Y cuando estuvo lo suficientemente cerca de él y se percató de que sus ojos no dejaban de derramar lágrimas, podría haberle dicho «No llores, por favor». Pero no dijo nada. Se quedó a escasos centímetros de él, observándole llorar en silencio, como si sus lágrimas fueran una historia más que le estuviera contando. Incluso pensó que acabaría ahogándose en el mar de lágrimas de su abuelo. Pero lo que más le perturbó de la escena no fueron las lágrimas del abuelo, sino el lugar por donde estas se deslizaban: por un rostro surcado de miles de arruguitas y una boca que sonreía feliz. Lágrimas de dolor surcando un rostro de felicidad. Alicia pensó que jamás había visto algo más grotesco y fuera de lugar.

El abuelo debía de sentirse *trisfeliz*, que es cuando estás triste y feliz a la vez; sonreía al pasado y lloraba al presente. Se preguntó entonces qué era lo que más poseía el abuelo, si más tristeza o más felicidad. En aquel momento solo enseñaba una sonrisa, la misma pegada en sus labios con el pegamento de la nostalgia, pero eran miles las lágrimas que brotaban de sus ojos. ¿Qué era mayor, una sonrisa o miles de diminutas lágrimas? Alicia no lo sabía, y sintió la tentación de coger papel, lápiz y calculadora y comprobar a qué equivalía matemáticamente hablando. Suponía que todo dependería de la constante que se hallara delante de la incógnita, y no tenía ni idea de cuál era esa constante, por lo que volvió al principio de la pregunta e incluso la cabeza comenzó a dolerle un poco de tanto pensar.

Y ahí permaneció, viendo a su abuelo llorar, sin decir una sola palabra. Porque Alicia no quería decirle cómo tenía que estar, lo que tenía que sentir o si podía o no llorar. Le dio la libertad de ser infeliz, de recordar, de llorar y de vaciar en su habitación todo su dolor. Solo le acompañó, quedándose muy quieta y dejando que sintiera lo que sentía. No obstante, sin que ella lo supiera, su sola presencia hizo que a su abuelo le doliera menos la ausencia de su hija.

Cuando las lágrimas se extinguieron del interior del abuelo, este se levantó y se fue de la habitación con una gran sonrisa, y Alicia se quedó allí, intentando conseguir que el dolor de su abuelo se marchara de su habitación y este también la dejara sola.

Se tumbó en la cama con los brazos estirados y la mirada perdida en la inmensidad del blanco techo. Puede que ese día el abuelo no le hubiera sido infiel a la cama con el sillón, pero definitivamente le había sido infiel al presente. A Alicia también le habría gustado preguntarle cómo era la estrella o si era literalmente una estrella, pero pensó que el silencio y las lágrimas lo estaban acunando, que eran una especie de refugio, y se sintió incapaz de romperlo para satisfacer su curiosidad. En ocasiones, las palabras se tornan pesadas y es mejor no utilizarlas, momentos en los que hay más palabras en un silencio de las que jamás podrías pronunciar.

En los silencios de Alicia normalmente habían demasiadas palabras. Impronunciables, malditas, dolorosas. Pero en otras ocasiones, sus silencios no estaban poseídos por el miedo, eran nacidos del amor. Y el silencio que le dedicó a su abuelo esa noche estaba relleno de palabras eternas, cargadas de amor, de magia. Ni un poderoso «te quiero» se hubiera acercado a todo lo que gritaba el silencio de Alicia.

Recordó el poema que siempre le recitaba el abuelo.

Érase una vez
un silencio
al que maltrataban
todas las palabras.
Y había también
una persona que temía a las personas,
una lágrima dichosa
y un sensato lunático.
Todas estas cosas
había una vez.
Cuando nadie soñaba
un mundo al revés.[2]

Puede que no fuera exactamente así, pues en realidad no lo

recordaba demasiado bien, pero le gustaba la idea de un mundo al revés. Un mundo donde las lágrimas entraran en los ojos, donde los besos precedieran a las palabras, donde las rosas acabaran por ser semillas, donde cayeras antes de saltar y saltarás después de caer. En ese mundo todos tendrían miedo menos ella, sería la única normal dentro del colmado de rarezas. Aunque si lo pensaba bien seguiría siendo la diferente, la que desentonara. Hasta en un mundo al revés estaría condenada. Suspiró profundamente y se recordó a sí misma que no estaba sola, ni siquiera cuando el dolor del abuelo ya solo era el eco lejano del tintineo que emitían sus lágrimas al caer. Había en su habitación una estrella que no quería ser estrella y que había ido a parar a su jardín. Alicia pensó que esa estrella era bastante peculiar. ¿Cómo sería? Se moría de curiosidad y por eso mismo comenzó una búsqueda desesperada por su habitación. Miró por todas partes, pero no encontró nada. ¿Dónde se escondería una estrella? En el cielo, por su puesto. Nadie encontraría nunca una estrella entre un millón de ellas. Pero su tía no la pudo subir al cielo, al menos no en aquel momento, así que ahí no podía estar. Tenía que estar en su habitación.

¿Había algo parecido al firmamento en su habitación? Se quedó pensativa durante largos minutos, caminando de un lado a otro, y en una de las vueltas, cuando estaba en medio de la estancia, le sobrevino una idea. El armario siempre estaba oscuro y tenía una pequeña lamparita colgante en forma de luna. Su armario era lo más parecido al cielo que había en su habitación. Abrió el armario empotrado llena de gozo. Tenía que estar ahí, lo sabía. Buscó entre las cajas de la parte superior, por el suelo, en los cajones, en cada recoveco. Pero no encontró nada. Cansada y algo desilusionada, se sentó apoyada contra la pared del fondo de armario y notó algo extraño a su espalda. Había un pedazo de pared de un tono más blanco que el resto, estaba húmedo y desentonaba. Y la alegría volvió a embargarla; mañana cuando el abuelo saliera de casa, sacaría la estrella de su escondite de la pared del armario.

2 Versión del poema infantil *Érase una vez* de José Agustín Goytisolo.

-Capítulo 7-
Charlie

Los mejores perdones están escondidos
en los laberintos de las acciones.

Charlie había alcanzado uno de esos momentos de máxima concentración. Si fijabas la vista incluso podías apreciar la burbuja en la que estaba encerrado, totalmente absorbido por el universo al que sus manos daban vida. Le estaba sacando el máximo partido a la viñeta que estaba a punto de terminar cuando escuchó el golpe. Y fue un golpe tan ruidoso e inesperado que hizo que Charlie diera un respingo y trazara una gruesa línea estropeando parte de su creación. La burbuja estalló en mil pedazos.

Soltó un taco, malhumorado, y se levantó a ver qué había sucedido. El golpe había venido del piso superior. Recorrió habitación por habitación, pero no encontró nada que estuviera fuera de su sitio. Y al terminar con las habitaciones, inspeccionó concienzudamente su dormitorio, la última habitación de la casa, pero allí tampoco había nada fuera de lugar.

Estaba a punto de salir cuando escuchó una voz femenina a sus espaldas. Se sintió sumamente perplejo. ¿De dónde había venido? Supuso que era la voz de su vecina desde el otro lado y que el sonido había llegado a él como un murmullo lejano, pero entonces volvió a escuchar la voz, seguida de más ruidos de algo que parecían ser ¿piedras? Agudizó el oído y los sonidos le llevaron hasta la puerta del armario empotrado, lo que le hizo fruncir el entrecejo. «Me estoy volviendo loco» dijo para sí mismo, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Meneó la cabeza al mismo tiempo que abría el armario. Era una estupidez mirar dentro, pero sentía el ruido tan cercano a esa puerta que no pudo más que quitarse la sospecha de la cabeza. Sabía que no podría seguir trabajando si no lo hacía, que su mente no le dejaría descansar en paz. Y lo que vio tras la puerta le hizo abrir los ojos como platos.

Había un agujero en medio de la pared; grandes fragmentos de yeso caían sobre su ropa y algunos incluso rodaron hasta sus pies. Al otro lado, la chica lo miraba asustada, como si la hubiera pillado in fraganti, que era precisamente lo que había hecho; tenía un trozo de yeso en una mano, que rápidamente soltó al tiempo que se apartaba de la vista de Charlie hacia el lado derecho del dormitorio.

A Charlie le costó unos segundos procesar la escena que se desarrollaba ante sus ojos. El agujero era bastante amplio, aunque no lo suficiente como para que cupiera una persona; la pared tenía pequeñas grietas que desaparecían entre la ropa y seguramente seguían por el nivel inferior. Charlie las siguió con la mirada sin percatarse de que había comenzado a abrir los labios de forma desmesurada y de que en ellos se iba dibujando una «o». Se le pasó por la cabeza que la rotura tuviera que ver con la humedad, pero inmediatamente descartó la idea.

Estaba claro que había sido ella.

—¿Has hecho un agujero en mi armario? —preguntó casi en un grito. Tenía que ser una broma—. ¡Eh, estoy hablando contigo! —Se acercó al agujero y metió a duras penas la cabeza y un brazo en el mismo, atascándose a medio camino, pero por mucho que lo intentara el armario de la chica le impedía verla. Se le cayó un vestido sobre la cabeza y lo lanzó con rabia al otro lado—. No puedes estar tan loca como para tirar la pared y pensar que me voy a quedar tan tranquilo, ¿verdad? —continuó él—. ¿Pero cuántos años tienes? No eres una jodida niña. —Su voz sonaba exasperada—. ¡Da la cara! —Estaba gritando, pero poco le importaba. Tenía motivos para estar enfadado, vaya que sí.

Sacó el cuerpo del armario y se puso a dar vueltas por la habitación sin dejar de taladrar con la mirada el hueco que se había formado.

—¿Qué mierda hacías? ¿Intentabas robarme? ¿Colarte en mi casa? —comenzó a preguntar en tono acusatorio, acercándose más al armario—. ¿Me estás acosando? ¿Tienes algún tipo de obsesión rara conmigo o qué? ¿Es por eso que te dedicas a espiarme por la ventana y a sacarme fotos? —Las preguntas se agolparon en su mente y salieron disparadas, como siempre le sucedía cuando estaba nervioso. No podía dejar de hablar—. ¿Para qué querías entrar en mi casa? ¿Qué pasa, que además de loca estás sorda? —Se detuvo delante del agujero y podríamos decir que lo fulminó con la mirada, si es que se puede fulminar a un hueco en medio de una pared.

Charlie inspiró profundamente y dejó escapar el aire poco a poco, queriendo encontrar una manera de calmarse. De acuerdo, la vecina loca había hecho un agujero en su pared, lo había asumido. Pero eso tenía solución.

—¿Sabes qué? Si prefieres no hablar tendré que buscar una manera de hacer que lo hagas. Dime, ¿qué te parecería si llamara a mi casero? Seguro que le haría muchísima ilusión conocer tu pequeña obra de arte. —Hizo una pausa, concentrándose en los sonidos de la otra habitación, pero nada perturbaba el silencio que volvía a reinar en la casa. Se pasó una mano por la frente—. Solo tengo que coger el

teléfono y llamarlo. ¿De verdad no prefieres que lo arreglemos cara a cara? —A Charlie se le terminó de agotar la paciencia. Se sacó el móvil del bolsillo y buscó el número del casero en la agenda—. Bien, estoy marcando. —Miró de nuevo por el hueco y todo seguía igual. Pulsó el botón de llamada y esperó—. Te aviso de que está dando la llamada.

Y como si el mundo se hubiese confabulado para ponerse en su contra, su casero no contestó y Charlie colgó en cuanto saltó el contestador.

—Has tenido suerte. Tienes unos pocos minutos hasta que me devuelva la llamada —le dijo a la nada, porque la chica parecía haberse fundido con la habitación—. Alguna vez tendrás que salir de ahí y tendrás que vestirte y venir hasta tu armario. ¿Vas a esconderte de mí para siempre? ¿Es que no tienes dos dedos de frente? —Charlie chasqueó la lengua—. ¿De verdad estás tan pirada?

La exasperación de Charlie crecía al mismo ritmo en que los segundos se sucedían en el reloj de la pared de enfrente. Se le ocurrió que tal vez podría llamar a la puerta de la joven y pedir explicaciones, pero la idea de volver a encontrarse con el abuelo y que este le forzara a mantener una conversación incoherente no se le antojaba demasiado apetecible, prefería lidiar con el casero o incluso pasarse algunas horas explicando la situación en una comisaría de policía. Así de exhausto se encontraba Charlie.

—¿A quién estás llamando loca? —dijo una voz masculina de pronto, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. Y a la voz le siguió el cuerpo de un chico que entró en el dormitorio desde el lado izquierdo y se detuvo delante del hueco del armario. Tenía el pelo largo recogido en una coleta y sus ojos almendrados miraban a Charlie con una mezcla de curiosidad, fastidio y condescendencia.

—¿Y tú quién eres? —preguntó; sus ojos volaron hacia la ropa escandalosa que llevaba. ¿De qué iba vestido?

—Soy Chase —dijo sin más.

Charlie entornó los ojos.

—Esa no era la pregunta.

—Has dicho «¿quién eres?», te he oído perfectamente —replicó el chico posando una mano en su cintura.

—Está bien, Chase —dijo, mordiéndose la lengua para no soltar algún improperio—. Me has oído bien, pero no me has entendido. Me importa bien poco tu nombre, lo que quiero saber es quién eres y qué vas a hacer para solucionar esto. —Hizo un gesto con un dedo hacia el agujero en la pared.

—Con esos modales que te gastas dudo mucho que alguien vaya a solucionar tu problema —repuso el chico con aires de suficiencia—. Y debería importante porque «Chase» será el nombre de

quien se encargará de hacer ese agujero más grande y pasar por él para patearte el culo como te vuelva a escuchar hablarle así a mi prima.

Charlie soltó una risotada socarrona.

—Tú también estás loco, debe de ser hereditario.

—Todos estamos locos —manifestó el chico—. Tú también lo estás. ¿Te has parado a mirarte un segundo? —Le señaló con un dedo y esbozó una sonrisa que enseñaba una reluciente dentadura—. Estás ahí de pié, hablándole a la nada junto a un agujero en la pared de tu armario. Perdona que te lo diga, pero eso es de locos.

—No le estoy hablando a la nada, le estoy hablando a ella —protestó Charlie.

—¿A ella? No hay ningún «ella» por aquí. —El chico meneó la cabeza y se cruzó de brazos.

—Claro que está ahí. Sé que está ahí. —No tenía dudas, y no por el hecho de haberla visto escabullirse hacia el lado derecho de la habitación, por el que dada la distribución de la casa no podría salir a menos que saltara por la ventana, simplemente lo sabía.

—No puedes saberlo.

Charlie hizo ademán de protestar, pero al pensarlo detenidamente decidió que no merecía la pena.

—¿Sabes qué? Me da igual si está o no está. No pienso pagar la reparación. Hablaré con el casero y que tome medidas legales si lo cree oportuno. Y en cuanto a tu prima —alzó el tono de voz para hacerse oír claramente por ella—, si vuelve a hacer una cosa así llamaré a la policía.

Le dio la espalda para salir de la habitación, pero el chico se acercó al hueco del armario y lo llamó:

—Eh, ¡espera! —le pidió. Sin embargo, Charlie había llegado junto a la puerta y no tenía ningún interés en escucharle—. Mira, lo siento. Mi prima no está bien, ¿vale? Le tiene miedo a la gente. —Esa información captó el interés de Charlie, que se dio la vuelta para mirarlo. Como si de una máscara se tratara, la expresión del chico había dejado de ser petulante para convertirse en desesperada, y la súplica impresa en sus ojos era un reflejo más de la veracidad de sus palabras, de lo mucho que le costaba pronunciarlas en voz alta, delante de su prima—. No sé lo que intentaba hacer con la pared, lo más probable es que se aburriera y no pensara en las consecuencias. Se pasa el día encerrada con mi abuelo, que no es precisamente el alma de la fiesta. —El chico se rascó la barbilla—. Seguramente todo esto a ti te dará igual, pero mi prima no necesita más problemas ni que los vecinos tengan un motivo más para murmurar.

—¿Miedo de la gente? —No sabía qué otra cosa decir. No se esperaba eso y la culpabilidad arremetió contra él, recordándole todas

las veces que la había llamado «loca».

Chase asintió con la cabeza y miró hacia el lado donde estaba la chica.

—Es una especie de fobia. —Exhaló un hondo suspiro—. De momento pondré algo para tapar el hueco, una manta tal vez. Algo provisional —aclaró—. Y prometo ingeniármelas para arreglarlo, no quiero que el abuelo o mi tía se enteren. No va a entrar ni te va a molestar —aseguró—. Te tiene miedo, como al resto del mundo.

—Está bien, no te preocupes —consiguió decir tras unos segundos de vacilación—. No pasa nada. Ya lo arreglaremos. —Le dedicó una mirada alentadora y, aunque quiso sonreír, sus labios no se movieron del sitio.

—Gracias, y lo siento.

—Soy yo el que lo siente. Pensé que… —Meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Lo que habría pensado cualquier persona en tus circunstancias. No pasa nada.

Charlie asintió.

—Bien.

—Cierro aquí. —El chico posó su mano sobre la puerta del armario de la joven. Charlie volvió a asentir—. Nos vemos.

Se despidió con un gesto de la mano, pero no se movió el sitio. Sentía un regusto amargo adherido al paladar. Él era el primero que odiaba cualquier tipo de injusticia, que batallaba porque las cosas siempre fueran de otra manera, y ahí estaba, juzgando a una persona sin conocerla, ofendiéndola con palabras que para él no significaban nada pero que para ella seguramente pesaran tanto como una losa, mucho más que el yeso que se había despedazado sobre su ropa. ¿Y qué era un pedazo de pared para Charlie? Nada, absolutamente nada. Podría caerse la pared entera y a Charlie le daría igual, seguiría viviendo su vida como si nada. El techo podría echar a volar, que él se alegraría de dormir bajo el otro techo más hermoso que jamás vería el hombre. Había cosas más importantes en las que pensar, cosas irremplazables, como la seguridad en uno mismo, como la ilusión por despertar un día más en un mundo que te lo ha quitado todo.

Intentó trabajar un rato más, pero era imposible corregir el desastre que había hecho al rayar la viñeta. Decidió que era mejor tomarse el resto del día libre y aprovechar para leer algunos cómics que tenía pendientes. Pero cuando se sentó sobre el sofá de la entrada, al aire libre, respirando la libertad en su estado más puro, tampoco encontró en la lectura el sosiego que su cuerpo le pedía. Agradeció haber traído consigo el cuaderno de dibujo y dejó que su imaginación volara sobre el papel. La dibujó a ella, a su vecina. Sobre el papel era enorme, una gigante, y estaba rodeada de gente de mentira; un

montón de figuras que, si las observabas con detenimiento, tenían un aire sospechoso a los Gingerbread. Algunos de ellos estiraban el cuello para mirarla, otros simplemente esperaban y señalaban aquello que se escapaba de su limitada comprensión. Le dibujó unas bonitas botas con las que la chica pisoteaba a aquellos que se atrevían a mirarla. Pero no penséis que la escena era sangrienta; en lugar de haber sangre y horror, de los pisotones salían burbujas, cientos de ellas que ascendía hacia arriba, y dentro de cada una había una lágrima, de manera que al explotar derramara todas las lágrimas de la chica, deshaciéndola de su pesar para siempre.

Con resolución, y sin pararse a pensarlo ni un solo segundo, Charlie decidió colocar la lámina en el armario de la joven. Incluso se las ingenió para colarlo dentro de la habitación por si esta tardaba en abrir el armario, sin llegar a abrir la puerta más que unos milímetros ayudándose del cepillo de barrer. Firmó con su nombre, y no añadió un «lo siento» ni nada que se le pareciera. El dibujo entero era su manera de pedirle perdón, su penitencia.

[image]

-Capítulo 8-
Alicia

Hay armarios que no albergan estrellas ni cielos,
pero sí caminos a otro mundo.

Alicia no había querido romper la pared, ni armar el lío que se armó. Solo quería encontrar la estrella del jardín. Había aporreado la pared con la pica con extrema suavidad, pero no sucedió nada. Entonces cerró los ojos y golpeó con todas sus fuerzas. Cuando los abrió, reparó en el agujero que había hecho y se quedó atónita. Miró por él y vio oscuridad. «¿He abierto alguna puerta? ¿A dónde llevará?» pensó con curiosidad, y mientras estaba intentando descubrir a dónde llevaría ese agujero, una luz inundó todo el espacio. Se quedó boquiabierta. Tuvo la idea disparatada de que tal vez ese agujero llevara directamente hacia el cielo; la realidad era que todavía brillaba el sol y que una puerta acababa de abrirse, por eso mismo la luz de fuera empezó a emanar de él. Alicia se había quedado tan absorta, sumida en sus propias divagaciones mentales sobre lo que acababa de suceder, que se llevó un susto de muerte al verlo a él al otro lado del agujero, mirándola con el rostro desencajado. Ni siquiera fue capaz de pensar, sus piernas fueron más rápidas que ella. Salió corriendo hacia un rincón de la habitación, asustada, y se sentó en el suelo abrazándose las rodillas.

Resultó que el agujero no llevaba a ningún cielo, conducía al armario de su vecino. Sin duda, eso tenía más sentido. Permaneció fuera del alcance del agujero, escondida de la furia de su vecino, mientras le escuchaba gritar y hacerle cientos de preguntas que ella no podía responderle. Hasta que apareció Chase y tuvo que oír cómo mencionaba su enfermedad en voz alta, la voz compasiva de su vecino. Apretó los puños con fuerza y le exigió a sus ojos que ni siquiera pensaran en la idea de llorar.

Alicia no era tonta, sabía que tenía un problema, solo que no le gustaba recordarlo. Mucho menos le gustaba que alguien lo pronunciara en voz alta y, por descontado, odiaba que fuera delante de un desconocido. Casi podía oír a la gente susurrar su nombre a sus espaldas.

—¿Me vas a hablar? —preguntó Chase un rato después de cerrar el armario, sacando a Alicia de sus pensamientos.

—No —contestó ella, cruzándose de brazos.

—Lo acabas de hacer —replicó él, sentándose frente a ella en el suelo y dedicándole una de sus mejores sonrisas, esas que le poblaban toda la cara y hacían parecer que todo él era una gran sonrisa.

—Ha sido la última vez —aseguró, corrigiéndose al momento —: La penúltima.

—He tenido que hacerlo. No te enfades conmigo —le pidió su primo, acariciándole los brazos con los que aún se abrazaba las rodillas—. Habría llamado al casero, el casero a la policía y la policía a tu madre. ¿Querías eso?

—No.

—¿Querías que tu abuelo se enterara y volviera a preocuparse?

—No.

—¿Solo sabes decir «no»?

—Sí.

Chase volvió a sonreír y esta vez Alicia sonrió con él.

—Y ahora dime qué hacías haciéndole una ventana al armario.

Alicia le contó la historia que le había contado el abuelo y se pasaron el resto de la tarde buscando la estrella por toda la casa. Incluso en el jardín buscaron. Pero no encontraron nada. Chase se marchó tarde, no sin antes prometerle que la encontrarían costara lo que costara, que interrogaría al abuelo de ser necesario. Alicia se sintió feliz de compartir su búsqueda con alguien.

Cuando regresó a su habitación, se encontró con un papel en el suelo. Lo cogió y descubrió el perdón que no era perdón, que era el dibujo Charlie. Algo en ella se removió. Se vio a sí misma enorme, gigante. Pero ella se sentía diminuta, ¿cuándo había crecido? Y lo más importante, ¿cómo era que no se había dado cuenta? Seguramente se debía a que Alicia no se veía, Alicia se sabía. En realidad, todos nos sabemos. Estamos tan acostumbrados a nuestro reflejo, a nuestra persona, que no somos capaces de captar las diferencias. Ni siquiera nos miramos en el espejo, nos sabemos en él. Por esa razón, cuando alguien nos ve después de mucho tiempo, aprecia las pequeñas diferencias que jamás habríamos sido capaces de apreciar por nosotros mismos. A Alicia se le había pasado por alto que había crecido, que ya no era una niña. Pero se sentía tan pequeñita que le era imposible imaginarse cómo la veía Charlie.

Examinado el dibujo detenidamente reparó en las personas convirtiéndose en lágrimas y sonrió. Para ella las personas eran como lágrimas, gotas de agua. De lejos todas parecen exactamente iguales, pero si te acercas lo suficiente, si te fijas, ninguna es igual. Son únicas, excepcionales, irrepetibles. Quizá las personas seamos lágrimas que un

día alguien derramó, quizá seamos el dolor de alguien mientras descendemos por su rostro; quizá la muerte llegue cuando al fin impactamos contra el suelo y explosionamos. Quizá, quizá, quizá. Qué más dará ser gota que persona si al final todos desaparecemos. Sea como sea, dejamos de existir. «Y si las personas son lágrimas», pensó Alicia, «entonces yo soy el rostro». «Le tengo miedo a mis propias lágrimas, a mi propio dolor». Le parecía mucho más lógico tener miedo de las lágrimas que de las personas.

Cogió el dibujo y lo pegó dentro del armario, en una de las paredes laterales. Le pareció triste que estuviera tan solo. Lo que Alicia no sabía es que a ese dibujo le seguirían más, muchos más. Pero como todavía no lo sabía, se sintió triste por él. Alicia era de esa clase de personas que pensaban que un dibujo podía estar solo y sentían pena por él. Charlie era de la clase de personas que pensaban que un dibujo podía hacer compañía a una pared solitaria y sentían alegría por los dos.

Y hablando de Charlie, justo en ese momento entraba en su dormitorio, y dio la casualidad de que tenía la puerta del armario abierta. Por eso se percató de la luz que emanaba del armario de Alicia y se acercó hasta el agujero.

—¿Estás ahí? —preguntó.

Alicia primero se asustó y el corazón comenzó a martillearle con fiereza, pero después pensó que no le veía e hizo lo posible por calmarse. Charlie era solo una voz, no una persona. Y ella no temía a las voces, así que contestó:

—¿Y dónde voy a estar si no?

—En cualquier sitio —contestó Charlie con una nota de sorpresa en la voz.

—No puedo estar en cualquier sitio porque estoy aquí.

—¡Eres una borde!

—Y tú haces preguntas estúpidas.

—No son estúpidas, son el tipo de preguntas que siempre se hacen.

—Pues no se debería preguntar por preguntar, solo si realmente se busca una respuesta —razonó Alicia muy convencida.

Charlie rio. Asomó la cabeza por el agujero, intentando verla, pero ella fue más rápida y apagó la luz del armario, quedándose completamente a oscuras.

—¿Qué haces?

—¡Se te gastarán los ojos si sigues usándolos tanto!

Charlie soltó una carcajada repleta de niñez. Parecía un niño cuando reía y Alicia no pudo evitar sonreír en la oscuridad del armario. Permanecieron en silencio unos minutos, ninguno de los dos tenía prisa por romperlo ni por marcharse de aquel espacio oscuro.

Charlie se sentó contra la pared, su cara casi rozaba el agujero. Alicia, que en algún momento mientras examinaba el dibujo ya se había sentado, se acomodó escurriéndose un poco hacia abajo y pegando la cabeza a la pared para que él no pudiera verla. Y de esa manera se dijeron, sin articular palabra, que querían seguir hablando.

—¿Sigues ahí? —preguntó Charlie al cabo de un rato.

—Dibujas bien —dijo ella como toda respuesta.

—¿Te ha gustado?

—Un poco.

—¿Un poco mucho o un poco poco?

—Un poco mucho.

—Sabía que te gustaría.

—No podías saberlo.

—¡Claro que podía! Soy dibujante y de los mejores.

—¿Qué dibujas?

—Dibujos.

—Muy gracioso.

—Normalmente cómics —reveló Charlie—. ¿Te gustan los cómics?

—Un poco.

—¿Un poco mucho o un poco poco?

Alicia rio.

—Un poco normal.

—Ahora estoy trabajando en uno. Este te gustaría un poco muchísimo. Cuando lo acabe, si es que lo acabo, que todavía no sé cómo hacerlo.

—Eso es fácil. Empiezas por el principio y cuando llegues al final, entonces, paras.

—No me digas, no se me había pasado por la cabeza. Eres un genio. ¿Te han dado el nobel ya?

—No. Pero es solo porque no podría ir a recogerlo.

Charlie se quedó mudo, sin saber cómo digerir el comentario, y entonces Alicia prorrumpió en carcajadas, contenta con su propia broma. Y él no pudo más que reírse con ella hasta que su teléfono móvil comenzó a sonarle desde el bolsillo, rompiendo el momento con extrema brusquedad.

—Me están llamando —dijo.

—Entonces deberías contestar.

—¡Me fascina tu genialidad! Bueno… —Hizo una breve pausa —. ¿Cómo decías que te llamabas?

—No te lo he dicho —le recordó Alicia.

—Cierto. Deberías decírmelo.

—Y tú deberías contestar.

—Adiós No-te-lo-he-dicho.

—Adiós, Charlie —se despidió a pesar de que ya no la escuchaba. Había salido del armario y ella podía oír el murmullo de la conversación que mantenía al otro lado.

Sonrió en la oscuridad de aquel armario. Por fin, su lector había cambiado de libro y podía añadir a su historia una voz más, una persona más. Hacía mucho tiempo que Alicia no hablaba con alguien nuevo y se sintió feliz y llena de orgullo por su pequeño gran paso. Quizá en aquel armario no estuviera la estrella, pero había algo que también brillaba; un agujero, otro mundo, un libro nuevo surgido de la unión de dos relatos distintos.

-Capítulo 9-
Charlie

O estás hundido o no lo estás.
Poco importa la profundidad a la que te encuentres.

Charlie detuvo el coche frente a la casa que había sido oficialmente su hogar hasta hacía unos pocos días. La propiedad residía en el corazón de Chiswick, una de esas casitas blancas de dos plantas con habitación en el desván, amplios ventanales y jardín trasero. Durante mucho tiempo fue un hogar de ensueño para Charlie, uno relleno de risas, de sentimientos de pertenencia, de la calidez de una familia. Lo tenía todo fuera y dentro de la construcción que en ese momento le resultaba tan ajena a él. Tras el accidente de su madre y el tiempo que había pasado en coma, la casa pasó a convertirse en una celda de recuerdos dolorosos. Su ausencia le quemaba la piel, el corazón y el alma entera. Estar allí era verla a ella en todos los rincones, escuchar su voz, el olor a dulces recién hechos que salía de la cocina y entraba en cada habitación como el recuerdo de una caricia lejana.

Respiró hondo y se obligó a bajar del coche. No podía posponerlo más, había pasado casi una semana desde que se había mudado y necesitaba recoger algunas cosas que se habían quedado en la casa, entre ellas una pequeña caja con sus discos duros externos y *pen drives*, y un par de libretas y blocs de dibujo que contenían notas importantes para su trabajo. Por instinto, sacó las llaves del bolsillo y se las quedó mirando como si nunca las hubiera visto. ¿Está bien entrar en una casa en la que ya no vives? Sonrió con tristeza y se sintió un poco tonto por hacerse semejante pregunta, pero lo cierto era que se sentía un extraño delante de esa puerta de un tono marrón que no se correspondía con el de sus recuerdos. ¿Había cambiado realmente en los últimos días o era parte de su imaginación? Abrió con el miedo irracional de haberse equivocado de vivienda.

—¿Hola? —llamó, alzando la voz para hacerse notar al atravesar el recibidor.

—¿Charlie? —preguntó su padre a gritos desde la planta superior.

—El mismo —añadió también a gritos.

—¡Sube, hijo, que estoy pintando! —le pidió.

Charlie no debería extrañarse, ya habían comenzado las

reformas unos días antes de que él se marchara de casa, pero aun así no pudo evitar sentir una punzada al ir notando los grandes cambios en mobiliario y pintura. Paredes blancas. Resplandecientes. Frías. La huella de su madre había sido borrada, sus fotos sustituidas. Su entera presencia había sido reemplazada por otra mujer, un nuevo amor que crecía encima de una tierra muerta. Una flor reluciente en medio del hueco pesar que es la ausencia. Eso era Maggie para su padre. Un nuevo principio, el continuará para una historia que ya había expirado y entonado su fin.

Se asomó a la cocina con el corazón en un puño y ahogó un gemido al ver que también había cambiado. No quedaba nada de ella ahí, y por una vez en mucho tiempo le fue imposible imaginársela junto a la encimera, con su delantal amarillo y la cara manchada de harina, tarareando una canción mientras preparaba merengue o revolvía una cacerola de chocolate humeante. La imagen de su madre dando vueltas por la estancia cuando algo le salía especialmente exquisito, sus mejillas arreboladas y la manera en que le susurraba para que su padre, que era diabético, no se enterara de que se estaban dando un festín a sus espaldas; le había perseguido durante mucho tiempo, pero ya no quedaba nada. Todo se había esfumado bajo capas y capas de pintura blanca y caros muebles a juego. El corazón de Charlie terminó de estallar contra el suelo, si hubierais estado allí podríais haber escuchado el sonido de los pedazos de un amor infinito, los desgarros en forma de recuerdos perdidos, de momentos irrecuperables.

Charlie sintió cómo perdía a su madre por cuarta vez; primero en el accidente, después por el coma, por tercera vez en su entierro y por cuarta, y esperaba que última vez, el adiós definitivo a su presencia en aquella casa. ¿Cuántas veces podías perder a alguien? ¿Cuántas veces tenías que decir adiós a la misma persona? De repente, le faltó el aire y los ojos comenzaron a arderle. Posó las manos abiertas sobre la encimera y se concentró en respirar, en reprimir la rabia y las lágrimas que amenazaban con ahogarlo. No quería que su padre lo viera en ese estado, no ahora que había logrado pasar página y sostener de nuevo la felicidad entre sus manos. Él no podía culparlo por querer vivir, jamás podría hacer una cosa así, pero eso no hacía que su dolor se mitigara.

Tardó largos minutos en recuperarse, y cuando lo hizo subió al piso superior y se asomó al que fue dormitorio de sus padres, ese que su padre estaba pintando con ayuda de un buen amigo. Los saludó con un gesto e intentó no fijarse en ningún cambio que hubiera en esa habitación.

—¿Qué tal en tu nueva casa? —preguntó Nicholas, el padre de Charlie, dejando el rodillo dentro del bote de pintura—. ¿Te adaptas?

¿No te aburres viviendo solo?

—Estoy bien. Es un lugar tranquilo para trabajar y lo agradeceré cuando comiencen las clases y también me toque estudiar.

—¿Bellas artes estudiabas, verdad? —preguntó el otro hombre, y Charlie asintió—. En cuanto salga tu cómic avísanos, que iremos todos a comprarlo.

—Gracias —contestó él, fijando la vista en la ventana.

—¿Te gusta cómo está quedando la casa? —preguntó el hombre alegremente—. Un gran cambio, ¿eh?

—Sí, es bastante… —Se tomó un segundo para buscar la palabra—. Reluciente.

El señor Crowell, que había cogido de nuevo el rodillo y mezclaba la pintura con extrema lentitud, se volvió para mirar a su hijo con cierto pesar; intuía lo que pensaba sobre los cambios y en su mirada se concentraron cientos de disculpas que sus labios no fueron capaces de pronunciar. Charlie le dedicó una sonrisa sincera que dejaba a las claras que se sentía enormemente feliz por él. Hablaron durante un rato sobre las reformas que se estaban haciendo en el patio trasero y terminó despidiéndose de ellos poniendo como excusa que tenía que trabajar.

A pesar de la pena que llenaba su alma, mientras recorría el largo pasillo y paseaba la mirada por su antiguo dormitorio, sintió la certeza de que dejaba algo de él entre las paredes de aquella casa. Poco importaban las capas de pinturas o el nuevo mobiliario, porque todo era material, y lo material siempre se puede sustituir. Pero el alma de las personas continuaba en las pequeñas cosas, en los detalles. Una parte de su madre se quedaría allí para siempre, un fragmento diminuto del espejo que constituía su persona, encerrado en las fotos que ya no estaban, en cada uno de los pasos que resonaban, en el eco de las voces contra las paredes. Ella siempre estaría allí, al igual que lo haría Charlie al abandonar la casa.

El ánimo de Charlie estaba por los suelos cuando se metió en el coche. No quería volver a casa. Ni siquiera estaba seguro de si poseía algo a lo que denominar casa, no tenía fuerzas para escuchar la soledad que encontraría al llegar allí, fuera lo que fuera realmente ese nuevo lugar. Todavía no. Consultó su reloj y tuvo una idea clara de a dónde quería ir. Sonrió y arrancó el coche, dejándose llevar por el impulso a la espera de no equivocarse.

[image]

Era condenadamente fácil localizar a Wendy Davies una tarde cualquiera. Siempre había sido una persona de rutinas y él había dispuesto de tiempo suficiente para aprenderse cada una de ellas. Por eso, cuando entró en la inmensidad de Hyde Park ni siquiera tuvo que detenerse a pensar en qué parte del parque podría encontrarla; sus

pies tomaron la delantera y lo llevaron hasta ella.

Al contemplarla en la distancia, le embargó un sentimiento de déjà vu, el recuerdo de la primera vez que la vio, en ese mismo parque, junto a ese mismo banco. Había sustituido el banco por una manta en el césped, pero el lugar permanecía inmutable. Charlie sintió que el tiempo no había pasado, quizá en aquel lugar no lo haría jamás. Wendy lo seguía esperando, de eso no tenía duda. Lo esperaba en lugares, en momentos.

¿Cuánto tiempo puede esperar una persona? ¿Hay algún patrón, alguna variante, alguna forma de medir el tiempo en suspiros reprimidos? A Charlie le habría gustado saber el tiempo exacto de espera con el que contábamos antes de decir adiós definitivamente. Se preguntaba cuánta espera podría soportar Wendy, cuánto tiempo más seguiría navegando a bordo de un barco fantasma, cuando lo que sentía parecía ser más grande que ella misma. También se preguntaba cuánto le quedaba a él. Estaba tan decepcionado, tanto que el odio le alimentaba como un nutriente más que mantenía vivo todo lo que una vez fueron. ¿Se acordaría alguna vez de ellos? ¿Les echaría de menos? Porque si la ausencia de sus amigos le quemaba de la misma manera que hacía no demasiado tiempo había abrasado a Charlie, no entendía cómo es que no había regresado ya, cuando el vacío para él debía de ser como mínimo seis veces más profundo.

Charlie esperaba, todavía lo hacía, pero ya no de la misma manera. Al principio lo hacía con impaciencia, con la esperanza de que algún día aparecería con una de esas sonrisas socarronas tan típicas de él. Más tarde, cuando su madre murió y un pedacito de su cielo cayó con ella, continuó esperando, pero esa vez con los puños apretados, con la certeza de que le arrancaría la sonrisa a puñetazos, que le exigiría devolverle todo ese afecto que había echado en falta cuando más le había necesitado. En esos momentos, mientras observaba a Wendy escribir sobre su cuaderno de cuero, sus puños ya estaban abiertos y la esperanza de volverlo a ver había comenzado a volatilizarse. Esperaba, pero buscaba una razón para dejar de hacerlo.

Se acercó a Wendy con sigilo y se detuvo a su espalda. El cuaderno descansaba sobre sus piernas y los dedos de su amiga volaban sobre el papel como si alguien hubiera accionado un interruptor, dándole cuerda a su imaginación, y ella se encargara de retransmitirlo. Le encantaba verla en ese estado de abandono, la había retratado cientos de veces. Era un momento íntimo, lleno de magia, inmortalizar el nacimiento de una vida; porque eso era para Charlie, escribir implicaba dar vida a algo, y ella se la daba a las palabras con cada movimiento de su mano.

Charlie se puso de cuclillas y le dio un beso rápido en la mejilla antes de sentarse a su lado como si fuera lo más normal del

mundo. Ella se sobresaltó un instante para luego sonreír ampliamente al descubrir al intruso.

—¿Qué le trae por aquí? —le dijo con una sonrisa.

—Pensé que le vendría bien algo de compañía —le siguió el juego Charlie—. Y me he traído mi cuaderno de dibujo. —Abrió el bloc que había cogido de su antigua habitación por una página en blanco.

—A trabajar entonces —accedió Wendy volviendo a concentrarse en la escritura. Así de normal eran ese tipo de situaciones para ellos. Disfrutaban de la mera compañía del otro, abrigados por silencios que decían más que millones de palabras, de esas a las que Wendy daba vida.

Charlie no tuvo que pensar en lo que quería dibujar. Se limitó a dejarse llevar. Su nueva vecina volvía a ser la protagonista. Al contrario que en el dibujo anterior, en este era diminuta e iba a lomos de un enorme cangrejo. Las personas no eran exactamente personas sino un puñado de caracoles y ostras, todos dotados de un aire humano; Alicia, subida a su cangrejo, señalaba con un dedo a los que se atrevían a alzar la mirada, y este se limitaba a pisotearlos con sus cinco pares de patas. De los pisotones salían de nuevo burbujas, pero esta vez dentro de ellas en lugar de lágrimas había sonrisas. Sonrisas que eran liberadas para endulzar los corazones de aquellos que lograban ver a la chica tal y como era.

—¿Quién es? —le preguntó Wendy un rato después de haberlo terminado. Se había quedado absorto contemplando el dibujo.

—Mi vecina.

Wendy arqueó las cejas.

—Vaya, debe de tener mucho carácter para dominar a un cangrejo.

—Lo tiene —aseguró él—, solo tiene que encontrarlo.

—¿No me vas a contar cuáles son las novedades? —Señaló el dibujo con un gesto de la cabeza—. Porque haberlas, las hay.

Y las había. A Wendy no podía engañarla. Le habló entonces de todo lo ocurrido en los últimos días y tuvo que interrumpir su relato varias veces para esperar a que su amiga terminara de reír a carcajadas, especialmente cuando llegó a la parte del agujero en la pared. También tuvo que soportar un pequeño sermón por haber sido tan grosero y desconsiderado con la chica. Y cuando su vecina pasó a un segundo plano, Charlie le habló de la cena con sus amigos y de cómo avanzaba el cómic.

—¿Nada más? —le preguntó Wendy cuando se quedó callado, y como él la miró sin entender, añadió—: Venga ya, sé que te pasa algo.

—No me pasa nada —replicó, sabiendo de antemano que no

se daría por vencida.

—Charlie.

Exhaló un hondo suspiro y le quitó el bolígrafo para, a continuación, rayarle el antebrazo.

—¡Eh! —se quejó Wendy, arrebatándole el bolígrafo—. Ni por cien rayones te vas a librar.

Charlie chasqueó la lengua y se recostó en el césped. Ella inclinaba la cabeza hacia abajo para no perder ni un solo detalle de sus expresiones.

—Es solo que he ido a casa de mis padres y con las reformas estaba prácticamente irreconocible. Ya sé que es una tontería, que es normal que ahora que se ha casado quiera hacer borrón y cuenta nueva. Pero aun así…

—Sientes que está traicionando la memoria de tu madre —terminó Wendy por él.

—Es algo que siento, pero que no pienso. —Soltó una risotada—. Ni siquiera yo entiendo lo que digo.

—Yo sí que lo hago. —Wendy se acostó a su lado y posó la cabeza sobre el estómago de Charlie a modo de almohada—. Pero es normal que te duela. El dolor no siempre es algo negativo, solo hay que convertirlo en algo de provecho, que mantenga vivos los recuerdos sin llegar a destrozarnos. —Estiró el cuello hacia un lado para mirarlo a los ojos—. Debemos aprender a alimentarnos de ese dolor y convertirlo en el combustible de nuestra vida. El dolor es un sinónimo de vida, mientras duela podemos seguir caminando, tropezando y levantándonos; las veces que haga falta.

—¿Es eso lo que haces tú? —preguntó Charlie apenas en un susurro.

—Ajá.

—¿Y te funciona?

Wendy apartó la mirada y la levantó hacia el cielo.

—Sí, lo hace. A veces falla, como todo mecanismo, pero funciona la mayoría de las veces.

Charlie asintió en un gesto apenas perceptible. Por más que lo intentara, todavía le costaba asimilar el gran cambio que su amiga había experimentado con el paso del tiempo. Era como si dentro de ella habitaran dos personas completamente distintas y que, tras una lucha encarnizada, hubieran decidido fundirse en una. Una Wendy más sabia, melancólica y soñadora que siempre conservaría esa chispa de prudencia que la caracterizaba.

—Cuéntame un cuento —le pidió, ansioso por que su voz aplacara todos sus pensamientos.

Ella curvó los labios en una sonrisa y tras meditarlo unos segundos, comenzó a hablar con ese tono de voz que a Charlie siempre

le recordaba a su niñez. Cerró los ojos y dejó que la calma contagiosa que era la voz de su amiga se inyectara en su cuerpo como un remedio infalible para su pesar.

[image]

Esa noche, Charlie llevaba un rato en la cama leyendo cuando recordó el dibujo que le había hecho a su vecina. Fue a por él y le dedicó una última ojeada antes de abrir el armario y deslizarlo por el agujero como había hecho la última vez. Con una sonrisa en los labios, se dejó caer en la cama con los brazos abiertos. Había sido un día demasiado largo y solo quería que se terminara, hacer borrón y cuenta nueva. Vivir solo tenía sus consecuencias y él lo sabía de antemano, pero no esperaba que el cambio fuera a resultar tan duro, que el pasado pesara como lo hacía. Tenía que cambiar de actitud, comenzar a mirar hacia delante, y para eso debía tomarse las cosas de otra manera y no arrastrarse por el fango de su pasado.

En todo eso estaba pensando Charlie cuando escuchó que algo se deslizaba por su armario. Se levantó con la curiosidad pintada en el rostro y se encontró con una fotografía, y no una fotografía cualquiera. En ella aparecía con sus amigos, reunidos en torno al sofá la noche en que habían cenado juntos. Le pareció curioso, pues el sofá parecía una flor más que un sofá. Estaban todos sentados en una gran flor, sin duda tenía que hacerlo realidad dibujándolo. Y lo pensaba hacer, convertiría la fotografía de su vecina en un dibujo. No iba a resultar fácil: la instantánea que había capturado era buena, muy buena, como si la chica hubiera sabido robar el segundo perfecto.

Nick estaba ligeramente inclinado hacia atrás, de camino a un ataque de risa. Aidan levantaba un puño en alto y su hermano le miraba con un gesto entre divertido y malhumorado. Thomas sonreía de oreja a oreja, los ojos le brillaban de felicidad. Sean, de espaldas a la cámara, se había llevado las manos a la cabeza, y Christian se había vuelto hacia él y su perfil mostraba una de sus expresiones favoritas cuando algo le resultaba totalmente fuera de lugar. En cuanto a Charlie, no sabríamos decir qué era lo que sentía o pensaba en ese momento: su expresión era ceñuda y, al mismo tiempo, socarrona; pero había algo más en él, un sentimiento que hablaba en un idioma que no entendía de palabras.

La chica había captado la esencia de lo que Charlie sentía al tener a todos sus amigos allí reunidos, el entusiasmo y la melancolía de querer agarrar ese momento y guardarlo bajo llave, en un lugar al que nadie pudiera tener acceso, a salvo de ser extraviado. Aquella fotografía era lo más parecido a sostener el peso de la amistad en una mano.

[image]

-Capítulo 10-
Alicia

Llámalo amistad, llámalo silla. Poco importa. Lo importante es lo que significa, y las cosas significan lo que quieres que signifiquen.

Era sábado por la tarde y eso significaba una cosa: club de lectura. No el suyo y no porque no leyera, sino porque ella no podía pertenecer a un club. Un club implicaba gente, y a ella la gente no le entusiasmaba demasiado, y mucho menos en plural. Alicia habría sido partidaria de formar un club de lectura en el que pudieran inscribirse libros. Estaría encantada de asistir a un club de gentura, reunirse con los libros y hablar con ellos sobre las personas que los habían leído.

«Roger era un sobón de mucho cuidado. Me manoseaba todo el tiempo, por todas partes. Me entraban unas ganas enormes de gritarle, ¿sabes que no estoy escrito en braille?» habría comentado La historia interminable, mientras mostraba a trasluz las huellas adheridas a la cubierta.

El Principito no se habría querido quedar atrás y, abriéndose y cerrándose de un golpe para captar la atención de los demás, habría dicho: «Eso no es nada. Dalia no hace más que subrayarme, anotar cosas en mí y hasta me dobla las páginas. ¡Qué desfachatez!». Gruñiría, abriéndose de par en par para mostrar las páginas subrayadas, las marcas en las hojas y en la cubierta. «Me pregunto qué diría ella si un día me levantara en medio de la noche y comenzara a pintarrajearle la cara, escribirle por todo el cuerpo y a enredarle el pelo. A ver si me acaba ya y me deja tranquilo» seguiría diciendo, cerrándose con extremada indignación «Aunque ahora a ver quién me quiere, con la facha que me ha dejado».

Alicia habría reído y *El Principito* la habría mirado por encima del hombro, claramente enfadado.

«¡Sois unos quejicas! ¡Qué más dará que nos pinten, nos rayen o nos soben! La cuestión, no tan queridos amigos míos, es que nos abren, que creen en nosotros» comentaría entonces Peter Pan y Wendy, abriendo y cerrando alternativamente las cubiertas como si en cualquier momento fuera a echar a volar.

«Estáis todos locos» concluiría Alicia con una sonrisa, y entonces los libros se ofenderían y se marcharían sin mirar atrás. Y así acabaría su breve pero intenso club de *gentura*. Los libros serían difíciles de tratar, pero aun así le gustaba la idea. Quizá un día la

pusiera en práctica.

Como íbamos diciendo, los sábados por la tarde tenía lugar en casa de Alicia el club de lectura del abuelo. A Alicia le divertía espiarlos. Era como ver la televisión que no tenían; no porque a Alicia le diera miedo la gente encerrada tras la pantalla, sino porque su abuelo creía, literalmente, que la gente estaba encerrada dentro de la televisión. Hubo un tiempo en el que se vestía de gala para la cena porque le parecía que la mujer que daba las noticias, y que le saludaba todas las noches cortésmente, no se merecía menos. Chase y ella habían intentando explicarle que la mujer no estaba literalmente encerrada en aquel televisor, pero no había habido manera de hacerle entrar en razón.

—¿Cómo va a estar ahí dentro? ¡No cabe! —había dicho Chase con cierto grado de irritación.

—¿No habéis oído hablar de la gente diminuta? Sin duda ella es una mujer diminuta, una muy bella.

—Abuelo, esa mujer está en un plató de televisión —aclaró Alicia.

—Si está en un plató de televisión ¿cómo va a estar en mi casa? ¿Acaso se puede estar en dos lugares a la vez? ¡Desde luego que no!

—Entonces, ¿por qué cuando apago la televisión desaparece? —preguntó su nieta arqueando las cejas.

—Porque es como el teatro, se baja el telón.

—¿Y cómo explicas que pueda subirle el volumen? —continuó preguntando ella.

—No se lo subes, le pides con el cacharro ese —señaló el mando a distancia— que hable más fuerte y, como es una señora como Dios manda, te hace caso. Yo no te lo haría, si quieres algo me lo pides y con un por favor delante, si no te vas olvidando.

Alicia lo miraba con una mezcla de incredulidad y diversión.

—Déjalo, Alicia. ¡No tiene remedio este viejo loco! —concluyó Chase hundiéndose en el sofá.

—¡No soy viejo! —El abuelo lo miraba con los brazos en jarras.

—¡No está loco! —había replicado Alicia, indignada.

—Me llevaré el televisor y ya está. —Chase puso los ojos en blanco, se levantó y cogió el televisor a duras penas para sacarlo de la casa.

—¡Cuidado! ¡Le harás daño! —dijo el abuelo entre alaridos, llevándose las manos a la cabeza.

Chase se había limitado a resoplar e ignorarle mientras se dirigía a la puerta cargando con aquel viejo televisor que se le había ocurrido regalarle por su cumpleaños; aunque el abuelo no era

realmente su abuelo —o, al menos, no de sangre— para él siempre sería junto a Alicia una de sus personas favoritas, aunque las dos le sacaran de quicio.

Así fue como Alicia se quedó sin poder ver parte del mundo que la aterraba, y el abuelo sin regalo de cumpleaños dos semanas después de haberlo recibido. Pero no todo estaba perdido, quizá Alicia no podía disfrutar de una tarde de películas, pero sí que podía disfrutar con el club de lectura del abuelo.

Por eso mismo aquel sábado, cuando el reloj marcó las cinco y el timbre lo hizo al unísono, Alicia, como de costumbre, se escondió a un lado del pasillo donde podía oír y hasta ver todo lo que pasaba.

—Llegáis tarde —manifestó el abuelo mientras abría la puerta, refunfuñando.

—Son las cinco, de ninguna manera llegamos tarde —replicó el señor Lemarch al tiempo que atravesaba el recibidor sin esperar invitación.

—Las cinco ya han pasado, por lo que llegáis tarde.

—Nosotros llevamos plantados en la puerta desde menos cuarto y justo cuando el reloj ha marcado las cinco hemos llamado. Ni un segundo antes, ni un segundo después. El que ha llegado tarde has sido tú. —El señor Seehat, que se mostraba muy convencido y no abandonaba su pose de caballero inglés, fue el siguiente en entrar.

—¿Cómo voy a llegar tarde en mi propia casa?

—Pregúntaselo al tiempo, no a mí —contestó el señor Seehat, haciendo un gesto airado con una mano mientras esperaba tranquilamente en el recibidor hasta recibir instrucciones.

—White, tú siempre llegas tarde. Pasemos ya, que me quiero sentar —dijo muy molesto el señor Leep. Su nariz respingona y enrojecida aleteaba de una manera muy graciosa. Alicia no pudo evitar sentir una inmensa ternura por aquellos hombres que hacían lo posible por fingir ser unos cascarrabias.

El señor White se cuadró de hombros y les hizo un gesto con la cabeza para que pasaran al salón. Ocuparon sus respectivos asientos frente al juego de té que Alicia se había encargado de prepararles. Un delicioso aroma humeante salía de la tetera y el señor White se dispuso a llenar las tazas de dibujos florales y mariposas a cada uno de sus amigos mientras estos daban buena cuenta de las pastas.

—Bueno, veamos. El libro de esta semana, ¿qué os ha parecido? —empezó el abuelo al tiempo que endulzaba su taza.

—Brillante —expresó el señor Seehat.

—Excelente —confirmó el señor Lemarch.

—Una obra maestra —continuó el señor Leep con la boca llena.

Todos asintieron, contentos, y bebieron un poco de té antes de

empezar a profundizar en el tema. Alicia los observaba con una enorme sonrisa pintada en los labios y no dejaba de dar pequeños saltitos por la anticipación; sabía lo que venía a continuación y no se lo perdería por nada del mundo.

—A mí personalmente me encantó la escena del beso. Sublime, sin duda —comenzó el señor White.

—No había tal escena en mi libro —negó contrariado el señor Lemarch.

—¿Cómo qué no? ¡Yo lo leí! ¿No te habrás equivocado de libro otra vez? —preguntó el abuelo de Alicia con cierta indignación, lo que provocó que esta rompiera a reír, algo que todos escucharon pero decidieron ignorar.

—De ninguna manera —protestó el señor Lemarch al tiempo que bebía un sorbo de su té.

—Lo que es impresionante es lo bien que el autor describe la escena, casi me pareció ver el sombrero que llevaba el protagonista. Idéntico al mío. Increíble. —El señor Seehat se sentía muy halagado. Hizo un gesto con la mano hacia su sombrero para que todos pudieran apreciarlo bien.

—No llevaba sombrero. —El señor Lemarch negó con la cabeza mientras seguía con los labios pegados en la taza; su voz sonó casi hueca.

—En eso estoy de acuerdo. No podía llevar sombrero, estaba lloviendo. —El abuelo alzó las cejas y dejó la taza sobre la mesa.

—¿Cómo no va a llevar sombrero? ¡Claro que lo llevaba! ¿A que sí, Leep? —El señor Seehat dio un codazo al señor Leep, que se había quedado medio adormilado contra el sofá.

Alicia sacudió la cabeza y tuvo que taparse la boca para no estallar en carcajadas. El pobre hombre siempre se quedaba dormido en medio de la discusión, daba igual lo que hiciera que el sueño era como una parte de él.

—¿Qué? —Dio un bote en su sitio, asustado por la intrusión.

—¿A que llevaba sombrero mientras se besaban bajo la lluvia?

—No recuerdo tal sombrero. Pero, ¿cómo van a besarse bajo la lluvia? ¡Se mojarían! —dedujo el señor Leep.

—Los besos también mojan —replicó el abuelo—, y si llueve se mojan dos veces, por lo que se secan. Simples matemáticas, caballeros —remató el hombre, feliz con su respuesta.

—¡Pues eso no tiene sentido! ¡Qué libro más malo! —El señor Lemarch agitó las manos, dando énfasis a su desacuerdo.

—¡A mí no me digas nada! ¡No lo he escrito yo! —se defendió el señor White, levantando las manos.

—¿Seguro? —El señor Seehat le dedicó una mirada inquisidora.

—Segurísimo, de haberlo escrito lo recordaría.

—Es posible que lo escribieras y lo olvidaras —precisó el señor Seehat.

—Si lo olvidé es que no lo escribí.

—Lo desescribirías, entonces.

—Eso es probable —admitió el abuelo a la vez que cogía su taza de té y componía una mueca—. Mi té está frío.

—El mío está demasiado caliente —se quejó el señor Seehat.

—Movámonos, y así Seehat tendrá el té frío y White el caliente —resolvió el señor Lemarch.

—Buena idea —reconoció el señor Seehat.

Fueron desplazándose de sus sitios, en los sentidos de las agujas del reloj, hasta que el señor Seehat estuvo en el sillón frente al té frío y el abuelo ocupó el sitio del señor Lemarch, que ya se había acabado el té.

—Ahora no tengo té —se quejó el abuelo, lo que hizo que Alicia soltara una sonora carcajada, que los hombres volvieron a obviar.

—Estaba tan caliente que se habrá evaporado —se aventuró a decir el señor Lemarch, encogiéndose de hombros.

Alicia aprovechó el momento para sacar la cámara de fotos, que había dejado a un lado en el suelo; sus gestos de contrariedad mientras observaban las tazas eran dignos de ser inmortalizados. Por supuesto, ninguno hizo caso del flash de la cámara. Era una verdad silenciada que todos estaban al tanto de que Alicia los espiaba cada vez que quedaban y por eso mismo hablaban unos tonos por encima de lo normal y la miraban de reojo de vez en cuando.

—No lo creo, movámonos otra vez. —El abuelo se levantó y el resto le imitó. Se movieron en sentido opuesto hasta que todos regresaron a sus posiciones iniciales—. Sigue frío, pero al menos está.

—Entonces, ¿había beso o no? —preguntó el señor Lemarch retornando a la conversación.

—Irrelevante. Al final era todo un sueño —expuso el señor Leep.

—¡Acabas de desvelar el final! —se quejó el señor Seehat.

—Pero si ya lo hemos leído, ¿qué más da?

—Los finales nunca se desvelan.

—No habéis entendido nada. No se despertaba de un sueño, se despertaba del amor —les interrumpió el abuelo. Eso era nuevo. Alicia alzó las cejas y de la emoción prácticamente sacó una cabeza por la puerta de la sala.

—¿Cómo va a despertarse del amor? —El señor Leep le miraba con escepticismo, sus pobladas cejas casi unidas.

—El amor adormece.

—¿Cómo va a adormecer el amor? ¡Vaya locura!

—No es ninguna locura. Los locos sois vosotros que no lo entendéis. Cuando se besan… —El señor White no pudo terminar la frase.

—Y él lleva sombrero —le interrumpió el señor Seehat.

—Y no llueve —especificó Lemarch.

—Eso, cuando se besan mientras él lleva sombrero y no llueve —corrigió el señor White mirando alternativamente a sus dos amigos, que asentían conformes—, se queda adormecido por el amor e imagina toda una vida junto a ella. Por eso cuando sus labios se separan se despierta. ¡Cómo iba a quedarse dormido de pie y besando a una mujer! Solo estaba adormecido por el amor, se despertó de un beso.

Alicia no daba crédito a lo que estaba escuchando. Era tan lógico dentro del poco sentido que tenía que se sorprendió a sí misma asintiendo con la cabeza, como si ella también formara parte del club de lectura y quisiera exponer su conformidad.

—Entonces —intentó razonar el señor Leep—. ¿Estaba dormido y alguien le besó y se despertó?

—¡No entendéis nada! ¡Nada de nada! No se durmió, solo se enamoró en el beso —repuso el abuelo—. Y cuando el beso finalizó se desenamoró del amor, por lo que despertó no de un sueño, sino de un beso.

—Lo que yo decía; un libro horroroso —zanjó el señor Seehat.

—Grotesco —apuntó el señor Lemarch.

—Un auténtico desvarío —reafirmó el señor Leep.

—Sí, la verdad es que era espantoso, de lo peor que he leído —admitió al fin el abuelo, y Alicia sacudió la cabeza. El club estaba llegando a su fin. «Lo bueno se acaba demasiado rápido» murmuró Alicia para sí misma.

—Voy a irme a casa a lanzarlo por la ventana —dijo el señor Lemarch al tiempo que se levantaba.

—Yo me voy a dormir, que tanto hablar de sueños me ha dado sueño —le imitó el señor Leep.

—Entonces yo también optaré por irme. —El señor Seehat se recolocó su sombrero, que se había quedado ladeado durante la discusión.

—Hasta el próximo sábado, entonces. —El abuelo les acompañó hasta la entrada.

—Adiós, señorita Alicia —se despidieron todos a la vez mientras salían por la puerta, lo que provocó que la chica diera un respingo y sonriera de oreja a oreja.

Le encantaba el club de lectura de su abuelo. La realidad era que nunca leían ningún libro, se lo inventaban. El abuelo siempre

mencionaba alguna escena con beso, porque le encantaban los besos, mientras que el señor Seehat se empeñaba en que alguno de los personajes llevara sombrero para que se pareciera a él. Lemarch insistía en el clima, pues para él las historias debían desarrollarse en marzo, que casualmente era el mes de su cumpleaños, y el señor Leep luchaba por no quedarse dormido ante tanta palabrería. Cada sábado ideaban una historia diferente, y normalmente la disputa terminaba en una pequeña discusión en la que todos confesaban que el libro era horrible y que ponía fin a la reunión. El club de lectura solo era la excusa para reunirse y el libro el tema del que hablar.

Hubo un tiempo en el que quedaban y no sabían qué decirse, por lo que terminaron distanciándose. Fue entonces cuando al abuelo se le ocurrió la idea del club de lectura, y por fin encontraron un motivo para verse y una conversación que mantener, y eso para ellos era lo importante, aunque todo fuera una gran mentira. Era una mentira, sí, pero era su mentira, y en cualquier caso una mentira que les mantenía unidos. Bienvenidas fueran las mentiras si todas tuvieran un fin tan valioso como conservar los lazos de una amistad que había perdurado durante décadas.

Y pensar en mentiras le recordó a Alicia los dibujos de Charlie. Habían pasado unas cuantas semanas y escasos eran los días en los que un dibujo no se deslizaba por su armario. Le parecían tan preciosos como mentirosos. ¿Cómo podía ser bonita una mentira? Quizá porque estaban disfrazadas de verdad. En los dibujos de Charlie, Alicia siempre aparecía con personas; las pisaba o hacía que su cangrejo las pisara, las dibujaba dentro de su estómago o hacía como si su cabello estuviera hecho de personas. Siempre rodeada de gente por todas partes, y ella se encargaba de vencerles o se fundía con ellos. Y eso era una gran mentira. En la vida real, Alicia acababa engullida por el miedo, por sus propias lágrimas. No habían vuelto a hablar, al menos no con palabras, pero Alicia deslizaba fotografías por su lado del agujero. Un dibujo por una fotografía.

Ese día se dio prisa en relevar la fotografía del club de lectura del abuelo y, cuando la tuvo lista la noche siguiente, la deslizó por el hueco de su armario. Pero la fotografía se quedó suspendida en el aire. Alicia estaba empezando a preguntarse si la fotografía había decidido alzar el vuelo cuando se percató de que era Charlie el que la sujetaba por el otro extremo.

—¡Te pillé! —dijo él, feliz.

Alicia se sobresaltó, y rápidamente apagó la luz de su armario y se encerró en él, pegándose todo lo que pudo a la pared que había debajo del hueco. Charlie no dijo nada al respecto y permaneció al otro lado contemplando la fotografía, con la tenue luz de su dormitorio de fondo.

—¡Es muy buena! —expresó mientras la examinaba—. ¿Quiénes son?

—Los amigos de mi abuelo. Es de ayer, durante el club de lectura.

—¿De qué libro hablaban?

—De ninguno.

—¿Cómo que de ninguno? No lo entiendo.

—Es que no se puede entender: no tiene sentido.

—Algún sentido tiene que tener.

—Hay cosas que simplemente no lo tienen.

—Todo tiene un sentido.

—¿Le ves sentido a intercambiar dibujos por fotografías o a hablar con alguien a través de un armario?

—Por supuesto —repuso Charlie con un deje de indignación en la voz—. Aunque el intercambio no es muy justo, los dibujos son infinitamente mejores.

—Los dibujos son mentirosos —replicó Alicia.

—¡Cómo te atreves! Si insultas a mis dibujos me insultas a mí.

—Es la verdad.

—No sé quién será esa verdad, pero no me gusta. Es un tanto engreída, va por el mundo creyéndose lo más. —Alicia rio—. ¿Y se puede saber por qué me hiciste aquella foto? —preguntó, refiriéndose al día de la mudanza.

—Para mi colección.

—¿Tu colección?

—Colecciono personas. —Charlie permaneció en silencio. Alicia supuso que prefería guardar silencio a hacer algún comentario que pudiera ofenderla—. Corta el rollo, no me gusta que me traten como si me fuera a romper. Puedes decirlo.

—¿Decir el qué?

—Lo que estás pensando.

—No estoy pensando nada.

—Eso es imposible.

—Pensaba que es raro que colecciones personas cuando bueno —hizo una pausa y Alicia le escuchó soltar el aire—, cuando no te gustan.

—Sí que me gustan —replicó, estirando el cuello, aunque la posición le impedía ver nada—. Me gustan las personas, pero no puedo evitar sentir miedo. ¿Te acuerdas del cangrejo que dibujaste?

—Sí.

—Era precioso. Pero si lo hubieras tenido delante te hubieras asustado; era enorme y estaba aplastando gente. Supongo que para mí las personas son como ese cangrejo.

—¿Me estás diciendo que te parezco precioso o que mi tono

de piel tira al anaranjado?

—¡Eres estúpido! —Alicia resopló.

—Vete a la mierda —replicó Charlie, y ella le escuchó contener la risa.

—¿Por qué quieres que me vaya a la mierda?

—Porque me has llamado idiota —contestó Charlie entre risas.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es una forma de hablar.

—Es una forma horrorosa de hablar.

—Ni siquiera puedo mandarte a la mierda tranquilo, ¡me exasperas!

—Te estás riendo. —Lo hacía, ella podía escucharlo a la perfección por mucho que intentara disimular.

—Me rio por no llorar.

—Pues llora, llorar a veces es mejor que reír.

—No quiero llorar.

—Entonces ¿por qué dices que te ríes por no llorar? —Alicia se tapó la boca con una mano para no echarse a reír.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Un poco sí —admitió ella.

—¡Pobre Charlie! Hablando con una chica a través de un armario y siendo insultado y ultrajado vilmente. Y todo eso sin saber el nombre de la cruel chica —se quejó él.

—Alicia.

—¿Alicia? ¿Estás de broma?

—No, ¿por qué? —preguntó frunciendo el ceño, extrañada con la pregunta.

—¿Tanto misterio para eso? Pensé que tendrías algún nombre especial. Se dice que el nombre es el reflejo de una persona, pero Alicia… —Chasqueó la lengua—. Es un poco tonto el nombre, si me permites decirlo.

—¡No te lo permito! —Alicia se había alejado un poco de la pared y tenía el rostro lleno de indignación.

—Pues es tonto.

—¡Ni que los nombres tuvieran que significar algo!

—Claro que sí. Tienes un nombre tan típico que seguro que no tienes nada de especial, me apuesto lo que sea a que eres igualita que el resto: con una cara, dos ojos, una nariz en el centro y los labios por debajo. —Su voz era sumamente petulante, lo que hacía que Alicia riera a carcajadas mientras le escuchaba hablar—. Igual que todos.

—Muy gracioso, ¡como si no me hubieras visto ya!

—¿Cómo te voy a ver, si te pasas el día encerrada en el armario? Aunque bueno, con ese nombre yo también lo haría. A-LI-

CIA —silabeó como un profesor que enseña a leer a un niño—. Podría formar elementos de la tabla periódica. Me aburroooo —dijo, alargando la «o».

Alicia rompió a reír, tanto que el estómago comenzó a dolerle.

—¿Y tú dónde estás, eh? ¡En el armario!

—A oscuras, para no verte —siguió Charlie.

—¡Pues me voy! —Se movió en el armario, dispuesta a dejarlo con la palabra en la boca.

—¡Eh, espera! —le pidió Charlie. Ella se detuvo con la mano en la puerta y miró hacia el hueco—. ¿Te apellidas Ag[3]?

Alicia fulminó al hueco de la pared con la mirada, como si el pobre tuviera la culpa de algo.

—¿Para eso querías saber mi nombre? —preguntó indignada —. Seguro que lo sabías y llevas una semana pensando en el chiste.

—¿Te has enfadado? —Su voz denotaba curiosidad, lo que hizo que se sintiera aún más irritada.

—Pues sí.

—¿Cuánto?

—¡Mucho!

—¿Mucho mucho o mucho poco?

—Eres un poco irritante —repuso Alicia, que no pudo evitar que se le escapara la risa.

—Solo le doy un poco de su propia medicina a mi torturadora. Al menos ahora sé su nombre.

—No sé de qué manera te puede consolar saber mi nombre. —Alicia se acomodó de nuevo, descansando la espalda en la pared y cerrando los ojos.

—Porque así tendré a alguien a quien maldecir cuando me pongan la camisa de fuerza. —Y justo después de decirlo escuchó un ruido al otro lado, como si Charlie se hubiera pegado a sí mismo con la palma abierta.

Alicia rio.

—No me he sentido aludida, eres tú el que lo hace evitando decir según qué cosas.

—Soy un poco bocazas.

—¿Pensabas quedarte todo el día en el armario esperando a que te pasara la fotografía? —quiso saber Alicia, cambiando de tema.

—Claro, si hasta me he traído unos sándwiches y unos zumos —dijo Charlie que, para sorpresa de Alicia, le pasó un zumo a través del hueco—. ¿Brindamos?

Alicia, que no daba crédito, miraba el bote de plástico como si de un extraterrestre se tratara.

—¿Y si no te hubiera pasado hoy ninguna?

—Pues hubiera seguido esperando. No creo que te fueras a ir

de vacaciones, dejándome aquí esperándote eternamente.

A Alicia se le formó una enorme sonrisa en los labios, tan grande que podríamos decir que todo su cuerpo sonrió con ella.

—Que sepas que me voy de vacaciones.

—¿Ah, sí? ¿A dónde?

—A unas islas desiertas.

—Si estás tú en ellas de vacaciones técnicamente ya no están desiertas, ¿no?

—Técnicamente no —asintió al tiempo que abría el zumo y bebía un sorbo con su pajita. Era de manzana.

—¿Y qué me dices del espejo? Tú eres una persona, ¿si te ves en él te asustas?

—No tanto como debes de asustarte tú al verte.

—Y pongamos —siguió Charlie, animado con las suposiciones— que te encontraras una fotografía a tamaño real de una persona, ¿te daría miedo?

—Vale ya, ¿no? —protestó ella.

—¡Tengo una buena! —Alicia casi podía ver su cara de niño travieso—. ¿Y si lees un libro con personas, cuando hablan te asustas y lo cierras? Debe de llevarte entonces mucho tiempo leer un libro si cada vez que aparece alguien lo cierras…

—¡Vete a la mierda!

—¿Por qué quieres que me vaya a la mierda? —la imitó él.

Los dos rompieron a reír. Alicia sintió una extraña alegría al comprobar cómo Charlie comenzaba a dejar de tratar su problema como algo tabú. Brindaron en la oscuridad del armario con zumo de manzana, por encontrar esa isla desierta en la que Alicia pudiera campar a sus anchas sin temer que nada ni nadie pudiera estropear su dicha. Esa noche, sin saberlo, sembraron la semilla de una isla que no tardaría en brotar.

3 Plata, elemento de la tabla periódica

-Capítulo 11-
Charlie

Pensó que había huellas más duraderas que las dejadas en la arena, en un bloc de dibujo o en una taza vacía. Huellas invisibles poblaban el mundo, surcando pieles y contando historias.

Charlie conducía con la mente lejos de la carretera, del tránsito y de cualquier signo de vida. Aferraba al volante con una cortesía nada propia de él y la sonrisa se le escapaba cada pocos segundos sin que él mismo pudiera hacer nada por evitar que emergiera. Parecía un niño dándole forma a una elaborada travesura, y realmente podríamos asegurar que se trataba de algo así. Había salido de casa con una idea vaga de lo que quería y había vuelto con la determinación de alguien que tiene todas las de ganar. No podía salir mal. Mientras esperaba en un semáforo miró de reojo la bolsa que descansaba sobre su asiento y la sonrisa se le ensanchó en los labios.

Cuando se puso de nuevo en marcha y giró en la curva vio a la señora que recordaba haber visto el día que se había mudado. Tenía un puñado de bolsas en cada mano y su paso era lento, como si le costara enormemente avanzar. Más tarde, cuando Charlie recordase ese instante, pensaría que debería haber pasado de largo y haberse hecho el loco, pero en ese momento no pudo hacer más que detenerse a un lado de la carretera y salir del coche para ayudarla con las bolsas. Así de atento era Charlie.

—Señora, déjeme que le ayude —le dijo, quitándole las bolsas de las manos.

—Oh, muchas gracias —contestó ella, agradablemente sorprendida—. Y por favor, llámame Donna.

—Donna —Charlie sonrió y le señaló el coche con un gesto de la cabeza—, venga conmigo, que la llevo en el coche.

—Claro que no, pero si está aquí al lado. —La mujer señaló hacia una de las casas cercanas y Charlie reprimió una sonrisa. Todavía quedaban unas cuantas manzanas hasta llegar a su calle.

—Insisto.

La mujer emitió un resoplido, pero le siguió sin rechistar una sola vez más. Tenía la frente perlada de sudor y el rostro ligeramente enrojecido. Charlie guardó las bolsas en el maletero y le pidió que se sentara en el asiento del copiloto.

—Qué calor más horroroso hace —dijo la mujer colocándose sobre su regazo, junto a su bolso, la bolsa que segundos antes descansaba sobre el asiento. Movía los pies nerviosamente mientras se abanicaba con una mano y la bolsa hacía un ruido incesante, como el llanto de un niño que no es capaz de calmarse cuando lo están meciendo.

Charlie debió de quedarse embobado mirando la bolsa como si en cualquier momento la mujer fuera a salir del coche y a llevársela con ella, porque de pronto tenía a Donna casi pegada a su hombro, y parecía que esperaba una respuesta con cierta irritación.

—¿Perdón?

—Estás pensando en algo, hijo mío, y eso hace que olvides hablar —le dijo la señora—. Dime, ¿quién es ella?

—Se equivoca, no estoy pensando en ninguna chica —aseguró él con una sonrisa, pero sentía tal apuro que su rostro se había ruborizado ligeramente, como siempre hacía en estos casos.

—Claro que sí, no hay de qué avergonzarse por estar enamorado. Y la moraleja de esto es: «El amor hace fuertes a los débiles».

—¿Me está llamando débil? —preguntó Charlie, dedicándole una mirada fugaz.

—Claro que no, hijo. Pero no me diga que si todos pensáramos con el corazón y no con la cabeza el mundo no sería un lugar más bonito —manifestó.

Charlie no sabía qué tenía que ver una cosa con la otra, pero decidió que era mejor no preguntar nada. En su lugar, dijo:

—Y más caótico.

—¿Y qué es el caos? —La mujer volvió a acercar la cabeza junto a su hombro y miró hacia delante, como si quisiera ver a través de los ojos de Charlie. Él se sintió algo incómodo, su cuerpo le pedía a gritos que se apartara de esa barbilla puntiaguda, pero se vio obligado a mantenerse inmóvil para no ofenderla—. El caos cuando viene del amor es hermoso. Cuando viene de la mente —se tocó la sien con un dedo— lo hace en forma de guerras. Eso es lo que pasa cuando se piensa demasiado. Y la moraleja de esto es: «Haz el amor y no la guerra».

Charlie aminoró la velocidad al llegar a la calle donde vivían, esperando a que ella le indicara dónde debía parar, pero la señora continuaba mirándolo con atención.

—¿Otra vez pensativo?

—Estaba pensando si debo parar el coche ya. ¿No vive por aquí?

Donna se volvió para mirar la calle e hizo un gesto teatral con una mano.

—Pero si ya te has pasado —dijo en un tono que se asemejaba al de una profesora que regaña a su alumno por recitar la lección mal —. Es esa de allí —señaló a un par de casas más abajo—, tienes que dar la vuelta.

Charlie la miró atónito. ¿De verdad iba a hacerle dar la vuelta por dos casas? Pero como la mujer se recolocó en su asiento y le dedicó una mirada que decía a las claras que debía darse prisa en dar la vuelta, obedeció sin decir una palabra.

—Dime, ¿ya has conocido a tu vecina? —le preguntó la mujer en cuanto giraron al final de la manzana.

—¿Alicia?

—Eso es lo que sucede cuando alguien piensa demasiado —murmuró como si estuviera hablando consigo misma—. Esa chica piensa tanto que es normal que no quiera salir a la calle. Yo tampoco lo haría si me parara a pensar. ¡Con los peligros que puedes encontrar al cruzar la calle! Y la moraleja de esto es: «Piensa menos y acertarás».

—Querrá decir «piensa mal y acertarás» —corrigió Charlie, deteniendo el coche justo enfrente de la casa de Donna para evitar tener que dar otra vuelta más. Empezaba a arrepentirse de haberla llevado en coche.

—Eso es lo que he dicho —contestó la mujer, claramente ofendida.

Ni siquiera se planteó la idea de rechistar. Salió del coche y sacó la compra de la mujer, que había dejado de pelearse con el cinturón de seguridad y miraba con la boca abierta el interior de la bolsa de Charlie.

—¿Para qué quieres esto? No me digas que eres uno de esos chicos que se dedican a asaltar casas ajenas —preguntó la mujer, dedicándole una mirada acusadora.

—Por supuesto que no. Es solo un disfraz —contestó con toda la calma que fue capaz acumular—, y no es para mí.

Se notaba que Donna no le creía, pero aun así asintió y dejó la bolsa de nuevo en el asiento. Charlie suspiró y la siguió por la acera para llevarle las bolsas hasta la puerta, sin percatarse del señor que se acercaba a ellos.

—Buenas tardes. —Era el abuelo de Alicia, con su traje tan impoluto como de costumbre.

—Tardes no serán hasta que me haya llevado algo a la boca —contestó la mujer—. ¿Va a dar un paseo?

—Como todas las tardes —asintió el hombre.

Donna consultó su reloj y le dedicó una sonrisa.

—Usted puntual como un reloj.

—Le he traído su abanico. —El señor White sacó un abanico de su chaqueta y se lo tendió—. Se lo dejó ayer cuando vino por casa.

—Oh, ya me estaba preguntando dónde se había metido el muy granuja. —Comenzó a abanicarse alegremente—. Espero que le haya gustado la sopa. —Charlie pudo ver cómo la mujer se acercaba al abuelo de Alicia, los ojos le brillaban y sonreía de una manera un tanto exagerada. Estaba claro que intentaba coquetear con él, y por cómo el hombre se alejaba de ella supuso que al señor White no le hacía ninguna gracia. Tuvo que aguantarse las ganas de echarse a reír.

—Estaba deliciosa —contestó el señor White en un tono muy cortés.

—Tenía el punto justo de pimienta.

—Mi nieta no diría lo mismo.

—Estos jóvenes de hoy en día son demasiado quisquillosos con la comida. —Le dedicó a Charlie una mirada desdeñosa.

El señor White siguió la mirada de Donna hasta Charlie y, como si acabara de reparar en su presencia, le preguntó:

—¿No le ha dicho nadie que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

Charlie se quedó estupefacto.

—No estoy escuchando —replicó indignado—. Estoy esperando a que la señora entre a su casa para llevarle la compra. —Alzó las bolsas como prueba de que sus palabras eran ciertas.

—Puede esperar en otro sitio. —El hombre apartó la mirada con brusquedad.

—Bueno —empezó la mujer, reclamando la atención del señor White—. ¿Qué os parece si os invito a tomar algo? Un té para usted y para ti un plato de la sopa que preparé esta mañana —le dijo a Charlie, haciendo un gesto para que la siguieran.

—Gracias, pero ya he comido —mintió Charlie, que no tenía ninguna gana de comerse la sopa de la mujer.

Donna les abrió la puerta y los dos entraron tras ella.

—Comerás aunque sea medio plato. Mírate, estás muy delgado —expuso dedicándole una mirada fugaz a los brazos de Charlie. Él hizo amago de replicar, pero ella lo acalló levantando un dedo—. Ni una palabra más.

Les hizo pasar hasta la cocina y les pidió que se acomodaran mientras ella preparaba el té y sacaba un caldero de la nevera. Charlie comenzó a preguntarse si sería de muy mala educación salir corriendo sin mirar atrás. Entonces levantó la vista y se sorprendió al comprobar que el señor White le estaba mirando con una mano en la boca, los hombros le temblaban y tenía el rostro encendido, intentando por todos los medios reprimir la risa. Era uno de esos momentos tan surrealistas, con el serio señor White rojo por la risa y Donna moviendo la sopa, que a Charlie no le hubiera extrañado que le sonara el despertador y lo sacara del sueño.

—Querida —dijo el señor White cuando logró recomponerse —, ¿le queda algún caramelo de limón de esos que tanto me gustan?

Donna dejó la cuchara a un lado y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, y Charlie no tuvo la menor duda de que haría cualquier cosa que quisiera el hombre con tal de que le dedicara una pizca de su atención.

—Por supuesto, querido. ¿Lo quiere ahora o después de tomarse el té?

—Ahora, si puede ser.

La mujer asintió y salió de la cocina canturreando. Y justo en el momento en que desapareció, el señor White clavó su mirada en Charlie.

—Corra y no mire atrás.

—¿Perdón? —Lo miró sin comprender.

—Jovencito, le estoy dando la oportunidad de librarse de esa bazofia. Márchese antes de que sea demasiado tarde. —Charlie no supo qué le sorprendió más, si el hecho de que continuara hablándole de una manera tan formal o el dramatismo que imperaba en su voz.

Fuese lo que fuese, se levantó de un salto.

—¿Qué pasa con ella? —le preguntó deteniéndose al llegar a la puerta de la cocina.

—Yo me ocupo de ella. —Charlie asintió y le dio las gracias. No obstante, cuando estaba a punto de atravesar la puerta, escuchó al hombre que le decía—: Como vuelvas a llamar loca a mi nieta hago que te tragues un caldero entero de esa sopa, ¿me has oído?

Se habían acabado las formalidades. Charlie asintió y su rostro expresó lo arrepentido que se sentía, y eso era lo único que el señor White necesitaba saber. No volvió a mirar atrás ni una sola vez.

[image]

Pasaban las once de la noche cuando Charlie advirtió que se abría el armario de su vecina. Se levantó como un resorte. Llevaba horas esperando ese momento y ya casi había perdido las esperanzas de hablar con ella. Si la situación no fuese la que era habría llamado a la puerta de su casa, a su teléfono o habría usado cualquier otro método ordinario. Pero Alicia no era una chica corriente.

Con la bolsa en la mano, se metió en el armario y se sentó en la misma postura de las últimas veces, una con la que ella se sentía cómoda.

—Has tardado —le dijo.

—No sabía que habíamos quedado —replicó ella.

—Eso es porque tienes muy mala memoria.

Charlie escuchó cómo la chica cerraba la puerta del armario tras de sí y se acomodaba.

—O porque tú te tomas la licencia de quedar por los dos.

—¿Así que tenía que pedir cita?

—Exacto. Mi agenda va a estallar de lo ajetreada que está.

Charlie sonrió. Le hacía gracia a la vez que le apenaba que Alicia bromeara sobre su problema.

—He comprado una cosa —comentó, sin poder contenerse por más tiempo.

—¿El qué? —Por su tono casi podía ver su gesto de curiosidad.

Le pasó la bolsa a través del hueco y oyó cómo Alicia sacaba el interior y lo examinaba.

—¿Un cerdo? ¿Quieres que me lo ponga?

—¡Claro que no! Es para mí. A ver, dámelo —le pidió. Alicia obedeció y volvió a pasárselo—. Como te parezco tan feo que no puedes mirarme, he pensado que me vendría bien una careta de un cerdito mono —explicó, ajustándosela a la cara. Era una de esas caretas de plástico con una sonrisa enorme que cubren toda la cara y se sostienen por medio de un elástico; solo que tras la sonrisa se escondía un cerdito sonrosado de orejas puntiagudas que sobresalían a los lados y se movían graciosamente—. Estoy tan ridículo con ella que es imposible que puedas asustarte cuando me mires —le dijo como si tal cosa—. Mírame —le pidió. Charlie había dejado la puerta abierta y la luz de la habitación estaba apagada, como acostumbraba a hacer cuando hablaba con ella a través del hueco de la pared, así que tuvo que levantarse y encenderla para que ella pudiera verle el rostro—. Mírame solo un momento y dime si sigo dando miedo.

La chica asomó la cabeza por debajo del hueco, donde acostumbraba a ocultarse pegada a la pared, y Charlie tuvo que reprimir una sonrisa. Había sacado la cabeza de tal manera que solo veía una parte minúscula de la frente y un ojo. No tardó ni cinco segundos en volver a esconderse.

—Nunca he dicho que fueras feo.

Charlie volvió a sentarse dentro del armario, dejando esta vez la luz del dormitorio encendida. Que no hubiera salido corriendo era prueba suficiente de que su idea había dado resultado.

—¿Entonces te parezco guapo?

—¡Tampoco he dicho eso! —replicó ella.

—A ver si te decides. —Chasqueó la lengua—. Entonces, ¿te gusta mi nueva cara?

—¿Por qué un cerdo? —preguntó ella, cambiando de tema.

Charlie sonrió. Su voz sonaba distorsionada por la careta y la sentía pegajosa contra su piel. Tal vez fuera incómoda o ridícula, pero, si ayudaba a que el miedo de la chica desapareciera, las molestias bien habrían valido la pena.

—Lo del cerdo fue idea de Wendy, mi mejor amiga —explicó

él—. Estaba en una tienda y habían cientos de caretas de animalitos, y como no me decidía la llamé para preguntarle. «Pues un cerdo, Charlie, qué preguntas más tontas me haces» me dijo cuando le pregunté. —Soltó una risotada—. «Un cerdo, como Penélope» —murmuró imitando teatralmente la voz de su amiga.

—¿Quién es Penélope?

—Penélope, la de la película. ¿No la has visto?

—No.

—Bueno, pues *Penélope* cuenta la historia de una chica de alta sociedad que nace con una maldición que solo puede romperse cuando alguien de su posición se enamore de ella. Ahora que lo pienso es un poco como tú, nunca sale de casa —dijo golpeando la careta con un dedo, como si de repente la idea cobrara mucho más sentido—. Tiene cara de cerdo —explicó—, aunque sería más correcto decir que tiene nariz y orejas de cerdo, porque por lo demás sigue siendo la misma Christina Ricci de siempre.

—¿Christina Ricci? —preguntó Alicia.

—¿No sabes quién es? —Alicia emitió un sonido de negación —. ¿Recuerdas *Casper*?

—Ni idea.

Charlie se incorporó asombrado.

—¿No has visto *Casper*? Qué pasa, ¿no ves la tele?

—En realidad, no. —Le contó el problema del abuelo la última vez que habían intentado poner una televisión en casa—. Veo alguna película con Chase cuando trae el ordenador, pero normalmente prefiero hacer otras cosas. Me aburre verlas sola.

—¿Por qué?

—Es que no tengo a nadie con quien comentar la película mientras la veo. Es aburrido —repitió, suspirando sonoramente.

—¿No te han dicho que las películas se ven en silencio?

—¿Es alguna clase de norma? —preguntó la chica con tanta ingenuidad en la voz que Charlie tuvo ganas de sacar la mano por el hueco y revolverle el pelo.

—Es la gran norma de ver una película.

—Pues entonces prefiero leer, al menos puedo comentar el libro conmigo misma, o con el abuelo si está cerca.

—Dios, eres increíble —rio.

—Gracias. ¿Me vas a contar de una vez en qué se parece la *chica-cerdo* a mí?

—Perdona, pero has sido tú la que me ha interrumpido.

—De eso nada, tú mismo te interrumpiste en medio de la explicación al nombrar a la Sophia esa.

—Christina —replicó Charlie.

—¡Eso he dicho!

Charlie puso los ojos en blanco.

—Está bien, ¿por dónde nos habíamos quedado? —Hizo una breve pausa—. Ah sí. Como te decía, Penélope tenía cara de cerdo.

—¿No decías que solo eran la nariz y las orejas?

—¿Quieres dejar de interrumpirme?

—Está bien, lo siento —refunfuñó Alicia.

—Por eso mismo Penélope no salía nunca de casa —continuó—, no le gustaba que la gente le tuviera miedo, así que se pasaba el día encerrada en su mansión, daba clases en casa y sus padres no permitían que nadie la viera.

—¿Por eso dices que se parece a mí, porque no sale de casa? ¡No se parece en nada! ¿A qué clase de persona no le gusta que la gente le tenga miedo? —Alicia se había puesto de rodillas y se había acercado al hueco lo suficiente como para que Charlie pudiera ver una buena parte de su rostro, y eso le hizo sonreír para sus adentros. Se estaba acercando a él, ya fuera por la careta o por la confianza que se iba forjando entre ellos, poco importaba eso. Lo importante era que estaban superando una barrera y que Charlie estaba dispuesto a derribar todas las demás.

—A muchas más de las que te imaginas —contestó y se obligó a mantenerse quieto en el sitio y apartar la mirada para que no se diera cuenta de que podía verla. No quería que se asustara y se alejara de él—. Es triste que la gente te mire, te tenga miedo o se ría de ti por cómo eres, ¿no te parece? —No esperó respuesta ni la miró, pero sabía que lo había comprendido, que ella lo había vivido de primera mano—. El caso es que debe encontrar a un chico de su posición que la quiera por cómo es para romper la maldición.

—¿Y lo consigue?

—Eso no te lo voy a decir.

—¿Por qué? —Casi podía verla hacer un mohín.

—Pues porque no se cuentan los finales de las películas. ¿No te gustaría verla?

—Puede.

—Podríamos verla juntos —propuso—, así tendrías a alguien con quien comentarla. —Sabía que se estaba precipitando, pero era algo tan natural de su personalidad que le costaba recordar que con Alicia debía pisar el freno y aminorar la marcha—. No digo ahora ni mañana, ni siquiera dentro de un mes —aclaró rápidamente—. Cuando tú quieras. Y con mi careta, por supuesto.

Alicia no dijo nada y escuchó cómo se acomodaba de nuevo en el armario. Permanecieron en silencio, cómodos con la presencia del otro, sus respiraciones como único sonido de fondo.

—¿Lo pensarás? —preguntó Charlie al cabo de unos minutos.

—Sí.

Y ese «sí» fue para Charlie mucho más dulce que un abrazo, más cercano que una caricia y, sin duda, más significativo que todo el peso de un diccionario.

-Capítulo 12-
Alicia

Comprendió esa noche que hay lazos mucho más fuertes y duraderos que los de la sangre, como el roce de una caricia en la distancia o la melodía que emana del fondo de los silencios.

El carraspeo incesante del abuelo le hizo apartar la mirada del libro de ilustraciones en el que estaba inmersa; tenía medio cuerpo inclinado hacia el tablero de ajedrez, la cara prácticamente besaba las fichas como si fuera incapaz de verlas de cerca, lo cual no tenía mucho sentido, pues llevaba bien puestas sus gafas. Alicia solo necesitó un instante para mover ficha y continuar con la lectura. El señor White murmuró algo por lo bajo y puso el cronómetro.

Siete minutos. Eso era lo que el abuelo dedicaba a pensar cada jugada. Ni más ni menos. A los siete minutos movía ficha, fuera cual fuera esta, y le tocaba el turno a Alicia. Siempre seguían el mismo sistema. Ella no necesitaba tiempo para mover ficha, lo hacía mecánicamente. Ambos se sabían la partida de memoria, llevaban años practicando la misma jugada. Alicia solo quería conseguir que uno de los peones llegara al otro extremo para convertirse en reina, y su abuelo buscaba el jaque mate. Por ello, él se las ingeniaba para dejar libre una parte del tablero, haciendo la vista gorda algunas veces con tal de que su nieta llegara sana y salva al otro lado, mientras que él iba eliminando gustosamente el resto de sus fichas. Alicia también se hacía la loca con eso. Le daba verdadera pena comerse las fichas del abuelo, y solo si la enfadaba mucho y se tomaba en serio la partida lograba ganarle y hacer un jaque mate antes que él. Pensaréis que era un aburrimiento jugar una partida de ajedrez sin aliciente alguno, sabiendo de antemano cómo va a concluir, pero os aseguramos que tiene tanto mérito jugar en serio que ingeniárselas para lograr que la ficha de un jugador llegue a ser reina mientras que la del otro disfrute de su momento de gloria.

Una hora y media después, que es lo que tardaban en terminar una partida —algo que también estaba rigurosamente calculado de antemano—, Alicia colocó la ficha del peón en la octava casilla y se proclamó reina con una sonrisa. Siete minutos después, el abuelo anunció jaque mate y la partida llegó a su fin.

—Buena jugada —le dijo él.

—Un placer —canturreó ella al tiempo que se levantaba.

Y estaba a punto de salir hacia el jardín cuando su abuelo la detuvo.

—Tus padres están al llegar.

—No sabía que veían hoy. —Hizo una mueca frunciendo los labios—. Les puedes decir que he salido. —El abuelo se recolocó las gafas y la miró con expresión severa, o al menos fue lo que intentó, porque la realidad era que ni queriendo podría dedicarle un mal gesto a su pequeña—. Quizás esa isla desierta de la que hemos estado hablando sería más creíble —sugirió ligeramente esperanzada. Él negó con la cabeza—. ¿La luna?

—No pues esconderte de tu madre.

—Poder se puede.

—Alicia —su tono de voz denotaba cansancio—, ya hemos hablado de esto. Me lo prometiste —le recordó.

Ella suspiró.

—Una vez al mes, sí. Está bien, iré a cambiarme. —Rose era de esas personas que se interesaba mucho en los detalles, no solo necesitaba tenerlo todo bajo control y que se hiciera su voluntad sino que, además, le gustaba que las cosas siempre estuvieran en su lugar y que el mundo entero fuera un adorno más dedicado a su persona. Alicia tenía que ponerse uno de sus mejores vestidos cuando su madre venía de visita, cosa que afortunadamente no solía hacer muy a menudo.

El señor y la señora Little llegaron puntuales, como de costumbre, y Alicia estaba preparada, sentada correctamente en el sillón y con una de esas sonrisas postizas que ni ella misma se creía. Su madre la saludó con un beso en la mejilla y su padre le dio un achuchón. Alicia quería mucho a su padre, pero odiaba que siempre le diera la razón a su madre en todo, de modo que aprendió a una temprana edad que no debía fiarse de él. Cuando eran niñas, a ella y a su hermana las traiciones de su padre las lastimaban como cuchillazos, una pequeña traición dolía tanto como si se rompieran un brazo o se dislocaran el hombro; todo volvía a su lugar, pero el recuerdo se mantenía inalterable. Por eso Alicia siempre había preferido al abuelo, era el único que hacía lo posible por comprenderla aunque la mayoría de las veces distara mucho de hacerlo.

En cuanto Rose se sentó a su lado y comenzó a parlotear, Alicia empezó a contar siguiendo el compás del tic-tac del reloj de la sala. Era bastante complicado hacer como que seguía el hilo de la conversación mientras contaba y contaba, un pequeño reto personal superar el número al que llegó el mes pasado. Y en eso seguía mientras su madre le hablaba al abuelo de la impertinencia del párroco o los problemas con la nueva encargada de la contabilidad de la comunidad de propietarios. La vida de su madre consistía en eso:

criticar a la gente de fuera y obviar los problemas que tenía de puertas para adentro. Alicia era un problema para ella, su «Problema» con mayúsculas, y habría preferido encerrarla en un hospital psiquiátrico a permitir que los amigos, vecinos e incluso otros familiares se enteraran de su «problema». Rose no quería entender que su hija no estaba loca, era muy tajante en sus observaciones y si Alicia no podía salir a la calle significaba que estaba enferma, y si estaba enferma necesitaba estar en un hospital. Tan claro como que dos más dos son cuatro y que el sol sale por el este y se pone por el oeste.

Por eso, cuando Eve murió y el problema de Alicia se acentuó, la mujer había aceptado que su padre se encargara de su hija. El abuelo jamás habría permitido que su nieta fuera a parar a ningún hospital, y aunque no eran pocas las veces que Rose aprovechaba para sacar el tema e intentar convencerlo de que Alicia tenía un problema muy serio que había que solucionar cuanto antes, él siempre se las ingeniaba para barrer el tema hasta la puerta de la entrada. «A oídos sordos, palabras necias», solía decir el abuelo, que venía a significar que si alguien no quería escuchar no había modo de hacerle entrar en razón por mucho que uno se esforzara en intentarlo.

Alicia ya iba por dos mil ochocientos veinticinco cuando su madre se levantó para echar un vistazo al jardín. Ni siquiera la vio salir de tan inmersa que estaba en los números. El abuelo, que sabía exactamente lo que estaba haciendo, la miró de reojo y escondió una sonrisa tras su porte displicente.

—¡Santo cielo, pero qué le ha pasado a mis preciosas rosas rojas! —bramó Rose cuando volvió al salón minutos después—. ¡El jardín está horrible!

—Te equivocas, querida, está mejor que nunca.

—Hay flores muertas, demasiadas rosas blancas y ¿me puedes explicar qué son esas espantosas flores púrpuras?

—Tú misma lo has dicho: flores —respondió el abuelo, y Robert carraspeó para evitar reírse y despertar la ira de su mujer.

—Son Aristolochia gigantea —contestó a su vez Alicia, que no podía evitar que el orgullo se le notara en la voz. Adoraba lo hermoso que se veía su jardín en verano, había invertido muchas horas de su tiempo en él—, y son preciosas.

—Son horribles —insistió la mujer—, y huelen francamente mal. Creo que deberías quitarlas. —Era una sugerencia, claro que su tono de voz distaba mucho de serlo—. Sí, y yo podría ayudarte —murmuró para sí misma—. Lo haremos antes de que nos marchemos.

—Lo que tú digas —dijo Alicia. Y muy bajito, para que solo su abuelo pudiera escucharla, añadió—: Su majestad.

Al señor White, que se estaba comiendo un caramelo de limón de esos que Donna le traía cada semana, le dio un ataque de tos.

—Papá, ten cuidado —le amonestó su hija—. A tu edad no deberías comer tantos dulces, ya sabes lo que dice el médico.

—Sí, querida, no te preocupes —accedió mirando de reojo a Alicia, que de repente se había percatado de que había dejado de contar. Se regañó a sí misma por ser tan despistada. Su mente volvía a campar a sus anchas y ahora debía lidiar con esa parte de su cerebro que no dejaba de decirle que mandara a su madre a dar una vueltecita por el barrio.

—Alicia, hija, ven a la cocina. Voy a preparar la merienda y mientras tanto podemos hablar de madre a hija, si te parece. —Y ese «si te parece» se pareció más a un «o te levantas o te levanto».

No tenía sentido discutir con su madre por dos razones. Primero porque las discusiones de su madre no llegaban a ninguna parte, eran como las líneas borrosas de un mapa que se ha caído al mar y ha perdido todo su color. Y segunda porque le había prometido al abuelo que se comportaría, y ella siempre seguía al pie de la letra las promesas que le hacía al abuelo. Así que ahí estaba, sentada en la cocina mientras veía a su madre preparar una merienda que más parecía el banquete de la celebración de un no cumpleaños.

—Tengo algo para ti —dijo Rose con una enorme sonrisa, depositando un libro de autoayuda sobre la mesa titulado De hormiga a persona—. Tenemos que tratar tu problema, hija. Sé que Ofelia es buena en lo que hace, pero creo que contigo no pone toda la carne en el asador. O desconoce cuál es tu problema y cómo solucionarlo o es demasiado indulgente. Cambiaremos de psicóloga —zanjó con rotundidad.

Alicia desconectó. Estaba cansada de escuchar siempre la misma historia y, teniendo en cuenta que normalmente empezaba con el cambio de psicóloga y acababa hablando de hospitales de prestigio o casas de reposo, calculó que todavía le quedaba para rato. Cogió el libro y lo abrió por una página al azar. Ni siquiera volvió la vista para comprobar si su madre la miraba. Arrancó una hoja y comenzó a hacer un avión de papel, que depositó a un lado de la mesa. A continuación, hizo una grulla, seguida de un pájaro, un gato y algo similar a un pato. A Chase se le daba bien la papiroflexia y le había enseñado a hacer algunas figuras, aunque la mayoría ya las había olvidado. Su preferida era una rana saltarina que todavía guardaba como un tesoro en el cajón de su mesita de noche. Repitió el pato, con el mismo resultado, y cuando su madre terminó y descubrió lo que había estado haciendo, a punto estuvo de tirar un plato con pastas al suelo.

—¡¿Has roto el libro?! —dijo casi en un grito, con una mano en el pecho como si estuviera a punto de sufrir un ataque.

—Lo tengo repetido. —Compuso su expresión más angelical

—. Es la tercera vez que me regalas el mismo libro.

—¡Por supuesto que no! ¿Crees que no me habría fijado?

Alicia le dedicó una mirada suspicaz.

—No, no lo haces. De lo contrario no lo tendría repetido.

—¡No seas impertinente! —protestó su madre.

—Si quieres voy a buscar los otros para que veas que no me invento nada —sugirió al tiempo que se levantaba, aunque sabía que era una tontería hacerlo. Rose jamás permitiría que se la dejara en evidencia, por lo que haría cualquier cosa para evitar ponerse en una situación que la comprometiera.

—Solo intento ayudarte, ¿es así como me lo pagas? —Alicia guardó silencio y volvió a ocupar su sitio. Su madre debió de pensar que en su rostro había arrepentimiento y no enfado, que era lo que realmente sentía, porque no tardó en decirle—: Está bien, puedes disculparte.

Alicia se mordió el labio. «¿Cómo te pago el qué? ¿Que me tengas escondida para que nadie cuchichee a tus espaldas? ¿Que le hayas dicho a todo el mundo que estoy en una universidad de París? ¿Que me compres tres veces el mismo libro que se titula De hormiga a persona y tiene una hormiga gigante en la portada? ¿Tan difícil es recordar que ya me lo has comprado?». Eso era lo que realmente quería decirle a su madre, gritárselo hasta que desapareciera para siempre de su vista. Sin embargo, lo único que pudo responder, y no por ella sino por el abuelo, fue un triste «lo siento» en voz tan baja que Rose le hizo repetírselo.

—Lo siento —volvió a decir mirándose los pies.

—Muy bien. —Rose se dio la vuelta y continuó con la merienda, tarareando una canción, como si la conversación que habían mantenido jamás se hubiera desarrollado, como si su hija estuviera bien lejos de la cocina y de su vida.

Pero Alicia quería saber algo y era en ese momento o nunca el preguntárselo.

—Mamá, ¿se te ocurre dónde escondería algo la tía Mary?

Su madre dejó la bandeja que sostenía en las manos sobre la encimera con brusquedad.

—¿A qué viene esa pregunta? —quiso saber. La chica sintió que la atravesaba con la mirada.

—El abuelo me contó una historia —explicó enredando un mechón de pelo en un dedo, un gesto que revelaba su nerviosismo—. Me dijo que la tía había escondido una estrella, pero por más que busco no encuentro nada.

—Y nada vas a encontrar. —El gesto de Rose era duro—. ¿Una estrella? Tu tía estaba loca y tú estás más loca que ella si crees que vas a encontrar algo así. —Alicia se quedó callada, mordiéndose los

carrillos de tal manera que sentía el sabor metálico de la sangre—. Menuda familia de locos, a veces pienso que soy adoptada —murmuró para sí misma, atusándose el pelo—. ¿Quieres terminar como la tía Mary? —le preguntó, quedándose a un palmo de su cara.

Alicia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apartarse.

—No —contestó con un hilo de voz.

—Pues cambia —concluyó Rose—, y no me mires con esa cara. Todo lo que hago es por tu bien y nadie me lo agradece. Soy la que más sufre con todo esto y ni siquiera te he escuchado darme las gracias —le dijo con voz exageradamente afectada antes de volver a por la bandeja y ordenarle que la siguiera. Alicia no pudo hacer más que obedecer y tragarse todas y cada una de sus palabras. Podría haberle dicho todo lo que pensaba, pero no habría servido de nada; su madre habría acabado olvidándolo y ella desterrada de la casa del abuelo.

[image]

La tarde había sido demasiado larga para Alicia, tanto que cuando se metió en el armario y oyó a Charlie entrar en el suyo y saludarla alegremente, como si ella fuera una persona normal, sintió tal alivio que las lágrimas comenzaron a brotarle sin que pudiera hacer nada por controlarlas. Pero lo cierto es que no lo era. Aunque Charlie insistiera en hacérselo ver, no lo era y nunca lo sería. No había prueba más grande que la careta que el chico se había enfundado. ¿Qué persona necesitaría una careta para poder mirar a otro a los ojos? «Solo una loca como yo», se dijo a sí misma. De todas las personas que podrían criticar la actitud de Alicia o regañarla no había ninguna que fuera más dura que ella misma. Es más, prefería serlo, de esa manera nadie podría hacerle más daño que el que pudiera hacerse a sí misma. Era un extraño consuelo saber eso, anticiparse a cualquier dolor externo.

—Eh, ¿qué te pasa? —La voz preocupada de Charlie la obligó a ocultar su cara con ambas manos. No quería que la escuchara ni la viera llorar. Ni siquiera quería que la mirara, ya puestos. Lo único que quería era saber que estaba al otro lado, sentir que no estaba sola, que alguien la aceptaba tal y como era.

Negó con la cabeza y continuó sollozando al tiempo que intentaba limpiarse las lágrimas con fuerza. Charlie asomó la cabeza de cerdo por el hueco e hizo ademán de sacar la mano para coger la suya, pero Alicia se tensó tanto al ver que se acercaba que volvió a esconderla. Sabía que nunca le haría daño, que solo quería ayudarla, y se odiaba por haberlo rechazado de esa manera. Había sido algo instintivo nacido de un miedo natural en ella, pero ahora comprendía que el miedo que sentía por él se había ido evaporando poco a poco, con cada dibujo, con cada palabra, con su mera presencia. Si estaba

ahí en lugar de estar escondida en algún rincón de su jardín era por la paz que sentía cuando estaba con él, uno a cada lado de la pared, tan cerca como pueden estar dos personas pese a la barrera física que los separaba.

Alicia quería que le diera la mano, saber cómo reaccionaría al sentir que esa última barrera también se deshacía, pero en ese momento no sabía cómo pedírselo. Debería ser algo fácil, como un «¿Me das la mano, por favor? Quiero comprobar que mi cuerpo no me hace salir corriendo de la habitación», o un «¿Me prestas tu mano? Te la devuelvo en un ratito» o simplemente podría sacar su mano por el hueco y esperar a que él entendiera con ese gesto lo que quería; pero a veces nuestros peores enemigos somos nosotros mismos y ese miedo absurdo de hacer el ridículo.

Charlie volvió a su lado del armario y permaneció allí en completo silencio, sin pedir ni pretender nada más, confortándola con su presencia y consiguiendo que a Alicia le doliera un poquito más el corazón. Era extraño descubrir cómo una persona completamente ajena a ti podía darte más que alguien que te había entregado la vida. Alicia comprendió esa noche que hay lazos mucho más fuertes y duraderos que los de la sangre, como el roce de una caricia en la distancia o la melodía que emana del fondo de los silencios.

-Capítulo 13-
Charlie

Algún día lo entenderás, pero ese día no será hoy.

En los últimos días se podría decir que Charlie vivía en un armario. Todo empezó con un pequeño silbato. Sucedió una tarde en la que, cansado de tener que estar encerrado en su habitación a la espera de que Alicia se dignara a aparecer, había decidido depositar un pequeño silbato en medio del agujero en la pared; lo había atado a una cuerda muy fina y enganchado entre las grietas que separaban ambos armarios. «Cuando queramos hablar solo tenemos que soplar» le había comentado a Alicia, encantado con su idea. La chica se había mostrado un poco escéptica: «¿Te crees que soy un perro?» había replicado alzando una ceja. «¡De ninguna manera! Nunca insultaría así a los perros, no me han hecho nada. Tú solo sopla» había concluido él con una sonrisa que Alicia no había podido ver antes de desaparecer del armario. Y Alicia había comenzado a utilizarlo; al principio con cierta timidez, pero poco a poco había terminado por verle el lado positivo a la idea de Charlie. Era un timbre sin serlo de una casa que no era casa.

Cuando uno de los dos quería algo del otro solo tenía que acercarse al armario, tirar del hilo y hacer sonar el silbato. De esa manera, sus armarios habían dejado de estar habitados por ropa para convertirse en guardianes de palabras. Cualquier excusa era válida. Alicia soplaba el silbato y dejaba caer al otro lado figuras hechas de papel que Charlie colgaba en su armario con hilos blancos. Más tarde era él quien lo hacía sonar hasta que Alicia aparecía asomando sus ojos azules por el agujero; entonces él le decía con una sonrisa socarrona: «Solo quería confirmar que seguías en casa» a lo que ella respondía con algún que otro gesto obsceno. Sin pretenderlo, se habían vuelto la rutina del otro.

Durante el día intercambiaban pequeñas cosas: gestos, dibujos, fotografías o figuras de papel. Por la noche, se convertían en náufragos de un mar sin agua que buscaban una isla desierta únicamente habitada por una persona con miedo a las personas y un cerdo de mentira.

Aquel día, Charlie había quedado con sus amigos para comer y, sin saber cómo, había acabado hablándoles sobre su nueva amistad con la vecina.

—¿Y para qué hizo un agujero en la pared? —preguntó Sean, curioso.

—Pues la verdad es que no se lo he preguntado.

—¿Cómo no vas a preguntarle eso? —terció Aidan—. ¿Pero en qué mundo vives?

—No es sano —comentó Nick con el rostro contraído por la confusión.

—Las hamburguesas tampoco y te las comes de tres en tres —replicó Charlie al tiempo que le daba un trago a su refresco.

—No es lo mismo.

—Claro que lo es.

—Las hamburguesas no parten corazones.

Charlie soltó una risotada y tuvo que taparse la boca para no escupir el refresco.

—¿Y quién habla de corazones? Somos amigos, eso es todo. —Se limpió la barbilla con una servilleta de papel y añadió—: Y sí que los parten: infarto.

—Estoy con Nick. A mis amigas no les hago dibujos —intervino William.

—Eso es porque no sabes dibujar y tampoco tienes amigas. —Negó con la cabeza—. ¿Queréis dejarme ya? Nunca más os cuento nada.

—¿De verdad te pones una careta de cerdo? ¿Qué eres, el cerdo enmascarado? ¿Es el nuevo superhéroe de tu cómic? —Aidan comenzó a reír a carcajadas ante su propio comentario.

Charlie se llevó las manos a la cara.

—Dejadle ya. A mí me parece que le estás haciendo bien. —Thomas le dedicó una sonrisa conciliadora.

—¡Gracias! Alguien que me entiende y no intenta hundirme.

—¿Y te vas a pasar la vida con la careta de cerdo y hablando con ella por el armario? —Nick no daba crédito a la situación.

—Yo creo que tendríais que quedar —propuso Sean.

—Claro. Mañana me la llevo al centro comercial, seguro que nos divertimos. —Charlie meneó la cabeza, cansado del tema—. ¿Podemos hablar de alguien que no sea yo?

—Lo tuyo es más divertido —aseguró William.

—Deberías salir del armario. A Nick le fue bien —dijo Sean, consiguiendo que todos rompieran a reír.

—¡Qué graciosos estáis todos hoy! —Charlie arqueó las cejas e intentó con todas sus fuerzas mostrar su indignación, pero lo cierto era que la situación tenía su lado cómico y eso no podía negarlo.

Durante la comida, Charlie y su extraña vecina fueron el tema principal de conversación, y cuando se despidieron, prometiendo volver a verse pronto, incluso él mismo bromeaba sobre el tema.

Se ofreció a llevar a Thomas a casa y, durante el trayecto, el coche se sumió en un silencio denso tan solo interrumpido por el bullicio de la circulación. Había mucho que decir y pocas eran las palabras que se atrevían a salir de su escondite, incapaces como eran de exteriorizar las cavilaciones de ambos amigos.

Thomas fue el encargado de romper el silencio cuando ya llevaban un buen trecho del recorrido.

—Charlie. —Se inclinó ligeramente hacia él.

—Dime. —La postura de Charlie era tan relajada que daba la sensación de que el coche se conducía solo.

—Nick tiene razón. Aunque digas que solo sois amigos, eso no es amistad. No es una amistad sana —intentó explicar—, y te arrastrará con ella. —Thomas por fin lo había soltado y sintió que se quitaba un peso de encima.

—¿Qué es amistad, Thomas? —No apartó la vista de la carretera.

Thomas no tuvo que pensarlo demasiado.

—Una palabra. Llámalo amistad, llámalo silla. Poco importa. Lo importante es lo que significa, y las cosas significan lo que quieres que signifiquen.

—¿Es un nuevo trabalenguas? —preguntó Charlie con una media sonrisa.

—Para mí significa que cualquier sentimiento que me invada siempre será más pequeño que vosotros. Podría estar cayendo por un precipicio y en lugar de pensar «me voy a morir», pensaría «no les volveré a ver». ¿Lo entiendes? —Thomas hizo una pausa para mirarlo —. Mi instinto de supervivencia quedaría reducido a cenizas ante el temor a perderos. Supongo que la amistad es algo así. Ser como eres, sentirte en casa, ser libre. —Se encogió de hombros, algo cohibido. Estaba empezando a hablar más de la cuenta, pero Thomas era así. La franqueza era una de las armas que usaba contra el mundo—. Quizá amistad solo signifique ser libre de ser quien eres, una libertad escogida. —Charlie le miró de reojo y él sonrió—. ¿Qué? Es lo que significa para mí, la cuestión es: ¿qué es amistad para ti? ¿De verdad te sientes libre dentro de un armario escondido tras una careta? Puede que tú le hagas bien, pero ella a ti no. Y como mi amigo eres tú…

—Le estáis dando demasiada importancia —intervino Charlie —. Estoy solo en una casa a kilómetros de vosotros, me aburro y me gusta hablar con ella. Eso es todo.

—Eso espero.

—Esperas bien.

Thomas sonrió y Charlie sintió ganas de revolverle el pelo. Era tan grande el afecto que sentía por sus amigos que se le formó un nudo de emociones en el pecho. Verdaderamente, con Thomas se

sentía libre, él y todos sus amigos eran su libertad. Podría estar encerrado en la cárcel más remota del mundo que, mientras ellos estuvieran allí con él, seguiría sintiéndose libre.

[image]

Minutos después de llegar a casa, Charlie pensó en hacer sonar el silbato, pero algo lo detuvo en el último instante. Intentó ocupar su mente con cualquier cosa; primero probó dibujando, después viendo una película y más tarde leyendo. Pero nada funcionó, por lo que finalmente decidió dejarse llevar y hacer lo que realmente le apetecía.

Hizo sonar el silbato y se colocó la máscara. Y esperó; primero, de pie delante del armario, después sentado en el rincón de siempre, moviendo los hilos con las figuras de papel. Parecían marionetas manejadas por un titiritero, piezas que danzaban al son de su impaciencia.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó en cuanto la escuchó llegar—. ¿Estabas dando una conferencia o algo por el estilo?

—La verdad es que sí.

—¿Y de qué trataba?

—De cerdos que se creen graciosos y en realidad no lo son.

—Interesante. Seguro que eres una experta en el tema.

—¡Por descontado!

—¿Cómo estás? —preguntó, intentando ponerse serio. Era extraña la manera en que esa chica lograba sacar su lado más guasón.

—Bien. En realidad no daba ninguna conferencia, jugaba al ajedrez con mi abuelo.

—Me lo imaginaba. —Se quedó pensativo, jugueteando con un avión de papel—. ¿Me vas a decir de una vez qué es lo que estabas buscando? —se atrevió a preguntar—. Cuando hiciste el agujero, quiero decir.

—Una estrella —dijo ella como si tal cosa—. Buscaba una estrella.

—Ya. —Charlie se incorporó y metió la cabeza por el hueco del armario—. No sé por qué me sorprendo.

—¿Te has sorprendido?

—Pues sí. —Asintió de tal manera que las orejas del cerdo se movieron con gracia hacia los lados.

—¿Qué era lo que esperabas?

—No sé. Viniendo de ti esperaba que me dijeras que buscabas un cuerpo enterrado detrás del armario o algo por el estilo.

—¿Un cuerpo? —Alicia soltó una risotada—. ¿Como en *El gato negro* de Poe?

—Sí, exactamente eso —aseveró haciendo un gesto con el dedo índice—. Entonces buscabas una estrella. ¿Qué clase de estrella?

—Literalmente una estrella. Aunque no tengo ni idea de cómo es una estrella de verdad —confesó ella—. Mi abuelo me contó una de sus historias, pero esta era diferente porque hablaba sobre su hija. Es decir, mi tía, la hermana de mi madre —explicó y se le trabó la lengua al decirlo, lo que consiguió que Charlie riera—. Me contó que mi tía escondió una estrella en casa porque no la pudo subir al cielo. Era una estrella rara, como yo, que no quería estar en el cielo con el resto de estrellas. Por eso sentí curiosidad.

Charlie sonrió al escuchar el relato. Se había sentado de nuevo y jugueteaba con el pato de papel, otra de las creaciones de Alicia.

—Podrías intercambiaros. Tú al cielo con las estrellas y ella aquí con las personas.

—¿Te das cuenta de que es una historia y de que seguramente solo sea un trozo de piedra o algo así?

—¡Has sido tú la que ha dicho «literalmente una estrella»!

—No es por lo que es, es por lo que representa.

—¿Y qué representa?

—Que no estoy sola.

—Pues claro que no lo estás —repuso Charlie.

—Quiero esa estrella.

—Podrías preguntarle a tu tía.

—Murió —murmuró Alicia con un hilo de voz.

—Entonces a tu abuelo o a tu madre.

—No creo que lo sepan.

—Piensa a lo grande, ¿dónde esconderías una estrella?

—No la escondería.

Charlie resopló.

—No seas tan obtusa. ¿Dónde escondería una estrella tu tía?

—En algún sitio loco, tal vez en el jardín. No lo sé.

—¿Algún sitio loco?

—Sí, loco, como mi tía. —Rio, pero la sonrisa no le llegó al rostro—. Mi tía estaba un poco loca, o un poco demasiado quizá. Es algo de familia —señaló intentando bromear.

—Dicen que los niños y los locos siempre dicen la verdad.

—¿Me estás llamando niña o loca?

—Un poco de las dos cosas.

Alicia guardó silencio y Charlie no supo qué más decir. Le habría gustado darle un abrazo. Suspiró y preguntó:

—¿Puedo darte la mano?

—No. —La respuesta de Alicia fue tajante.

—¿Por qué no?

—Porque una voz no es una persona, una careta de cerdo no es una persona, pero una mano sí que es una persona.

Charlie esbozó una media sonrisa.

—Entonces no pienses que es una mano.

—¿Y qué es?

—Literalmente una estrella.

—No se parece en nada.

—¡Si no sabes cómo es!

—Tú tampoco.

—Venga, vale, pues… —Se lo pensó un instante—. Ramas de un árbol.

—¿Y para qué querría darle la mano a las ramas de un árbol? Es un disparate.

—Eres tonta. —A Charlie le hubiera gustado sacarle la lengua si la careta se lo hubiera permitido.

Se quedaron en silencio lo que parecieron años, pero solo fueron minutos.

—Supongo que los árboles hacen mucho por nosotros, nos dan oxígeno y sombra en los días calurosos. Podría agradecérselo dándole la mano a uno —dijo finalmente Alicia, rompiendo el silencio y poblando la cara de Charlie de sonrisas.

—Podrías hacerlo —asintió él.

Y entonces Alicia pasó su mano por el agujero. Temblaba y su piel era tan nívea que casi parecía transparente. Tanteó en el aire en busca de las ramas y Charlie rompió a reír. Alicia emitió un bufido e hizo ademán de retirarla, pero él fue más rápido y la atrapó justo cuando amenazaba con volver a su lado del armario. Sujetó su mano como si verdaderamente él fuera un árbol y sus ramas pudieran lastimarla, rasgarla. Dibujó líneas sobre su palma, casi esperando poder ver las figuras que trazaba, como si las caricias pudieran dejar huellas en la piel. ¿Podían? Sus ojos dirían que no, pero el calor concentrado en la mano de Alicia, el vello erizado en su piel y el escalofrío que la recorrió por entero, asegurarían, sin temor a equivocarse, que sí. Charlie pensó que había huellas más duraderas que las dejadas en la arena, en un bloc de dibujo o en una taza vacía. Huellas invisibles poblaban el mundo, surcando pieles y contando historias. Quería robarle a Alicia un poco de su miedo para que pudiera ser libre, para que el terror no gobernara sobre ella. Pero solo era un apretón de manos, no podía hacer nada de eso. Así que Charlie solo deseó que Alicia se sintiera acompañada, menos sola, aunque su compañía fuera un falso cerdo y las ramas de un árbol de mentira.

Todo eso quiso transmitirle Charlie en aquellos breves segundos en que duró el apretón. Alicia no tardó en luchar por recuperar su mano y él no opuso resistencia. Notaba, por cómo le sudaba la palma y temblaba, el gran esfuerzo que suponía para ella. Y Charlie se sintió triste, porque Alicia tenía miedo de lo único que era capaz de espantar al miedo: la compañía.

-Capítulo 14-
Alicia

Estaba soñaginando,
que es lo que haces cuando imaginas que sueñas.

Aquel podría haber sido un día normal si no fuera porque no lo fue. Alicia estaba contenta, se sentía llena de fuerza, casi invencible. Su corazón había latido desbocado amenazando con parársele en cualquier segundo, y sus piernas habían gritado como locas por escapar, pero su voluntad había sido más fuerte y había logrado permanecer sentada en el agujero, permitiendo que Charlie le cogiera la mano. Aunque habían sido los segundos más largos de su vida y no estaba segura de querer volver a repetirlo, su gran hazaña le había elevado a una nube de imposibles.

Por eso mismo, ese día Alicia llegó a creer en seis cosas imposibles antes del desayuno. Lo primero en lo que creyó al despertar fue en que su hermana aún seguía viva y que no tardaría en venir a despertarla. Lo segundo, y que dio paso al tercero, era que iría a comprar bollos de mermelada para desayunar y que después se los comería junto a sus amigas sentadas en el césped de un parque repleto de gente. Su siguiente imposible fue que al llegar a casa encontraría por casualidad su estrella perdida, y eso la llevó al quinto pensamiento, que era que podría verdaderamente devolverla al cielo. En lo último que creyó Alicia aquella mañana fue en Charlie. Pero a medida que sus ojos iban desperezándose y su mente salía de las telarañas del sueño, se dio cuenta de que a veces, por mucho que creas en imposibles, siguen siendo solo eso: imposibles en los que crees.

Al menos dos cosas sí eran ciertas: la estrella y Charlie. Había encontrado a Charlie buscando la estrella, quizá si buscaba a Charlie encontraría la estrella. Tenemos la extraña manía de encontrar siempre lo que no buscamos, por lo que a Alicia le pareció una excelente idea. Empezó buscando a Charlie por el salón, siguió por la cocina y, poco a poco, fue comprobando cada rincón de la casa al tiempo que iba susurrando «¿Charlie?» para que el abuelo no la escuchara. La última habitación en la que entró fue la que años antes había pertenecido a su madre, y que ahora se había convertido en el cuarto de revelado. Y entonces lo encontró. Ahí estaba Charlie, mirándola desde la distancia el día de la mudanza. Tenía el pelo castaño ligeramente revuelto y los ojos tan verdes que la hierba que

había justo detrás de él parecía una extensión más de sus ojos. Y a su lado aquel sofá que parecía una flor ajena al tiempo, a toda lógica y realidad.

Meneó la cabeza. Esa foto no podía estar en una sala de relevado, no era su lugar. Corrió a su habitación y rebuscó entre los cajones hasta dar con lo que andaba buscando: una pinza sujeta-fotos en forma de flor. A continuación, bajó al jardín y cavó un pequeño hoyo junto a las flores más exóticas, y ahí fue donde colocó su flor de mentira acabada en una pinza que sujetaba la foto de Charlie. Tuvo mucho cuidado al cubrir el agujero con la tierra y sonrió al finalizar la tarea y observar su obra. Desde luego, ese era el lugar donde debía estar la foto de Charlie: plantada en el jardín.

Y quizá, en algún lugar de aquel jardín, también estaba escondida su estrella.

[image]

Sentada en el sofá del salón pasaba las páginas de un libro sin prestar la menor atención a lo que leía, Alicia se aburría soberanamente. No es que tuviera menos cosas por hacer, pero el atisbo de humanidad que había encontrado al otro lado del armario le había recordado lo monótona que era su vida. Despertarse, horas y más horas que pasaba sin hacer realmente nada, salir a pasear con Nida al caer la noche, dormir y vuelta a empezar. Estudiar le aburría y con las lecciones del abuelo sabía cuanto necesitaba aprender. Cuando su hermana vivía era diferente, juntas podían hacer grandes cosas; sin ella Alicia no tenía en quién apoyarse realmente. Chase iba y venía, pasaba por su vida como una agradable brisa bajo un sol abrasador, pero él tenía su vida, sus amigos, su familia.

En un intento por acercarla al mundo exterior, Chase había intentado que sucumbiera a los encantos de internet y hasta le había regalado un ordenador. En aquel momento le había entusiasmado la idea de «gente sin gente», como ella misma había expresado, y se había emocionado como una niña al encontrar el consuelo de un amigo nuevo, pero tardó menos de una semana en darse cuenta de que eso nunca la llenaría. Al principio tecleaba eufórica, veía fotografías y vídeos de aquellos lugares que le encantaría visitar y se perdía en la grandeza de la nada. Ese mundo ficticio tardó poco en crear una bola de nieve rellena de dolor que poco a poco se iba instalando en su pecho, haciéndose más y más grande con cada posibilidad perdida, impidiéndole respirar. El hielo puede abrasarte con frío, el silencio también puede hacerlo con palabras. Ese otro mundo era todo palabras cargadas de silencios que le susurraban que todo era mentira. Alicia no quería crearse una vida de mentira, prefería seguir encerrada en la verdad que era su pequeño País de las Maravillas. Tenía al abuelo, y a Chase, y a Ofelia. Y eso era verdad; una muy pequeña,

pero mucho más dulce que esa bola inmensa que era ver el mundo a través del espejo de su ordenador.

Así que un buen día, después de un interrogatorio de una chica de Kansas sobre qué se pondría para un baile —cosa que le hizo reír con dolor— Alicia resopló, alzó una ceja, cogió el portátil y lo tiró a la basura para segundos después encogerse de hombros e irse a hablar con el abuelo, como si ese otro mundo nunca hubiera existido. Lo único que de verdad la llenaba era el tiempo que empleaba en su jardín y en la fotografía, pero su dedicación variaba según su estado de ánimo.

Y en ese momento Alicia no sabía qué hacer con su tiempo, aunque sería más acertado decir que solo tenía ganas de hablar con un falso cerdo tras la falsa seguridad de su armario. Por eso, cuando escuchó el silbato su cara se iluminó y corrió tan deprisa que parecía que volaba; apenas sentía los pies acariciando el suelo mientras subía las escaleras y se adentraba en su habitación. Pero en el armario, en lugar de un falso cerdo, Alicia encontró una nota.

Espero que la curiosidad sea más grande que el miedo. A las 12 en mi sofá.

Charlie.
Cerdo

Leyó la nota varias veces. Demasiadas. Cuando se quiso dar cuenta, apretaba el papel con fuerza y luchaba por no sucumbir a las lágrimas. Simplemente, no podía. Era como pedirle a un niño que creciera, a un ciego que mirara o a un mudo que hablara. Imposiblemente imposible. Le temblaban las piernas solo de pensarlo. Sus seis imposibles de antes del desayuno se reían de ella cruelmente.

Alicia negó con la cabeza. Había estado jugando a un juego peligroso y ahora frente a ella se presentaban cortésmente las consecuencias. Sabía que no podía mantener eternamente una amistad a través de un agujero en una pared, pero tontamente lo esperaba. Ni siquiera pidiéndole un deseo a una vela de cumpleaños, soplando una pestaña, rogándole a una estrella fugaz o encontrando un trébol de cuatro hojas habría podido presentarse a la cita. Se sintió frustrada, dominada por el miedo, algo más grande que ella misma, que subía y subía y la enredaba en un laberinto de pánico del que no sabía salir. Ni siquiera podía controlar su vida, sus acciones, sus decisiones. No se pertenecía, no le pertenecía a nadie. Era solo una marioneta que nadie manejaba, una muñeca olvidada en un desván. Estaba sola, tan desesperadamente sola que sentía un nudo de espinas en el estómago que la desgarraban por dentro; era como si su cuerpo estuviera atado por dos mitades para impedir que Alicia se quebrara en dos.

Respiró hondo. Le parecía tan cruel y loco sentir miedo de perder algo a lo que por definición temía que simplemente se quedó agazapada en las sombras del armario, deseando que la oscuridad la engullera. Jugueteaba con la nota, se la pasaba de una mano a otra,

una y otra vez. Ni siquiera era capaz de pensar, solo soñaba. En realidad estaba *soñaginando*, que es lo que haces cuando imaginas que sueñas. Alicia *soñaginaba* a menudo; cuando no soñaba lo que quería soñar lo que hacía era imaginar sus sueños. En este en particular, ella era una chica normal donde su única preocupación para esa noche sería qué ropa ponerse o si iba o no a llover. Batallaría con su armario hasta encontrar algo adecuado, y una vez arreglada para salir, se daría cuenta de que estaba lloviendo. Por supuesto, lloraría porque el *no-salón* de Charlie se estaba inundando, pero el problema se solucionaría rápidamente *saliendo* de su casa o usando un paraguas. Hablarían toda la noche, imaginarían constelaciones, inventarían historias y crearían recuerdos surgidos del nacimiento de una amistad. Pero ese solo era un sueño más de Alicia, un sueño que ni siquiera era un sueño, solo un sueño inventado.

Se tumbó en la cama y se cubrió hasta la cabeza con las sábanas, que era lo que hacía siempre que estaba triste. Si dormía no pensaba y si no pensaba no dolía. Pero por más vueltas que daba en el colchón no lograba alcanzar un sueño que se negaba a arroparla. No hacía más que pensar en la nota que aún guardaba arrugada dentro de su puño. Los ojos le quemaban y casi podía escuchar a las lágrimas proferir gritos de guerra frente a la muralla que eran sus párpados. Alicia pensaba que si no expresaba sus sentimientos, que si no dejaba que el dolor se exteriorizara, no existía. Si no lo ves, no existe. Y si no existía no podía dolerle, no podía sentir el desgarro que se había producido en su interior. Pero esos pensamientos no eran más que parte de la palabrería que había aprendido leyendo *De hormiga a persona* y que Alicia se repetía una y otra vez, intentando creérselo.

La medianoche le amenazaba desde el reloj, como la muerte anunciada de algo que jamás había llegado a nacer. Miraba la hora ceñuda, y alguna vez incluso llegó a lanzarle la almohada, como si el tiempo, como si las agujas, fueran las causantes de su desgracia y no ella misma. Quizá es más fácil buscar culpables que reconocer nuestros errores y debilidades.

Alicia no debió comenzar algo que no podía acabar. Alicia era débil, Alicia estaba aprendiendo a no serlo y, por encima de todo, Alicia tenía miedo. No era un hormigueo, ni siquiera un vuelco en el pecho. Era la certeza absoluta de que moriría, de que algo en ella se rompería, de que todo el mundo gritaría su nombre al unísono en una risa de burla. Era algo tan poderoso que ni siquiera necesitaba motivos, ni porqués. Era algo tan vigoroso que hacía que su cabeza dominara todo su cuerpo y consiguiera postrarla en una cama. El cerebro podía enfermar un cuerpo sano, podía infectarlo todo de dolor. Alicia había llegado a enfermar sin motivo aparente, había llegado a dejar de recibir oxígeno en sus pulmones, su corazón se

había acelerado bruscamente y su mente se había evaporado haciéndola caer en un desmayo sin causas físicas. Para Alicia acudir a ese sofá a las doce de la noche era como caminar hasta su propia muerte, y no pudo hacerlo.

Consiguió llegar hasta la puerta principal con las piernas temblorosas, las manos apretadas al pomo como si su vida dependiera de ello y sin poder abrirla. Dio vueltas por todo el jardín trasero, pensando una forma, una manera, de cambiarse a sí misma. Pero no se le ocurrió nada. Por eso, cuando el reloj marcó las doce subió a su habitación y contempló, escondida en las sombras, el sofá de Charlie.

Charlie salió de su casa a las doce y tres minutos de la noche. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta azul que contrastaban con su careta de cerdo. Era realmente curioso ver el conjunto. Lo vio sentarse en el sofá y esperar. Y cada segundo que Charlie esperaba, Alicia se hacía un poquito más pequeña.

Cuando al cabo de media hora su vecino se levantó, respiró aliviada. Pero su tormento no estaba próximo a concluir, puesto que el chico salió a los pocos minutos con un libro y comenzó a leer mientras mataba el tiempo, si es que se puede hacer tal cosa. Alicia deseaba salir corriendo y acudir a su encuentro. Ya ni siquiera se trataba de él o de ella, se trataba de vencer, de ondear la bandera de la victoria, de dar un paso hacia la normalidad. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero el deseo fue vencido por el miedo aquella noche y Alicia permaneció inmóvil, contemplando cómo Charlie cerraba el libro y volvía a entrar en la casa, y cómo salía otra vez con un bloc de dibujo.

Con las manos en el pecho para evitar que el corazón se le saliera por la tristeza, huyendo de ella y su cobardía para siempre, le vio mirar hacia su casa, hacia su ventana y descubrió el gesto de derrota impregnado en cada movimiento de su cuerpo. Alicia agradeció inmensamente la careta, no quería descubrir la expresión de su rostro.

No quería ver en él la decepción.

Esperanza viene del latín *sperare* y significa esperar. Cuando esperas a alguien lo haces porque tienes la esperanza de que aparecerá; cuando pierdes la esperanza te vas y no le esperas más. Charlie perdió la esperanza, la fe en ella, y finalmente entró para no volver a salir. Ochenta centímetros menguó aquella noche Alicia, uno por cada minuto que Charlie la estuvo esperando. Un rato después de que él entrara ella hizo sonar el silbato, pero él no apareció. Alicia lo aceptó, era lo justo, pero eso no hacía que doliese menos. Ella misma se había encargado de bajar el telón, no podía quejarse de que la función hubiera llegado a su fin.

-Capítulo 15-
Charlie

Lo que las fotografías nunca podrán captar: los quizá.

Charlie acababa de terminar una conversación telefónica de casi una hora con su editor cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar. Tres toques largos, como si no lo hubiera escuchado la primera vez. No esperaba ninguna visita, pero por la manera de tocar supuso que se trataba de alguno de sus amigos. Sean había venido a verlo un par de veces desde que se mudó, así como Thomas y Nick se habían pasado a desayunar el domingo pasado. Pero no era ninguno de sus amigos, y cuando abrió la puerta y se encontró con el primo de Alicia al otro lado, con esa sonrisa de dientes perfectos pintada en el rostro, no pudo hacer más que fruncir el entrecejo, especialmente al reparar en la ropa que llevaba el chico. ¿Iba disfrazado de mendigo? ¿De duende?

—Buenos días —dijo el chico con voz ronca.

Permaneció en silencio unos segundos mientras analizaba su vestimenta. Llevaba un sombrero azul picudo, una especie de abrigo deshilachado de color verde bosque, y un pantalón holgado de un marrón oscuro. Se había enfundado una especie de saco amarillento en la cabeza, dejando la forma redondeada de la cara libre, la tela iba amarrada al cuello y le caía hasta los hombros. El conjunto lo completaban unas botas con flecos de un material similar al de la tela de la cabeza, flecos que también tenía en las mangas.

Charlie, que no daba crédito, miró hacia los lados.

—¿Qué buscas? —le preguntó Chase ladeando la cabeza, lo que hizo que reparara en su nariz pintada de rojo.

—La cámara oculta.

Al chico debió de parecerle muy gracioso el comentario, porque de pronto le dio tal ataque de risa que Charlie pensó que no tendría fin.

—Cada lunes empiezo una nueva vida —comenzó a explicar Chase cuando logró recuperar la compostura—. Estudio Arte Dramático y cada semana elijo un personaje diferente, me visto y me comporto como él.

—¿Y hoy eres…?

—Vengo a por mis sesos —recitó Chase, ganándose una mirada inquisitiva de Charlie—. Yo nunca tengo hambre, y es una

suerte que sea así, porque mi boca solo está pintada. Si cortara un agujero para poder comer, la paja de la que estoy relleno se saldría y eso estropearía la forma de mi cabeza.

—¿El espantapájaros de *El mago de Oz*?

—¡Bingo! —canturreó Chase haciendo un gesto brusco con la cabeza, lo que consiguió que el sombrero terminara en el suelo y que ambos rompieran a reír.

—¿Y te paseas por todo Londres así vestido?

—Claro que sí, es la mejor manera de meterte en el papel —señaló mientras se recolocaba el sombrero—. La gente siempre te mira como si estuvieras grabando alguna película, algunos hasta me piden autógrafos. —El chico se llevó una mano a la cara para recolocarse la tela y Charlie se fijó en que llevaba una libreta pequeña y un objeto cuadrado y negro en la otra—. Deberías probarlo.

—Ya, claro. Espera, que me visto de hojalata —bromeó.

Chase se rascó la barbilla, como si estuviera debatiéndose consigo mismo.

—¿Sabes? Creo que estarías mejor de león.

—Lo siento, se me han acabado los disfraces de león, quizá si vuelves mañana… —repuso Charlie, divertido—. Bueno, ¿me vas a decir a qué debo el honor de tu visita? Por mi bien espero que no hayas venido de verdad a por sesos —dijo con una sonrisa—. Y ahora que lo pienso, eres el primero de tu familia que llama a mi puerta en lugar de cerrármela en las narices.

Chase rio.

—Así de encantadora es mi familia —contestó con un tono burlesco—. He venido por el agujero de la pared —explicó, mostrándole la libreta—. Te había prometido que lo arreglaría, pero se me olvidó avisarte de que me marchaba de vacaciones con mis padres. Volví ayer por la noche.

—Ah. —La sonrisa se le borró de los labios.

—¿Puedo pasar?

—Claro. —Charlie le abrió la puerta para dejarlo entrar—. Por aquí —le dijo, conduciéndolo hasta su dormitorio en el piso superior—. ¿Qué vas a hacer exactamente?

—Solo coger las medidas y avisar al albañil. Me aseguró que vendría esta misma mañana.

—Ah —repitió mientras el chico examinaba el agujero—. ¿Y tu prima? —preguntó con voz casual, como el que se encuentra con alguien por la calle a quien no tiene ningún deseo de ver y se siente en la obligación de sacar conversación. Claro que Charlie estaba muy interesado en la respuesta.

—En casa, ¿dónde va a estar?

—Sí, ya —repuso—, me refiero a que si sabe que estás aquí.

El chico pareció no escuchar su pregunta, porque cogió su teléfono, que guardaba en algún lugar debajo de toda esa ropa —y Charlie prefería no saber dónde exactamente—, y llamó al supuesto albañil, con quien mantuvo una conversación bastante escueta.

—Viene de camino —le informó—. Tiene material suficiente para arreglarlo, así que hoy mismo tendrás esto tapado.

Charlie observó el armario y sintió un ligero malestar en la boca del estómago. ¿Tapar el agujero? ¿Por qué iba a hacer tal cosa? Para él, Alicia y el armario venían en un mismo pack, como nombre y apellido, como pie y zapato. Casi se podría decir que habían venido incluidos en el alquiler. Si ahora sellaban el agujero, se vería en la obligación de llamar al casero y pedirle que le hiciera el descuento correspondiente. Porque la casa con la presencia constante de Alicia, sus réplicas disparatadas, el sonido del silbato, la luz que se derramaba por la puerta o los ruidos que hacía cuando buscaba algo, era mucho más valiosa que todo lo demás. ¿Cuántas libras le iba a costar a Chase el arreglo? Charlie triplicaría la cantidad para que lo dejara tal cual estaba. Pero, ¿cómo decirle una cosa así sin que diera lugar a malinterpretaciones?

Era cierto que hacía una semana que evitaba ese armario, o más bien a la chica que había al otro lado del armario. Incluso había sacado su ropa y la había apilado sobre el baúl que tenía junto a la ventana para no coincidir con ella. Pero eso no significaba que quisiera que desapareciera. Solo necesitaba tiempo y distancia para asimilar lo que había descubierto, que Alicia jamás sería una amiga al uso, que nunca podría contar con ella como lo hacía con cualquiera de sus otros amigos. Thomas tenía razón, tanta que Charlie había tenido que dejar de buscar excusas y abrir los ojos a la cruda realidad. No podía esperar a que una persona cambiara, no era un superhéroe ni un príncipe salvador, ni siquiera era médico. Era simplemente Charlie, y por mucho que quisiera no podía cambiar el mundo ni a las personas que habitaban en él. No había podido hacerlo hacía tres años, cuando su mejor amigo se había marchado sin decir adiós, ni mucho menos podría hacerlo con una chica a la que acababa de conocer.

—Te he hecho una pregunta —le repitió a Chase, que estaba metiendo la cabeza en el hueco del armario.

—¿Cuál?

—Tu prima.

—Ah, sí. Se lo he dicho hace un rato.

—¿Y está de acuerdo?

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó el chico, volviendo la cabeza hacia él—. ¿Esto es un silbato?

Charlie se lo arrancó de las manos.

—Es mío.

—Vale, tranquilo. No te lo pensaba robar —bromeó Chase.

—Se me habrá caído de algún pantalón —explicó, algo absurdo teniendo en cuenta que había quitado todas las perchas porque le molestaban al sentarse para hablar con su vecina y que el silbato estaba atado a un hilo enroscado a un tornillo en medio del agujero—. Quiero decir, cuando había pantalones colgando. —Se estaba poniendo en evidencia y Chase lo miraba de una manera extraña. Sin duda, se había fijado en las figuras de papel colgadas en el armario, así como en los dibujos que Alicia había pegado en el suyo —. ¿Cuándo habías dicho que venía el albañil? —preguntó cambiando de tema rápidamente.

—Estaba de camino. Calcula media hora.

—Vale. ¿Te marchas ya? Porque tengo que darme una ducha antes de que venga. —Chase salió del armario, su sonrisa se había esfumado y había algo en su expresión que no podía descifrar—. He salido a correr y estoy asqueroso —explicó, y tuvo ganas de darse de cabezazos contra la pared. ¿Por qué no podía estarse calladito? Las mentiras nunca se le habían dado bien.

—Claro, tengo un mago que encontrar —contestó el otro, cogiendo de nuevo la libreta y el metro que había dejado dentro del armario.

Charlie le acompañó hasta la puerta y Chase le dedicó una última mirada antes de marcharse, como si quisiera descubrir algo en él que antes le había pasado totalmente desapercibido. Se apoyó contra la puerta al cerrar y suspiró. ¿De verdad Alicia estaba de acuerdo en cerrar el hueco? ¿Habría terminado su amistad tan abruptamente como había comenzado en el abrir y cerrar de un agujero en el armario?

La había escuchado llamarlo la noche en la que le dio plantón. El silbato había sonado alto y claro, como de costumbre, pero Charlie no había querido contestar. Y no por rencor ni por un extraño afán de venganza, ni siquiera iba con una doble intención; esas cosas no iban con él. Solo estaba triste y temía decirle algo que pudiera lastimarla. Ya bastante dolorosa debía de ser la situación de Alicia como para hundirla más con reproches de alguien que jamás podría siquiera imaginar su situación. Él solo tenía que soltar el timón y lanzarse al mar para aislarse de sus problemas, para alejarse de ella misma y salir airoso de su situación; ella, en cambio, tenía que librar una batalla diaria que perdía constantemente, perdía con cada día que pasaba, con lo que no hacía y lo que le faltaba, con aquello que dejaba atrás.

Le dolía que la enfermedad de Alicia gozara de tanta fuerza, de tantísimo poder. Su enfermedad no podía multiplicarse en su interior, ni provocarle ningún daño físico, pero sí podía cerrar puertas, encarcelarla en la soledad más profunda. ¿Tendría, acaso, algún tipo

de cura? ¿Podría simplemente ir a la farmacia y comprar pastillas para el miedo? ¿Las habría también para combatir el dolor, los silencios o la soledad? Seguramente no. Se combate la muerte en su forma más fiel, la que te arranca a mazazos de la vida; pero la otra, la que te consume lentamente por dentro y te roba las ganas de vivir suele quedar relegada a un segundo plano.

Todo el mundo teme a la idea de acabar en un ataúd, pero olvidan que hay otras maneras de morir: formas de morir en vida. Hay ataúdes que no están bajo tierra, ataúdes invisibles que aíslan y matan silenciosamente. ¿Se puede desenterrar algo que no está enterrado? ¿Se puede revivir algo que no está muerto? Charlie no tenía respuestas para nada, pero sí poseía una certeza: no iba a permitir que cerraran esa pared.

Por eso mismo, cuando el albañil llamó al timbre de su casa, le dijo:

—Lo siento, pero no voy a necesitar que arregle nada. Apenas se nota —aseguró con una sonrisa y un gesto de la mano para restarle importancia.

El hombre dejó su material en el suelo y se recolocó la gorra.

—Chase me dijo que entraba medio cuerpo —replicó el hombre.

—Chase es un poco exagerado.

—¿No quieres que le eche un vistazo? Chase ya me ha pagado —señaló el hombre, que lo miraba ceñudo.

—Quédese el dinero, por las molestias.

—¿Estás seguro? —insistió.

—Segurísimo.

Y tras una breve despedida, Charlie pudo respirar tranquilo. «Problema resuelto» tarareó para sí mismo mientras atravesaba el pasillo, lo cual no tenía el menor sentido dadas las circunstancias; el agujero de la pared seguía ahí y sus problemas no habían hecho más que comenzar.

Se sentó frente a su escritorio dispuesto a plasmar en papel una imagen que se le había venido a la cabeza. Empezó por el sofá flor de su no salón, cosido al césped por las raíces que se inyectaban en la tierra como un ser vivo más que formara parte de ella, el cielo tachonado de estrellas y ellos dos que se miraban sentados en la comodidad del sofá. Charlie con su careta de cerdo que era un escudo contra el miedo de Alicia. Sonreían a la noche, a la vida entera, a ese sofá que les permitía interrumpir su crecimiento. Y sobre sus cabezas caían diminutas estrellas, como pétalos de rosa o copos de nieve, que eran como notas musicales, esa melodía que no se escuchaba, pero que podían sentir golpear el silencio.

Una vez finalizada, Charlie se detuvo a observar su obra.

Pensó en las fotografías de Alicia y las comparó con su dibujo. La realidad frente a los quizá, sus labios se curvaron en una sonrisa. Firmó con su nombre y escribió en la esquina inferior de la lámina: «Mira lo que las fotografías nunca podrán captar: los quizá».
[image]

-Capítulo 16-
Alicia

Parecía una niña que había descubierto un nuevo mundo.
Era Colón y él América. Ella Eddison y él la luz.

Alicia sostenía entre sus manos el dibujo como si fuera a quebrarse en cualquier momento. Otra vez un dibujo que no era dibujo, esta vez era una realidad: Charlie seguía ahí, al otro lado. En sus manos sostenía todas las palabras que su vecino podría haberle dicho, pero que no le dijo. Miles de trazos a lápiz daban forma a un solitario «quizá». No había colores, pero Alicia podía verlos. Veía el verde vida inundándolo todo, el cielo azul casi negro y las estrellas tan ambarinas que parecían brillar sobre el papel. Casi parecía una fotografía y Alicia pensó que le encantaría poder hacer fotografías que parecieran dibujos. Cuanto más lo miraba más real se le antojaba. Veía la escena con la fuerza de la memoria y, por eso mismo, en su mente se almacenó como un recuerdo. Alicia recordaba haber estado en un lugar al que ni siquiera había podido acercarse y lo sintió como uno de los mejores regalos que había recibido en toda su vida.

Y es que, a veces, los mejores regalos surgen de la casualidad.

Evocó, entonces, un poema que había escuchado recitar a su hermana por casualidad, y que también se había convertido en un regalo inesperado a pesar de no recordarlo con precisa nitidez. Solo lo había escuchado una vez, pero la esencia se había grabado en su memoria como si hubiera sido parte de una lección que hubiera estudiado hasta la saciedad. Alicia no era muy buena recordando, y haciendo honor a Verdad, esa misma que Charlie tachó de engreída y que ahora estaba un poco molesta, cuando no recordaba algo se lo inventaba.

Que me disculpe el amor por llamarlo necesidad.
Que me disculpe la necesidad, si a pesar de ello me equivoco.
Que no se enfaden las estrellas por considerarlas mías.
Que me olviden los miedos en esta eterna noche de día.
Que me disculpe el tiempo por perderlo.
Que me disculpe el silencio por destruirlo.
Perdonadme, muertos, por despertar cada mañana.
Perdonadme, vivos, por desear la muerte antes que el olvido.

Que me disculpen los desconocidos que jamás serán amigos.
Que me disculpen las personas por temerlas.
Perdóname, vida, por preferir la fantasía.
Perdonadme, imposibles, por no creeros posibles.
Y tú, estrella, hace años escondida, semilla de mi jardín,
que no quieres al firmamento acudir,
búscame tú a mí, que yo no te encuentro a ti.
Que me disculpe el árbol muerto por los libros que leo.
Que me disculpen los espejos por no pasar a través de ellos.
Cordura, no te creas mi locura.
Destino, no juegues mucho conmigo.
Soporta, casualidad, que te confunda con normalidad.
No me acuses, tiempo, de no estar contigo.
Que me perdone la magia por no saber hallarla.
Que me perdonen; el pasado, por abandonarlo; el presente, por menospreciarlo; el futuro, por no alcanzarlo.
Sé que de los armarios no nacen personas
pero la realidad lo cuestiona.
Palabras, no os toméis mal ser armas.[4]

«Que me disculpen las personas por temerlas» repitió una vez más, como un cántico, una plegaria o un deseo.

Si Alicia hubiera sido más grande que el miedo habría salido a la calle corriendo y hubiera llamado a su puerta. Pero Alicia, en esos momentos, era tan diminuta como una hormiga. Y por eso mismo hizo lo único que podía hacer: tocar el silbato.

A los pocos segundos la careta de cerdo le dio la bienvenida y Alicia supo entonces cuánto la había echado de menos.

—No siento habértelo pedido, lo que siento es que no pudieras venir —dijo Charlie sin dejarla articular palabra.

—Lo siento, yo… —empezó, pero él la interrumpió.

—¿Y por qué lo sientes? ¡Me he enterado esta mañana! Cuando he visto en las noticias que hubo un terrible tornado en tu casa, me he sentido fatal. Incluso decían que habían visto rondando por allí un espantapájaros.

—¿Un tornado? —Alicia pensó que Charlie se había vuelto loco.

—¡Ah, claro! No tienes televisión, no te habrás enterado. Pero fue un tornado enorme sobre tu tejado, es totalmente lógico que no pudieras venir.

—Charlie —dijo ella sin pensarlo siquiera. No estaba llamándole, no estaba pronunciando su nombre. Era solo una certeza, un pensamiento, un lugar.

—¿Qué?

—De no haber sido por el tornado, hubiera ido —confesó llena de dolor—. Quería ir, solo que no pude.

Charlie sacó media cabeza por el hueco.

—No tienes que darme explicaciones, ¿vale? Seré como tu cama, o una mesa. Una parte más de tu habitación.

—Eres la pared del armario.

—Una pared estupenda, de mí viene eso de «hasta las paredes oyen». ¿Cómo no lo voy a hacer? Si tengo unas estupendas orejas de cerdo para hacerlo. —Movió las orejas a los lados, lo que hizo que Alicia soltara una risita.

—Te he echado de menos —confesó, porque era lo único que podía decir, lo único que sabía de verdad.

—Y yo a ti. —Se lo imaginó sonriendo debajo de la careta—. Bienvenida al armario.

Alicia miró a su alrededor; el armario estaba repleto de dibujos que no eran dibujos, que eran quizás, capturados en la bola de cristal que era su pequeño mundo de mentiras.

—¿Cómo lo haces? —quiso saber ella.

—¿El qué? ¿Ser tan arrebatadoramente encantador?

—Los dibujos —aclaró con una mueca.

—Solo copio lo que veo.

—¿Y ya está?

—Pues sí. Tú coges la cámara y apuntas, yo cojo el lápiz y apunto. —Hizo el gesto de disparar un arma con los dedos.

—¿Y después?

—¿Después qué? —Charlie había colocado una manta en la pared rota del hueco y tenía un brazo apoyado en ella mientras la miraba.

—¿Se dibujan solos o qué? —Alicia no entendía nada.

—Claro que no. Pero solo es copiar. Si veo una manzana dibujo una manzana.

—Pues a mí no me sale. —Se abrazó las rodillas y apoyó la cabeza contra la pared, sin dejar de mirar la careta de Charlie.

—Eso será porque intentas dibujar lo que hay y no lo que ves.

—Eso no tiene mucho sentido.

—Tú tampoco lo tienes y aquí estoy: hablando contigo.

—Jaque Mate.

4 Versión del poema Bajo una pequeña estrella de Wislawa Szymborska.

-Capítulo 17-
Charlie

Estaba horrocionada,
que es cuando estás entre horrorizada y emocionada.

El sueño empezaba a acariciarle suavemente los párpados y Charlie no tenía fuerzas para resistirse a él. Posó la cabeza sobre el respaldo del asiento y cerró los ojos, dejándose mecer por la música clásica que salía de la radio y murmuró algo ininteligible cuando Thomas le preguntó que si le gustaba la emisora. Lo había pasado especialmente bien aquella noche; se había reunido con todos sus amigos para cenar y habían decidido estirar el tiempo lo máximo posible, terminando en un pub de música en directo al que a Aidan se había empeñado en ir. Un chupito llevó a otro y al final terminaron bailando en medio de la pista, coreando a voz en grito al grupo que tocaba viejas canciones de Queen. Thomas y Christian eran los encargados de conducir y casi habían tenido que sacar a sus amigos a rastras del local.

Sonrió al recordar a Aidan gritarle al portero que lo estaban secuestrando y que quería volver a entrar, la cara horrorizada de Christian o el ataque de risa que le había entrado a Nick. La voz entre apacible y exasperada de Wendy intentando convencer a Sean para que se levantara del sillón y caminara hasta el coche.

Y de repente, Charlie se vio doblado sobre sí mismo en el asiento, riendo a carcajadas al recordar la estampa de sus amigos.

—¿Tú también vas a empezar? —masculló Thomas—. Y yo que estaba ilusionado por haberme llevado al sobrio.

—¡No estoy borracho! —replicó a duras penas, sin parar de reír. Y no, no lo estaba, solo un poco más alegre de lo habitual—. ¡No me dirás que no ha sido divertido! Es la primera vez que veo a Wendy perder la paciencia con Sean.

Thomas soltó una carcajada.

—Cuando se acuerde mañana se morirá de la vergüenza.

—Me lo he pasado genial.

—Y yo.

Charlie se quedó en silencio, tenía la mirada perdida en las calles que pasaban ante sus ojos como una película rebobinándose hacia atrás. Por alguna extraña razón, la imagen de Alicia sentada en el sofá de su *no-salón* el día que se mudó acudió a su memoria sin

permiso de entrada. Pensar en sus amigos era también pensar en ella. Pese a su carisma innato y lo extrovertido que era para entablar conversación con cualquier desconocido, a Charlie le costaba hacer amigos de verdad, de esos que entran en tu vida para quedarse. Y Alicia era su amiga, la sentía como tal. Le habría gustado compartir con ella un poco de su felicidad. Charlie no podía concebir una vida sin sus amigos, la mera idea se le antojaba el mayor de los despropósitos, algo antinatural. Y es que por mucho que lo intentara, por mucho que quisiera imaginársela salir con él como una más de sus amigos, le resultaba imposible visualizarla en otro lugar que no fuera su armario, en la pequeña reclusión que era el interior de su casa.

Por eso, cuando entraron en la recta que llevaba a su casa y la vio subir por la cuesta de una calle, pensó que se lo estaba imaginando.

—¡Es ella! —dijo en un grito, consiguiendo sobresaltar a Thomas.

—¿Quién?

Charlie tenía la cara pegada al cristal de la ventanilla.

—¡Para! —pidió en cuanto pasaron la calle.

—¿Pero qué pasa? —Thomas, que había reducido la marcha, detuvo el coche a un lado de la carretera.

—Es Alicia —explicó a la vez que se deshacía del cinturón de seguridad.

—¿Tu vecina loca?

—¡No la llames así! —le advirtió, fulminándolo con la mirada.

—¿Ahora eres el único que puede llamarla loca?

—Yo se lo digo con cariño.

Thomas puso los ojos en blanco.

—¿Y se puede saber qué hace tu vecina en la calle? ¿No se supone que no salía de casa?

Charlie se mordió el labio.

—No tengo ni idea, pero lo pienso averiguar ahora mismo. —Salió del coche y Thomas hizo lo mismo.

—Espera, ¿voy contigo o te espero aquí?

—Mejor vete. —Se volvió un segundo hacia él—. Gracias por traerme.

—¿Estás seguro?

—No le gusta la gente, así que desaparece —le ordenó con una sonrisa antes de echarse a correr por la acera.

—Me voy, pero que sepas que tú también eres gente —le recordó Thomas antes de subirse al coche y Charlie meneó la cabeza, como si con ese gesto pudiera deshacerse de las palabras de su amigo.

Al llegar al final de la manzana, cruzó la calle y subió la cuesta que daba a un callejón sin salida. Charlie no había estado por

allí nunca. La calle estaba desierta y las farolas emitían una tenue luz dotando al lugar de un aire casi fantasmagórico, como una de esas escenas post-apocalípticas. Ni un alma interrumpía el sueño de la noche, y entendió entonces por qué Alicia se atrevía a salir de casa. Ralentizó el paso en cuanto pudo verla unos metros por delante, moviendo la cabeza mientras le decía algo a su gata. A Charlie le pareció que iba en pijama, con el pelo recogido en una trenza. Los labios se le curvaron en una sonrisa. Era una imagen bonita y sus dedos empezaron a cosquillearle. Quería dibujarla tal y como la estaba viendo, de espaldas, el rostro de perfil y la sonrisa en los labios mientras señalaba a su gata con un dedo.

Se había quedado parado en la acera, contemplándola escondido entre las sombras en mitad de la cuesta, cuando se percató de que la había perdido de vista. Subió con pasos vacilantes, evitando que se percatara de su presencia y echara a correr; por nada del mundo quería asustarla. Pero por más que subía y estiraba el cuello, Alicia parecía haber desaparecido.

Fue entonces cuando la vio rodar por la carretera.

Se quedó paralizado un instante que debió de ser bastante largo, porque Alicia pasó por su lado y siguió rodando calle abajo. Y fue precisamente el hecho de verla descender a una velocidad de vértigo lo que activó todas las alarmas de Charlie, que empezó a correr tras ella.

Su vecina se detuvo con brusquedad al final de la cuesta y Charlie se abalanzó sobre ella. Observó que tenía los brazos abiertos y los ojos cerrados y el corazón dejó de latirle.

—¡Alicia! —la llamó, poniéndose de rodillas y alzándola por los hombros.

Alicia abrió los ojos al instante y se apartó de él a una velocidad que lo dejó atónito. Ahí, tirada en el suelo, con el pijama de conejitos manchado de tierra, la cara sucia y las palmas rígidas sobre la calzada, parecía un animal asustado.

Tragó saliva; el corazón había comenzado su intento de fuga con desenfreno.

—¿Estás bien? —le preguntó casi en un susurro, con el rostro contraído por la preocupación.

Pero Alicia no le contestó. Tenía las mejillas enrojecidas y los hombros le temblaban. Y como un gato que coge impulso para alcanzar un objeto en la distancia, Alicia saltó hacia la salvación.

Se levantó tan rápido que Charlie no tuvo tiempo de reaccionar. Su vecina sobrevolaba las calles y él hacía lo posible por alcanzarla. Era buen corredor, pero su cuerpo todavía vacilaba por el miedo que sentía al verla huir de esa manera.

De él.

Alicia huía de él y esa idea trastornaba cualquier pensamiento coherente que pudiera tener. Solo quería detenerla, obligarla a mirarle, hacerle ver que jamás le haría daño.

No sabría decir en qué lugar la alcanzó, pues Charlie lo veía todo borroso; una neblina escondía las calles y ascendía desde las profundidades. Alicia era el punto en la distancia, lo único real. La atrapó envolviéndola en sus brazos, tratando de lograr que lo mirara a los ojos mientras ella se revolvía, luchando por su libertad. Era como si se negara a reconocerle, como si se enfrentara a su peor enemigo. Y era precisamente eso lo que hacía, Alicia luchaba contra su propio miedo, con el temor de hacer realidad un imposible. Charlie no debería estar ahí, su presencia debería quemarla, asfixiarla; mirarlo debería ser como el susurro de la muerte en el momento antes de abandonar este mundo. Solo que no lo era y Alicia en realidad no se estaba muriendo. Lo que hacía era resistirse con ahínco, luchaba con los brazos de Charlie como si estos fueran dos tentáculos que quisieran succionar su alma y arrojarla a las tinieblas, al olvido, engullirla hasta hacerle perder la razón.

—Eh, eh —le susurraba Charlie—, mírame. Solo mírame. Alicia, tienes que mirarme.

Pero ella continuaba revolviéndose y gritando «¡Suéltame!» una y otra vez, como si la vida se le fuera en ello. Y Charlie empezó a temer que algún vecino se asomara y pensara otra cosa que no era. Alicia no parecía querer entrar en razón y sus intentos por conseguir tranquilizarla parecían lograr el efecto contrario.

Charlie se sintió mal, con ella y consigo mismo. Se odió y la odió a ella y odió la situación por la que estaban pasando; por odiar odió hasta al miedo. ¿Tan difícil era ser amigos sin una pared o una careta que los separara? ¿Qué eran esos estúpidos obstáculos al lado de todo lo bueno que sentían cuando hablaban? Tan contrariado estaba que Alicia aprovechó el momento de indecisión para zafarse de sus brazos y echar a correr. Y Charlie tuvo un momento de vacilación. ¿Valía la pena? ¿Acaso no sería mejor dejar que se tranquilizara en la seguridad de su casa? Desde luego, era mejor que terminar despertando a los vecinos y que pensaran lo peor de él. Pero, ¿a dónde le llevaría eso? ¿Volverían a lo mismo? Estaba cansado de esconderse detrás de una careta y ella no saldría por su propio pie. Quería a una amiga, a una de verdad, y Alicia necesitaba un empujón. No iba a morirse, la prueba de ello la tenía ahí, delante de sus ojos: Alicia huía, no había entrado en *shock* ni se había quedado paralizada. Huía porque era lo que creía que tenía que hacer, por el miedo a enfrentarse al hecho de tenerlo frente a frente, cuando hacía tiempo que ya habían roto las barreras.

Alicia no tenía miedo de él, solo creía que debía tenérselo. Y

ese pensamiento lo llevó a querer alcanzarla por todos los medios. Corrió como jamás lo había hecho. Si Alicia volaba él viajaba a la velocidad de la luz para llegar hasta ella, y esta vez cuando lo hizo consiguió que lo mirara un instante.

Un segundo, eso fue lo que necesitó para que Alicia le reconociera.

—Soy yo —le dijo con extremada dulzura, sonriéndole con los labios, con los ojos y con todo el cuerpo. Era una de esas sonrisas que saben a una vida entera, que concentran mil instantes, un puñado de momentos de felicidad.

—¿Charlie? —Tenía los ojos abiertos de par en par.

Él dudó un instante. Todavía temía que la chica echara a correr en cualquier momento.

—El mismo. Cuesta reconocerme sin la careta de cerdo, ¿eh? —Esbozó una media sonrisa.

—¿Qué haces aquí? ¡No puedes estar aquí! —bramó Alicia, enrojeciendo por la rabia.

—Yo creo que sí puedo. —Sí, podía, y no iba a marcharse a ninguna parte. No ahora que por fin ella lo había aceptado.

Alicia permaneció inmóvil, con el cuerpo en tensión. Parecía que en cualquier momento iba a saltar sobre Charlie y devorarlo.

—¡Es mi isla!

—¿Tú isla? Es una carretera. —Elevó una ceja y se mordió los carrillos, haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantenerse serio; todavía no estaba en posición de cantar victoria.

—¡Por las noches es mi isla! —repuso abriendo los brazos.

—¿Insinúas que la carretera está pluriempleada? ¿Lo sabe el gobierno? —preguntó tontamente en un intento desesperado por bromear, por hacer volver a la embriagadora locura que siempre los rodeaba en el hueco del armario.

Alicia no apartaba la mirada de él. No sabía si se había quedado petrificada o si solo era un dibujo y realmente no estaba allí. Y justo cuando levantaba un dedo hacia ella para tocarla y comprobar que no estallaba como una burbuja de jabón, observó cómo en los labios de la joven se dibujaba una imperceptible sonrisa. Fue tan breve como un pestañeo y Alicia se encargó de esconderla soltándose de su amarre y caminando apresurada en dirección contraria.

Él no tardó en seguirla.

—¡Alicia!

Se limitó a ignorarle mientras él seguía caminando tras sus pasos. Ya no corría, pero se mantenía lo suficientemente alejada de él, como si necesitara desesperadamente guardar esa distancia. Charlie se lo concedió y la siguió en silencio de vuelta a la cuesta por la que la había visto caer. Fue entonces cuando recordó a la gata y supuso que

estaban yendo en su busca.

—¡Alicia! —volvió a llamarla cuando casi habían alcanzado el último tramo—. ¿No te das cuenta? ¡No te estás muriendo!

La chica se paró de golpe y Charlie casi chocó con ella.

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—¡El miedo! —Tenía la cara surcada de pequeñas arruguitas y parecía que en cualquier momento se pondría a llorar.

Charlie negó con la cabeza y miró hacia la carretera por la que minutos antes había caído.

—¿Se puede saber cómo te has caído? ¿De verdad estás bien?

—No me he caído.

—Te he visto rodar por la carretera.

—Eso es precisamente lo que he hecho: rodar por la carretera. —Y como Charlie seguía mirándola con desconfianza, añadió—: Me he tirado yo. Suelo hacerlo todas las noches. —Se encogió de hombros.

—No hablas en serio —musitó, pero la sonrisa se le borró del rostro al percatarse de que hablaba muy en serio—. ¿Por qué ibas a hacer tal cosa?

—Me hace sentir bien.

—¿Cómo puede hacerte bien rodar por una carretera? —preguntó Charlie con la sorpresa aún pintada en el rostro.

—¿Cómo puede hacerte sentir bien mirar un dibujo, leer un libro o escuchar una canción? —Él le dedicó una mirada suspicaz—. ¿No hay nada que harías si supieras que estás solo en la calle o en el mundo? ¿Algo como gritar en voz alta o bailar en medio de una carretera?

Se lo pensó unos segundos.

—Quizá tomaría el sol en un paso de cebra, sí. O rompería ventanas.

Alicia sonrió.

—Para mí es liberador, uno de los pequeños placeres que puedo permitirme. Como si los barrotes que me mantienen presa desaparecieran unos minutos y me dejaran respirar.

—Vamos a buscarlo, anda.

—¿El qué?

—Tu miedo. ¿No lo habías perdido?

A Alicia se le iluminó el rostro y Charlie pensó que había amanecido, pero cuando miró el cielo se dio cuenta de que seguía siendo noche cerrada. Se sintió contrariado. El alcohol no era buen compañero y lo de Alicia aún estaba por decidirlo.

Recogieron a Nida, que inmediatamente se pegó a los pies de Charlie quien tuvo que esquivarla en más de una ocasión para evitar pisarla, y caminaron a paso lento hasta la casa. Charlie guardaba

silencio, escuchando a la chica divagar. Se sentía extrañamente feliz, como si hubiera llegado el primero tras una carrera de fondo y hubiera ganado la medalla de oro. Era extraño tener a Alicia a su lado, ver sus gestos y sentir su presencia sin la barrera constante de una pared.

—Puede que sea un agujero mágico —seguía diciendo Alicia —. ¡Tiene sentido! ¿Podrías hacer pasar, digamos, a todo el vecindario a tu casa para que pueda hablar con ellos a través del agujero? —Charlie sonreía mientras seguía caminando con las manos en los bolsillos, unos pasos por delante de ella—. ¡Espérame! Vale, quizá todo el vecindario no. Pero, ¿y a unas cuantas personas? Siempre he querido hablar con esa chica que vive enfrente. ¿Podría pasar ella? —Charlie se encogió de hombros como toda respuesta—. ¡Es un *atrapa-miedos*! Mi abuelo una vez me compró uno, pero debía de estar estropeado porque no hacía nada de nada. ¿Crees que solo ha desaparecido contigo o lo habrá hecho con todo el mundo? ¡Mañana debería ir a Hyde Park! —Alicia parloteaba sin parar, totalmente cegada por el entusiasmo.

Charlie se detuvo.

—Comprobémoslo. —La cogió por la muñeca y la arrastró hacia una casa. Alicia primero se dejó llevar, pero no tardó en quedarse totalmente quieta, con los pies anclados al suelo—. ¿Qué pasa?

—¿Qué haces?

—Vamos a llamar al timbre de ese amable vecino y a saludarle.

—Es demasiado tarde.

—O demasiado temprano —repuso, tirando de ella hacia la casa—. ¡Vamos, venga!

Alicia se quedó muda y todo el entusiasmo que se había congregado en su rostro desapareció. En un simple y mísero segundo pasó de parecer una niña a tornarse en una anciana.

Charlie la soltó y se acercó a ella unos pasos. Su tristeza también era suya.

—Tenías que despertarte —le dijo con la voz llena de tristeza —. Estabas soñando despierta. Hace tiempo que dejé de ser una persona para ti, Al. Soy una voz tras el armario, un cerdo o las ramas de un árbol, pero no una persona. —Hizo una mueca—. La otra noche no tenías miedo de mí, tenías miedo porque es lo que creías que tenías que sentir, solo temías a tu propio miedo.

—Lo del agujero *atrapa-miedos* sonaba mejor —murmuró con la mirada gacha.

—No te enfades, ahora tienes un nuevo amigo. —Charlie la tomó por la barbilla para hacer que lo mirara—. Una persona más.

—¿Eres mi nueva persona? —Los ojos se le iluminaron y Charlie no pudo hacer más que sonreír y abrir los brazos, abarcando todo Londres.

—¡Soy tu nueva persona!

—¡Tengo una nueva persona! —gritó, contenta.

—La tienes. Pero no dejaré que me saques a pasear con una correa —protestó él, haciendo un gesto hacia la gata, que le miraba silenciosa.

—¡Eso ya lo veremos! —dijo con una sonrisa, dando unos saltitos y reanudando la marcha. La siguió sin poder evitar sonreír.

Alicia no caminaba. Revoloteaba a su alrededor. Parecía una niña que había descubierto un nuevo mundo. Era Colón y él América. Ella Eddison, y él la luz. Aunque a Charlie le pareció que la luz emanaba de ella y no de él.

Cuando llegaron a la altura de la casa, decidieron que no querían entrar todavía. Se sentaron en el sofá de la entrada y Alicia no tardó en quitarse las zapatillas y subir los pies.

—Como en tu dibujo —dijo, feliz.

Charlie sonrió y la imitó. La imagen se hubiera asemejado a la que había plasmado en su dibujo si la gata no se hubiera subido instantes después y elegido los pies de Charlie como colchón improvisado.

—No debería estar ahí.

—No me digas que estás celosa. —Sonrió.

—Claro que no, pero es mía.

—Por lo que parece, tu gata y tu nueva persona se fugarán juntos —dijo Charlie alzando una ceja, mientras acariciaba a la gata que ronroneaba feliz.

—Traidores.

—Envidiosa.

La chica frunció los labios e inesperadamente se le iluminó la cara, como si de repente se hubiera percatado de un detalle importante.

—¿Qué hacías en la calle a estas horas?

—He salido con mis amigos.

—¿Los que vi la otra noche?

Charlie asintió y le contó lo que habían hecho, le habló de la cena, del grupo que tocó en el pub, de la música, de los disparates de sus amigos. Ella le interrumpía cada pocos segundos para hacer más y más preguntas, como una niña que descubre un nuevo mundo a ojos de un narrador omnipresente.

—Quizá el agujero no sea un *atrapa-miedos* —admitió la joven después de un rato en silencio, con la mente planeando a kilómetros de distancia—, pero sin duda tus dibujos adivinan el futuro.

Charlie sonrió y deseó que Alicia tuviera razón.

-Capítulo 18-
Alicia

Los instantes son peligrosos; pueden robarte el aliento, agitarte el corazón como si fuera un dado, cambiar el tablero o arrasar todas las fichas sin compasión.

El humor de Alicia estaba tan alto que parecía flotar sobre las nubes y tocar el sol con la punta de los dedos. Toda ella centelleaba y le era imposible estarse quieta. Lo primero que hizo tras despertarse y lavarse la cara fue abrir el armario para coger el silbato y hacerlo sonar como un árbitro de fútbol cuando anuncia una grave infracción; Alicia divulgaba a los cuatro vientos la culpa por haber estado tanto tiempo aislada del mundo, anunciaba su dicha con el mismo fervor de un niño que pide auxilio en la oscuridad de la noche.

Charlie llegó corriendo, con ojos soñolientos y el pelo alborotado.

—¿Qué pasa? —preguntó asustado.

Y ella estaba tan feliz que podría haberle dado un abrazo de no haber estado la pared interponiéndose entre ambos.

—Solo quería comprobar que no lo había soñado —confesó con una sonrisa y un brillo de regocijo en la mirada. Había apartado las cortinas e incluso encendido la luz del armario. Podía ver a Charlie con total claridad y no tenía miedo. Se acercó a él, que había sacado media cabeza por el hueco y la miraba boquiabierto, y le tocó la mejilla con el dedo índice, comprobando que era real—. Picas —musitó apartando el dedo con el rostro encendido por la repentina oleada de vergüenza que sintió al tocarlo, por esos ojos verdes que la miraban como si ella fuera la aparición, como si en cualquier momento fuera a desaparecer.

—¿Solo me has despertado para eso?

—Ya es de día. —Se encogió de hombros—. Pensé que estarías despierto.

—¡Son las siete y media de la mañana! —protestó Charlie.

—Y ya ha salido el sol —replicó sonriente.

—¿Pero recuerdas a qué hora nos fuimos a dormir anoche?

—¡Es por la mañana! —insistió ella.

—¡Y estamos en verano!

Alicia frunció los labios y cerró la puerta del armario al tiempo que le decía «¡aburrido!» con voz enfurruñada. Pero ni siquiera eso logró alterar su buen humor.

Desayunó con el abuelo hablando por los codos sobre lo maravillosa que era la vida, y se atrevió a confesarle que ahora tenía una nueva persona. Le contó con detalle gran parte de lo que había ocurrido la noche anterior, la vuelta a casa junto a Nida y las horas que habían pasado volando mientras hablaban sentados en el sofá de la entrada. El abuelo la escuchaba en silencio, pero su rostro denotaba cierta preocupación.

—Llamaré a Ofelia —le dijo mientras le servía más chocolate —. Le diré que venga a la hora de siempre. Es un gran paso, Alicia.

Ella asintió. Incluso hablar con Ofelia se le antojaba la mejor de las ideas. Quería que el mundo supiera que había ganado una pequeña batalla y que el premio había sido Charlie. Su amigo Charlie. Alicia pensó que sonaba realmente bien eso de «amigo». Desde la muerte de su hermana se había abierto un gran vacío en su pequeño mundo. No tenía a nadie con quien hablar, a quien contarle cosas tan banales como lo que sentía al fotografiar a una persona, no contaba con amigos fuera de la estrechez de su círculo de personas. Chase era un gran amigo para ella, pero también formaba parte de su familia, de modo que contaba sin contar realmente.

Durante la mañana, regó las plantas, habló incesantemente con sus rosas blancas y bailó para ellas. Y al terminar, se paseó por la casa con la ropa pringada de tierra, dejando un reguero marrón allá adónde iba. El abuelo barría disimuladamente detrás de ella, incapaz como era de reprenderla, y menos viéndola tan feliz. Cuando Alicia se detenía y lo veía tras sus pasos, le obligaba a soltar el cepillo y lo cogía por ambas manos para hacerlo bailar hasta que se rendía y tomaba asiento en su sillón favorito.

Pasaban las doce de la mañana cuando Alicia volvió a hacer sonar el silbato, con la misma insistencia que lo había hecho la vez anterior. Reía y soplaba, imaginándose la cara de Charlie mientras subía las escaleras para llegar hasta ella.

—¿Quieres parar? ¡Me vas a dejar sordo! —protestó él intentando en vano reprimir una sonrisa.

Pero Alicia no le hizo caso.

—¿Sabes? He estado hablando con el abuelo —dijo acercándose al armario. Charlie tenía los brazos apoyados en el agujero, el pelo húmedo le goteaba en la cara—, y tal vez podrías venir a tomar el té mañana. O a jugar al ajedrez. Y también podrías ver mi jardín —apuntaba con un dedo mientras hablaba—, y te podría enseñar el cuarto de revelado. ¿Has revelado alguna vez? —Él negó con la cabeza—. Pues te enseñaré, es divertido. Y tú podrías enseñarme a dibujar. —Se le iluminó el rostro—. Y también podríamos ver esa película de la que me hablaste, la de la chica llamada Phoenix que tenía cara de cerdo.

—Penélope —corrigió Charlie.

—¡Eso he dicho! —replicó con expresión seria, consiguiendo que el chico rompiera a reír—. ¿Quieres hacer algo de eso? Porque si no quieres solo tienes que decirlo. Digo, que a mí me apetece mucho, pero quizá estás ocupado con tu trabajo y tienes algo mejor que hacer. —Parecía que su perorata no iba acabar nunca. Estaba nerviosa, felizmente nerviosa, y la sonrisa de Charlie iba creciendo de forma exponencial conforme ella divagaba.

—Al —la llamó él.

—¿Al? —Frunció los labios—. Es una manera horrible de llamarme.

—¿Por qué? —Charlie se rascó la barbilla—. Ah claro, por el aluminio, ¿no? No tengo la culpa de que tu nombre sea tan aburrido.

—Me recuerda más a Alf. Esa horrible serie antigua que tanto le gustaba a papá.

Charlie compuso un gesto de sorpresa.

—¡Ya sabía yo que me sonabas de algo! Eres calcada a Alf.

—¡Vete a la mierda! —increpó indignada, cerrando el armario. Desde el otro lado podía escuchar las carcajadas de su vecino y no pudo evitar que se le contagiaran.

Se dio una ducha y se cambió de ropa antes de comer con el abuelo y, dado que Ofelia vendría esa tarde, decidieron adelantar la partida de ajedrez. Alicia prestó menos atención que nunca al tablero. Tenía la cabeza en otra parte. Nunca había tenido tantas esperanzas de recuperarse como las que habitaban en su ser en esos momentos. Había tantas cosas que quería hacer, tantas. Como acudir a una representación de Chase, montarse en la parte de arriba de uno de esos autobuses dobles sin techo, ver un musical o tocar la estatua de Peter Pan. Cuando era niña, sus padres las habían llevado a ella y a su hermana a Hyde Park alguna que otra vez, cuando tenían que hacer algo muy cerca y les quedaba de camino, pero nunca se habían quedado más que unos pocos minutos porque su madre odiaba ese parque. Alicia solía contemplar la estatua con cierta añoranza, queriendo que ese niño se fijara en ella y le diera la mano, que la espolvoreara con polvo de hadas y la llevara consigo hacia Nunca Jamás.

Alicia consiguió ser reina con la mente todavía nublada por las emociones, y no se despertó del todo hasta que escuchó el último estridente sonido del cronómetro del abuelo, y la voz profunda de este al anunciar jaque mate. Se levantó casi de un salto, sobresaltando al abuelo, y se despidió de él aleteando a su alrededor y besándolo en la coronilla.

Esta vez hizo sonar el silbato haciendo una pequeña pausa de apenas unas milésimas de segundo, poniendo más énfasis a su

llamada. Charlie apareció con el rostro encendido por la carrera y una expresión entre irritada y divertida. Y fue ese momento el que robó Alicia con el flash de su cámara, un instante único que conservaría como uno más de sus pequeños tesoros. Y sin decir ni una palabra ni dar oportunidad a Charlie para que hablara, cerró el armario y se marchó tan feliz como había llegado.

[image]

Ofelia se presentó en la casa a las cinco, puntual como un reloj, y se sentó en el sillón principal, como de costumbre. Encendió un cigarrillo y comenzó un ritual que Alicia conocía al dedillo. Esperó con ansias la pregunta que sabía que estaba por venir, moviendo los pies alternativamente. No podía estarse quieta.

—¿Quién eres tú? —preguntó la mujer en un tono indolente, rodeada por una cortina de humo.

Alicia respondió veloz como un rayo:

—Alicia. Hoy soy más Alicia que nunca.

El comentario pareció captar la atención de Ofelia, que se recolocó las gafas y levantó ligeramente el mentón.

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿Acaso un pájaro puede ser más pájaro de lo que ya es?

Alicia hizo una mueca imperceptible. No iba a estropearle el buen humor.

—Por supuesto. Cuando echa a volar es más pájaro que nunca.

—Y seguirá siendo pájaro aunque decida posarse a descansar sobre una rama.

Ella resopló.

—¡Estamos hablando de mí!

—Lo que me lleva a la pregunta principal: ¿quién eres? ¿Crees de verdad que eres más Alicia que ayer? ¿Significa eso que eres menos Alicia que mañana?

—¡He hecho un amigo! —Eso era lo único que le interesaba, quería que la felicitaran y no que la sermonearan—. Tengo una nueva persona, ¿no es eso importante? Siempre me estás diciendo que tengo que intentar avanzar, ¡lo estoy haciendo!

—Sí, y te felicito —contestó Ofelia al tiempo que le daba otra calada a su cigarrillo y dejaba que el humo se deslizara por sus labios con extrema lentitud. Alicia pensó que el humo tenía forma de serpiente y temió que llegara hasta ella y le arrebatara su felicidad—. Pero, de una forma o de otra, estás perdiendo perspectiva. Tú eres tú, tienes que tener claro eso. No puedes ser menos cuando las cosas no te salgan bien. —La miró intensamente para comprobar que le estaba prestando atención—. No debes restarte o sumarte según tus pasos.

—Lo que pasa es que me pides que eche a correr cuando estoy aprendiendo a caminar —protestó—. ¿Sabes cuánto hace que no hablo

con una persona que no seas tú o alguien de mi familia?

—Por supuesto que lo sé.

—Si estuvieras en mi lugar —continuó sin prestarle atención— a ti también te costaría correr cuando no sabes caminar.

—Ni un poquito —matizó Ofelia reclinándose en su asiento, consiguiendo que Alicia empezara a enrojecer por la rabia—. ¿Sabes sumar?

—¡Por supuesto que sé sumar! —replicó sin saber a qué había venido semejante pregunta.

—Bien, pues entonces aprende a hacerlo —siguió Ofelia como si no hubiera escuchado su respuesta—. La vida siempre es suma. Suma lo bueno y lo malo, lo triste y lo alegre, lo dulce y lo amargo; el resultado eres tú. No eres menos tú según lo que te pase hoy, seguirás siendo tú, una tú más sabia, más feliz o quizá más rota, pero una tú más ampliada.

Alicia guardó silencio unos instantes, sintiendo cómo su euforia se reducía unos grados. Sabía lo que venía a continuación.

—Háblame de ese chico, ¿cómo decías que se llamaba?

—Charlie.

—Bien. Háblame de él.

Y Alicia no se resistió. Sacó todo lo que tenía guardado muy adentro, sus ilusiones y esperanzas, la alegría desmesurada de tener un amigo, su primer amigo de verdad. Le habló de sus planes y parloteó sobre todas las cosas que podían hacer los amigos y que ella no había disfrutado nunca.

—… jugaremos al ajedrez, le enseñaré a revelar fotos —continuó enumerando—, Chase podrá presentarnos sus obras a los dos juntos y me acompañará a sacar a Nida por las noches. Tendremos conversaciones nocturnas en el sofá de la entrada y hasta podríamos ver películas. —Los ojos le brillaban por la emoción. Ofelia estaba apagando su segundo cigarrillo cuando decidió intervenir.

—Alicia. —Alzó una mano para hacerla callar.

—¿Qué?

—Para —repitió la mujer.

—Ya he parado.

—No, no has parado. Puedo oír tus pensamientos y es sumamente molesto.

—¿Cómo vas a oír mis pensamientos?

—Los oiría hasta un sordo. Estás pensando a gritos.

Alicia la miró con expresión ceñuda.

—¿Por qué no me dices lo que realmente quieres decirme?

—Que no es otra cosa que lo que te digo. —Alicia hizo ademán de protestar, pero la mujer la interrumpió con una de sus miradas que decían a las claras que su turno había llegado—. Alicia,

no puedes planear tu vida en torno a una persona. Ese chico tiene una vida, tiene familia y amigos, no puede estar siempre pendiente de ti.

—Pero él también quiere que hagamos cosas juntos.

—Pero eso no significa que todo su tiempo sea tuyo. No puedes buscar en él todo lo que te falta. Tienes que entender que el chico tiene más vida fuera de casa y que con tu actitud puedes asustarle.

Alicia se quedó paralizada.

—¿Asustarle? —Tragó saliva, de repente sentía la boca seca—. ¿De verdad podría asustarle? No parecía asustado esta mañana.

Ofelia exhaló un profundo suspiro y encendió el tercer cigarrillo.

—¿Qué sucedería si te pasaras el día jugando al ajedrez? —preguntó después de darle una calada al cigarrillo—. Te cansarías —respondió sin esperar respuesta—. ¿Y si te pasaras el día comiendo? Te empacharías. —Se inclinó hacia ella—. ¿Qué crees que le pasará a él si le agobias demasiado? No creo que necesites que te responda.

Ella se quedó callada, su sonrisa había decidido esconderse en el mismo lugar que la felicidad que minutos antes invadía su cuerpo.

—¿No se supone que deberías apoyarme?

—Eso es lo que hago, niña mía. Eso hago. Pero todo tiene que ser en su justa medida; de lo contrario, incluso lo bueno se torna dañino.

[image]

Alicia todavía continuaba masticando la conversación mientras buscaba a Nida por toda la casa. Su buen humor se había evaporado. Necesitaba pensar, salir a respirar la libertad de la noche. No había contestado a los silbatos de Charlie. Sería impreciso decir que Alicia tenía miedo; la realidad era que estaba aterrada. ¿Os ha pasado alguna vez que alcanzáis algo con la punta de los dedos, algo que ya casi es vuestro —sentís el tacto, la alegría burbujeante que rodea vuestro cuerpo, la necesidad de gritar y bailar y dar vueltas hasta marearte— y, en el último momento, os es arrebatado? Eso mismo había sufrido Alicia. Charlie, su persona, su esperanza, tan verdadera instantes antes, había comenzado a desdibujarse, a volverse borrosa de tanto mirarla. Y ella estaba triste. Sentía como si un elefante hubiese atrapado su corazón y lo estuviera aplastando sin piedad.

Y como si el destino, tan injusto él, quisiera impedirle alcanzar un poco de paz en la rutina que regía sus días, Nida no apareció aquella noche. Alicia buscó y buscó, y el abuelo se prestó a buscar con ella, incluso Donna ayudó a buscar, pero la gata no apareció.

-Capítulo 19-
Charlie

Hay besos que tienen más fuerza que el mismísimo príncipe azul,
que podrían volar y ganar batallas como el mejor de los héroes.

Charlie soñaba que vivía dentro de un beso. Un primer beso —fugaz, primitivo, terrorífico— era todo lo que tenía por hogar. Como bien es sabido, los primeros besos son únicos, y ese es el motivo por el que se veía en la obligación de vagar como un nómada pisando tierra de nadie; deambulando como un fantasma errante que nunca repetía el mismo lugar ni pisaba un mismo terreno. Disfrutaba de la experiencia desde todos los ángulos, nadando entre emociones, serpenteando entre cientos, miles y millones de sensaciones distintas. Los besos no se gastan, de la misma manera que su sabor es parte de una receta que nadie consigue repetir. Y a Charlie jamás le sabían de la misma manera.

Hay besos tiernos, verdaderos, así como también los hay egoístas, mentirosos, envidiosos e indolentes. Besos rebozados de azúcar y otros aderezados con una pizca de pimienta, besos que saben a sal o a la más exquisita de las golosinas, besos rasposos y otros tan suaves que incluso podrías deslizarte en ellos. Los hay que son tímidos y otros que son más osados. Besos escondidos en dedales y dedales ocultos en besos. Hay tantos besos, tantos en los que perderte que es imposible llegar a la superficie una vez te adentras en ellos. Existen besos en miradas, en palabras y hasta en suspiros. Hay besos que tienen más fuerza que el mismísimo príncipe azul, que podrían volar y ganar batallas como el mejor de los héroes.

Cuando alguien estaba a punto de dar su primer beso, una ráfaga de viento llevaba a Charlie hasta él. Sediento, esperanzado, ilusionado. Saltaba de beso en beso, se alimentaba de suspiros, de gemidos y dormía rodeado de promesas pronunciadas como un deseo. Pensó —si es que en los sueños se puede pensar— que vivir en un primer beso era bastante parecido a vivir en un desierto rodeado de diminutos oasis. A simple vista era un paraíso, pero, al encontrarse tan cerca los unos de los otros, en cuanto bebías del primero te preguntabas cómo sería el sabor del resto, y he ahí el paraíso transformado en infierno con el golpe de un simple pensamiento.

Y de repente, sin que Charlie pudiera hacer nada, los oasis desaparecieron, los besos se esfumaron y la arena comenzó a brillar.

Al bajar la vista al suelo se percató de que eran diminutas estrellas —ásperas, humeantes, ardientes—, lo que albergaba bajo sus pies. Un desierto de estrellas. ¿En qué momento había cambiado el suelo que pisaba? ¿Acaso había sido siempre así y el resto del paisaje le había distraído de lo verdaderamente importante? No lo sabía, pero poco importaba eso ya.

Embelesado como estaba, comenzó a caminar entre las estrellas sin poder apartar la mirada del aura de irrealidad que desprendían. Y, cuanto más avanzaba, más se hundían sus pies en ellas; le cosquilleaban como la caricia de una pluma, el revoloteo de una mariposa o el tacto de uno de esos primeros besos de labios torpes. Eran rugosas, bellas y destructoras. Se atrevió a agacharse y ahuecar las manos para sostener entre ellas un puñado de estrellas, pero al hacerlo estas perdieron todo su brillo, convirtiéndose en un polvo dorado, casi como la arena que cae por un reloj que entierra el tiempo. Sopló el polvo de sus manos, pero en lugar de desaparecer, las partículas se multiplicaron, y de cada una de ellas nació una nueva estrella, más grande y más brillante que la primera. Charlie fue sepultado, todo su cuerpo sucumbió ante miles de estrellas que luchaban por alcanzar un cielo negruzco, muerto, sin vida, que las llamaba anhelante, deseando su retorno.

Justo en el momento en el que una de las estrellas estaba próxima a regresar a su hogar, Charlie abrió los ojos al sentir cómo una lengua áspera le recorría los pies. Y fue tal el susto que dio un brinco, rodando sobre sí mismo y enganchándose entre las mantas de tal forma que acabó en el suelo, con la cara pegada a la fría superficie. Soltó un taco y se incorporó, contemplando a la intrusa que había decidido pegarle un susto de muerte.

Nida, la gata de Alicia, era una mancha negra sobre el paisaje nevado de sus sábanas.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó al tiempo que regresaba a la calidez de su cama—. ¿Qué hora es? —Nida le miraba atentamente, ronroneando—. Es verdad, los gatos no lleváis relojes. ¿Para qué querríais uno? Solo coméis y dormís, coméis y dormís. Bonita vida la de un gato.

Se dejó caer sobre la cama, con los bazos abiertos, y permaneció en esa postura unos instantes, contemplando el techo en el silencio de una mañana que ya había despuntado. Bostezó sonoramente. La gata se acercó a él y dio una vuelta sobre sí misma, acurrucándose en el hueco de su hombro, moviendo el rabo de manera ininterrumpida sobre su cara.

—Bonito culo, Nida —gruñó, haciendo una mueca—. Pero no hace falta que me lo pongas en la cara. —La apartó a un lado y la gata maulló como protesta—. No seas quejica, no querrás parecerte a tu

dueña.

El comentario le hizo pensar en Alicia y las preguntas comenzaron a filtrarse en su mente como una plaga. Como si de repente hubiera caído en la cuenta de lo anormal de la situación, se levantó de golpe, haciendo caer a Nida al suelo, que maulló disgustada. No le sorprendió encontrar su propio armario abierto. Charlie se había acostumbrado a la presencia constante de Alicia. Con una sonrisa adherida a sus labios, hizo sonar el silbato y esperó.

Pasados unos minutos, Alicia seguía sin aparecer. «Habrá salido» pensó, para al segundo palmearse la frente por pensar semejante estupidez. Miró el agujero, miró el silbato y después miró a Nida y suspiró. No se le daban bien los animales. Una vez tuvo un pez que murió ahogado; se quedó flotando sobre la pecera, inerte. Y Charlie comprendió que ni él podía tener animales ni su pez sabía nadar. Desde entonces no había compartido vida con ninguno y, por su bien y por el de Nida, esperaba que Alicia no tardara en aparecer. Quién sabe, quizá en su compañía a Nida se le olvidaba maullar o decidía poner a prueba eso de que los gatos tienen siete vidas, y entonces se vería en la obligación de aguantar un sermón de Alicia por el resto de sus días.

Compuso una mueca y observó al animal, para a continuación volver a tocar el silbato. Pero Alicia tampoco apareció esta vez y Charlie empezó a preocuparse. La noche anterior también lo había intentado con el mismo resultado.

Se acercó lentamente a la gata, de puntillas y con tanto sigilo que hizo que el minino sospechara y se alejara mecánicamente hacia atrás.

—No me digas que tú también tienes miedo de las personas. —Charlie suspiró—. ¿Me vas a hacer usar careta? Venga, sé buena. *Psss, psss* —la llamó.

Nida se quedó plantada en el sitio, mirándolo de reojo, y Charlie pensó que si los gatos pudieran reírse, esta estallaría en carcajadas a su costa.

—Ven aquí, Nida —le ordenó. Alicia le había dicho que era más un perro que un gato, por lo que decidió probar suerte sin demasiada convicción. Sorprendentemente, la gata le miró y empezó a caminar hasta él—. ¡Ajá! —farfulló con una gran sonrisa.

La subió a sus brazos y se acercó hasta el agujero, intentando devolverla por donde se había escapado. La gata forcejeó, clavó las uñas en un trozo de pared y empezó a bufar.

—Los perros no hacen esas cosas, Nida —le recordó. Con mucho esfuerzo logró meterla en el armario de Alicia, que estaba cerrado—. Espera, vuelvo en seguida para abrirte la puerta —le dijo mientras se daba la vuelta para ir en busca del palo del cepillo de

barrer, con el que acostumbraba a abrir la puerta del armario de su vecina.

Charlie no hizo más que darse la vuelta cuando la gata saltó por el hueco y, a continuación, se encaramó a su espalda, clavándole las uñas en la piel. Soltó un grito e intentó quitársela con rapidez, consiguiendo que el animal se asustara y se aferrara con más vehemencia a su espalda. Era una estampa de lo más ridícula: Nida maullaba y se revolvía en la espala de Charlie, mientras él gritaba y daba vueltas sobre sí mismo, intentando quitársela de encima.

Desesperado, Charlie se lanzó sobre la cama, sosteniendo todavía el palo de la escoba, y Nida dio un salto y corrió hacia el cabezal.

—¡Pero bueno! —gritó con el rostro crispado por el dolor—. Eres una gata traicionera —la fulminó con la mirada—, y yo debo de tener un jodido mapa en la espalda. —Se pasó un brazo por encima del hombro y gimió al sentir el escozor de las heridas que le había hecho.

Chasqueó la lengua, malhumorado, y se fue al baño para comprobar lo que ya sabía: tenía la camiseta blanca con pequeñas marcas de uñas y manchas de sangre. Se lavó la cara y los dientes y se enfundó unos vaqueros y unas zapatillas antes de mirar de nuevo a la gata con recelo.

—¡Ven aquí, Nida! —le ordenó, y la gata volvió a obedecer. Con el cuerpo en tensión por el temor de que volviera a atacarlo, la cogió en brazos envuelta en una sábana y salió de la casa. Tocó el timbre de los vecinos sin apartar los ojos de Nida, que ronroneaba y se relamía una patita como si nunca hubiese cometido ninguna fechoría.

A esas alturas Charlie estaba de muy mal humor. Lo único que quería era deshacerse del animal e intentar desinfectarse las heridas, tomarse un buen desayuno y ponerse a trabajar.

Fue el señor White quien abrió la puerta y se quedó mirando a su vecino y a la gata alternativamente.

—Buenos días, señor White —le saludó—. Le traigo a Nida.

El hombre no respondió al saludo. Dio un paso hacia él y levantó una de sus cejas.

—¿Sabes hasta dónde hemos llegado buscándola? —preguntó el hombre con voz grave—. Llevamos desde anoche intentando dar con ella.

Charlie pensó que no debían de haber buscado demasiado bien, encontrándose como estaba la gata al otro lado del armario. Pero, por supuesto, no le dijo una palabra y se limitó a tenderle al animal.

—¿Dónde la has encontrado? —El señor White la cogió y la depositó en el suelo. Nida miró a Charlie un instante antes de

desaparecer entre maullidos en el interior de la casa.

—Me despertó hace un rato. Estaba encima de mi cama.

El abuelo de Alicia le dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Y se puede saber cómo entró en tu casa?

Charlie se quedó lívido y quiso abofetearse por no pararse a pensar un segundo antes de responder. ¿Qué podía decirle ahora? «Por el agujero del armario de su nieta, ¿por dónde si no?». Seguro que si le dijera algo así el hombre lo tacharía de acosador o algo peor.

—Debe de haber entrado por una ventana —murmuró por lo bajo, aunque no lo suficiente como para no ser escuchado.

—¿Crees que soy estúpido? —El hombre dio un paso hacia él. Su gesto pretendía ser hosco, pero cualquiera que lo conociera bien advertiría que solo era una fachada, una máscara con la que no lograba engañar a nadie. Claro que Charlie estaba demasiado irritado como para reparar en ello.

—No he dicho eso.

—¿Eso quiere decir que lo piensas?

—¡No quiere decir nada! —protestó él.

—¿Me puedes explicar entonces cómo entró la gata en tu casa?

Charlie abrió la boca para hablar, pero inmediatamente la cerró.

—Si le soy sincero, no tengo ni idea.

—Eso me temía —musitó el señor White—. ¿Sabes que es un delito robar gatos ajenos? Podría denunciarte por eso.

«Lo que me faltaba», pensó Charlie. Su mal humor había alcanzado una cota demasiado elevada.

—¿Se ha empeñado en verme entre rejas? Es la segunda vez que me amenaza con denunciarme. —Charlie no pretendía ser maleducado, pero ya había soportado bastante en una mañana, y todavía le escocía la espalda. Se dio la vuelta para mostrarle al hombre las manchas de sangre—. ¿Lo ve? ¡Eso me ha hecho la gata cuando la he cogido en brazos!

—Lo que no hace más que confirmar mis sospechas. Algo malo debes de haberle hecho para enfadarla. Nida es una gata pacífica —manifestó el hombre, señalándolo con un dedo.

El chico exhaló un hondo suspiro. No valía la pena discutir por eso. Era ridículo.

—¿Podría hablar con Alicia? —preguntó dulcificando su tono de voz.

El señor White frunció el entrecejo y se recolocó la chaqueta.

—Por supuesto que no. —Y sin decir una palabra más, le cerró la puerta en la cara.

Charlie no sabía si echarse a reír o empezar a dar golpes

contra la puerta, aunque teniendo en cuenta las amenazas del abuelo de Alicia lo mejor sería que ni siquiera lo imaginara si no quería ir a parar a un calabozo. Regresó a su casa con un humor de perros, o de gatos, y decidido a plasmar en el papel todas y cada una de sus frustraciones.

Por suerte, aquel fue un día productivo y las viñetas de acción le habían salido a pedir de boca. Se imaginó llamando a la puerta de su vecina y agradeciéndole al señor White, e incluso a la gata, el haberle ayudado a explotar su imaginación. Y no pudo más que sonreír y agitar la cabeza hacia los lados.

[image]

Al caer la noche, comprendió que Alicia le estaba evitando por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender. No había respondido a ninguna de sus llamadas, ni siquiera había intentado hablar con él sobre el suceso de la gata. Se sentía contrariado. Temía que la chica hubiese tenido alguna recaída, pero no se atrevía a presentarse en su casa y preguntar; el señor White seguramente le cerraría la puerta antes de poder pronunciar media frase, algo que parecía haber tomado por costumbre. Decidió esperar. Alicia era de rutinas fijas, lo que significaba que, como todas las noches, saldría de madrugada a pasear con su gata. Y así lo hizo.

Charlie la vio salir desde su ventana, y dispuso del tiempo justo para esconderse y que ella no se percatara de que la estaba espiando. Sonrió al pensar que se habían invertido los papeles, ahora era él quién la espiaba desde su ventana. Solo le faltaba sacar la cabeza y fotografiarla.

Esperó hasta que la perdió de vista y salió a sentarse en el sofá con el bloc de dibujo. Había empezado el dibujo mientras esperaba a que la chica saliera de casa, así que casi lo estaba terminando. Se podría decir que era una imagen muy normal, Alicia paseando a su gata entre el mar de personas de mentira que Charlie acostumbraba a dibujar, salvo porque no lo era. Nida era tan grande como un caballo y Alicia no la tenía que guiar por las calles, era la gata quien la guiaba a ella. En esta ocasión avanzaban con indiferencia sin intención alguna de sortear los cuerpos que tenían la desfachatez de cruzarse en su camino. El miedo solo yacía en el rostro de aquellos que huían despavoridos, y en el cuerpo de las personas que Nida iba aplastando. El miedo podía aplacarse, incluso destruirse, y ese dibujo era una prueba de ello. Las personas tenían una estatura inferior a la de Alicia y eran como una fila de Hobbits asombrados por la aparición de la elfa más hermosa que jamás hubiesen visto. La gata tenía el rabo levantado en lo alto y enroscado alrededor del cuello de uno de aquellos seres diminutos, y de este se desprendía polvo de hadas que iba a parar al cabello de Alicia, elevándolo ligeramente hacia arriba.

Era una imagen hermosa, y las estrellas que tachonaban el cielo contemplaban a la joven con cierta envidia.

Seguía enfrascado en el dibujo cuando Alicia regresó de su paseo, tan sigilosa que, de no ser por los maullidos de la gata para llegar hasta Charlie, no habría reparado en ella.

—¡Eh! ¿Te ibas sin saludar? —preguntó con una nota de sorpresa en la voz, dejando a un lado el cuaderno.

Alicia tenía ese gesto que ponen los niños cuando son pillados haciendo una travesura.

—Hola —contestó sin más, volviéndose lentamente hacia él.

La gata aprovechó la distracción para pegar un brinco hasta Charlie y soltar la correa de la mano de Alicia. Se acurrucó junto a él, con la cabeza apoyada en su pierna izquierda.

—Más te vale dejar las uñas quietas si no quieres que te prohíba subir a mi sofá —le advirtió al animal, que ronroneó cuando le acarició la cabeza—. ¿Qué tal? —le preguntó a la chica.

Ella guardó la distancia y llamó a Nida con cierta irritación; por supuesto, la gata no le hizo el menor caso.

—Tengo que irme ya —masculló evitando mirarle a los ojos —. Nida, ¡ven aquí ahora mismo! —La gata elevó la cabeza y maulló en respuesta antes de volver a recolocarse, consiguiendo que Alicia suspirara—. ¡Tengo que irme! —insistió.

—Pues díselo a tu gata. Si no te hace caso a ti menos me lo va a hacer a mí —contestó con una sonrisa—. ¿Por qué tanta prisa? — Intentaba lograr que lo mirara, pero era una tarea perdida. Algo le sucedía y él no pensaba rendirse hasta conseguir hacerla hablar—. Te he hecho un dibujo. —Señaló al cuaderno que descansaba a un lado.Alicia le dedicó una mirada recelosa y se mordió el labio; Charlie no pudo evitar sonreír al verla dudar. Sabía que la curiosidad de la joven era una de sus debilidades y, por mucho que quisiera evitarlo, le podían las ganas de acercarse y ver lo que tenía para ella. Y así lo hizo. La joven rodeó el sofá, guardando las distancias, y observó el dibujo con fascinación. Charlie pudo notar cómo se desprendía de las barreras que se había enfundado como si se quitase una camiseta. Sus preciosos ojos azules brillaban entusiasmados, los labios se le curvaron en el nacimiento de una sonrisa colmada de dicha y las mejillas se le tiñeron tímidamente.

—¿Te gusta?

—Es precioso —respondió Alicia, que rápidamente dejó el cuaderno sobre el sofá al advertir que se había dejado llevar—. Pero sigue siendo una mentira.

—Ayer no decías lo mismo.

—Ayer es siempre todavía —murmuró Alicia, apartando la mirada.

—Se dice «Hoy es siempre todavía», y eso no responde a mi pregunta.

—¡Eso he dicho! —repuso Alicia—. Y no has preguntado nada.

—Claro que sí —replicó—. Te he preguntado que qué tal estás y tú solo has dicho que te tienes que ir.

—Por eso mismo: estoy yéndome. ¡Vamos, Nida! —llamó de nuevo a la gata, desesperada, pero esta continuaba sin hacerle caso.

—No has contestado a ninguna de mis llamadas. Ni anoche, ni esta mañana, ni durante la tarde. ¿Por qué?

—No te oí. —Cansada de la desobediencia de su gata, se acercó a Charlie para cogerla, y este aprovechó el momento para atraparla por la muñeca.

—¡Te pillé!

Alicia lo miró boquiabierta y tiró de la mano para soltarse.

—¡Suéltame!

—No hasta que me digas qué te pasa.

—No me pasa nada.

—Claro que sí. Ni siquiera me miras a los ojos.

—¡He dicho que me sueltes! —Tiró del brazo, pero Charlie se las arregló para cogerla con las dos manos y obligarla a sentarse a su lado.

Sin previo aviso, Alicia se vio sentada en el sofá con las piernas de Charlie sobre su regazo, evitando que pudiera levantarse.

—Aquí te quedarás hasta que me lo digas. Tengo todo el tiempo del mundo —dijo con una sonrisa—. Podría ponerme a dibujar. —Señaló el bloc, con el que se había hecho antes de sentarla junto a él—. Incluso podría quedarme dormido y no podrías moverte.

La cara de Alicia ardía por la rabia.

—Y yo podría morderte, o pedirle a Nida que te arañe la cara.

Charlie hizo oídos sordos del comentario.

—No me digas que estás enfadada porque crees que he intentado robártela. No es eso, ¿no? —No le dio tiempo a contestar—. No te ofendas, tu gata no está nada mal —explicó mirando al minino, que se las había ingeniado para acostarse sobre las rodillas de Charlie y, por tanto, sobre las de Alicia también. Formaban un conjunto encantador, y si el señor White hubiera salido en ese instante se le habría desencajado la mandíbula al observar la escena—, pero no me gustan los gatos. —Lo dijo muy bajito, como si la gata pudiera indignarse con su confesión. Charlie pudo ver cómo la oreja del animal se movía ligeramente hacia un lado y le miraba de reojo—. Se coló por el agujero del armario y me la encontré encima de mi cama. Por su culpa me caí y luego estuve una hora desinfectándome las heridas. Me merezco un «gracias» como mínimo.

Alicia frunció el ceño.

—¿Cómo llegaste a desinfectarte la espalda? ¿Eres flexibilista?

—Con mucho esfuerzo e imaginación. Y es «contorsionista».

—Eso he dicho yo —replicó Alicia, irritada—. Pareces mi eco.

El comentario logró robarle una sonora carcajada.

—¿Y mi «gracias»?

—Se ha ido volando por ahí —contestó la chica, señalando hacia las estrellas.

Charlie sonrió, pero no dijo nada más. Se acomodó contra el brazo del sofá, estudiándola en silencio. Alicia acariciaba a Nida y soportaba estoicamente su escrutinio. El silencio actuaba como una melodía dulce y cautivadora que los mecía, como una balsa que se balanceaba hacia los lados, acercando sus almas de una manera más profunda que el fino roce de sus cuerpos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Alicia de repente, despertándolos con su voz del letargo consentido de los últimos minutos.

—Espero a que vuelva el «gracias» —contestó en un intento patoso por bromear.

—Me refiero a aquí, conmigo. —Alicia levantó el mentón y lo miró. No había diversión en sus ojos, solo miedo e incertidumbre—. ¿Lo haces porque te doy lástima?

A Charlie se le borró la sonrisa de los labios.

—¿Lástima?

—Ofelia dice que tienes tu vida y que no debería acapararte por mucho que seas mi nueva persona. Que te cansarás de mí.

Y él al fin pudo comprender lo que le sucedía.

—Lástima —repitió más para sí mismo que para Alicia, soltando una risotada mordaz—. Los amigos no se tienen lástima.

—No soy como el resto de tus amigos.

—Claro que lo eres. —La examinó detenidamente, como buscando en su cuerpo alguna anomalía, y Alicia compuso una mueca —. ¿Sabes, Al? Todos tenemos algo que esconder. Vivimos con nuestros monstruos bien encerrados en el armario. Guardamos aquí —se tocó con el índice el pecho— las pérdidas, el dolor, el rencor, los miedos… Tú al menos lo muestras, sacas fuera lo que sientes. Eres libre a tu manera, eres real. —Hizo una pausa y se inclinó para tomarla de la barbilla y hacer que lo mirara—. No tienes nada que esconder, y eso hace que te admire. Me dejas conocer lo peor de ti y no eres de las que engañan con una sonrisa. —Sonrió con tristeza—. No hay mucha gente como tú en el mundo.

»Lo que quiero decir con esto —se apresuró a explicar al ver el gesto de confusión de su vecina— es que no debes preocuparte de lo que pasará mañana. Preocúpate de lo que suceda hoy, ahora mismo.

Estamos aquí, podrías estar sonriendo, contándome qué pensaste al ver de vuelta a Nida o qué tal fue la partida de ajedrez con tu abuelo. Cualquier cosa. —Le apartó un mechón de pelo de la cara—. Cualquier cosa es mejor que pensar en lo que podría pasar mañana y estropear con eso lo que pueda suceder hoy. —Esbozó una sonrisa y Alicia se la devolvió con timidez—. Una buena amiga siempre me dice que hay que afrontar las cosas tal y como llegan, o de lo contrario te pierdes cada regalo que llega a tu vida.

—¿Es una experta tu amiga?

Charlie se echó a reír.

—Claro que no. A Wendy se le da bien dar consejos, pero a ella le cuesta mucho más seguirlos. —Bajó la mirada al sentir el hocico de Nida en el dorso de la mano, y comenzó a acariciarle el cuello, consiguiendo que la gata ronroneara de regocijo—. Alicia —la llamó, y ella le miró a los ojos—, no sé qué pasará la semana que viene, o dentro de un mes, pero te aseguro que ahora mismo no pienso irme a ninguna parte. Los dos tenemos nuestras vidas, pero eso no significa que no podamos salir de ellas de vez en cuando. La amistad consiste en eso, en encontrar un lugar en el que podamos pararnos y recuperar el aliento.

Alicia sonreía ampliamente. Las dudas se habían disipado de su rostro y esta vez Charlie no pudo contenerse: le revolvió el pelo, consiguiendo que varios mechones se le escaparan de la trenza. Ella le dio un manotazo.

—Hablas más que Ofelia —musitó, y su sonrisa se ensanchó —. Deberías pensar en cambiar de profesión.

—¿Tú crees? —Charlie elevó las cejas—. Te perderías los dibujos tan estupendos que te hago.

—Eres un presumido.

—Venga ya, los dos sabemos que te encanto.

—Me encantaría que te callaras.

—Crees que soy arrebatadoramente encantador, lo piensas constantemente.

—Creo que te huelen los pies —dijo Alicia haciendo lo posible por contener una sonrisa mientras intentaba apartar las piernas de Charlie.

—Y yo creo que esta noche no dormirás en casa. —Se recostó hacia atrás y fingió hacerse el dormido.

La normalidad, si es que podemos llamarla de ese modo, había vuelto a ellos, y ninguno de los dos pensaba soltarla sin prestar una dura lucha por garantizar su seguridad.

[image]

-Capítulo 20-
Alicia

Cuando caes tan hondo que ya no puedes caer más,
entonces solo te queda subir.

Si se pudiera comprimir un instante en un envase, sin duda, sería en un frasco diminuto. Como el veneno. Los instantes son peligrosos; pueden robarte el aliento, agitarte el corazón como si fuera un dado, cambiar el tablero o arrasar todas las fichas sin compasión. Los instantes no tienen alma —son breves como suspiros, intangibles, palabras muertas— y sin conciencia no existe la compasión. No puedes suplicarle a un instante, ni llorarle, ni postrarte. Y cuando los instantes besan al destino estás perdido. Perdido en un segundo.

Puede que os preguntéis llegados a este punto: «¿Cómo se puede perder alguien en un segundo?». En realidad, se puede vivir toda una vida en un segundo, y si puedes vivir en él, es evidente que también puedes perderte. Dejad que os expliquemos una pequeña historia. Una historia sobre una chica llamada Alicia que se encontraba en el umbral de una puerta, una puerta cualquiera de no ser porque en ella se escondía un instante. Los instantes suelen ser escurridizos —si sujetarais uno, indudablemente sería como el agua— y les encanta jugar al escondite. Pueden pasarse la vida detrás de una puerta, de un pensamiento, de una mirada, de una palabra o de una calle cualquiera. Cualquier sitio es bueno y tarde o temprano les acabaréis encontrando, incluso cuando no los busquéis.

Pero volvamos al instante de Alicia; ahí estaba él, mostrándose como un niño travieso tras pasar años escondido. Pero no lo busquéis tras la puerta, no creáis nunca lo que veis. En realidad, el instante de Alicia se escondía en el corazón de su abuelo, que casualmente se encontraba en el salón, tras la puerta que estaba a punto de cruzar. No culpéis a la puerta, culpad a un corazón que durante un segundo se olvidó de ser corazón. Y a una taza de té. Una taza que se quedó suspendida, como sujetada por hilos, a escasos centímetros de impactar contra el suelo. La taza esperaba, casi ofendida, a que Alicia encontrara el camino. La puerta suspiraba, quejándose por no ser cruzada. El instante jugueteaba a sus anchas por todo el salón mientras el abuelo yacía en el suelo, sujetándose el pecho, como intentando traspasar piel y hueso y dar cuerda a su olvidadizo corazón. Quien también esperaba era el aliento de Alicia,

que había sido cruelmente esposado por la sorpresa, seguido de un grito desgarrador que esperaba ser liberado.

El instante de Alicia estuvo lleno de esperas, pues aunque ella anduviera perdida en un segundo, el resto del mundo seguía caminando por el tiempo. Hay segundos que duran una vida entera y después hay otros, como el de Alicia, que no pueden medirse en tiempo; y es que nadie ha inventado, todavía, algo más infinito que el propio infinito. Casi se podía ver a la inmortalidad atrapando entre sus tentáculos a nuestra Alicia. Y en ese momento no había muerte más grande que la vida. Así que, técnicamente, Alicia estaba muriéndose de vida; por la que se le escapaba a su abuelo y por la que habitaba en ella. Pensó, mientras caminaba por el laberinto en el que se había tornado su segundo, que si había algo que le gustaría poder regalarle a su abuelo era precisamente eso, segundos, uno similar a aquel por el que se deslizaba, que era más infinito que el infinito. Miró en sus bolsillos, pero no encontró ningún segundo guardado, aunque de haber tenido uno tampoco habría sabido verlo dado que ni siquiera sabía qué aspecto tenían.

La cuestión es que el instante pasó, como lo hacen todos, pero no penséis que fue su muerte; los instantes renacen en recuerdos. Y un recuerdo es algo que no se puede matar. Por eso mismo, cuando el tiempo de aquel instante llegó a su fin, renació en un recuerdo, y el segundo en el que Alicia había estado perdida se esfumó mucho más rápidamente de lo que había perdurado, dejándola a ella sola y desamparada.

Y entonces hizo lo único que podía hacer: reconciliarse con el tiempo y terminar las esperas. La puerta fue cruzada, la taza de té impactó contra el suelo, su aliento fue liberado y el grito desgarrador emanó —porque eso es lo que hizo— de ella. Más que un grito pareció un idioma desconocido, una lágrima entonada. Y después del grito llegó el instinto. Corrió hacia su abuelo, que seguía tendido en el suelo, y se sintió como en uno de esos sueños en los que por más que corres nunca llegas a tu destino. Alicia no quería llegar a su destino, no quería ser abofeteada por la realidad. Pero esto no era un sueño y no tardó en llegar junto al abuelo, arrodillándose a un lado de su cuerpo y sintiendo algo tan intenso y doloroso en su interior a lo que no cometeremos la osadía de intentar poner nombre.

Algo en ella se rompió irremediablemente para siempre, y tampoco sabríamos deciros exactamente el qué, pero si mirabas a Alicia sabías que estaba rota a pesar de no presentar ninguna fractura física. Tan rota como la taza de té. O como el corazón de su abuelo. Alguien dijo una vez que lo único interesante de la palabra «roto» es que por definición se puede arreglar, y eso mismo debió de pensar Alicia, pues su mente comenzó a trabajar a marchas forzadas,

intentando eliminar el velo de terror que había caído sobre ella.

Su primer instinto, el gobernado por la necesidad de recomponer el roto corazón del abuelo, fue correr hasta el teléfono y llamar a emergencias. El segundo, el liderado por el terror absoluto, ese mismo que sintió al darse cuenta de que el haber llamado a emergencias implicaba que su casa pronto estaría a rebosar de gente desconocida, fue esconderse. Y el tercero, y no por ello menos importante, fue el del amor. No podía dejar a su abuelo solo, pero sabía, como quien sabe que el sol sale todos los días, que el miedo le ganaría y que en cuanto escuchase el timbre echaría a correr.

Tomó una decisión y subió a la carrera hacia su dormitorio. No tenía mucho tiempo. Sopló el silbato con todas sus fuerzas. Alicia nunca rezaba, pero ese día rezó. Y ahí, entre la pared desconchada, apareció la cara sonriente de Charlie, que al ver la expresión de su rostro palideció.

—¿Qué pasa, Al?

—Tienes que venir.

—¿Por qué, qué ha pasado?

Pero Alicia no contestó, volvió corriendo al salón donde esperaba el abuelo. Y volvió a rezar. Rezó a todo lo que conocía y a lo que no también. Suplicó entre lágrimas e hipidos como quien entona un mantra. Los ojos azules vidriosos del abuelo se abrieron y Alicia sintió cómo la esperanza volvía lentamente hacia ella.

—¡Abuelo!

—¿Qué ha pasado, pequeña?

—Estabas en el suelo.

—El suelo no es tan cómodo como mi cama.

Alicia sonrió y le acarició la cara.

—¿Puedes levantarte? —preguntó, queriendo ayudarlo, pero su abuelo negó con un gesto casi imperceptible. Era un hombre muy corpulento y Alicia no podía hacerlo sola.

Escuchó el timbre y las manos comenzaron a sudarle. Observó un instante al abuelo, pidiéndole perdón con los ojos, con los labios y con todo su ser. ¿Cómo iba a abrir sin que la vieran? Se frotó la frente con una mano, intentando pensar.

—¡Alicia, abre la puerta! —Los gritos de Charlie le llegaron altos y claros—. Como no abras tiro la puerta abajo, ¿me oyes? —El timbre continuaba sonando coreado por sus gritos—. ¡Al, abre —aporreaba la puerta con los puños—, por lo que más quieras!

Con el corazón desbocado y relleno de una alegría inusitada, Alicia se acordó de su vecino y salió disparada hacia la puerta para dejarlo pasar.

Segundos después Charlie contemplaba la escena —la taza de té rota, el abuelo roto en el suelo y a una Alicia rota—, y se acercó al

hombre tragando saliva, pero con una expresión tan decidida y tranquilizadora que fue para la joven como un bálsamo que aplacaba el escozor de sus heridas, como ese alivio que sientes cuando alguien te sopla directamente en una herida.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó mientras se agachaba junto a él—. ¿Le ayudo a levantarse? —Charlie lo miraba como a un rompecabezas, sin saber por dónde empezar, intentando descifrar lo que el hombre balbucía en voz baja. Las sirenas de la ambulancia no tardaron en inundar la casa, colándose por la puerta abierta—. Alicia, ayúdame. —Miró hacia los lados—. ¿Alicia?

Pero Alicia ya no estaba. Ni rastro de ella. Charlie paseó la mirada por toda la estancia, y sus ojos verdes terminaron chocando con los azules del señor White; parecía que del choque de sus miradas nacía un pantano.

—La ambulancia —dijo el señor White, intentando controlar la respiración.

—Ya están aquí, no se preocupe.

—No me has dejado terminar. —Le miró ceñudo y Charlie se hizo un poco más pequeño. Incluso tendido en el suelo y enfundado en una bata de franela, aquel hombre seguía imponiendo—. La ambulancia trae gente, que la gente no se acerque a mi nieta.

Charlie comprendió y asintió. Alicia se había escondido y sintió una mezcla de rabia y tristeza a la que no supo ponerle nombre.

—Si alguien lo hace, coge mi corazón y tíraselo a la cara. —El hombre intentó reír, pero la tos se lo impidió.

Charlie alzó una ceja. Desde luego, Alicia tenía a quien parecerse.

Alicia escuchaba desde la planta superior cómo entraban los sanitarios, para después observar por la ventana de su habitación cómo sacaban al abuelo en una camilla. Contempló cómo lo introducían en la parte trasera de la ambulancia y a Charlie entrar con él un momento después, solo entonces pudo respirar aliviada. Y con el oxígeno llegaron también las lágrimas, pues de los ojos de Alicia empezaron a brotar tantas lágrimas como partículas de aire respiraba. Una lágrima por cada aliento, por cada movimiento de sus pulmones una contracción de su corazón.

Se sintió más que rota; muerta. Habría deseado haber acompañado al abuelo, que nadie tuviera que hacerlo en su lugar. Habría deseado que su miedo la abandonara. Pero Alicia no se atrevió a desear nada; sintió que la estrella —estuviera donde estuviera— se había apagado irremediablemente para siempre.[5]

[5] Esta frase hace referencia a la etimología de la palabra «deseo». En latín «desiderare», contiene la raíz «sidus» que significa «estrella». Alicia hace alusión a que sus deseos —la estrella— se han desvanecido.

-Capítulo 21-
Charlie

No puede haber luz sin oscuridad, de la misma manera en que la locura sin la cordura no podría existir.
Son las reglas básicas de los opuestos.

Mientras viajaba en la ambulancia junto al señor White, Charlie sentía cómo el aire iba escapándose de sus pulmones, negándose a brindarle auxilio. Cada calle que dejaba atrás le hacía sentir más y más asfixiado. Intentaba pensar en cualquier otra cosa que no fueran los sonidos que imperaban en la angustiosa ambulancia, en aquel vehículo que se tragaba los kilómetros acercándolo a su irremediable destino: un hospital. Un hospital como en el que murió su madre. Rogó que no fuera el mismo porque, en caso de serlo, se vería en la obligación de robarle la máscara de oxígeno al abuelo de Alicia.

Charlie también conocía al miedo. Eran viejos conocidos que todavía libraban una especie de guerra fría, una batalla que parecía no tener fin. Él temía al recuerdo de su madre o, para ser más exactos, al recuerdo de la muerte de su madre.

Charlie solía pensar que las personas nacemos con un dolor limitado que podemos soportar durante nuestra vida. Como si el dolor fuera añadiendo sacos sobre nuestros cuerpos que debemos cargar constantemente, aunque nadie pueda verlos y solo nosotros seamos capaces de sentirlos. Y cuando te han caído demasiados sacos encima es imposible que puedas volver a levantarte; el peso es superior a ti y acabas enterrado entre tu propio dolor, sin poder levantarte. Charlie no quería sucumbir bajo el peso de su dolor; quería correr, caminar por la vida y llegar a anciano pudiendo cargar con todo su dolor y gritarle al mundo: «¿Veis? Lo llevo siempre a cuestas, pero yo soy más fuerte y sigo pudiendo caminar, aunque sea encorvado».

Ese es el motivo por el que intentaba evitar el recuerdo de su madre. Huía de su miedo constantemente. Pensó que, en el fondo, él hacía lo mismo que Alicia, solo que el miedo de ella albergaba a toda la ciudad y el suyo solo a determinados lugares. Lugares como el hospital al que se dirigía en esos momentos.

Cuando la ambulancia se detuvo frente al hospital —que no era el de su madre—respiró aliviado. El señor White le ordenó —porque eso fue lo que hizo— que llamara primero a Ofelia antes que a

su hija Rose para que fuera a ver a su nieta, y él había obedecido. No obstante, en cuanto Charlie pronunció «señor White, infarto y mencionó el hospital en el que se encontraban», Ofelia le colgó. Aturdido por todo lo que había pasado y por el zumbido de la llamada interrumpida, consiguió marcar el número emborronado que tenía de la madre de Alicia. Esta vez fue el contestador quien le pidió que dejara su mensaje y él lo hizo encantado. Prefería un contestador automático a tener que dar demasiadas explicaciones a una persona que no conocía y que seguramente le haría preguntas que no sabría responder.

Permaneció sentado en una aséptica sala de espera lo que le pareció una eternidad. No dejaba de pensar en Alicia escondida en su propia casa, casi como si se tratara de su país, ajena al mundo, a la realidad, a la tragedia que había tenido que vivir el abuelo. ¿Qué sería de ella? ¿Qué pasaría cuando el señor White ya no estuviera? ¿Y cuando su madre también se esfumara de la tierra? ¿Qué sería de Alicia entonces?

Y mientras esas preguntas revoloteaban por su mente algo, o mejor dicho «alguien», le sacó de sus ensoñaciones.

—¡No puede fumar aquí! —gritaba un enfermero.

Charlie alzó la vista y vio a una mujer de mediana edad, menuda y de pose indolente. Ataviada en un largo vestido hippie, llevaba el pelo castaño algo encrespado y miraba hacia los lados con cierto grado de hastío. Y como si hubiera sentido todo el peso de su mirada, los ojos castaños de la mujer, escondidos tras unas diminutas gafas de pasta de un llamativo color índigo, repararon en Charlie.

—¿Es él? —preguntó al mismo enfermero que hacía tan solo unos instantes le gritaba.

El sanitario desvió la vista del cigarrillo para mirar en la dirección que le indicaba la mujer.

—Sí, es él —contestó sin demasiado entusiasmo antes de volver a fijar la vista en el cigarro—. ¡Apáguelo o tendré que llamar a seguridad!

La mujer apagó el cigarrillo con sus propios dedos, dejando caer la ceniza al suelo y guardándoselo en uno de los cientos de bolsillos que tenía su bolso, y se acercó a Charlie dedicándole una última mirada altiva al enfermero, que se fue maldiciendo por lo bajo.

—Tú eres Charlie —aseveró sentándose a su lado.

—¿Ofelia? —preguntó dubitativo.

—Ese es mi nombre, sí. Al menos hasta que ese enfermero me haga apagarlo y guardarlo en el bolso —resopló, enfadada—. White está bien. Muchas gracias por acompañarlo.

Charlie asintió e hizo un gesto con una mano.

—No ha sido nada. ¿Sabe algo de Alicia?

La mujer negó con la cabeza.

—No es que no me importe Alicia. Me importa, pero me importa más lo que a ella le importa que lo que a mí me importa, ¿comprendes?

—No.

—Algún día lo entenderás, pero ese día no será hoy.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que algún día puede ser cualquiera, pero no «ya». Ningún «algún» puede ser «ahora». —Ofelia sonrió al ver la reacción de Charlie—. Alicia sabe cuidarse, estará bien.

—Estará hundida —replicó él, encogiéndose de hombros e intentando apartar las disparatadas opiniones de la mujer de su mente. Estaba tan cansado que le era imposible seguirla.

—Alicia ya está hundida. —Charlie arqueó las cejas. La mujer compuso una mueca de irritación, como si le fastidiara tener que estar explicándoselo todo—. O estás hundido o no lo estás. Poco importa la profundidad a la que te encuentres. Estar o no estar, simplemente —añadió como si tal cosa—. Y Alicia siempre lo está. De modo que estará como siempre, pero un poco más triste y un poco más abajo.

Charlie la miraba de hito en hito.

—Era una forma de hablar.

—Una forma horrorosa de hablar, si me permites decirlo. —Se recolocó las gafas y se encogió de hombros—. Aunque pensándolo bien, lo permitas o no, ya lo he dicho.

—¿Es usted la psicóloga de Alicia? —Estaba cansado de tanta tontería.

—Puedes llamarme así.

—¿Cuándo se curará?

—¿Cuándo dejará el pájaro su nido? ¿Cuándo empezará la lluvia a caer? ¿Cuándo aprenderá un bebé a andar?

Pero él no respondió y se limitó a encogerse de hombros con un gesto de fastidio.

—Cuando esté lista. Esa es la respuesta.

—¿Sabe al menos cuándo ocurrirá eso?

—Te lo acabo de decir: cuando esté lista. ¿No me escuchas? Si no me escuchas dímelo, no me gusta hablar por hablar. —Ofelia le dedicó una mirada desdeñosa—. Solo hablo si se me escucha, ni antes, ni después. Solo cuando se me está escuchando, ¿me estás escuchando?

—Claro.

—Me oyes, pero no me escuchas. Es infinitamente distinto.

Charlie no sabía qué replicar a eso, así que prefirió cambiar de tema una vez más. Le parecía una situación bastante absurda. Comenzaba a pensar que todo aquel que tenía algo que ver con Alicia

era sumamente extraño y, de una manera irracional, eso la convertía a ella en la más normal.

—¿Por qué le pasa eso?

—No es que yo no entienda la pregunta, es que tú eres francamente un pésimo preguntador.

Armándose de paciencia, decidió probar otra vez.

—¿Por qué Alicia tiene miedo de la gente?

—Mucho mejor, aunque sigues siendo pésimo con esto de las preguntas. Esta vez te equivocas de persona a la que preguntar, querido. —Ofelia suspiró y se quedó mirando la luz que titilaba en el techo con los ojos entrecerrados. Charlie, que había llegado a pensar que se había quedado dormida, la miraba sin parpadear siquiera. Pero para su sorpresa, al cabo de unos minutos que se le hicieron eternos, la mujer prosiguió—: Tu pregunta debería haber sido: ¿por qué no me tiene miedo a mí?

—¿Por qué no me tiene miedo a mí? —le siguió el juego.

Ella alzó una ceja.

—Es tan típico de los malos preguntadores copiar preguntas ajenas que llega a darme mucha pena —murmuró más para sí misma que para Charlie—. La respuesta es sencilla: porque Alicia no teme a la gente, teme a lo que no conoce. Es un temor muy viejo y muy cascarrabias. Todo el mundo tiene miedo de lo que no conoce. Alicia teme a la gente y se teme a sí misma, porque ni conoce a la gente ni se conoce como cree conocerse.

Reflexionó sobre las palabras de la psicóloga, entendiendo a duras penas a dónde quería ir a parar. Mas no importaba, nada de eso importaba. Solo había una cosa que a Charlie le interesaba en esos momentos.

—Quiero ayudarla.

—Pues ayúdala a conocer el mundo para que deje de temerlo.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—No tengo ni idea.

—¿No era usted psicóloga?

—¿No eres tú su «persona»? Has conseguido en unas pocas semanas mucho más de lo que yo he logrado en tres años.

Charlie no pudo evitar sonreír. La mujer levantó el mentón, claramente irritada.

—Querido, si tuviera esos ojos verdes y tu juventud, yo también lo habría conseguido. No te sientas orgulloso de algo que no has luchado por tener, que simplemente se te ha dado.

—No creo que eso tenga nada que ver —replicó él, frunciendo el entrecejo.

—Si fuera unos años más joven, tendría todo que ver. —Charlie se quedó mudo, sin saber qué contestar, lo que hizo que Ofelia

rompiera a reír—. Te has puesto igual de rojo que un cochinillo. Qué simples sois los jóvenes.

Escucharon a un enfermero salir y preguntar repetidamente por los familiares del señor White, y Ofelia se levantó como un resorte.

—Ve a descansar y échale un vistazo a Alicia de mi parte. Más tarde iré a verla.

-Capítulo 22-
Alicia

El dolor forma parte de la vida y
si el dolor no forma parte de la tuya,
puede que simplemente no estés vivo.

Había pasado un día. Veinticuatro horas en las que Alicia no había podido ver al abuelo. Estaba tan acostumbrada a su presencia que sentía cómo la casa al completo la engullía; cada rincón se le antojaba un mundo inhabitado, lugares en los que debería estar el abuelo y que ahora eran como una noche sin estrellas. Podía escuchar cada ruido del exterior, el crujir de los muebles antiguos, el ulular de los pájaros, cualquier sonido era como una alarma que la alertaba de su ausencia, sumándose al nudo de ansiedad que se le había formado en la boca del estómago. Pero lo que más impresionaba a Alicia era el silencio sepulcral que reinaba entre todo el ruido, tan denso y descorazonador como la soledad que la arrastraba a la locura.

La voz del abuelo se le presentaba de manera inesperada, como un eco de la pena que se podía descubrir en la profundidad de sus ojos azules. Charlie había estado con ella hasta hacía un par de horas, tan dispuesto a librar esa batalla a su lado que Alicia había sentido cómo su corazón se quejaba, trisfeliz.

Pero con la marcha del chico había llegado el silencio, abriéndose paso el dolor que había estado guardado muy adentro de su pecho, encerrado en la cámara acorazada donde escondía sus miedos y anhelos más profundos. Alicia se había sentado en el sillón del abuelo, con su cojín favorito entre los brazos, y había dejado que la tristeza la consumiera, que las lágrimas brotaran de sus ojos como nacen las plantas desde la tierra. Lloró y sollozó, del mismo modo que permitió que los gritos salieran de su garganta amortiguados por la tela del cojín y, cuando el cansancio anestesió todos sus sentidos, se dejó vencer por el sueño. No había pegado ojo en las últimas horas y su cuerpo entero lo agradeció.

[image]

Cuando Chase llegó a media tarde para recoger algunas cosas del abuelo y llevárselas al hospital, de no ser por los ojos hinchados que la delataban y porque la conocía bien, le habría costado percibir que Alicia estaba afectada. El sueño recuperado la había ayudado a recargar energías y parecía una niña tras haber engullido una bolsa de

golosinas. Hablaba por los codos y se movía con frenesí de un lado para otro mientras guardaba en una maleta mudas de ropa del abuelo y otras tantas cosas que creía necesarias.

Chase la miraba boquiabierto mientras veía cómo llenaba una maleta de viaje.

—Alicia, no creo que el abuelo vaya a necesitar ropa de deporte. ¿Cuándo lo has visto ponerse otra cosa que no sea traje y corbata?

Alicia lo miró un segundo antes de introducir una baraja de cartas a un lado de la maleta.

—Duerme con pijama de franela.

—Y ya has metido cuatro pijamas.

—El abuelo no repite ropa nunca —replicó ella—, y creo que necesita ropa más cómoda ahora que está convaleciente.

—¿Y para qué es la baraja? Creo que con el ajedrez, los libros y los crucigramas tiene suficiente para entretenerse. Y las perchas tampoco son necesarias. Alicia —insistió, sosteniéndola por un brazo —, el abuelo volverá en un par de días. No necesita tantas cosas.

—¿Y tú qué sabes? No pasas tanto tiempo con él como yo. A veces jugamos a las cartas, cuando está aburrido y le duelen los ojos para leer. —Se peinó el pelo con una mano y miró la maleta como si de un acertijo se tratara—. Creo que se me olvida algo —dijo, e inmediatamente comenzó a enumerar—: pijamas, camisas y trajes planchados, corbatas, sus tres pares de zapatos favoritos, zapatillas de estar por casa, jabón y utensilios para el afeitado, colonia para después del baño, ajedrez, dos libros, baraja, cepillo de dientes, peine, … —Chase parecía haber desconectado de la conversación y miraba el dormitorio revuelto con desaprobación, seguro de que el abuelo pondría el grito en el cielo si viera semejante desastre. Pero a Alicia le daba exactamente igual, ya se preocuparía de eso más tarde—. ¡Chase! ¿Me estás escuchando?

—Perdón, ¿decías?

—Decía que tienes que coger la ropa interior del abuelo. Está en el segundo cajón de la cómoda. —Le señaló el mueble y su primo frunció el entrecejo—. Coge un puñado de calcetines y calzoncillos, venga —le apremió.

—¿Y por qué no lo haces tú?

Alicia lo miró como si hubiese dicho una tontería.

—¿Estás loco? Es la ropa interior del abuelo. —Chase seguía mirándola sin entender—. Yo me ocupo de mi ropa interior y el abuelo de la suya —explicó al tiempo que exhalaba un suspiro—, nunca las mezclamos. Son las reglas. Sería como invadir su intimidad, ¿entiendes?

No, Chase no lo entendía, pero tampoco tenía ganas de

replicar, así que obedeció y guardó la ropa interior dentro de la maleta; Alicia tuvo que sentarse encima para poder cerrarla.

—Por cierto, ¿de qué vas hoy? —le preguntó Alicia, que se había quedado mirándolo con curiosidad. Con el ajetreo de la maleta ni siquiera se había fijado en el atuendo de su primo.

A Chase se le iluminó la mirada. Era hora de meterse en el papel.

—¿En qué se parece un cuervo a un escritorio? —preguntó, recolocándose el sombrero y adoptando una expresión severa.

—¿Qué? ¿Es una adivinanza?

El chico puso los ojos en blanco e hizo chasquear los dedos delante de su cara.

—Llamando a Alicia a la tierra. Estoy citando a mi personaje.

—¿Pero es una adivinanza o no? —volvió a preguntar ella mientras bajaban a la cocina.

Chase dejó la maleta en el pasillo y la siguió muy derecho, haciendo resonar sus zapatos contra el suelo.

—Pues claro que es una adivinanza.

—Vale, dame un minuto para pensar —dijo mordiéndose una uña mientras sacaba varias tabletas de chocolate y los dulces de anís favoritos del abuelo.

—¿Qué estás haciendo? —Alicia detectó inmediatamente la alarma en la voz de su primo.

—Pues preparando la comida para que se la lleves al abuelo.

—¿Estás loca? No puede comer dulces, acaba de sufrir un infarto.

—Pero… —Miró la comida que había reunido sobre la encimera e hizo un mohín—, el abuelo se siente feliz cuando come dulces. De eso se trata, ¿no? Hacer que se sienta bien y que vuelva a casa.

—Alicia, ahora mismo los dulces son malos para él, solo le perjudicarían.

—¿Y eso quién lo dice?

—El médico. —Y como si toda su energía se hubiese evaporado, la joven dejó caer los brazos y los ojos se le llenaron de tristeza—. Eh, ya te he dicho que el abuelo está bien. Ya lo han subido a planta y no deja de gruñir para que lo dejen dormir. —Le acarició el pelo y su prima asintió. Seguía con la mirada perdida en la comida—. No deja de decir «Alicia esto, Alicia lo otro…». Está más preocupado por ti que por él mismo. De verdad, Alicia, solo serán un par de días más. No te puedes venir abajo, ¿vale?

Ella asintió y sacó algo de un armario.

—¿Y qué me dices de los caramelos de limón que le trae Donna?

Chase puso los ojos en blanco y le quitó la bolsa de caramelos para guardarla de nuevo en su sitio.

—Nada de dulces ni de caramelos.

Alicia guardó silencio y se limitó a colocar de nuevo la comida antes de preparar un té. Cuando se sentó a la mesa junto a su primo lo miró con detenimiento y decidió seguir con el juego.

—Los dos tienen patas —dijo, consiguiendo que Chase casi se atragantara.

—¿Perdón?

—El cuervo y el escritorio, ambos tienen patas —contestó alegremente, y en el último instante añadió—: ¡y plumas!

—¿Eso es lo que piensas?

—Eso mismo.

—¿Sabes que con esa respuesta me estás estropeando el diálogo? —Chase chasqueó la lengua.

—Y sobre los dos escribió Poe —canturreó Alicia, ignorándole.

—¡Alicia! —se quejó Chase, irritado.

—También descansan sobre madera —empezó a enumerar, contando con los dedos—, y pueden ser negros. Y ninguno de los dos sabe escribir. Ni hablar. Ninguno es una persona. Los dos tienen pico, vaya que sí. El otro día me di con el pico del escritorio y todavía me duele, y aunque no me he dado con el pico de ningún cuervo seguro que, de haberlo hecho, todavía me dolería. —Sonrió, satisfecha—. Tienen un montón de cosas en común.

—Te odio.

—El Sombrerero no tenía la menor idea de cuál era la respuesta, es normal que tú tampoco.

—Y seguramente el señor Carroll tampoco.

—Pues claro que sí. —Alicia lo miró como si fuese tonto—. Carroll era demasiado inteligente como para no tener una respuesta ingeniosa. Y si estuviera aquí te diría que no te pega ni un poquito así —abrió los dedos dejando un hueco minúsculo entre el pulgar y el índice— ser El Sombrerero.

Chase sonrió y apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Y quién me pega según tú?

—El gato de Cheshire, por supuesto. —Alicia se levantó de repente y abrió los ojos de forma desmesurada, como si hubiera recordado algo importante. Trasteó entre los muebles y sacó una taza que envolvió con un paño—. La taza del abuelo —explicó dándole una torta en la mano a su primo cuando se disponía a desenvolver la taza—. Seguro que en los hospitales las tazas son horribles.

—Dudo mucho que pueda tomar té en el hospital. —Pero Alicia ya no le escuchaba. Estaba tarareando una canción mientras

recogía la cocina—. Será mejor que me marche ya —anunció, levantándose y abotonándose la chaqueta—. ¿Quieres que me quede contigo esta noche? Tu madre se está quedando por las noches con el abuelo, así que estaré allí un par de horas y luego puedo volver y traer alguna película.

Alicia se volvió para mirarlo ante la mención de la película.

—¿Has visto *Penélope*?

—¿*Penélope*? —Chase dudó un momento—. ¿Te refieres a la película?

—Entonces, ¿la has visto? —Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a él. La mirada le brillaba por la emoción.

—A mi hermana le encanta, la ponía cuando estaba deprimida. —Sonrió.

—¿La tienes? ¿Podemos verla?

A Chase se le borró la sonrisa y apartó la mirada.

—No te gustaría. Y será mejor que me vaya —dijo saliendo de la cocina para coger la maleta.

—Espera, ¿por qué sabes que no me va a gustar? Charlie dijo que la chica con cara de cerdo le recordaba a mí, que ella tampoco salía de casa.

—En serio Alicia, no te gustaría. Hazme caso, ¿vale? —Hizo ademán de coger la maleta pero se detuvo a medio camino y se volvió hacia su prima—. Espera, ¿has dicho Charlie? ¿Tu vecino Charlie?

Alicia no contestó. Frunció los labios y subió hasta el dormitorio del señor White, donde empezó a colocar la ropa distraídamente. Chase la siguió y se quedó plantado en medio de la habitación con los brazos cruzados.

—¿Me lo vas a contar?

—No sé qué quieres que te cuente. —Todavía no le había confesado a Chase que su vecino era su nueva persona. Después de cómo habían reaccionado Ofelia y el abuelo había preferido guardar silencio. Además, le gustaba tener, para variar, un secreto que esconder a su primo. Sentía como que era más suyo si se lo guardaba un poco más para sí misma, solo un poquito más. ¿No era posible eso?

—Está claro que algo pasa con tu vecino. ¿Te conté que le pidió al albañil que se marchara?

Alicia doblaba cuidadosamente la ropa del abuelo y ni siquiera se atrevía a mirarlo. Sentía que si lo hacía sus ojos la delatarían y de sus labios comenzarían a brotar todo lo que con tanto esmero había retenido hasta el momento. Tenía un amigo. Un solo amigo había cambiado la vida de Alicia, la había revolucionado por completo, variado su tonalidad. Ahora era todo más claro, más hermoso, más vivo.

Ni siquiera hizo falta mirarlo ni abrir la boca. Chase lo

comprendió y su mandíbula se desencajó.

—Claro, ¡lo sabes! —La señaló con un dedo—. Él te lo ha dicho y, por tanto, has hablado con él. Y lo suficiente como para que te haya recomendado esa película. —Alicia se mordió el labio y se atrevió a mirarlo—. Dime la verdad —insistió él, y Alicia comprobó cómo el rostro de su primo, segundos antes sumido en la confusión, se iluminaba como cada vez que tenía una gran ocurrencia.

De pronto, Chase echó a correr y Alicia supo perfectamente hacia dónde se dirigía. Corrió tras él, gritando que no se atreviera a entrar en su dormitorio, pero fue en vano. Él le había sacado ventaja y miraba consternado el interior del armario cuando Alicia lo alcanzó.

—¿Pero qué es todo esto? —Miraba el hueco, los dibujos y el silbato de hito en hito.

—Te lo pensaba contar —contestó sin aliento.

—Pues empieza.

Y así lo hizo. Se lo contó todo desde el principio, le habló de las conversaciones dentro del armario, de la careta de cerdo que Charlie se ponía para que no le tuviera miedo, del plantón que le había dado y lo bien que había ido cuando se encontraron aquella noche en la que el chico se convirtió en su nueva persona. Le habló también de la advertencia de Ofelia y de lo que Charlie le había dicho después, y finalizó el relato explicándole que había sido él quién había llevado al abuelo al hospital.

—Estuvo conmigo todo el tiempo, hasta que tuvo que marcharse hace unas horas por algo de su trabajo. —Chase permaneció en silencio. Se limitaba a contemplar el hueco de la pared y a ella alternativamente—. Ahora es un buen momento para decir algo. —Carraspeó, incómoda.

—No tengo nada que decir que pueda interesarte, así que mejor me callo. —Comprobó la hora en su reloj de bolsillo y se colocó bien el sombrero antes de añadir—: Tengo que irme.

Alicia lo siguió escaleras abajo. No pensaba dejarlo marchar de esa manera.

—Pues claro que me interesa lo que tengas que decirme. Es decir, te lo he contado por algo.

—¿Me cuentas las cosas por un motivo?

—Bueno, eres mi primo y mi amigo. Me gusta contarte mis cosas.

—Si te gustara no habrías esperando tanto para decírmelo. Lo has hecho porque no te ha quedado más remedio. —Le dedicó una mirada airada y terminó de bajar los escalones que le quedaban.

—Solo estaba esperando el momento oportuno. Es lo que siempre dices: «cada cosa tiene su momento y poco importa el camino que escojamos que siempre llegaremos a alguna parte» —repuso

Alicia, imitando su voz—. No me dirás que estás enfadado, ¿verdad que no?

—¿Habría de tener un motivo para enfadarme?

—¡Claro que no! Deberías estar contento por mí, ¡tengo un amigo! Siempre dices que tengo que hacer amigos, que debo salir.

—Hablar por un armario no es salir precisamente.

—También sale conmigo a pasear a Nida por las noches, o hablamos en el sofá de la entrada.

Chase cogió la maleta y no dijo nada hasta llegar a la puerta de la entrada, donde se detuvo para mirarla.

—Debes tener cuidado.

—¿De Charlie?

—Sí, de Charlie. No es normal que un chico de su edad haga todo lo que me has dicho que hace por ti cuando tú…

—Soy rara, estoy loca y no salgo nunca de casa ni me gusta la gente —terminó por él con acritud.

—No pienso nada de eso y lo sabes. Solo me preocupo por ti.

—Y ni siquiera me has felicitado. —Alicia puso una mueca de disgusto, aunque pareció como si se hubiera llenado la boca de sal.

Chase dejó la maleta en el suelo y la miró.

—No quiero que te hagan daño. No me juzgues por querer protegerte. —Suspiró—. Alicia, soy un chico, no puedo evitar pensar que tal vez él…

—¿Tal vez él qué?

Su primo meneó la cabeza y soltó una risotada.

—Nada, olvídalo. Felicidades —le dijo antes de besarla en la frente.

—Pero… —insistió, pero Chase la interrumpió.

—Pero nada. ¿Quieres que venga esta noche?

—No. No te preocupes, estaré bien. Y seguro que Charlie se pasará por aquí. —Lo dijo con tanta alegría que Chase solo pudo sonreír—. Dile al abuelo que estoy contando las partidas que me debe, y que le he guardado el periódico, y que no me han dejado meter comida en la maleta, no vaya a creer que ha sido culpa mía.

Chase asintió con una enorme sonrisa.

—Le diré que le echas de menos —murmuró con dulzura antes de marcharse.

Y Alicia volvió a verse sola en aquella casa con el corazón un poquito más roto al caer en la cuenta de que Chase no se había llevado la taza del abuelo.

[image]

Media hora más tarde, el silbato consiguió sacarla de la melancolía. Alicia, que volvía a estar sentada en el sillón del abuelo, salió disparada hacia su dormitorio; iba descalza y corría tan rápido

que se dio contra el marco de la puerta de su dormitorio, por lo que llegó al armario cojeando y maldiciendo.

—Espero que tengas hambre. —Charlie la miraba con una sonrisa al tiempo que levantaba una bolsa, pero la sonrisa se le borró del rostro al ver la palidez de Alicia—. ¿Tu abuelo está bien?

—Claro que está bien. —Resopló—. Le he dado una patada a la puerta —gruñó sentándose en el armario y masajeándose el pie.

—Eso te pasa por querer jugar al fútbol tú sola. Tendrías que haber esperado a que llegara. —Ella le dedicó una mirada asesina—. ¿Me vas a invitar a tu casa o vamos a comer dentro del armario?

—Me lo estoy pensando.

Charlie sacó la cabeza por el agujero y le tiró del pelo.

—¡Ay! —Alicia levantó una mano para pegarle un tortazo pero él se apartó de inmediato y se sentó en su armario sin dejar de mirarla.

—O me invitas o te quedas sin probar el festín de comida asiática que he traído.

—¿Asiática?

—Sí. Japonesa y china. —Se encogió de hombros—. No habíamos hablado sobre gustos culinarios. No tengo ni idea de cuál es tu comida favorita.

—Los dulces —reveló sin detenerse a pensarlo ni un segundo.

Alicia esperaba que Charlie riera o le dedicara alguna de sus réplicas, pero en lugar de eso comprobó cómo el rostro se le ensombrecía y todo él se alejaba de la habitación, como si la pared no fuera el único obstáculo que se interponía entre ellos.

—Lo siento. No he traído dulces.

—No pasa nada. Me gusta la comida china y también la japonesa. —Le miró preocupada, pero Charlie parecía totalmente perdido en algún lugar al que ella no tenía acceso—. ¿Charlie?

—No me gustan los dulces. —La miró a los ojos y Alicia vio en ellos un dolor tan grande como el que ella soportaba diariamente, y supo con certeza que le estaba mintiendo.

—Pues no comeremos dulces —le siguió la corriente. No era el momento de hacer preguntas. Decidida a borrarle lo que fuera que había empañado su buen humor, olfateó el aire y se incorporó para sacar la cabeza por el agujero—. Uhm, ¡cómo huele eso! ¿Vas a venir ya o te vas a quedar ahí toda la vida?

Charlie sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Segundos después, Alicia le abría la puerta y le hacía pasar con una reverencia. Comieron en el salón mientras le contaba su tarde con Chase y las nuevas sobre el abuelo. Charlie la escuchaba en silencio e intervenía para lanzarle alguna pulla que ella se encargaba de responder.

—Mañana tengo que ir a una presentación —le dijo Charlie

cuando terminaron de cenar.

Alicia se había recostado en el sillón del abuelo y él estaba repantigado en el grande, que era donde había dormido la noche anterior.

—¿De tu amiga la escritora?

Charlie asintió.

—Me encantaría presentártela. Le he hablado de ti.

—¿Qué le has dicho? —Se incorporó, intrigada.

—Que hay un agujero en nuestro armario, que roncas tanto que se escucha incluso con la puerta cerrada y que no me dejas dormir por las noches.

—¡Yo no ronco! —protestó Alicia.

—Claro que roncas.

—Por supuesto que no —su indignación iba en aumento—, ¡si roncara lo sabría!

—¿Cómo vas a saberlo? A veces roncas tan fuerte que te despiertas, entonces dejas de roncar y haces un sonido extraño, como el gruñido de un cerdo, y al rato empiezas a roncar de nuevo.

—¡Estás mintiendo!

—Claro que no, pareces una orquesta cuando duermes. La próxima vez lo grabaré.

Alicia le lanzó el cojín y Charlie lo cogió al vuelo y se lo colocó de almohada.

—¿Alguna otra mentira que le hayas dicho?

—Que debía escribir un libro en el que no salieran personas, para que pudieras leerlo —dijo con una sonrisa—. Se lo está pensando.

—¡Qué graciosillo estás hoy! —se quejó—. Avisa cuando quieras hablar en serio.

—¿Quieres que me ponga serio? —Charlie frunció los labios y el entrecejo, y compuso una mueca que distaba mucho de considerarse seria—. ¿Así?

Alicia soltó una carcajada.

—Ahora pareces un cerdo de verdad.

—En el fondo te encanto —dijo, haciéndose el interesante.

—Claro, en el fondo.

—Me alegra que lo admitas. —Charlie se incorporó para coger su cuaderno de dibujo—. ¿Cómo estás? —le preguntó mirándola un instante mientras pasaba las páginas del bloc y Alicia comprendió que las bromas se habían acabado. Se encogió de hombros y apartó la mirada—. La verdad.

—Quiero estar con él, le echo tanto de menos. —Ahogó un gemido y se tapó la cara con las manos—. Mi madre no es la mejor compañía, y ni siquiera sé si está comiendo bien o si está cómodo o si

necesita algo más. Y Chase se olvidó de llevarse su taza favorita, ¿cómo va a tomarse el té ahora? —Sabía que estaba divagando, pero no encontraba otra manera de desahogarse.

Charlie se acercó a ella y se sentó en el brazo del sillón en completo silencio mientras la escuchaba hablar sin interrumpirla. Posó su mano en el brazo de la joven y comenzó a caminar con sus dedos por el antebrazo, acariciándola, calmándola. Alicia se descubrió con el cuerpo lleno de hormigueos y escalofríos que se deshacían con cada uno de sus movimientos, como si nunca hubieran existido. Le gustaba tener un amigo como Charlie. No la presionaba, no le exigía, ni siquiera la interrumpía para animarla con palabras redichas, insignificantes. ¿Qué era una palabra frente a un silencio tan cercano como el que ellos compartían? Su presencia era reconfortante y, al mismo tiempo, dolorosa; Charlie conseguía que su corazón sangrara mientras sanaba, que su alma sollozara mientras era liberada, que su soledad desapareciera mientras se sentía más vacía que nunca. Porque ahora Alicia sabía lo que era tener a alguien y desear algo con todas sus fuerzas. Quería salir, quería ver al abuelo, quería ser libre, quería darle la mano a Charlie y dejar de tener miedo.

En algún momento, las lágrimas de Alicia habían decidido salir de su escondite sin que ella les hubiera dado su permiso. Charlie tampoco mencionó nada sobre eso, solo le acercó un pañuelo y dejó que llorara mientras él proseguía caminando sobre su antebrazo. Solo cuando se calmó y lo miró a los ojos Charlie interrumpió su ritual para acercarle un dibujo que le había hecho.

Era un dibujo del abuelo. Alicia lo contempló fascinada y las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo sin control. Charlie lo había dibujado en su cama del hospital, que no era una cama exactamente, sino un trono en el que podía descansar las piernas. Llevaba su traje favorito de los domingos y sobre su regazo se alzaba una de esas bandejas de desayuno que contenía un ajedrez. El trono/cama estaba rodeado de personas, los amigos del abuelo —a los que había dibujado con unos atuendos definitivamente mucho más pomposos que los que llevaban en la fotografía que le había regalado del club de lectura—, y Ofelia —con el humo de su cigarrillo formando extrañas figuras en forma de animales que iban empequeñeciendo conforme se alejaban sobre sus cabezas—, todos concentrados en la partida de ajedrez. Había dos grandes ventanales, y fuera se entreveía un sol que sonreía a los animales de humo que danzaban hacia la ventana y desaparecían fundiéndose entre las nubes. El abuelo no sonreía, pero había algo en su expresión que le hacía ver que se divertía, como si tras su porte displicente escondiera su regocijo. Era un gesto tan habitual en él intentar aparentar una seriedad que no sentía que Alicia abrazó el dibujo y lo meció mientras se ahogaba en lágrimas.

—Tampoco es para que te pongas así. No es tan feo, ¿sabes? —bromeó Charlie en un intento desesperado por animarla—. Cualquier entendido diría que es brillante. Puedes darme las gracias.

Alicia estiró el cuello para mirarlo, apenas lo veía por los nubarrones que se habían posado sobre sus ojos. Y entonces hizo algo que no esperaba hacer y que Charlie tampoco esperaba que hiciera. Lo abrazó. Y en ese abrazo comprimió todos los «gracias» que cabrían en una vida entera.

[image]

-Capítulo 23-
Charlie

Puede que viajaran al pasado
o que estuvieran en un presente pintado con recuerdos.

La luz del día comenzaba a filtrarse por las cortinas anaranjadas cuando Charlie abrió los ojos. El contraste entre el sol de la mañana y el color de las cortinas creaba un efecto embriagador, como las llamas de una hoguera al expandir su fulgor; solo que este fuego no quemaba, al menos no físicamente. A Charlie le ardía la situación de Alicia, le abrasaban sus órganos vitales haciendo que sus antiguas heridas, esas que ya creía cicatrizadas, emergieran de su escondite y se manifestaran con una nitidez lacerante. No podía quitarse de la cabeza la imagen del señor White en el suelo, las lágrimas de la chica, el sonido de las sirenas, el olor a desinfectante del hospital. Las paredes blancas, las enfermas y los rostros de sufrimiento que entraban y salían de la sala de espera. La voz calmada del médico, recitando una salmodia que se sabía de memoria, tan carente de vida como el aire viciado o los pasillos fantasmales que unían unas salas con otras. Enfermos. Muerte y más muerte.

Charlie no podía dejar de pensar en su madre, en los meses que había pasado junto a su cama en el hospital, esperando a que abriera los ojos; hablando, cantando, suplicando e incluso rezando para que volviera al mundo de los vivos. La vio marchitarse día tras día, luchar contra algo que era más fuerte que ella; una batalla que había perdido y que la había alejado de él para siempre. Mirar a Alicia era como mirar a su propio reflejo en aquellos días, una imagen triste y melancólica. Perdida. Alicia estaba tan perdida como lo había estado él.

«Pues claro que no», se dijo a sí mismo al tiempo que se levantaba del sofá y se frotaba la cara con las manos. «Ella está mucho más perdida que yo». Y era la verdad. La situación de Alicia era mucho peor, pues ella ni siquiera tenía el consuelo de salir corriendo a rezar junto a la cama de su abuelo para que abriera los ojos y volviera a casa. Estaba enjaulada entre las paredes de aquel mundo aterrador en el que vivía diariamente; encerrada en sí misma, privada de toda libertad.

Un estremecimiento involuntario reptó por la espalda de Charlie y le erizó la piel de tal manera que tuvo que levantarse y

sacudirse la sensación bajo el agua tibia de la ducha. Se enjabonó el cuerpo, frotó sus males y dejó que se perdieran por el desagüe mientras cerraba los ojos y el agua limpia bañaba su consciencia. Había intentado hacer el menor ruido al salir de la casa de Alicia y, cuando regresó, lo hizo con el mismo sigilo. Pero ella seguía dormida, abrazada al mundo onírico que la alejaba de toda realidad. Y esa certeza no solo le alivió, pues la chica necesitaba recuperar las horas de sueño que había perdido en los últimos días, sino que le hizo tomar una decisión nada fácil para él.

Entró en la cocina decidido a darle una alegría. Rebuscó entre los muebles hasta dar con los ingredientes y utensilios que necesitaba. No encontró azúcar glas ni manga pastelera, pero podría apañárselas sin ello. No le hacía falta mirar la receta, se había quedado grabada en su memoria, como otras tantas que su madre se encargó de enseñarle. Apretó los puños un instante contra la encimera y cerró los ojos para tomar aire y soltarlo, una y otra vez, hasta que consiguió calmarse. El corazón le latía desbocado, como si hasta entonces hubiera estado en suspenso, esperando ansioso el día de volver a la vida; el día en que Charlie se enfrentara a sus fantasmas. Y ese día había llegado.

Se le daba bien la cocina, o más bien habría que decir que se le daban bien los dulces. Tres cuartos de hora después, tenía una bandeja repleta de lo que su madre llamaba Volcán de chocolate, uno de sus dulces favoritos. No eran tan perfectos como los que ella hacía, pero al probar uno Charlie tuvo que contenerse para no gritar «¡Soy el Rey del mundo!».

Llenó un plato de dulces, lo colocó en una bandeja junto a dos vasos de leche y se encaminó al dormitorio de Alicia. Se encontraba en penumbra y el suelo estaba lleno de trastos con los que Charlie iba tropezando. Consiguió que la bandeja llegara intacta hasta la mesa del escritorio y abrió las persianas para dejar pasar la luz de la mañana. Alicia murmuró algo en sueños y se dio la vuelta en la cama, y a Charlie se le escapó una risa traviesa. Miró un instante hacia el suelo y descubrió varias prendas de ropa y un par de libros con una espantosa hormiga gigante, totalmente destrozados. Varias figuras de papel decoraban parte de los muebles y el suelo, y comprendió que estaban hechas con las páginas de esos libros. La habitación era normal dentro de su propia rareza. Las paredes estaban escondidas tras un papel verde intenso sobre el que se agrupaban fotografías de flores de distintas especies, árboles, insectos, animales y personas que, por la perspectiva de las fotografías, Charlie asumió que habían sido hechas a escondidas desde su casa. Era una bonita manera de traer el exterior, la libertad, hasta su habitación.

Atravesó la estancia y abrió el armario que todavía usaban para comunicarse. Paseó la vista por sus dibujos, sellados a los lados

del armario con gomas adhesivas, y observó el lugar donde tantas noches Alicia se había quedado dormida mientras hablaban. Como él había hecho, la chica también había apartado la ropa y rellenado el interior con nórdicos mullidos con los que estar más cómoda. Ni siquiera se dio cuenta del momento exacto en el que sus labios se curvaron en una preciosa sonrisa, la misma que lo acompañó hasta la cama de Alicia cuando decidió que era hora de despertarla.

Arrodillado en el suelo y con los brazos apoyados en el colchón, cogió un mechón de pelo de la chica y se lo pasó por la nariz. Alicia no tardó en rascarse y revolverse entre las sábanas y él tuvo que taparse la boca para reprimir la risa. Repitió de nuevo la hazaña y esta vez la chica le dio un manotazo que resonó por toda la habitación.

—¡Au! —protestó Charlie, pero ni su voz consiguió despertarla.

Fue en el tercer intento cuando Alicia abrió los ojos y pegó un grito al comprobar que no estaba sola en la habitación. Charlie comenzó a reír y ella no tardó en pegarle con la almohada.

—¡Me has dado un susto de muerte!

—Esa era la idea —replicó, arrebatándole la almohada de las manos.

—¡Suéltala! —gritó Alicia, tirando de la almohada hacia ella.

Pero Charlie no la soltó.

—Bonito pijama. —Le dedicó una mirada divertida al pijama de flores sonrientes que llevaba.

—Sí que lo es, gracias —contestó Alicia con las mejillas arreboladas, soltando la almohada y pasándose las manos por las partes arrugadas del pijama. Él se echó a reír—. ¿De qué te ríes? —preguntó malhumorada, consiguiendo que Charlie se doblara en dos por la risa—. ¡Eh! —Le dio un empujón y él se dejó caer al suelo. Las carcajadas resonaban por toda la casa—. Pero bueno, ¿se puede saber qué te hace tanta gracia? —Charlie quería hablar, de verdad que sí, pero la risa se lo impedía. Le dolía el estómago de tanto reír y se le habían saltado las lágrimas—. ¿Te estás riendo de mí? —Alicia no sabía si sentarse a su lado o tirarle el agua del jarrón que descansaba sobre su mesita de noche a la cabeza.

—Claro que no me río de ti —consiguió decir con la respiración entrecortada—. Me río contigo.

—Pero si yo no me estoy riendo.

—Eso es porque no te has visto la cara.

Alicia frunció el entrecejo y fue a mirarse en el espejo de la cómoda.

—¿Qué tengo? —Se peinó los mechones que se le habían escapado de la trenza y pegó la nariz al cristal—. No tengo nada.

—Al, es una forma de hablar. Cualquiera diría que eres

familia de Sheldon Cooper. —Resopló—. No se te puede gastar una broma y, desde luego, te cuesta pillar el sarcasmo. Me estaba riendo de tu pijama y tú me has dado las gracias. Si te lo tengo que explicar se pierde toda la gracia.

—¿De mi pijama? Pero si me has dicho que era bonito. —Lo miró, ceñuda—. ¿Y quién es Sheldon Cooper?

Charlie puso los ojos en blanco.

—Olvídalo; nadie.

—¿Nadie? Si es «Nadie» no puede ser Sheldon Stoker.

—Cooper, Sheldon Cooper —aclaró Charlie.

—Eso he dicho.

Charlie resopló, claramente irritado.

—Eres imposible.

Alicia estaba a punto de replicar cuando reparó en la bandeja que había sobre su escritorio.

—¿Has hecho…? —La mirada se le iluminó y cogió un dulce para olisquearlo.

—Se llama Volcán de chocolate. Y será mejor que tengas cuidado si no quieres manchar tu precioso pijama —dijo con retintín. Se quitó los zapatos y se subió a la cama—. Ven, trae la bandeja.

Ella obedeció, dejó el dulce en el plato y se sentó junto a él con las piernas cruzadas, colocando la bandeja entre los dos.

—Creí que no te gustaban los dulces.

—Te mentí. —Le acercó un plato pequeño y cogió otro para él —. Sírvete —le dijo antes de coger uno de los dulces y partirlo con el tenedor para mostrarle cómo salía el chocolate.

Alicia lo imitó y se llevó un buen pedazo a la boca.

—Uhmm —gimoteó de placer—, ¡está riquísimo!

—Lo sé —murmuró Charlie con la boca llena, esbozando una sonrisa petulante.

Pero ella no le hizo caso, estaba demasiado ocupada devorando un dulce tras otro. Cuando ambos se quedaron llenos y se terminaron la leche, Alicia dejó la bandeja sobre el escritorio y se lanzó a la cama.

—Creo que voy a explotar —dijo acariciándose el estómago.

Charlie, que estaba acostado a su lado con la mirada perdida en el techo, giró la cabeza para contemplarla.

—Pues te queda otra bandeja abajo.

—Pero, ¿a qué hora te has levantado? —Miró hacia los lados de la cama, confusa—. ¿Qué hora es? ¿Por qué no me ha despertado mi despertador? ¡Se ha vuelto a estropear!

Él sonrió.

—No recuerdo a qué hora me levanté, son las diez y no se tarda nada en hacerlo.

Ella asintió y negó con la cabeza antes de preguntar:

—¿Por qué me mentiste?

—No te mentí del todo. —Charlie exhaló un hondo suspiro y apartó la mirada—. A mi madre le encantaba la repostería —empezó a explicar—, era tan buena que varios restaurantes le encargaban semanalmente algunas de sus tartas. El primer recuerdo que tengo de mi niñez es de estar sentado en sus piernas, ayudándola a remover una pasta de chocolate. —Sonrió con tristeza—. Los dos teníamos los brazos llenos de chocolate y mi madre no dejaba de mancharme la cara. —Hizo una pausa y dejó que los recuerdos afloraran, dulces, hermosos, desgarradores—. Cualquier dulce me recuerda a ella, a su olor, su voz cuando cantaba en la cocina, la cara y el pelo siempre manchados de harina. No había nada que mi madre no pudiera solucionar haciendo pasteles. ¿Estabas triste? Mamá hacía pasteles. ¿Había que celebrar algo? Mamá hacía pasteles. Solía sentarme a hacer los deberes en la cocina mientras ella me explicaba las recetas. Por supuesto, me hacía el loco la gran mayoría de las veces, y terminaba por irme a mi habitación porque era imposible estudiar con ella. Pero aprendí mucho.

»Cuando venían mis amigos —continuó explicando tras unos segundos de vacilación—, nos hacía sentarnos a los siete en la cocina, a veces solo para tenernos ahí y poder hablar con nosotros, y otras para ayudarla a preparar alguna receta especial. No hacía distinciones, y pobre de aquel que la llamara «señora Crowell»; todos éramos sus pequeños.

Charlie guardó silencio al verse allí de nuevo, siendo un niño, junto a sus amigos, fanfarroneando o contando cientos de mentiras con el fin de parecer más mayores de lo que eran. Aquellos días lejanos jamás volverían, y los sentía como si espiara la vida de un desconocido, como algo que había dejado de pertenecerle.

—¿Qué le pasó? —preguntó Alicia en un susurro.

—Murió —contestó él también entre susurros, como si el hecho de alzar la voz pudiera hacerlo todavía más real de lo que ya era—. Un accidente de coche —explicó—. Estuvo meses en coma.

—¿Cómo se llamaba?

—Catherine.

—Sé lo que es la muerte, te entiendo. —Charlie no fue capaz de descifrar el brillo que destellaba en la mirada de Alicia. Permaneció unos instantes pensativa antes de añadir—: No deberías odiar los dulces.

—Ya. —¿Qué otra cosa podía decir Charlie? Nadie le había explicado cómo lidiar con la muerte de su madre.

—Es la verdad. Odiando lo que tu madre tanto amaba, la odias también a ella, ¿no crees? —Alicia se había incorporado y

apoyaba la cabeza en un brazo para poder mirarlo—. Y solo consigues borrar sus recuerdos. Y eso no es bueno. La única manera de mantenerla viva aquí, contigo, es recordándola. Si ignoras los recuerdos solo consigues que se vaya de verdad. ¿Sabes lo que hace que una persona muera de verdad? —No esperó a que respondiera—. El olvido. Si olvidas lo importante, la olvidas a ella. Y no hay nada más triste que ser olvidado por aquellos a los que tanto quieres.

—Olvido —murmuró Charlie más para sí que para ella—. Olvido.

—Olvido, sí. Se desliza de la memoria. No se puede luchar contra él, porque siempre acaba ganando. —El perfil de la joven reflejaba una inmensa tristeza—. Yo ya he olvidado la voz de mi hermana. Aunque éramos gemelas, su tono de voz era algo más agudo que el mío. A veces pongo grabaciones para recordarla, pero me cuesta imaginármela hablar; es como si la viera en una de esas películas mudas que le gustan a mi padre. Pero todos los días me levanto pensando en ella. —Se mordió una uña y sonrió—. Eve llevaba el pelo corto, vestía de colores chillones y cantaba todos los días en la ducha. Le encantaba la gente, el ruido y las películas románticas. —Miró a Charlie y él le devolvió la mirada—. Era todo lo contrario a mí y por eso mismo me encantaba. Cada vez que hago algo que ella nunca hubiera hecho, la escucho riéndose. Y esa risa es mi regalo más preciado.

Charlie se imaginó a Eve, el polo opuesto de Alicia. Pensó que quizá Alicia se esforzaba en seguir marcando las diferencias para no emborronar el recuerdo de Eve, pero prefirió no decir nada.

—Nunca podría olvidarla —siguió diciendo Alicia—. Al principio me enfadé con ella porque pensaba que no había hecho lo posible por quedarse conmigo, que se había dejado vencer. —Una lágrima solitaria se derramó por el rostro de Charlie—. Pero no era verdad. Si alguien podía luchar contra una palabra, esa era Eve. —Alicia sintió cómo una sonrisa se acomodaba en sus labios, trisfeliz—. No creo que nunca se deslice por mi memoria, aunque lo intentara. Alejando los dulces, no olvidas su muerte, la olvidas a ella.

—Nunca la olvidaré, Al. Es solo que me duele, me duele recordarla y saber que ya no podré crear nuevos recuerdos. Que vive encerrada en mi memoria. Y, sobre todo, me duele que un recuerdo sea algo que no se pueda abrazar.

—Claro que se puede, solo que con sonrisas. A los recuerdos se les abraza con sonrisas —dijo Alicia con tanta seguridad como que la Tierra gira en torno a su propio eje.

El silencio cubrió la estancia y Charlie acercó su mano a la de Alicia lentamente, hasta que sus dedos se rozaron y notó cómo ella daba un leve respingo. Pero esta vez no se apartó, y el interior de

Charlie suspiró de alivio y lo animó a cruzar el meñique con el de ella. Fue como concentrar toda una vida en ese roce, como si el contacto activara una luz que llevaba demasiado tiempo apagada; brillaba más que la luz del sol que reclamaba su atención desde el exterior de la ventana, mucho más que una luna llorando lágrimas en forma de estrellas.

—Gracias —dijo Charlie, queriendo que el momento durara para siempre.

—Gracias —dijo Alicia con la vista clavada en los dedos entrelazados.

[image]

La presentación estaba a punto de comenzar cuando Charlie llegó a Waterstone's, la librería situada en Piccadilly donde tenía lugar el evento y firma de libros de Wendy. Solo tuvo tiempo de saludar rápidamente al señor y la señora Davies, que habían acudido al acto con Josh y Matthew, sus hijos menores. Encontró un sitio justo detrás de ellos y saludó a Wendy con un gesto cuando sus miradas se encontraron. Notó el nerviosismo de su amiga, que no dejaba de sonreír, hablar con su agente y tocarse el pelo.

No era la primera presentación de Wendy, ni siquiera la primera que realizaba para ese último libro, motivo por el cual sus amigos no habían asistido. Pero Charlie le había hecho la promesa de asistir a todas las que pudiera siempre que le fuera posible. Hablar en público no era una de las grandes aficiones de Wendy, e inevitablemente los días previos a las presentaciones era todo un manojo de nervios. Sabía que tener a alguien conocido al otro lado le confortaba, y a él le gustaba disfrutar de ese momento robado en el que escritor y obra salen a la luz, desnudos ante aquellos dispuestos a penetrar en su historia.

Dejó la bolsa con el libro que había comprado en la entrada y sacó el bloc de dibujo, decidido a capturar el momento. Fue entonces cuando reparó en los curiosos ojos verdes de la niña que lo miraban desde el asiento delantero. Era Tink, la prima del que había sido su mejor amigo.

—¿Vas a ponerte a dibujar?

—Yo también me alegro de verte, pequeña bruja de los bosques.

—No soy una bruja —la niña hizo un mohín—, soy un hada.

Charlie la miró con los ojos entrecerrados.

—Pues siento decirte que tienes más pinta de bruja que de hada.

Ella se volvió a su asiento, claramente ofendida, y se cruzó de brazos. Charlie soltó una risotada y le dio un toquecito en el hombro con el lápiz.

—¿Con quién has venido? —le preguntó.

—Conmigo —contestó Matt, que había escuchado la conversación y se había vuelto hacia ellos.

—¿Y desde cuándo sois amigos?

La pregunta hizo que Tink fulminara a Charlie con la mirada.

—No somos amigos. Solo estamos juntos en clase de teatro.

El niño la miró como si sus palabras se le hubieran clavado como un puñal.

—Solo somos amigos cuando a ella le interesa.

—Cuando no te comportas como un burro.

—Los burros son muy bonitos —intervino Charlie reprimiendo una sonrisa.

—Y muy tontos —dijo la niña.

—Y Charlie tiene razón. Eres una bruja.

Tink fue a replicar algo más, pero la señora Davies les obligó a guardar silencio alegando que la presentación iba a comenzar. Había venido otra escritora de la editorial a presentar la novela de Wendy antes de cederle el turno a ella y, aunque Charlie intentó trazar algunas líneas en la lámina, tenía la cabeza en otra parte. En Alicia y su situación. En el señor White en el hospital. En su madre. En el olvido. En las sonrisas que abrazan. En dedos que se entrelazan y vidas que también lo hacen. Y en más olvido.

Ver a Tink había traído viejos recuerdos. Hubo un tiempo en el que la pequeña Tink era como una hermana para él, al igual que lo era para el resto de sus amigos. «Olvido», repitió para sus adentros. El olvido era el final de todo, el adiós definitivo. Después del olvido no queda nada, antes lo tienes todo. Y en esos momentos en los que Charlie observaba a la niña que balanceaba los pies desde su asiento, comprendió mejor que nunca lo que Alicia quería decirle. El olvido siempre gana; al final, consigue llevarse lo mejor de ti, arrancarte hasta lo más querido sin contemplaciones. El olvido es más despiadado que la muerte, es la parada al final de la estación, la condena que no admite ruegos, ni protestas, ni segundas oportunidades.

Y sobre el olvido siguió divagando Charlie hasta que terminó la presentación y comenzó la firma de libros. Él permaneció sentado en el sitio. Su ejemplar ya estaba más que dedicado, y el que había comprado era para Alicia, por lo que más tarde le pediría personalmente a su amiga que se lo firmara.

—¿Charlie? —lo llamó el señor Davies.

—Dígame. —Se levantó y depositó la bolsa en el asiento de al lado, que se había quedado libre.

—¿Esperas a Wendy?

—Sí, hemos quedado para ir a comer.

El hombre asintió.

—¿Podrías quedarte con los pequeños? Josh tiene un poco de fiebre y vamos a llevarlo a casa.

—Claro, no os preocupéis.

—Tenéis que traerlos como muy tarde a las seis y media. Eva pasará a recoger a Tink sobre esa hora. —El señor Davies le dedicó una mirada compungida. Sabía perfectamente que a ninguno de los dos le haría gracia tener que llevar a la niña a su casa.

—Nosotros nos encargamos.

El padre de su amiga le dio las gracias y le pidió a los niños que se portaran bien antes de unirse a su mujer y a su hijo, que esperaban junto a la puerta de salida.

—¿Podemos ir a comer con vosotros? —preguntó Matt.

—Pues claro que sí. No nos van a dejar sin comer —respondió Tink con cierto deje de irritación.

Charlie se echó a reír.

—Primero dejamos a la bruja en su casa y luego nos vamos a comer —la picó él.

—¡Buena idea!

—Sois unos burros los dos. —La niña los miró por encima del hombro y se alejó, sentándose unas cuantas filas por detrás de ellos.

Matt puso los ojos en blanco y Charlie soltó una risotada. Tink era una niña muy suya y pocas eran las personas que conseguían ganarse su afecto. Y aunque intentara hacerles ver que no les importaba en absoluto, su presencia en aquella sala era prueba suficiente de que todo era pura fachada.

Al concluir la firma, Charlie los llevó en coche hasta el Hard Rock Café por petición de los niños, y mientras esperaban la comida Matt se dedicó a curiosear en su bloc de dibujo.

—¿Esto es un caracol? —preguntó mirando el último dibujo que Charlie había hecho para Alicia, justo antes de quedarse dormido la noche anterior.

—Es obvio que sí —respondió Tink antes de dar un trago a su refresco.

—¿Una chica subida a un caracol? —El niño tenía un gesto de confusión pintado en la cara mientras intentaba buscar explicación a algo que solo Charlie y Alicia podían descifrar.

—¿Un caracol? —Wendy miró a Charlie con extrañeza—. Déjame ver —le pidió a su hermano.

—Espera, ¿estos de aquí son cerdos? —Señaló el dibujo—. ¿El caracol está pisando cerdos?

—Es un mar de cerdos —aclaró Tink, como si fuera lo más normal.

La camarera llegó entonces con los aros de cebolla y las

hamburguesas, y esperaron a que se marchara para continuar con las preguntas sobre el dibujo.

—¿La chica es Wendy? —Matt miró a su hermana intentando encontrar similitudes entre la amazona que montaba a lomos de un caracol y su hermana mayor.

Tink inclinó la cabeza hacia el dibujo e inmediatamente miró a su amigo como si fuese rematadamente tonto.

—Por supuesto que no es Wendy. —Atrapó un aro de cebolla y se lo metió en la boca—. Wendy es más fea —aclaró al ver que el niño continuaba mirando a la chica del dibujo.

—¡Pues claro que no! —replicó el niño, indignado.

Wendy, que le había dado un mordisco a su hamburguesa, se levantó y le quitó el bloc de las manos para poder mirar el dibujo.

—Es ella, ¿no? —Wendy le acercó el dibujo y él asintió—. Es… original. Un caracol. —Compuso una mueca extraña, como si alguien la hubiera pisado, pero en seguida volvió a plantar en su cara una sonrisa—. No sabía que tuvieras tanta imaginación —le dijo, guiñándole un ojo.

—¿Es tu novia? —quiso saber Tink.

—¿Es tu nueva novia? —preguntó Matt al mismo tiempo.

—¿Queréis dejar de hacer preguntas? Venga, que se enfría la comida —apremió Wendy, guardando el bloc de dibujo.

Comieron y pidieron postre mientras iban saltando de un tema a otro, desde la presentación de Wendy y la novela que estaba escribiendo hasta lo que hicieron los niños durante el verano. Casi una hora y media después, tras salir del restaurante, decidieron dar una vuelta para bajar la comida y aprovechar los últimos rayos de sol.

[image]

—¿Qué obra estáis representando? —le preguntó Charlie a los niños mientras paseaban por Hyde Park.

—*Peter Pan* —contestó Tink, que iba por delante de ellos.

—No me lo digas. Tú eres Campanilla.

—¡Por supuesto! Soy el hada. —La niña dio una vuelta sobre sí misma, consiguiendo que el pelo se le enredara a los lados.

—¿Y tú quién eres, Matt?

—Michael.

—¿No eres un poco mayor para ser Michael? ¿Cuántos años tienes?

—Eso díselo a mi profesora. —El niño resopló—. Tengo casi nueve años.

—Tienes ocho. Te faltan más de cuatro meses para cumplir los nueve —repuso Tink.

—¿Y qué? ¡Los cumplo este año!

—Eres el más pequeño de la clase, por eso tienes que ser

Michael.

—¡Pues no es justo!

Wendy puso los ojos en blanco y Charlie aprovechó que se habían quedado callados para tirar del pelo de la niña y hacerse el despistado. Ella se volvió inmediatamente hacia Matt, dando por sentado que había sido él, y le dio un empujón.

—¿Qué haces? —El niño la miraba de hito en hito.

—¡Déjame en paz!

—Eso hago, ¡boba!

Charlie reprimió la risa y su amiga le dio un codazo, pero él la hizo callar y volvió a tirar del pelo de la niña.

—¡Que me dejes en paz! —gritó Tink, dedicándole una mirada asesina al niño.

—¡Pero si yo no he hecho nada!

Y Charlie no pudo soportarlo más. Estalló en risas que se le pegaron a su amiga e incluso a los niños. Tink le atizaba con sus pequeños puños, haciéndose la indignada, gesto que no pegaba nada con la risa que se escapaba de su garganta.

Por pura inercia, se sentaron en el césped, cerca del banco preferido de Wendy, aquel en el que la había visto por primera vez hacía ya más de tres años.

—¡Dibújame! —le pidió Tink.

—Paso.

—¡Anda, dibújame! —insistió la niña, tirándole de la camiseta.

—Va a seguir así hasta que le digas que sí. —Matt se había llevado las manos a los oídos.

—¡Wendy, dile que me dibuje!

—Venga, dibújala —le pidió la aludida—. Y te escribo una súper dedicatoria para tu *vecina-amiga-novia*, la reina de los cerdos y caracoles. ¿Cómo tengo que llamarla?

—¿Quieres dejar de vacilarme tú también? Se llama Alicia y no es mi novia. —Charlie le lanzó una última mirada airada y Wendy soltó una risotada—. Vale, te dibujo, pero no mires hasta que termine —le advirtió a la niña.

Los ojos se le iluminaron a la pequeña Tink y prometió no mirar hasta que estuviera acabado.

Y Charlie dibujó a placer algo muy distinto de lo que la niña esperaba. La dibujó a ella, preciosa como era, con su pelo largo y unas hermosas alas a la espalda. Pero ahí terminaba lo bonito del dibujo. Le había añadido una barbilla más afilada de lo que era y una enorme verruga que decoraba el centro de la misma, y que contrastaba con su rostro angelical y la sonrisa resplandeciente. Sus manitas terminaban en unas uñas afiladas que parecían querer traspasar el papel, y

algunos mechones de pelo se alzaban como serpientes intentando atrapar a los pajarillos que huían despavoridos al ver a la pequeña bruja.

Wendy fue la primera en ver el dibujo y en estallar en carcajadas. Y eso llamó la atención de Matt, que se acercó a ellos a la carrera, uniéndose a las carcajadas de su hermana.

—¡Dame eso! —Tink le quitó el bloc de dibujo y miró la lámina con la mandíbula desencajada. Charlie fue testigo de cómo el rostro de la niña enrojecía conforme iba examinando el dibujo—. ¡Esta no soy yo! —gritó fuera de sí, apartando a Matt de su lado, que se había acercado a ella para volver a ver el dibujo.

Tink arrancó la hoja y le lanzó el bloc a Charlie, que fue más rápido que ella y logró cogerlo antes de que se le estampara en toda la cara. La niña estaba a punto de romper la hoja a pedazos cuando Wendy se la quitó de las manos.

—¡Espera, esto hay que enmarcarlo! —Era su oportunidad de molestarla un ratito, un juego al que ambas estaban más que acostumbradas. Empezó a correr en círculos por el parque mientras la niña le pisaba los talones, gritándole que le devolviera el dibujo.

Y Charlie pensó que, pasara lo que pasara, nunca olvidaría ese momento. Como bien le había hecho ver Alicia, el olvido podría arrebatarle muchas cosas, pero nunca a ellos.

-Capítulo 24-
Alicia

Quien tiene una cicatriz
tiene un recordatorio perpetuo de lo que significa sufrir.

Alicia se miraba las manos como si no las reconociera, como si no fueran las mismas que llevaban toda la vida con ella. Con el dedo índice y el corazón se masajeó la palma de la mano izquierda, trazando figuras invisibles. Cerró los ojos e intentó imaginar que eran otros dedos los que dibujaban sobre su palma. Anhelaba el contacto humano, una certeza que había descubierto en el mismo instante en el que había abrazado a Charlie; mientras permanecía aferrada a sus brazos algo en ellos la había hecho sentirse enorme, como si, de repente, su cuerpo no respondiera a las leyes de la física ni de la lógica y su casa solo le llegara hasta las rodillas. Tan grande se había sentido Alicia que podría haber asegurado a pies juntillas que, de haberse puesto en pie, las estrellas habrían chocado contra su cabeza, como si no fueran más que lámparas flotando sobre un techo demasiado bajo.

Extrañamente, había sentido como si una parte de sí misma se hubiera quedado entre los brazos de Charlie cuando el abrazo llegó a su fin. Parecía que el abrazo se hubiera llevado consigo una parte vital de su anatomía; un brazo, una pierna o los mismos ojos. Sin embargo, por más que mirara seguía viéndose de una sola pieza. Entonces, ¿qué era esa sensación? Alicia era incapaz de darle nombre, sentía como si todo su cuerpo se quejara, como si llevara toda una vida sin alimentarse, como si un agujero negro se hubiera instalado en su vientre. Se sentía como si hubiera perdido algo, sin poder llegar a saber qué era exactamente ese «algo». Pensó, entonces, que hay palabras encerradas en caricias de la misma forma en la que hay caricias que encierran palabras. Y, de esa misma manera, hay personas que encierran caricias y palabras, convirtiéndose en el simple baúl de estas. Una palabra por una caricia.

Tal vez había perdido una palabra dentro del abrazo de Charlie. O puede que se la hubiera regalado sin saberlo. De cualquier forma, no podía buscar nada —ni siquiera una palabra— sin saber qué era, así que Alicia se resignó. Pero eso no evitaba que muchas horas después, todavía intentara recrear la sensación cosquilleante que el contacto había provocado en ella. Incluso intentó abrazarse a sí

misma, llegando a la conclusión de que estaba empezando a enloquecer. Puede que a Alicia no le gustara la gente, pero tampoco le gustaba la soledad. Era como un pequeño pajarillo que temía volar, pero se regocijaba con la sensación que ejercía su particular baile con el viento.

La noche había caído sobre ella como una red engulle a un pez en el agua; hacía horas que no sabía nada de Charlie, desde que se había marchado a la presentación de su amiga, dejando tras su marcha un olor que era una mezcla de dulces y añoranza. Tras mucho pensar, Alicia llegó a la conclusión de que ya había transcurrido un tiempo lo suficientemente razonable para intentar hablar con él sin pecar de pesada. No quería que su nueva persona se cansara de ella, pero la realidad era que se aburría soberanamente. Ni siquiera en Nida o en los libros encontró consuelo. Ella ansiaba palabras y caricias, de esas que encerraba Charlie.

Frotándose los dedos nerviosamente, Alicia dio vueltas por su habitación, esperando con impaciencia a que el silbato sonara, conteniéndose para no ser ella la que acudiera a él. Al final, la impaciencia pudo más. Se olvidó de todo y lo hizo sonar una sola vez; un silbido largo que dejaba a las claras que requería su presencia de inmediato.

Charlie no se hizo de rogar. Apareció un segundo después de que el silbato dejara de sonar.

—Has tardado mucho —le dijo, divertido.

—¿Has estado ahí todo el tiempo?

—Si todo el tiempo es media hora, entonces sí.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—¿Y por qué no me lo has dicho tú?

Ella se mordió el labio.

—Esperaba a que llamaras tú —confesó, robándole una sonrisa a Charlie.

—Yo esperaba lo mismo.

A Alicia le pareció curioso cómo habían tirado el tiempo a la basura, de ese que pasa sin opción de retorno, por algún sentimiento parecido al orgullo o a la vanidad.

Hablaron a través del armario de lo mucho que Alicia echaba de menos al abuelo, de las horas eternas en las que no había hecho prácticamente nada, así como del día que había pasado Charlie, relato al que la chica atendió con fascinación. Y, cuando fue una hora lo suficientemente prudente para el paseo nocturno de Nida, decidieron bajar a la calle.

Cuando Alicia salió de su casa, Charlie ya estaba sentado en el sofá esperándola. Caminaron el uno junto al otro sin dedicarse ni una sola palabra. Charlie había escondido las manos en el interior de los

bolsillos y Alicia no hacía más que mirar en esa dirección. Se maldijo a sí misma por haberle abrazado, ahora tenía esa estúpida sensación que no la dejaba pensar.

Él la miró alzando una ceja, pero Alicia no pudo verlo de tan concentrada que estaba intentando ver sus manos a través de los bolsillos de los vaqueros.

—¿Me estas mirando el culo? —preguntó con una sonrisa.

—¿Eh? —Alicia le miró con los ojos abiertos como platos—. ¡No! Te miraba las manos.

—Oh, mis manos. —El chico se sacó las manos de los bolsillos y se las acercó a la cara, como si entre los minúsculos lunares buscara un tesoro escondido—. Creadoras de magia, sirvientes de la genialidad que habita en mí, tentadoras, bellas, crueles… —siguió diciendo, con un gesto tan serio que no podía ser real. Las alejó un poco de los ojos y las contempló desde la distancia—. Se han escrito epopeyas, se han creado leyendas y se ha hablado de estas manos en los siete mares —canturreó, mostrándoselas—. Puedes besarlas si quieres. —Alicia estalló en carcajadas. Charlie se hizo el ofendido y comenzó a acariciarse la mano izquierda con la derecha—. Se ríe porque tiene envidia, tranquilas preciosas mías —las consoló. Sonrió divertido y miró en su dirección; seguía caminando a su lado sin decir nada. Se acercó unos pasos y chocó su hombro con el de ella, empujándola con suavidad hacia un lado. Alicia le miró por el rabillo del ojo, pero no emitió sonido alguno—. No te enfades, si las quieres son tuyas —bromeó mientras volvía a empujarla otra vez, pero en esta ocasión Alicia se detuvo para mirarlo.

—¿De verdad? ¿Me las regalas? —preguntó, ilusionada.

Charlie alzó una ceja.

—Esto… eh, sí.

—Dámelas.

—¿Qué?

—¡Que me las des! Has dicho que son mías. —Se la veía tan emocionada que Charlie no sabía si bromeaba o hablaba en serio.

—Tómalas. —Colocó las manos frente a la cara de la chica y esta las atrapó al vuelo y se las acomodó debajo del brazo antes de empezar a caminar alegremente, lo que hizo que Charlie trastabillara, unido como estaba a las nuevas manos de Alicia.

—¡Tengo unas nuevas manos! —le dijo a la gata, que los miraba enfurruñada al no poder pasear con tranquilidad junto a los pies de Charlie.

—Y no unas manos comunes, las manos por excelencia —puntualizó Charlie caminando tras la chica, con mucho esfuerzo y medio agachado para intentar no caerse sobre ella.

Alicia observó sus nuevas manos, que seguían cruzadas y

atrapadas bajo su brazo.

—Os he librado de un egocéntrico —susurró lo suficientemente alto para que Charlie la escuchara.

—¿A que te las quito?

—¿Oís algo, manos? —Acercó el oído a las manos—. ¿No? Habrá sido un cerdo sin manos que volaba por ahí. ¿A que estáis mejor conmigo? —Pegó la palma de una de las manos en su oreja a modo de teléfono, haciendo que Charlie tuviera que pegarse más a ella y asegurándose de que la otra siguiera bien anclada a su brazo—. Entiendo. Sí. ¿De verdad? —Abrió los ojos como dos naranjas—. ¡Lo que ha tenido que aguantar esta mano!

—Te estás pasando, Al —protestó Charlie haciéndose el ofendido.

—¿Un ogro muy gruñón? —Asintió con la cabeza—. Lo sospechaba. Y además feo.

—¡Se acabó! —Charlie se soltó y la abrazó por detrás para cargársela a los hombros—. Así que robando manos, ¿eh? Te vas a enterar. —Dio media vuelta en dirección a la casa, cargando a su vecina en el hombro derecho, que se revolvía y reía a partes iguales—. Vamos, Nida —llamó a la gata, que se había quedado paralizada unos metros por detrás. Cualquiera diría que en sus ojos felinos residía un matiz de envidia por no ser ella quien ocupara el lugar de su dueña.

—¡Bájame! ¡Bájame! —gritaba Alicia, pataleando mientras reía a carcajadas. En el fondo no quería que la soltara. Desde arriba, subida sobre los hombros de Charlie, experimentaba algo que no había sentido nunca; parecía como si volara, como si el chico hubiera decidido recrear una parte de esos dibujos que acostumbraba a regalarle.

—¿Me ha parecido escuchar «ogro gruñón»?

—Muy gruñón —se encargó de recordarle. Había dejado de luchar y se esforzaba en ser un peso muerto que el chico no pudiera cargar.

—¡Con que esas tenemos! —Detuvo el paso y dio un giro completo, consiguiendo que Alicia se agarrara con fuerza a su espalda.

—¡La sangre se me está yendo a la cabeza!

—Eso deberías haberlo pensado antes —repuso él mientras daba otro giro de trescientos sesenta grados.

—¡Charlie! —gritó.

—¿Qué decías que era?

—Un no ogro especialmente agradable.

Charlie chasqueó la lengua.

—Uhm… puedes hacerlo mejor, Al.

—El no ogro más simpático y más guapo de todos los tiempos.

El chico pateó el suelo, pero emprendió la marcha.

—No sé, todavía no me convence. Me has llamado feo, Al. Está muy mal mentir.

—¡Bájame ya! —pidió Alicia, golpeándole la espalda con los puños.

—¿Cómo me describirías? —Le pellizcó con suavidad los gemelos para que dejara de pegarle.

—¡Del revés!

Charlie rio y la lanzó sobre el sofá. Se la quedó mirando con los brazos cruzados y expresión severa, examinándola, mientras ella se peinaba el pelo e intentaba que la sangre volviera a circularle con normalidad.

—¿Qué voy a hacer contigo, pequeña ladrona mentirosa? —Charlie se derrumbó a su lado en el sofá.

—Para empezar, no cargarme como a un saco de patatas. O aprender que los regalos no se quitan. —Se cruzó de brazos y su vecino esbozó una sonrisa mientras estiraba las piernas sobre su regazo. Alicia se las apartó de un manotazo.

—¡Has empezado tú babeando por mis manos como si fueran comida! —la acusó él.

—No quería comérmelas, solo sentirlas —admitió, dándole la espalda.

—¿Qué has dicho? —Charlie se acercó por detrás y le apartó el pelo de la cara para poder mirarla.

—Quería sentir algo de contacto humano, ¿tan raro es? —le preguntó, volviendo el rostro hacia él.

Charlie la asió por las piernas y giró su cuerpo hacia él para poder mirarla a los ojos. Tomó su cara entre las manos y la acercó a la suya. Sus frentes colisionaron como si intentaran trasmitirse palabras sin idioma definido. Sus narices jugueteaban entre ellas, sus labios se sonreían en la distancia, sus ojos estaban tan cerca que Alicia no conseguía enfocar el rostro de Charlie; miles de motitas empañaban su visión y solo podía distinguir el verde de sus ojos.

—No es raro —declaró él con una sonrisa.

Alicia lo miró en silencio durante unos segundos.

—Parecen un jardín —susurró, asombrada.

—¿El qué? —quiso saber él; no se había separado ni un ápice. Sus alientos se entremezclaban, viajaban de un cuerpo a otro. Sin fronteras. Libres.

—Tus ojos. Son como un jardín sin flores —explicó. Los ojos le brillaban con una chispa de diversión, como una niña que descubre una casa de muñecas.

Charlie esbozó una sonrisa que Alicia no logró ver, pues ella solo veía verde, pero que sí sintió a la perfección.

—Los tuyos son como el cielo —seguía sujetando su cara y la

acercó más a él, si es que eso era posible—. Un cielo sin estrellas, Al. Tus ojos esperan que las estrellas vuelvan a ellos.

—Los tuyos esperan a que alguien plante flores.

—Entonces yo plantaré estrellas en tu cielo y tú flores en mi jardín.

—Me gusta esto —dijo ella, refiriéndose a todo y a nada—. Podría quedarme a vivir en tu cara.

Charlie liberó una carcajada que reverberó por el cuerpo de ambos, saltando de uno a otro, chisporroteando con una fuerza arrolladora. La risa de Charlie también fue la de Alicia.

—Es un poco pequeña para que vivas en ella, ¿no crees?

Alicia alzó las manos y acarició sus mejillas con los dedos.

—Aquí dormiré —explicó. Sonrió y cerró los ojos, palpando el rostro de Charlie y convirtiéndolo en un mapa sin trazar al que ella iba dando forma. Él también los cerró, saboreando en silencio cada caricia. A tientas, Alicia subió las manos a la altura de sus ojos, acariciando con extrema suavidad los párpados del joven—. Aquí plantaré flores —siguió diciendo en un susurro—, será mi jardín. —Llegó hasta sus sienes y las masajeó—. Me alimentaré aquí, tus ideas serán mi sustento. —Sus manos deshicieron el camino hasta detenerse en sus labios, recorriéndolos, aprendiéndoselos—. Ellos serán mi cielo. Y en el cielo me bañaré.

Un silencio hecho de palabras los aprisionó y Alicia dejó caer las manos a los lados, como si toda la fuerza la hubiera abandonado repentinamente.

Pero Charlie no le dio tiempo a alejarse de la burbuja que los había mantenido en suspenso, posados sobre nubes de algodones, ajenos a todo lo que ocurriera en el exterior; dejó de sostenerle el rostro para tomar sus manos.

—Puedes vivir aquí, Al —le dijo, dirigiendo las manos de la chica hasta su pecho. Alicia volvió a cerrar los ojos y pensó que era factible, que podría vivir en Charlie; quizá lo que había creído que se había perdido en él no había sido nada en concreto, ni un brazo ni una palabra, sino que toda ella se había perdido en él.

[image]

En sus ojos se instaló una sonrisa que la acompañó a casa, que durmió a su lado y que por la mañana se ensanchó —como si la hubieran regado— cuando el abuelo telefoneó y le aseguró que volvería ese mismo día. Toda Alicia era una gran sonrisa que no dejaba de crecer y crecer, y que pronto invadiría toda la casa y se derramaría por las ventanas.

Limpió el polvo con un plumero mientras bailaba y cantaba una canción que se iba inventando sobre la marcha. Alicia no podía estar más contenta. La mañana voló con una rapidez asombrosa y,

cuando por fin escuchó el timbre, salió corriendo hacia la puerta.

Al ver entrar al abuelo se lanzó al hogar que eran sus brazos; el corazón le saltaba de alegría.

—Mi pequeña. —El señor White le acarició el pelo con ternura.

—El abuelo no es un juguete, Alicia —le regañó su madre, y Alicia se quedó petrificada al reparar en su presencia. Su abuelo la sostuvo con mayor fuerza, queriendo recordar con ese gesto su promesa—. Papá, siéntate, no deberías hacer esfuerzos.

—Estoy bien —repuso él con un gesto de fastidio.

Su hija le fulminó —literalmente— con la mirada, y el abuelo agachó la cabeza como un niño pequeño que acepta la reprimenda de los mayores. Sin soltar a su nieta, tomó asiento en su sillón favorito.

Tan digna como una reina a punto de tomar una decisión, Rose comenzó a pasearse por el salón, contemplando el reloj, a su hija y a las paredes alternativamente. Alicia mantuvo la mirada de su madre en todas las ocasiones en las que esta se detenía a observarla, resoplaba, murmuraba y volvía a mirar el reloj.

—¿Esperas algo? —preguntó la cuarta vez que su madre repitió el mismo proceso.

Rose la miró como si su voz hubiera cometido el peor de los crímenes. Se sentó en el sillón y emprendió un nuevo ritual que consistía en repiquetear las uñas perfectamente pintadas de rojo contra la mesa de centro. Aburrida de todo lo que escondía el silencio de su madre, Alicia ideó un juego que consistía en mirar la escena sin parpadear ni una sola vez; contaba los segundos que conseguía aguantar el picor de los ojos mientras Rose seguía tamborileando las uñas. Una y otra vez. Y otra. Y otra más. Hubo un momento en el que Alicia se sorprendió intentando acompasar su respiración al repiqueteo.

Cuando por fin se decidió a parar, le dedicó una mirada que hizo que a Alicia se le parara el corazón durante un breve instante; parecía que en cualquier momento iba a ordenar que le cortasen la cabeza o algo peor, pero en lugar de hablar se volvió a levantar, se ajustó la falda e inició un paseo por la estancia sin rumbo aparente. Más y más vueltas sobre el mismo silencio descorazonador. Ni siquiera el abuelo se atrevía a articular palabra.

Daba la sensación de que Rose estaba atrapada o condenada, o un poco de las dos cosas. Murmuró algo para sí misma, sacó algo de su bolso y se dirigió hacia el sillón del abuelo, donde Alicia y él la miraban con atención con caras de haber roto muchos platos, y lanzó sobre el regazo de su padre un pequeño folleto.

Alicia no tuvo que mirarlo para saber lo que era.

—No voy a ir.

Rose, que se había alejado de ellos, se volvió para mirarla.

—Es lo mejor para ti.

—Querrás decir para ti —puntualizó Alicia.

—Querrás decir para el abuelo —replicó su madre.

Si las palabras pudieran fulminar en el acto, Alicia se habría quedado tendida en el brazo de ese sillón para el resto de sus días. Como una Bella Durmiente que no necesita un príncipe azul; quizá un relojero de corazones —si es que eso existía—, pero no un estúpido beso. Su corazón hizo un ruido muy extraño y casi pareció rebotar por todo el cuerpo de la joven.

—Querrás decir para nadie —musitó el señor White; su hija le dedicó un gesto de cansancio.

—Alicia necesita ayuda especializada. Gente que comprenda su caso y esté a su lado día y noche para ayudarla.

—Alicia necesita amor.

—Alicia necesita observación.

—Alicia no necesita desconocidos.

—Alicia necesita ayuda y nosotros no podemos dársela.

—Nos necesita a nosotros, y a Ofelia. Eso es todo cuanto necesita.

—¡Por el amor de Dios! —El rostro de Rose se había coloreado de un rojo muy similar al de las rosas del jardín de Alicia—. Ofelia es una señora aburrida adicta a la nicotina y a la prensa rosa que nunca ha tenido ningún otro paciente que Alicia. ¿De verdad crees que ella solucionará esto?

—No es un problema, no necesita solución.

—¡Claro que lo es!

Alicia los veía intercambiar palabras como si ella misma se hubiera convertido en una pelota que se fueran pasando el uno al otro. Hablaban de ella como si no estuviera presente, y eso hizo que apretara tanto los puños que los dedos empezaron a dolerle.

—¡Basta ya! —Alicia miró a su madre y arrugó el folleto, tirándolo lejos de ella—. No voy a ir.

—Ya la has oído —dijo el abuelo, cruzándose de brazos.

—¿Por qué siempre estáis en mi contra? ¿Por qué me hacéis esto? —Rose se llevó las manos a la cabeza—. Yo solo quiero lo mejor para todos. Desde que… —titubeó. El nombre de su difunta hija se le atragantó— nos dejó, no he hecho más que luchar. Y vosotros, en lugar de estar a mi lado cargáis contra mí. Deberíais estar de mi parte, luchando conmigo y no en mi contra. Yo no soy el problema, formo parte de la solución. —Resopló y miró a su hija—. Alicia no puede valerse por sí misma y tú, papá, tampoco. No podéis vivir juntos. Ni siquiera fue capaz de quedarse a esperar a los de la ambulancia. ¿Te das cuenta, papá? Es más grave de lo que creíamos.

—Yo… —intentó explicar.

—Tú nada, Alicia. Me has decepcionado profundamente, y a tu abuelo también aunque no se atreva a decírtelo. ¡Le dejaste con un vecino! ¡Con un completo desconocido! ¿Te parece esa una actitud madura? —No esperó a que contestara—. No lo es. Porque tú no eres adulta, Alicia. Nunca lo has sido. ¡Crece, maldita sea! ¿Tan difícil es? ¡Son personas! ¡Tú eres una persona! ¡Yo lo soy! ¡El abuelo lo es! ¿Pero qué es lo que crees, que van a comerte? ¡Por el amor de Dios! ¡No tiene ninguna lógica!

—Rose —le advirtió el abuelo.

—Tú llénale la cabeza de pájaros con historias sobre Mary y estúpidas estrellas. ¿Sabes cómo acabará? —Le señaló con un dedo—. ¡Bajo tierra! Mary estaba loca y pensaba que no necesitaba ayuda, y la muerte le demostró que la locura mata a la gente. —Miró a su hija—. ¿Qué pasará cuando el abuelo ya no esté? ¿Vivirás encerrada en esta casa para siempre? ¿Cómo comprarás comida? ¿Cómo pagarás las facturas? —Gesticulaba y su cuerpo entero se movía con ella—. ¡Quizá lo hagan las estrellas! Morirás sola, de tristeza o de hambre. Lo que venga primero, y eso es precisamente lo que intento evitar.

La cara de Alicia fue invadida por un ejército de lágrimas que descendió por su rostro, lo conquistó y hasta su boca probó el sabor de su dolor. Un llanto silencioso que no tardó en empañar el suelo. No se atrevía a levantar la cabeza.

El abuelo se levantó.

—Rose, no te permito que menciones a Mary ni que le hables a mi nieta de esa manera bajo este techo.

—Es la verdad, papá —contestó, derrotada—. La verdad duele, pero también sana.

Alicia sintió la verdad como cuando era pequeña y le curaban una herida. Escocía. Mucho. Ardía y dolía. No pudo más.

Se levantó del sofá y le dijo a su madre:

—Siento ser como soy. —Rose negó con la cabeza, pero ella no quiso escucharla más. Salió del salón con paso firme y lento, intentando parecer fuerte, que las ansias por desaparecer no traicionaran las pocas fuerzas que le quedaban. Pero en cuanto estuvo en el pasillo, lejos de la mirada de su madre, echó a correr hasta su habitación.

Alicia se apoyó en la puerta cerrada y se quedó mirando la estancia como si fuera la primera vez que reparaba en ella. Era la primera vez que veía su dormitorio como si este fuera una prisión; casi podía ver las rejas en las ventanas. Derrotada como estaba, se obligó a recorrer el pequeño tramo hasta su cama, dejándose caer sobre esta con la vista clavada en algún punto indefinido del techo. Se sentía extrañamente vacía. Incluso las lágrimas se le habían agotado, la

habían abandonado por tiempo indefinido. Sonrió con amargura; ni siquiera podía sentir el consuelo de llorar.

Las palabras de su madre le habían apuñalado incansablemente, dejándola sin aliento y sin fuerzas. Estaba malherida, y no era nada que un médico pudiera sanar. Así como tampoco era nada que se pudiera observar. Pensó en Eve, en la facilidad con la que ella lo arreglaría todo, pero ella ya no estaba. Y su ausencia le quemaba; era como un ruido sordo que se había asentado en su interior, un murmullo que cobraba mayor fuerza cuando el silencio se apoderaba de todo. Pasaba de ser un repiqueteo silencioso pero constante —parecido a las gotas que caen de un grifo que alguien no ha cerrado correctamente—, a ser un grito, un único sonido lacerante que le agarrotaba los músculos. Hasta la odió un poquito por haberla abandonado, por haber roto la promesa de que siempre estarían juntas.

Alicia sollozó, pero las lágrimas siguieron sin acudir a ella.

—Cuando caes tan hondo que ya no puedes caer más, entonces solo te queda subir —dijo el abuelo, y ella se sorprendió, pero ni siquiera levantó la vista—. Tu madre solo está asustada. No puede controlar lo que te pasa y ella teme todo lo que no puede controlar. No lo decía en serio, era su cansancio el que hablaba.

—Tiene razón —musitó Alicia.

—La razón no me ha enseñado nada. Todo lo que sé me ha sido dado por el corazón —citó el abuelo, con una media sonrisa, a León Tolstói.

—La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se piense al revés —replicó Alicia, con una mueca de triunfo pintada en el rostro, citando a Antonio Machado.

—La lógica es buena para razonar, pero mala para vivir —volvió a devolverle la cita, esta vez de Remy de Gourmont. Dialogar a través de citas era un pequeño juego por el que solían perderse de vez en cuando. Le dedicó una sonrisa y se sentó a su lado—. Alicia, pequeña, tú no estás loca. —Negó con la cabeza—. Solo estás perdida. Existe una gran diferencia. Algo perdido siempre se puede encontrar.

—Soy como la tía Mary. —Se encogió de hombros, intentando aparentar indiferencia. El único problema fue que las apariencias no sirven de nada cuando te muestras ante alguien que te quiere, y el abuelo quería demasiado a Alicia como para dejarse engañar.

—Ella estaba enferma de locura, tú estás enferma de vida. —Suspiró—. Siempre la querré y quizá haya algo de ella en ti; pero, desde luego, no su enfermedad. En ti solo veo su brillo en la mirada, su sonrisa. Y tu madre también lo ve y por eso tiene miedo. Pero lo que ella no sabe es que el brillo y la sonrisa de Mary eran de vida, que estaba tan rebosante de vida que se escapaba de su cuerpo. Como lo

hace de ti. Nunca he visto a nadie con miedo a algo con tantas ganas de conocerlo, de hacerle frente. Me horrorizan los insectos, ya lo sabes —fingió un escalofrío—, tan pequeños y viscosos y feos. Soy un gigante a su lado y si veo alguno creo que hasta me desmayaría. ¿Estoy loco? Un insecto no puede hacerme daño, una persona sí. Tu miedo tiene más sentido que el mío. Yo no querría conversar con un insecto y espero no tener que hacerlo nunca. Tú les temes, pero ansías conocerles. Eso dice mucho de ti, ¿no crees?

—No dice nada.

—Eres tú, que no escuchas. ¿Sabes qué dice de ti? —Le palmeó la frente—. Que eres una preciosa semilla que algún día brotará y dejará al mundo boquiabierto.

—Abuelo, yo no… —Alicia quería replicar, vaya que sí, pero las palabras se negaban a salir de su garganta.

—Eres una semilla. A mí no me rechistes, jovencita. —Se cruzó de brazos y esbozó una leve sonrisa—. Y ahora ven aquí para que pueda regarte.

Alicia no podía negarse a nada que le pidiera el abuelo, así que se levantó y se sentó a su lado en la cama. El abuelo la sostuvo entre sus brazos y le acarició el pelo mientras ella sentía su tacto como el agua más maravillosa del mundo.

[image]

-Capítulo 25-
Charlie

Si el miedo puede asustarte, tú también puedes asustarle.

La mano de Charlie se asemejaba a la batuta de un director de orquesta; lápiz en mano, dirigía con asombrosa facilidad los trazos creando vida de la nada. Al unirse a otras, unas cuantas líneas sin sentido aparente se convertían en algo real. Como pequeñas notas que solas no dirían nada y juntas entonan una melodía capaz de remover entrañas. Charlie creaba música sin sonido, vida sin latidos, fotografías sin negativos. Retrataba lo que veía tras el objetivo de sus ojos y eso,… eso era muy parecido a la magia.

En aquellos momentos, fotografiaba tras el objetivo de los recuerdos la noche anterior, el instante en el que Alicia le miró directamente a los ojos, tan cerca que casi pudo verse reflejado en ella. En su dibujo, Alicia estaba encerrada dentro de una lágrima que flotaba sobre un mar que en lugar de peces contenía estrellas. Tenía la mirada perdida en el infinito cielo que se expandía sobre su cabeza; ese cielo que no era cielo, sino un techo de una hierba que, de poseer color, sería tan verde como los ojos de Charlie, con algunas rosas que nacían de sus profundidades para embellecer su tonalidad.

Había dibujado un sentimiento, una sensación; era el jardín que Alicia veía en los ojos de Charlie, el cielo que Charlie veía en los ojos de Alicia. Hierba y cielo se miraban, uno el espejo del otro, desafiando los límites de la lógica, la línea que separa el mundo real del de los sueños. Los ojos de Charlie, salpicados con las flores que Alicia había plantado a base de sonrisas, eran el reino que la acogía, encerrada en su propio dolor, navegando sobre sus propios ojos, que eran un cielo relleno de estrellas que Charlie se había ocupado de plantar a base de palabras.

Cuando la última línea concluyó su particular melodía, una sonrisa se escapó de los labios del joven, traicionera, para no volver nunca más. Se quedó atrapada entre aquellos trazos, adherida al papel. Arrancó la página del bloc de dibujo y la deslizó por el agujero.

Se sentía extrañamente liberado al regalarle aquellos dibujos a su vecina. Era una forma de enseñarle un pedacito de su alma, sin palabras que pudieran malinterpretarse. Charlie vivía en sus dibujos de la misma manera en que sus dibujos vivían en él. Eran parte de un todo. Un todo que Charlie necesitaba mostrarle a ella. ¿Por qué? Lo

cierto es que ni él mismo lo sabía. Quizá viera en Alicia más de sí de lo que le gustaría admitir. Pero eso solo era un quizá, y los quizá polvo son y polvo serán.

Agitó la cabeza, intentando alejar los confusos pensamientos y volver a la realidad. Su casa le recibió de vuelta al mundo real. No entendía cómo ni por qué, pero desde que había conocido a Alicia pasaba más tiempo imaginando que viviendo. Y, cómo no, ya estaba otra vez pensando en ella. Bufó y decidió que ese sería su día libre. Iba a dedicar todo lo que restaba de tarde a no hacer absolutamente nada y mucho menos a pensar. Se lo había ganado. Se prometió a sí mismo que no se desprendería del pijama hasta el día siguiente.

Con ese firme pensamiento, se esforzó por no hacer nada. Leyó cómics, se puso al día con los capítulos de las series que seguía y, cuando la noche empezó a teñir de oscuro las ventanas de la casa, decidió sumergirse en las páginas del nuevo libro de Wendy. Se embarcó en una historia que lo sedujo, lo atrapó y le hizo enamorarse de aquella anciana que al nacer hasta lloró dentro del vientre, de tan desesperada que estaba por ganar, por salir y empaparse del mundo. Una mujer que siempre tuvo el espíritu de una guerrera, una amazona que, de haber nacido en otro tiempo, habría revolucionado el mundo. Y esa anciana le recordó a Alicia, a su espíritu relleno de vida que intentaba ocultar el miedo. Pero él había visto lo que escondía tras sus ojos, sabía la verdad. Alicia quería comerse el mundo, solo que no sabía por dónde empezar.

No había sabido nada de ella en todo el día, cosa que le resultó bastante extraña. Suspiró y dejó el libro sobre el puf que había colocado en el salón y subió a su dormitorio.

Hizo sonar el silbato. Una, dos y hasta tres veces mientras sujetaba una grulla de papel que se había desprendido del hilo que la sujetaba. Y estaba a punto de desistir y dejarlo para el día siguiente cuando Alicia apareció y pudo ver, a través del agujero, el cielo sin estrellas que habitaba en sus ojos.

—¿Te ha gustado el dibujo? —quiso saber.

—No mucho —confesó ella a media voz.

—¿Y eso por qué?

—Porque es un dibujo y no una fotografía.

—¿Y qué importa eso?

—Pues que los dibujos no son reales y las fotografías sí. Me encantaría que fueran reales.

—Pueden serlo.

—Tengo tus dibujos aquí y no hay forma de que se conviertan en realidad. Llevo todo el día dándole vueltas a eso.

Charlie la miró con renovado interés.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—A ninguna. Solo daba vueltas.

—Pero darías vueltas por algún motivo, buscando una conclusión o una respuesta.

—Pues no. Paseaba por mis pensamientos por el simple placer de estirarlos; ellos también necesitan hacer ejercicio.

—¿Estirar los pensamientos? —Arqueó las cejas—. Jamás había escuchado esa expresión. Se dice estirar las piernas.

—¿Cómo voy a estirar las piernas dentro de mi cabeza? Eso no tendría sentido.

Charlie puso los ojos en blanco.

—Me acaba de entrar dolor de cabeza.

—¿Y por dónde te ha entrado?

—¡Por las orejas!

—Pues tápatelas.

—No quiero. Me gusta escucharte aunque me dé dolor de cabeza. —Sonrió, recolocándose y posando la cabeza en la pared.

—Eres raro.

—Claro. —Meneó la cabeza e hizo una mueca—. Y eso me lo dice una chica que le da vueltas a las cosas para estirar sus pensamientos.

—Exactamente.

—Quizá sí que podamos hacer los dibujos realidad —dijo como si llevara masticando la idea durante demasiado tiempo—. Puedes curarte, Al. Solo tienes que poner un poco de tu parte, yo te ayudaré.

—Nunca podré aplastar gente sobre un cangrejo.

—Eso puede que sea un poco más complicado.

La chica se quedó en silencio y él tuvo que inclinarse para comprobar que no se había esfumado.

—Ha vuelto mi abuelo —explicó.

—Por eso no he sabido nada de ti en todo el día.

—Por eso y por mi madre, que ha venido con él.

—¿Ha ido bien?

Alicia exhaló un profundo suspiro.

—No me apetece hablar de eso.

Él asintió y no dijo nada durante unos segundos en los que su mente trabajaba a marchas forzadas.

—Creo que ya sé cómo conseguirte tu cangrejo. —Una idea acababa de posarse sobre él, como un ave que encuentra un lugar cómodo en el que hallar descanso.

—¿En serio?

—¡Te veo en el sofá! —Se levantó y se dispuso a bajar al piso inferior cuando escuchó a Alicia desde el armario.

—¿Cómo vas a verme en el sofá si estoy en el armario?

Charlie se volvió, dedicándole una sonrisa que ella no pudo ver desde donde estaba oculta.

—¿A que te quedas sin cangrejo? —amenazó en un grito.

—Vale, vale. Ya me callo.

—Mucho mejor. Diez minutos y baja.

Charlie corrió hacia la habitación donde guardaba su arsenal artístico. Rebuscó entre las cajas que había amontonadas por toda la estancia hasta dar con lo que estaba buscando: pintura naranja. Se untó la cara y las manos frente al espejo del cuarto de baño mientras una enorme sonrisa se negaba a marcharse de sus labios. Cada vez que se miraba en el espejo ponía los ojos en blanco; desde luego, algo tenía que haberse atrofiado en su cerebro para hacerlo actuar como un pirado.

Cuando concluyó su trabajo, sin detenerse a observarse demasiado para no echarse atrás, se encaminó al sofá de la entrada.

Alicia, que ya estaba allí con la pequeña Nida, sentada en uno de los brazos del sofá y balanceando las piernas con nerviosismo, rompió a reír nada más verle.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó la chica mientras le examinaba el rostro y los brazos con fascinación.

—Tú me ha pasado —contestó él intentando sonar molesto. Se metió las manos en los bolsillos, no fuera a robárselas Alicia otra vez, y comenzó a andar—. ¿Vienes a buscar gente a la que aplastar o te vas a quedar ahí toda la vida? —le preguntó, volviendo la cabeza hacia ella.

La chica se había quedado parada en el sitio, mirándolo con una mezcla de curiosidad y temor. Pero él, que no tenía intención de darle tiempo a que se lo pensara, siguió caminando sin esperarla. Alicia no tardó en revolotearle alrededor, porque eso era lo que hacía siempre: revoloteaba con su mar sin estrellas muy abiertos y miles de preguntas batallando por salir al mismo tiempo.

—¿Gente de verdad? ¿No será delito aplastar gente? ¿Y el cangrejo eres tú? —Lo miraba con los ojos abiertos como platos—. ¡No me digas que eres tú!

Charlie contestó de carrerilla:

—Gente de mentira. No creo que sea delito aplastar a gente de mentira. Y sí, el cangrejo soy yo. Pero si quieres no te lo digo…

—¡Pero si ya me lo has dicho! No te pareces a un cangrejo, los cangrejos no tienen los ojos verdes.

—¿Y de qué color los tienen? —preguntó con una media sonrisa.

—No lo sé, pero seguro que verdes no. —Alicia cruzó los brazos a la espalda y, con un brillo que a Charlie ya le resultaba muy familiar, comenzó su ristra de preguntas—: ¿Y se puede saber dónde

vamos a encontrar gente de mentira? ¿Qué es gente de mentira? ¿Cualquier cosa? ¿El aire también es gente de mentira? ¿Estoy aplastándola ahora mismo y no me he dado cuenta?

Charlie la miró con asombro y rompió a reír.

—A veces me dan ganas de besarte solo para que te calles.

Ella abrió mucho los ojos y se alejó unos pasos de él.

—Ni se te ocurra.

—Ya se me ha ocurrido, pero no lo haré si paras un poco. Parece que desayunes lengua.

—¿Por qué iba… ? —empezó a preguntar Alicia, pero él se le acercó poniendo morritos y la acalló al instante.

Charlie sonrió.

Continuaron caminando en completo silencio. Él iba por delante, buscando gente de mentira, y Alicia y la gata le seguían con curiosidad unos pasos por detrás, atentas a cada uno de sus movimientos. En honor a Verdad, a la que ya se le había pasado un poco el enfado, Charlie no sabía lo que buscaba. Solo esperaba encontrar buscando, aunque fuera sin saber el qué. Y así fue como dio con la respuesta al acertijo. Lo encontró cerca del jardín delantero de una casa muy parecida a la suya.

Charlie aprendió una lección aquella noche. No siempre hay que saber que se busca para encontrar, a veces solo es necesario buscar.

—Súbete —le pidió. Se agachó y flexionó las piernas, estirando las manos hacia atrás para ayudarla a subirse a su espalda.

Alicia, curiosamente, se subió al improvisado caballito sin hacer preguntas. Le rodeó el cuello con los brazos y dejó que la llevara a cuestas, disfrutando de la sensación que era como flotar, la misma que había sentido la otra noche cuando Charlie la cargó sobre su hombro.

—Aquí está tu gente. Vamos a aplastarlos —le dijo.

—¿Dónde? No veo nada.

—Ahí abajo. —Hizo un gesto hacia el suelo—. Son diminutos, es normal que no los veas bien. Eres una gigante comparada con ellos.

Alicia rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña linterna, que dirigió hacia el lugar que le había señalado.

—¡Son hormigas! —Los ojos se la abrieron como una flor que brota bajo la calidez de los rayos del sol—. Las hormigas son la gente de mentira más de verdad del mundo. Como en mi libro De hormiga a persona.

Charlie miraba la linterna como si se tratara de una aparición que no acababa de creerse.

—¿Llevas una linterna encima?

Ella se encogió de hombros, gesto que Charlie sintió bajo su

peso.

—Es de noche, está oscuro. Me gusta estar preparada.

—Claro, una linterna sirve de mucho.

—Ahora está sirviendo. —Dirigió la luz hasta un pequeño grupo de hormigas—. ¡Me acaban de mirar mal! Cangrejo-Charlie, ¡aplástalas!

Charlie sonrió. Le hacía feliz comprobar que su idea estaba funcionando.

—¡A sus órdenes!

Pasaron unos minutos aplastando gente de mentira mientras el dibujo de Charlie se hacía realidad. Y es que lo imposible contiene en su raíz la palabra posible y, por eso mismo, lo imposible no deja de ser posible con un pequeño añadido. Un simple «im» que solo significa lo que cada uno quiere que signifique. Esa noche, el prefijo de negación «im» fue para ellos solo un pequeño obstáculo, nada que un poco de pintura naranja y unas hormigas no pudieran solucionar. Y es que «im» también reside en la palabra imaginación y, a veces, para convertir lo imposible en posible, solo se necesita transformar ese «im» en imaginación. Puede que la palabra imposible estuviera mal formulada, y en realidad debería ser imagible o posiblación. Cualquiera de las dos sería más acertada que imposible.

Fuera como fuera, ese dibujo convertido en fotografía fue pintado con risas, órdenes de Alicia y grandes pisotones de Charlie que eran precedidos por unos extraños rugidos que simulaban proceder de un falso cangrejo.

—¡Aplástalas! ¡A todas! ¡Que no quede ni una viva!

—Mira que eres sádica.

Alicia agarró el pelo de Charlie para dirigirlo hacia otro grupo de hormigas que huían despavoridas.

—¡No me puedes tirar del pelo! Los cangrejos no tienen pelo, es una incongruencia. Tienes que hacer como que no está.

—¡No te he tirado del pelo! Te tiraba de las antenitas. ¡Aplasta, aplasta!

—Oye, que no soy Hulk. —Charlie no podía parar de reír.

—¿Qué quieres decir?

—¿No sabes quién es Hulk? ¿Una masa verde, musculosa y semidesnuda en forma de hombre?

—¿Qué? —Alicia enfocó la linterna sobre otro grupo y chilló—: ¡APLASTA!

A Charlie no le dio tiempo a protestar, porque las luces de la casa se encendieron y una silueta se situó frente a la ventana principal. Las risas se interrumpieron y ambos se quedaron unos segundos boquiabiertos, hasta que algo se activó en el interior de Charlie y echó a correr con Alicia a cuestas y una Nida que los seguía

a corta distancia.

—¡Corre, corre! —le apremió la chica.

—¡Pesas!

—¡Claro que peso! Si no pesara no existiría.

Charlie rompió a reír, lo que hacía que su velocidad se viera reducida por las sacudidas de su estómago. En el momento en que se aseguró de que estaban a una distancia prudencial y segura de la casa, se detuvo y bajó a la chica para poder reír a mandíbula batiente. Ella se unió a sus risas.

—¡He aplastado gente con un cangrejo! —Daba pequeños saltitos y el pelo se le revolvía por toda la cara. Parecía una loca, una loca inmensamente feliz.

—¡Lo has hecho!

—Tus dibujos se cumplen. Adivinas el futuro, Charlie. —Su cuerpo entero brillaba.

—No se cumplen, tú decides cumplirlos.

—¿Y no es lo mismo?

—Pues no. No se cumplen solos.

Alicia miró hacia la carretera, lo agarró de un brazo y tiró de él hasta llegar al centro del paso de cebra.

—Túmbate —le pidió.

—¿Qué?

—Que te tumbes.

—¿Dónde?

—Pues justo donde estás.

—¿Qué? —No podía estar hablando en serio—. ¿Por qué?

—¡Hazlo! —insistió ella, tirando de su brazo para hacer que se tumbara en la carretera.

Charlie miró a los lados. No había ni un alma, solo Nida reclamaba su atención desde el suelo, sentada cómodamente sobre una franja blanca. El contraste de color con el pelaje grisáceo de la gata y sus ojos dorados eran dignos de inmortalizar en una lámina de dibujo, a acuarela. Levantó la vista hacia Alicia, que lo miraba expectante, y se encogió de hombros. Puestos a ser raros, ¿por qué no serlo a lo grande?

Se tumbó sobre el asfalto, tal y como la chica le había pedido. Ella se le quedó mirando desde las alturas, risueña.

—¿No irás a aplastarme a mí también, verdad que no? ¡Que yo soy de verdad!

Alicia sonrió y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Sacó la linterna y le iluminó.

—¿Qué haces? —Charlie puso la mano sobre la luz cegadora de la linterna, entrecerrando los ojos.

—Cumplir tu deseo—respondió felizmente—. Ya estás

tomando el sol en un paso de cebra. Y déjame decirte que has cogido un colorcito anaranjado que no parece nada saludable. Quizá sea por tomar el sol de noche.

Algo en el pecho de Charlie se expandió, algo que no era doloroso y sí sumamente liberador. Cerró los ojos e imaginó que estaba tomando el sol. Y tal y como se había expandido, ese algo volvió a encogerse sobre su pecho cuando abrió los ojos y miró a Alicia, redescubriéndola.

—Seguro que es por eso. —Ella no dijo nada, siguió enfocándole con la linterna, con ese falso sol, hasta que Charlie se puso en pie y la miró a los ojos—: Vamos a cumplirte a ti. Ya lo verás.

-Capítulo 26-
Alicia

Vino de donde viene la imaginación,
de los recuerdos que se convierten en caricaturas del pasado.

Cuando Charlie le dijo que iba a cumplirla no imaginó que hablara en serio. Ella no era un deseo que se pudiera cumplir, no residía en la vela de una tarta, en un trébol de cuatro hojas o en una estrella fugaz. Charlie no podía simplemente soplarla, encontrarla o cerrar los ojos al verla pasar.

Pero él hablaba en serio. Charlie le había informado, tras haberlo consultado previamente con Ofelia, que empezarían por el club de lectura del abuelo, por ser estas las personas más cercanas a ella. Y Alicia, a tan solo unas horas de la reunión semanal del club, estaba *horrocionada*, que es cuando estás entre horrorizada y emocionada. Siempre había soñado con formar parte del club de lectura del abuelo, pero era solo eso: un sueño.

A veces soñamos tanto con algo que cuando por fin lo conseguimos, nos asustamos. ¿Con qué soñaríamos a partir de entonces? Se nos quedaría una extraña sensación de vacío. Puede que el sueño sea mejor mientras se lucha por conseguirlo que una vez alcanzado; cuando se atrapa desaparece para dejar de ser un sueño. ¿Y qué es la vida sin sueños? Nada. Y además del temor irracional que sentía al ver cumplido su sueño, estaba también el miedo a hacer el ridículo, a que su cuerpo la traicionara como tantas otras veces lo había hecho.

Alicia soñaba con pesadillas, en realidad. Sus mejores sueños eran, en la vida real, sus peores temores. No dejaba de dar vueltas por toda la casa, estirando piernas y pensamientos.

—Me estoy mareando —le dijo el abuelo desde el sillón.

Alicia se detuvo, preocupada.

—¿Qué te ocurre?

—Tú y tus pies inquietos —puntualizó él.

Le dedicó una mirada airada y siguió caminando por el salón. Se había puesto un vestido azul; nunca llevaba vestidos, pero creyó que la ocasión lo merecía. Siguió divagando mentalmente ante la mirada disgustada del abuelo, que no estaba del todo de acuerdo con la idea, temeroso de que saliera mal, hasta que Charlie apareció y se abalanzó sobre él.

Charlie la recibió con una sonrisa, cargándola en brazos.

—¡Tengo miedo! —le susurró ella, acurrucándose en el hueco de su cuello.

—Yo también —murmuró. Alicia, que se había perdido en sus brazos, podía notar en los latidos del corazón de Charlie la certeza de su declaración—. En cualquier momento nos fusionaremos, si es que tu abuelo no me mata antes.

Ella abrió mucho los ojos y se apartó rápidamente de los brazos de Charlie, como si acabara de reparar en el impulso que la había llevado a recibirlo de esa manera. El rostro de Charlie compuso una mueca extraña, una expresión muy similar a la que pones cuando te golpeas en un dedo del pie. Alicia le miró atentamente los pies, comprobando que no le hubiera pisado. Por supuesto, no le había dado ningún pisotón —al menos no de la manera que ella pensaba—.

Alicia había descubierto que le gustaba el contacto. Sentía una pequeña obsesión con las manos de Charlie —increíblemente cálidas—, con la sensación de enterrar sus dedos en su pelo —sedoso, liso—, con refugiarse en su cuerpo —que era como una firme muralla—, con su olor —a hierba mojada— y con el tacto de su rostro. Le encantaba encerrarse en Charlie, aunque a cambio él se quedara con un pedacito de sí misma.

—Lo siento.

—Yo no. —Los labios de Charlie dibujaron una preciosa sonrisa.

El señor White tosió dos veces para captar la atención de su nieta.

—Abuelo, ya conoces a Charlie.

—Por desgracia.

—¡Abuelo!

—Tengo una escopeta —informó el hombre, levantando el mentón con altivez.

—¡Abuelo!

—Solo era un dato. También tengo té. Y libros.

El timbre, que sonó justo cuando el reloj anunciaba las cinco en punto de la tarde, interrumpió al hombre, que se dirigió a la puerta con un andar elegante muy propio de él. Al pasar por delante de Charlie, le dedicó una mirada muy poco amistosa, haciéndole comprender que tenía ojos en la nuca y podía verle sin tener que girarse.

—Llegáis tarde —refunfuñó el señor White al abrirle a sus amigos.

—Nunca llegamos tarde —replicó el señor Seehat, que alzó la cabeza intentando ver por encima del hombro del abuelo.

—Mi nieta. Alicia, ven. —Se volvió hacia la joven, que se

acercó lentamente, quedándose unos pasos por detrás de él. Charlie la había seguido diligentemente y le mostraba su apoyo con su cercanía —. Va a participar en nuestra reunión —explicó.

—¿Te has leído el libro? Espero que te hayas leído el libro —murmuró Lemarch dedicándole a Alicia una mirada que dejaba a las claras que era imprescindible leerse el libro para asistir a la reunión. Ella asintió con un gesto de la cabeza y se hizo a un lado para dejarle pasar al recibidor.

—¿Y este quién es? —preguntó Seehat, que se había colocado junto a Charlie.

—Nadie —contestó el abuelo.

—Más vale que tú también hayas leído el libro, *Nadie* —amenazó Lemarch.

—¿Podemos pasar ya? Me gustaría sentarme. —Leep bostezó, cerrando la puerta tras de sí.

El señor White se hizo a un lado, con su nieta aún pegada a sus talones, y les hizo una inclinación para que pasaran.

Se sentaron en el sofá, como de costumbre. White en su sillón, presidiendo al grupo, y Alicia y Charlie en dos sillas plegables que habían colocado frente al sofá ocupado por los otros tres hombres.

—Da comienzo la reunión del club *sabadal* de lectura —informó el abuelo con voz *grutural*, que era lo que hacía cuando quería ser gruñón y que su voz sonara gutural, imponiéndose a la del resto.

—Querrá decir semanal —corrigió Charlie sin poderlo evitar.

Lemarch clavó su mirada en él.

—¡Semanal, dice! —La impresión que le habían causado las palabras de Charlie hizo que las manos, que sujetaban la taza de té, le temblaran, y que el líquido se le derramara sobre el suelo. Haciéndose el despistado, se apresuró a taparla rápidamente con el pie.

—Sería semanal si fuera durante toda la semana, pero solo es los sábados; por tanto, es *sabadal* —puntualizó Seehat.

—¿Seguro que hoy es sábado? —preguntó Leep.

—Y tanto que sí. —Seehat le miró por encima del hombro.

—A lo mejor hoy es *semana*. —Leep no acababa de estar convencido.

—¿Cómo va a ser semana? —Seehat se limpió la boca con un pañuelo de papel—. Es sábado. No le hagas caso a *Nadie*, que no tiene ni la menor idea. ¿Cómo íbamos a comentar un libro durante toda la semana? Tendría que tener muchas páginas.

—Toda la razón. —Lemarch asintió con todo el cuerpo y un poco de té volvió a caer sobre el suelo de parqué.

Alicia los miraba como si de un partido de tenis se tratara, moviendo la cabeza de un lado a otro y vuelta a empezar. Ni siquiera se atrevía a sonreír de tan concentrada que estaba escuchando la

conversación.

—Como iba diciendo, comienza el club de lectura *sabadal.* —White detuvo la vista en Charlie más tiempo del necesario. Había una amenaza implícita en su mirada; le retaba a que le volviera a llevar la contraria. Pero el chico no dijo nada—. ¿Qué os ha parecido el libro? —preguntó a sus amigos.

—Asombroso. —Seehat cogió una pasta.

—Impresionante —comentó Lemarch mientras sorbía su té. El bigote se le movía graciosamente a los lados y Alicia no podía dejar de mirarlo.

—Una maravilla —aseguró Leep en medio de un largo bostezo.

Las miradas se volvieron hacia Charlie, que no tardó en exponer:

—No ha estado mal.

Las miradas curiosas pasaron a convertirse en desdeñosas, e inmediatamente después, como si el mero hecho de mirar a Charlie fuera un absoluto aburrimiento, todos posaron sus ojos en Alicia, que se sujetaba con fuerza a la falda del vestido.

Fue Seehat el que preguntó:

—¿Y a ti?

Alicia no pudo contestar de inmediato, pues antes tuvo que tomar aire y permitir que sus ojos se abrieran más de lo normal.

—Deberías saber que no se debe dejar a una pregunta huérfana de respuestas. —Seehat continuaba mirándola.

—¡Bien! —contestó atropelladamente, cerrando los ojos y sujetándose con más fuerza al vestido como si este fuera su salvavidas.

Charlie se acercó más a ella y tomó una de sus manos.

—No va a pasar nada, estoy contigo —le susurró.

Alicia quiso sonreírle, pero estaba demasiado ocupada intentando no morir en el acto como para perder tiempo con sonrisas.

—Me pareció fantástico que se besaran a oscuras —comentó el abuelo, interviniendo para que dejaran de mirarla.

—No estaban a oscuras —repuso Seehat, meneando la cabeza.

—¿Y por qué no? —El abuelo compuso una mueca.

—A oscuras no se le vería el sombrero, perdería toda la galantería. —Seehat se recolocó el sombrero para recalcar sus palabras.

—Se veía todo, Seehat. ¿No entiendes que estaba escrito? ¿Ya has vuelto a no leerte el libro? Describía perfectamente la escena, estaban en casa porque hacía frío… es normal tratándose de marzo. —Lemarch sonrió con sus dientes amarillentos.

—¿Cómo ha podido Marzo escribir una escena que no podía ver? ¡Si estaban a oscuras! No tiene sentido, ¿a que no, *Nadie*? —El

sombrero de Seehat negaba en concordancia con su cabeza.

—No mucho. Pero yo ya no me sorprendo por nada. —Charlie se encogió de hombros.

—*Nada* suele ser mala sorprendiendo —apuntó Seehat.

Todos asintieron exageradamente, lo que consiguió que Charlie pusiera los ojos en blanco.

—¡Leep! ¿A que no tiene sentido? —regresó Seehat a la carga, despertando de un plumazo al pobre Leep que, como de costumbre, se había quedado dormido.

—Eh… Claro que «no» no tiene sentido, es una negación, no cabe duda. —Miraba su taza de té, intentando comprender por qué se había acabado ya si no recordaba habérsela terminado.

Alicia se rio por lo bajo. Empezaba a disfrutar enormemente de la reunión, como siempre que los espiaba desde la distancia y se olvidaba de todos sus miedos.

—Pues si no cabe que se vaya. ¡Y ahora volvamos al beso! —replicó el abuelo.

—Un beso a oscuras no tiene ningún tipo de sentido. —Seehat le miraba con desdén.

—¿Cómo qué no? ¿Acaso se besa con los ojos? —preguntó White con una sonrisa, sabiéndose triunfador.

Alicia sintió la mirada de Charlie clavada en ella y se volvió, devolviéndole la sonrisa y apretando más su mano antes de volver a centrarse en la conversación.

—No sé cómo se besará ese tal *Acaso*, pero la gente besa con los labios, y para besar unos labios tienes que tener ojos para poder encontrarlos. Estando a oscuras puede besarle un pie y eso no sería muy agradable.

—¡No lo has leído! Al besarse aparecía una luz, y se besaban los labios, no los pies ni los ojos.

—Entonces definitivamente no estaban a oscuras —interrumpió Lemarch.

—Claro que lo estaban. No puede haber luz sin oscuridad, de la misma manera en que la locura sin la cordura no podría existir. Son las reglas básicas de los opuestos. —El señor White comenzaba a ponerse rojo de rabia.

—Pero entonces, ¿estaban a oscuras o no? —Leep no entendía nada, luchando como estaba contra la somnolencia.

—¡Por supuesto que sí!

—¡No estaban a oscuras! —replicó Seehat, fulminando a White con los ojos y hasta con el sombrero.

—¿Tú qué dices, *Nadie*? —Lemarch miró a Charlie.

—¿A media luz? —tanteó él, sintiendo el temblor de la risa de Alicia a su lado.

—¡Vaya tontería! ¿Y tú, nieta Alicia, qué dices? —continuó Lemarch.

—A lo mejor es solo que tenían los ojos cerrados y por eso parecía que estaban a oscuras. —Esta vez la voz no le había temblado y su sonrisa era resplandeciente.

—¡Por supuesto! —Lemarch estaba tan emocionado que la taza vacía terminó en el suelo. La arrastró con un pie por debajo de la mesa—. ¿Cómo no lo habíamos pensado antes?

Leep observaba los movimientos de Lemarch como si estuviera dentro de un sueño y no terminara de creérselo.

—Se nos estará atrofiando el cerebro. Seguro que durmiendo se soluciona —murmuró.

—De eso nada. Es culpa de White, que siempre elige libros con besos —se quejó Seehat.

—Yo viví en un beso —musitó Charlie de repente.

Todos le miraron, estupefactos.

—Cuéntanos más, *Nadie*. —Seehat se recolocó el sombrero; su expresión era de pura incredulidad.

—Pues resulta que vivía en los labios y…

El señor White carraspeó, interrumpiéndolo.

—No nos interesa, solo era por educación.

Alicia empezó a temblar y Charlie la miró preocupado, hasta que comprobó que su temblor provenía de intentar contener la risa. Alzó una ceja y le dio un empujón.

—¡Qué tonta esa educación! Hace que la gente pregunte cosas que no quiere saber —admitió ella.

Todos le dieron la razón, moviendo la cabeza al unísono, y la sonrisa de Alicia se estiró.

—Recapitulemos, caballeros, *Nadie* y Alicia. —White los miró uno a uno—. El libro describe un beso en un lugar que parece estar a oscuras, pero solo es porque los protagonistas tienen los ojos cerrados.

—Y cuando los abren, ella ve el sombrero y se enamora más de él —dijo Seehat.

—Y no sale *Duda*, porque no cabía y se fue a dormir —Leep se frotó los ojos.

—Y está escrito por Marzo —añadió Leemarch.

—Creo que nadie se atrevería a escribir ese libro. —Charlie frunció el entrecejo—. ¡Vaya locura!

Seehat resopló, indignado.

—¿Cómo va a estar escrito por ti? Tú no eres Marzo, solo eres *Nadie*.

—No me llamo *Nadie*.

—Claro que no te llamas, ¿cómo vas a llamarte a ti mismo?

—Mi nombre es Charlie —repuso.

—¿Tu hombre es Charlie? ¿Y quién es Charlie? —Seehat había convertido a Charlie en su diana, y todos contemplaban cómo le lanzaba los dardos.

—Yo.

—¿*Nadie*?

—*Nadie* no, yo.

—¿Y qué tiene que ver *Yo* en todo esto?

Charlie exhaló un profundo suspiro. Alicia seguía intentando reprimir la risa, pero las carcajadas desbordaban todo su cuerpo.

—¡Nada!

—*Nadie* me provoca dolor de cabeza, es increíble. ¿Qué deberíamos hacer con él?

Leemarch miró a Alicia.

—Propongo que *Nadie* se marche.

—Bien pensando. —Seehat asintió, como si fuera la mejor idea que a Leemarch se le hubiera ocurrido en su vida—. Que *Nadie* se vaya.

—Nos ha estropeado el libro —aseguró Leep, que apenas se enteraba de nada ya.

—Y tanto que sí.

—No era tan bueno —admitió Leep—. De haberlo sido no me habría quedado dormido.

—No. Definitivamente era horroroso.

—Una pérdida de tiempo. —El señor White asintió, removiéndose en su sillón.

—Una estupidez.

—¿Cómo va a escribir alguien sobre algo que no puede ver? —argumentó Seehat, que nunca había estado de acuerdo con que los protagonistas se besaran a oscuras—. ¡Cuánta palabrería!

—*Nadie* sigue aquí, así que me marcharé —anunció Leemarch, levantándose rápidamente sin mirar ni una sola vez a las manchas del suelo o la taza olvidada.

—Yo también me iré, tengo que tirar el libro.

—Voy a dormir, a ver si se me *desatrofia* el cerebro.

El señor White los acompañó hasta la puerta.

—Adiós, señorita Alicia —se despidieron todos al unísono.

—¡Adiós! —Alicia sonreía de oreja a oreja, y no dejaba de apretarle la mano a Charlie, expresando su agradecimiento con ese gesto.

-Capítulo 27-
Charlie

El amor no es complicado, lo complicamos nosotros.

—¿Puedes repetir eso último? —dijo el señor White enarcando una ceja.

Charlie se mordió el labio con disimulo para evitar hacer una mueca, cosa que no era demasiado sencilla; Alicia, sentada a su lado, acababa de soltar una risita por lo bajo que se escuchó por toda la habitación.

Se aclaró la voz y lo intentó una vez más.

—Lo que le decía es que creo que sería muy buena idea invitar a Donna a cenar mañana.

—¿Desde cuándo te crees con derecho para sugerir una invitación de ese calibre en una casa ajena? —Negó con la cabeza—. Donna, ¿no estaba disponible el diablo? —Charlie abrió la boca para contestar, pero el hombre continuó hablando con un gesto severo—. ¿Vives en mi casa? ¿En mi cuerpo? ¿Eres yo y no me he dado cuenta?

—No me está entendiendo. —Charlie se armó de paciencia—. Creo que sería conveniente para Alicia que interactuara con otras personas, como en la merienda del sábado pasado. Pensaba preguntarle a Donna si podía invitarnos ella, pero creo que es mejor que su nieta siga en la seguridad de su casa. —El hombre se mantuvo callado y Charlie sintió cómo le ardía la cara—. Eso y que así podemos hacer nosotros la comida.

—No quiera Dios que a ella se le ocurra hacernos una de sus sopas —murmuró Alicia en tono de burla. Charlie la fulminó con la mirada, pero el gesto no consiguió borrarle la sonrisa del rostro.

—Oh, no. Me niego. Si tengo que comer uno de sus platos creo que podría llorar. Llorar no es de caballeros —dijo el hombre con solemnidad—. ¿Tú estás de acuerdo con esta locura? —le preguntó a su nieta.

Alicia se encogió de hombros.

—Está en la lista.

—¿Qué lista?

—La lista para la operación hormisona —respondió ella muy resuelta.

El señor White frunció el entrecejo y su nieta se dispuso a contestarle, pero Charlie se le adelantó. Si lo dejaba en manos de

Alicia no llegarían a ninguna parte.

—Quiere decir Operación de hormiga a persona. Es una lista que hemos hecho para conseguir que Alicia deje de temer a las personas y pueda salir a la calle. —Se aclaró la voz ante la mirada inquisitiva del abuelo. Le ponía nervioso que lo mirara de esa manera —. Es mejor que se suelte con personas que son más cercanas a ella antes de intentarlo con un completo desconocido.

—¿Quién dice eso?

—Bueno, me he leído el libro De hormiga a persona.

La cara del señor White enrojeció de pura indignación.

—¿De hormiga a persona? Es un libro horrible.

—Un espanto —confirmó Alicia.

—Una verdadera aberración —siguió el abuelo.

—Y aburrido, no olvides eso —continuó la chica.

Charlie puso los ojos en blanco, pero el señor White no había terminado.

—¡Ni un mísero beso! ¡Es un despropósito!

—Sí, yo también pienso que es horroroso. —Por nada del mundo pensaba llevarle la contraria—. Pero creo que tiene cosas positivas, y la metodología que debe seguir alguien con problemas para interactuar con otras personas es esa.

—Soy un bicho raro.

—Por supuesto que no, a mí me dan miedo los bichos —replicó el señor White, frotándose los brazos para apartar el escalofrío que había recorrido su cuerpo—. ¿Le has metido tú esa idea en la cabeza?

—¡Claro que no! Lo único que digo es que… —empezó a decir, pero el hombre le interrumpió.

—¿De verdad quieres invitar a Donna? —le preguntó a su nieta con una mezcla de dulzura y desconfianza—. Una cosa es escucharla entrar y salir de las habitaciones, abrir y cerrar cajones, y otra muy distinta es aguantar su presencia toda una velada. Donna no es una buena idea. —Se rascó la cabeza intentando comprender cómo podía ayudar a que su nieta dejara de temer a la gente el pasar una noche junto a Donna. Si el mundo estuviera poblado por Donnas, desde luego, él tampoco saldría.

Ella se encogió de hombros por toda respuesta.

—No será para tanto. Ya ve lo bien que salió con el grupo de lectura. Y también podríamos invitar a tu primo Chase —propuso mirando a la chica. Era una idea que acababa de venírsele a la cabeza, pero que podría ayudarla a que se sintiera más en familia.

El señor White le dedicó una mirada cargada de desdén.

—¿Se puede saber quién te ha invitado a mi casa, jovencito? Pensé que había quedado claro que no deberías acercarte sin una

invitación previa.

Charlie no se sorprendió. El señor White ya estaba tardando en decir algo semejante.

—Su nieta me invitó.

—¿Mi nieta? ¿Cuándo?

Podría haber mencionado el teléfono, podría haberlo hecho. Pero a Charlie solo se le vino a la mente el agujero del armario, de modo que cerró la boca y se le quedó mirando como si fuera el hombre del saco dispuesto a llevárselo para que pagara por sus travesuras.

—Ya me lo temía —dijo el hombre con aires de suficiencia. Se sacó el reloj de bolsillo y, tras contemplarlo con indolencia, abrió los ojos y se puso en pie tan rápido que Alicia se sobresaltó.

—Abuelo, ¿estás bien?

—Santo cielo, ¡es tardísimo! —Se llevó las manos a la cabeza y se internó apresuradamente en el interior de la casa, murmurando palabras ininteligibles.

Alicia le siguió por el pasillo y Charlie se quedó de pie, en medio del salón, sin saber qué hacer.

—Abuelo, ¡no corras! El médico dijo que tenías que cuidarte. —La chica le reñía a gritos desde la planta inferior para hacerse escuchar.

No tardó en bajar. Antes de marcharse besó a su nieta en la frente y le dedicó a Charlie una mirada cargada de rencor.

—Es la segunda vez que llego tarde por tu culpa. —Sus palabras eran afiladas como cuchillos y Charlie sintió cómo le señalaba con el dedo a pesar de que ya había desaparecido por el pasillo.

Escucharon el golpe de la puerta al cerrarse y los resoplidos del hombre, acompañados por sus pasos apresurados, alejándose calle abajo.

Alicia miró a Charlie con una enorme sonrisa pintada en los labios.

—Espera y verás —dijo, volviéndose hacia el pasillo—. Tres. Dos. Uno…

Y, efectivamente, el señor White volvió a aparecer ante ellos. No sabríamos decir si era por la indignación o por la carrera, pero el rostro del hombre había enrojecido unos tonos y miraba a Charlie, que había vuelto a ocupar su sitio en el sofá, como si de un delincuente se tratara.

—¿Se puede saber por qué sigues ahí sentado? —Le señaló la salida con un dedo—. No pensarás quedarte aquí con mi nieta en mi ausencia.

Charlie estuvo a punto de recordarle en qué siglo estaban,

pero como era de esperar, guardó silencio mientras lo miraba con asombro.

—¡Será posible! —bramó el hombre, dando un fuerte pisotón contra el suelo que hizo que Charlie se levantara de un salto—. Vamos, que no tengo todo el día.

Charlie quiso decir algo para mostrar su indignación, pero de repente tuvo una idea mejor. Se plantó delante del abuelo, que movía los pies como si recargara las pilas que le ayudarían a atravesar la calle y llegar a su destino con mayor rapidez y le miró con resolución.

—¿Qué me dice entonces de la cena de mañana? —Era su oportunidad de sacarle una respuesta coherente y no pensaba desaprovecharla—. Sigo esperando su confirmación.

—¡Llego tarde! —insistió él.

—Y antes llegará si me responde ese «sí» que tanto espero.

—Puedes seguir esperándolo donde quieras, pero no en mi casa. —El hombre se cruzó de brazos y le hizo un gesto para que saliera.

—Dígame al menos que lo pensará —insistió.

—Eso es lo que hago siempre: pensar —fueron las últimas palabras del abuelo.

Charlie le dedicó una mirada a Alicia, que ella supo interpretar, y un rato después de abandonar su casa se encontraron en el hueco del armario. El señor White no tenía prisa, es más, ni siquiera tenía que ir a ninguna parte. Solo quería que Charlie se marchara, quedarse a solas con su nieta y asegurarse de que estaba de acuerdo con todas las locuras que el vecino había sugerido sobre la OHP —Operación de hormiga a persona—. Ella le tranquilizó, asegurándole que en realidad había sido idea suya, y finalmente aceptó invitar a Donna, a Charlie y a Chase a cenar al día siguiente, con la promesa de que no le obligarían a comer la repugnante sopa que, estaba seguro, prepararía su vecina.

Sin perder tiempo, antes de que se pusiera el sol, Charlie se presentó en casa de Donna con una de sus mejores sonrisas para proceder con la invitación. La mujer lo miraba estupefacta mientras él le explicaba que Alicia cenaría con ellos, y que se trataba de una especie de experimento cuyo fin era ayudar a la chica a normalizar un poco su vida. Por supuesto, no tardó en preguntarle qué pensaba el señor White de todo eso y le alegró enormemente saber que él estaría presente en la cena. Charlie se despidió de ella después de insistir durante más de un cuarto de hora en que no hacía falta que llevara nada para la cena, que ellos se encargarían de prepararla.

[image]

Tras un largo día de trabajo productivo, Charlie se presentó en casa de Alicia un par de horas antes para animarla y ayudarla a

preparar la cena: una ensalada grande y un revuelto de verduras salteadas con pollo. Y en eso estaban cuando llamaron al timbre de la casa. Alicia se tensó al momento y miró hacia la puerta, barajando las posibilidades, pero él no permitió que el miedo nublara su mente. La cogió de la mano y la instó a sentarse en una silla.

Era Donna, que venía cargada con bolsas del supermercado y hablaba por los codos mientras el abuelo la acompañaba hasta la cocina.

Charlie apenas tuvo tiempo de acercarse a Alicia y susurrarle que solo tenía que relajarse y ser ella misma, antes de que la mujer depositara las bolsas sobre la mesa y la mirara como si se tratara de una aparición.

—Vaya, vaya, empezaba a pensar que eras invisible o un cuento.

—La esperábamos más tarde. Los niños aún no han preparado la comida —dijo el abuelo.

Donna compuso una sonrisa entusiasta que a Charlie le dio muy mala espina. Alicia le apretaba la mano con fuerza, y el abuelo miraba las manos entrelazadas con el ceño fruncido.

—Lo sé, querido. Por eso mismo he venido. No podía dejar pasar la oportunidad de preparar mi receta especial.

—El abuelo no puede comer sopa —soltó Alicia tan rápido y tan alto que apenas se le entendió y el señor White tuvo que interceder por ella.

—El médico me ha prohibido comidas pesadas. —Todos sabían que la sopa de Donna de ligera no tenía nada—, ni picantes. Es una verdadera lástima.

—¿Y también se lo ha prohibido a ellos? —quiso saber Donna, rascándose la puntiaguda barbilla con un dedo.

—Pues no…

—Pues claro que no. Ellos no tienen la culpa. —Hizo un gesto airado con la mano—. Sopa para la parejita.

Al abuelo se le desencajó la mandíbula y sus estrictos modales se esfumaron de un plumazo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó con estupefacción.

—No somos novios —se apresuró a responder Charlie.

—Por supuesto que no —aseguró el señor White, como si la mera idea le pareciera absurda.

—Ni de lejos —dijo Alicia con un hilo de voz.

—Y la moraleja de esto es: «Hay tantas verdades como personas en el mundo».

—Sí, como sea. Pero… —insistió el abuelo.

—¿Pero qué?

—No querrás hacerme el feo de preparar esa gran sopa

cuando no puedo comérmela. Sería una auténtica crueldad.

—Una aberración —asintió Charlie.

—Sería horrible —murmuró Alicia.

Los tres asintieron y la mujer les miró con las cejas arqueadas. Se lo había tragado, pero algo en ella, algo mucho más fuerte que la pena que el señor White le pudiera causar, le hizo protestar.

—Demasiado tarde. —Hizo un mohín que consiguió resaltar la fealdad de su rostro, y comenzó a sacar la compra de las bolsas—. He comprado todos los ingredientes y no pienso quedarme de brazos cruzados. Alicia, querida, ¿puedes hacer una ensalada para tu abuelo mientras yo me encargo de la sopa?

Ella miró a su abuelo y a Charlie de forma alternativa. Las mejillas se le tiñeron en una mezcla de indignación y timidez. Charlie estaba seguro de que una parte de Alicia quería levantarse y comenzar a dar órdenes, dejarle bien claro quién se iba a encargar de la comida; pero la otra parte, la dominada por el peso del miedo que aún anidaba en su interior, se negaba a imponerse ante una persona que podía hacer estallar la fina burbuja en la que vivía. Todavía le sostenía la mano y notaba el sudor frío que desprendía la palma de la chica. La miró de reojo y vio cómo sus pies se movían incontroladamente, temblando. En realidad, toda ella temblaba. Estaba seguro de que, de no ser porque seguía sentada, caería desplomada al suelo.

Le dio un apretón y se acercó para susurrarle al oído:

—No es una persona. —Alicia alzó la vista hacia él, que sonrió, divertido, siguiendo a Donna con la mirada—. En realidad es una bruja, eso de ahí —señaló la gran olla— es su caldero. Y quiere darnos sopa para engordarnos y después comernos, como en Hansel y Gretel.

Por el rabillo del ojo, descubrió una pequeña sonrisa en los labios de la joven. Satisfecho, la animó a levantarse con un gesto de la cabeza, siguiéndola hasta la encimera.

—Yo me encargo del pollo —anunció él a media voz, esperando a que Donna no reparara en la comida extra que se disponían a preparar.

El señor White desapareció de la cocina con la excusa de que tenía asuntos pendientes que atender —una excusa pésima, según le susurró Alicia—. Y eso fue lo último que pudieron decirse en media hora, pues Donna no tardó en monopolizar la conversación. Se podría decir que su parloteo era un ingrediente más de la comida, y eran tan desacertadas las moralejas que le sacaba a cualquier cosa que ellos pudieran decir, que una de las veces Charlie tuvo que arrancarle a Alicia el cucharón de las manos para impedir que se lo lanzara a la cabeza, sin poder evitar que el utensilio se le cayera de las manos y la sopa salpicara parte del suelo y los muebles. La alegría borboteaba en

su interior al ser testigo de cómo el miedo de Alicia se convertía en pura irritación; la chica hacía grandes esfuerzos por morderse la lengua, pero no tardó en comenzar a replicar. Sin embargo, Donna no dio muestra alguna de haberse percatado de las pullas que le dedicaba, como si estas no tuvieran nada que ver con ella.

Pronto el olor de la sopa inundó la estancia, y era tan grande la cantidad de pimienta que se respiraba en el aire que Charlie fue el primero en empezar a estornudar, seguido de Alicia y Donna, a la que parecía agradarle el olor a pesar de todo. Incluso el abuelo, que se encontraba leyendo en el salón, estornudó un par de veces, y todos pudieron escuchar cómo gruñía y murmuraba el nombre de Charlie, seguramente arrepintiéndose de haber aceptado la idea de invitar a la vecina.

—Creo que ya hay demasiada pimienta —dijo Alicia entre estornudo y estornudo.

—¿Has preparado alguna vez una sopa? —preguntó Donna mientras sacaba un plato y trasteaba en el cajón de los cubiertos.

Charlie le pasó una servilleta de papel y cogió otra para él.

—No —logró decir ella al tiempo que se sonaba ruidosamente.

—Entonces crees mal —expuso la mujer sin dedicarle un segundo más de su tiempo, añadiendo otro poco más de pimienta al caldero después de probar la comida—. Necesita más pimienta.

—No la necesita —insistió Alicia. Si alguna vez tuvo reparos en cruzar palabra con Donna se habían esfumado en algún momento de esa interminable hora.

Y ese fue el principio de una larga discusión. Charlie desconectó y se sentó en una silla a contemplar la batalla verbal; su sonrisa que no hacía más que crecer. Era tal el alboroto que ninguno oyó el timbre de la puerta ni la breve charla que mantuvo el abuelo con el último invitado. El único que lo vio venir y soltó una risotada al verlo fue Charlie.

Chase iba vestido del capitán Garfio; parecía haber salido del rodaje de Hook, con sus ropajes recargados, el sombrero con la pluma blanca alzada con orgullo y un garfio brillante en la mano izquierda. No llevaba peluca; en su lugar, su pelo negro, rizado para la ocasión, le caía hasta los hombros con gracia. Tampoco llevaba bigote, pero una barba de una semana le oscurecía las facciones y se había perfilado los ojos de negro, lo que lograba que el azul de sus ojos se viera acentuado, dándole un aire sexy al conjunto. Nada tenía que ver con el pirata de mediana edad que protagonizaba la película. Pese a su ridículo atuendo, el atractivo de Chase era tan evidente que, más que como el temido Capitán Garfio, destacaría como uno de esos piratas granujas que conseguían que las damiselas se desmayaran a su paso con su sola presencia.

—¡No necesita más pimienta! —repitió Alicia intentando hacerse con el bote.

—Mi garfio cree que sí —comentó Chase adelantándose a su prima y quitándole el bote a Donna—. ¿Me permite darle el gusto a mi garfio, señora? —Hizo una inclinación de cabeza propia de un caballero y compuso una sonrisa tan amplia que parecía que sus dientes resplandecientes iban a echar a andar, como uno de esos muñequitos a los que se les da cuerda y empiezan a moverse.

Donna le miró maravillada y asintió cuando Chase abrió un cajón y sacó una cuchara para probar la sopa. Se mantuvo expectante hasta que el chico saboreó dos veces el caldo.

—Mi garfio no se equivoca, a esto le falta pimienta. ¿Puedo?

—Adelante, querido. Resulta gratificante tener a alguien que entienda de estos menesteres. Y la moraleja es: «No puede uno hablar de lo que ignora». —Y sin añadir nada más, siguió sacando platos y cubiertos y dejándolos sobre la mesa mientras tarareaba una canción.

Alicia contemplaba con la boca abierta cómo su primo vaciaba el bote de pimienta en la comida. Cuando Donna movía la sopa, Chase se limitaba a observarla y asentir con la cabeza, con una eterna sonrisa en los labios, tan falsa como el pendiente que llevaba pegado a la oreja. Pero en cuanto la mujer se daba la vuelta, cogía el bote de pimienta y continuaba derramando el contenido dentro del caldero al tiempo que les sacaba la lengua a ellos dos; un gesto similar al que hacen los niños traviesos cuando quieren chinchar a sus amigos. Más que Garfio parecía Peter Pan esparciendo polvo de hadas en la comida, con la diferencia de que el sabor sería mucho más picante y desagradable, y que todos estarían obligados a comérselo después.

Los estornudos se sucedieron y hasta Donna tuvo que salir un instante de la cocina para poder respirar, cosa que, por supuesto, jamás admitiría en voz alta. El único que no parecía afectado era Chase, que se movía libremente por la cocina inspeccionando los diferentes platos.

Cuando el pollo se terminó de hacer, Charlie ayudó a Alicia a poner la mesa en el comedor y los cinco se sentaron a comer. Donna había servido la suculenta sopa para cada uno como primer plato, y todos, incluso Chase y el señor White —el único que se había librado y disfrutaba de una rica ensalada—, miraban los platos con aprensión.

—Vamos, vamos, no seáis tímidos. —Donna había comenzado a dar buena cuenta de su plato y tenía la cara congestionada, pero aun así no dejaba de repetir lo buena que había quedado la sopa ni de darle las gracias a Chase por el toque de pimienta.

A Charlie le ardía la garganta al tragar y para cuando llevaba medio plato la lengua se le había adormecido. No solo tenía

demasiada pimienta, cosa que todos ya sabían de antemano, sino que el caldo era una fuerte mezcolanza de sabores que no podía identificar, la cosa más repugnante que había probado en su vida. Ahora entendía por qué el señor White le había querido ahorrar el mal trago la vez que estuvieron juntos en casa de la vecina. Aquello no se le podía desear ni a su peor enemigo. Pero dejarlo en el plato no era una opción. Se valió de agua para poder tragar y tragar sin apenas respirar y, cuando el plato estuvo casi vacío, quiso saltar de alegría. Una alegría que se vio esfumada cuando Chase aprovechó que Donna le decía algo al abuelo para echar el contenido de su plato en el suyo.

—Pero qué… —Estuvo a punto de gritar de indignación, pero el otro no le dio tiempo de pronunciar una palabra más.

Chase, que había dejado el garfio a un lado de la mesa, se levantó arrastrando la silla hacia atrás.

—Ha sido la mejor comida que he probado en mucho tiempo. —Y a sus palabras le siguió una exagerada reverencia.

Donna se atusó el pelo y parpadeó mirando hacia el señor White; el orgullo se le escapaba por cada poro de su piel.

—Oh, querido, muchas gracias. No deberías esconderte debajo de toda esa ropa, da lugar a que los demás te juzguen por lo que ven y no por lo que eres. —Meneó la cabeza—. Y la moraleja es: «Quien se pierde a uno mismo, lo pierde todo».

Chase sonrió sin prestar demasiada atención y se sirvió pollo con verduras y un poco de ensalada antes de volver a sentarse como si no hubiera sucedido nada. Charlie lo fulminó con la mirada, examinando el plato lleno como si de un extraterrestre se tratara.

Alicia, que había reparado en la escena, se tapaba la boca con una mano para amortiguar la risa.

—No tiene gracia —murmuró Charlie por lo bajo—. No pienso comerme esto —zanjó al tiempo que apartaba el plato. Le daban arcadas solo de pensar en llevarse a la boca una cucharada más.

—Charlie dice que no piensa comerse eso —repitió Chase en voz alta antes de tomar un buen pedazo de pollo.

—¿Qué? ¿No te gusta mi sopa? —Parecía que la mujer se iba a echar a llorar en cualquier momento.

—¡Yo no he dicho eso!

—En realidad decía que pensaba repetir. Chase ha escuchado mal —aclaró Alicia, lo que hizo que Charlie la mirara con la mandíbula desencajada.

—Oh, por eso no te preocupes —contestó Donna, recuperando la alegría—. Ahora mismo te traigo otro plato.

—No se moleste, de verdad que estoy lleno —se apresuró a decir, pero era demasiado tarde. Donna ya había desaparecido de la estancia tarareando la misma melodía que había sido un acompañante

más durante la tarde—. Tenéis un morro que os lo pisáis —se quejó, mirando alternativamente a los dos primos.

El señor White le hizo un gesto a su nieta y ella sonrió de oreja a oreja. Alicia se levantó con el plato en una mano y lo vació en la maceta que tenían junto a la puerta que daba al jardín. Luego volvió a su asiento como si nada y se limpió los labios con una servilleta, como si realmente hubiera probado algo del plato.

—¡Eso es trampa! —No sabía si echarse a reír o ponerse a berrear como un niño de tres años. Fue a levantarse para imitar a la chica, pero se quedó a medio camino porque Donna acababa de entrar con el nuevo plato, que colocó a su lado.

—Por cierto, Charlie. ¿Ya has solucionado tu problemilla? —preguntó Chase con un tono tan socarrón que todos desviaron las miradas de sus platos para mirarle a él.

—¿Qué problemilla?

—Ese que tenías con el armario. —La voz del chico era apenas un murmullo, pero Charlie entendió la amenaza implícita en sus palabras. Por nada del mundo podía permitir que lo del hueco del armario llegara a oídos del abuelo de Alicia. No le cabía la menor duda de que se las ingeniaría para echarle toda la culpa a él.

—Sí, solucionado. —Guardó silencio, esquivando todas las miradas y la risa de Alicia, y se limitó a ingerir una cucharada tras otra mientras aguantaba la respiración.

Y así fue como Charlie tuvo que comerse tres platos de la «deliciosa» sopa sin que nadie saliera en su ayuda. Ni siquiera Nida, que tenía la costumbre de enroscarse en sus pies, le había ayudado a aligerar el peso; la gata había bufado al olfatear la carne que había intentado darle.

Fue el último en levantarse de la mesa y ni siquiera llegó a probar el postre. Tenía el estómago revuelto y pesado. Mientras él terminaba, Donna le había pedido a Alicia que le ayudara a recoger la mesa, el abuelo se había esfumado y Chase contaba perversamente las cucharadas que se llevaba a la boca como si fuera el hobby más divertido del mundo.

Charlie carraspeó.

—¿Podrías dejar de mirarme?

—Podría, pero no sería divertido.

—Y tú necesitas divertirte con cualquier cosa, ¿no?

—La verdad es que sí. La vida es una gran aventura que hay que aprovechar.

—¿Por eso cada semana eres alguien distinto?

—Soy un actor de método. En realidad tengo miedo escénico.

—¿Qué? —Charlie apartó el plato y suspiró de pura felicidad. La tortura había llegado a su fin.

—No es tan raro. Muchos actores lo tienen.

—¿Y cómo lo haces?

—Porque no soy yo. No soy Chase, sino aquel al que interpreto, y me aseguro de interpretar a personajes que no tengan miedo escénico.

—¿Así que te imaginas que eres otro y de esa manera te olvidas de tus miedos? —Charlie posó una mano sobre su barbilla y se quedó pensativo.

Una idea se le había cruzado por la cabeza, una tan loca como la merienda de locos —aunque Alicia insistiera en denominarla club de lectura— o la cena con Donna, pero que podría llegar a ser un gran salto para la chica. Y cumpliría la regla principal de la Operación de hormiga a persona: seguir dentro de la seguridad de su casa.

—Veo por dónde vas y no me gusta. No funcionaría. De hecho, ya lo intentamos hace años. Paseamos disfrazados por la calle y ¿sabes cómo acabó? —preguntó Chase con dramatismo, sin esperar respuesta—: Horriblemente mal. —Sonrió ampliamente, rascándose el mentón con la punta del garfio, que volvía a tener bien sujeto en la mano izquierda—. Chocó con un chico, le tiró un bote de mermelada encima y salió corriendo. Desastroso.

—Espera, ¿has dicho mermelada? —preguntó Charlie, que se había quedado lívido de repente.

—Sí, mermelada. Eso le dio por comprar y enterita fue a parar a la acera.

Chase continuó parloteando sobre lo mal que podría ir que Alicia imitara su idea de interpretar a un personaje y salir a la calle a enfrentarse con el mundo. Pero él había dejado de escucharle. Si quisiéramos ver un ejemplo de cómo un instante te cambia la vida, podríamos hacerlo observando el cambio que experimentó el rostro de Charlie en el tiempo que tarda una persona en parpadear. Se había quedado paralizado y ningún sonido externo perturbaba su momento. Los ojos verdes, un poco más abiertos de lo habitual, le brillaban al verse sumergido en los recuerdos; sus labios se habían curvado en el inicio de una sonrisa que no sabía si continuar emergiendo o desaparecer tan rápido como se había manifestado. Todo él era un rayo de luz aderezado con ingredientes que iban desde la sorpresa hasta la alegría de comprender que, en ocasiones, las cosas tienen su razón de ser, incluso los pequeños detalles a los que no damos importancia o los sentimos como una piedra más en nuestro camino. Eso era lo que había sido Alicia para él años atrás: una piedra molesta en el camino.

Se quedó observando a Chase un momento y cuando Alicia entró en la estancia, sujetando una bandeja con tres chocolates humeantes y se sentó frente a ellos, no pudo evitar mirarla como lo

había hecho la primera vez. Pero ya no había furia en él, ni desconsuelo o desesperación. Ya no era aquel chico movido por la tristeza, obligado a colocar un pie tras otro a pesar del abismo que se expandía a los lados. No veía a la chica desequilibrada con la que se había cruzado de camino al hospital y por culpa de la cual había estado a punto de ser detenido. Veía a una chica rota, tan rota como lo había estado él en aquel entonces, como aún lo estaba en el fondo de su alma. Ahora podía ver con claridad, como si viajara a través del tiempo y del espacio a aquella tarde fría en la que sus caminos se cruzaron, el miedo de Alicia, la desesperación que habitaba en sus hermosos ojos azules al mirarlo desde el suelo, gritando por alcanzar la vida que se le escurría de las manos, negándose a darle su libertad.

—La mermelada. Eras tú. Has sido tú todo el tiempo —murmuró con los ojos clavados en los de Alicia. Se había olvidado de que Chase estaba a su lado y seguía hablándole, de que Donna y el señor White discutían acaloradamente sobre algo desde el sofá. Para él solo existía una persona en aquella habitación: la chica que le devolvía la mirada con una sonrisa tímida pintada en la cara y un brillo de curiosidad grabado a fuego en sus ojos. No le hizo falta explicarle nada, ella había comprendido sus palabras, sabía exactamente a qué se refería—. Y tú lo sabías. ¿Por qué? —balbució apartando la taza a un lado para inclinarse hacia ella—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Alicia se encogió de hombros.

—¿Para qué? No es importante.

—¿Cómo qué no? —repuso Charlie. No podía creer que le estuviera diciendo eso—. ¡Claro que es importante!

—No, no lo es. No es como si tuviera que confesarte algún secreto ni nada de eso. Para mí no es importante. —Apartó la mirada y frunció los labios para soplar el chocolate antes de dar un sorbo—. Si no fuera por la mermelada y porque no acostumbro a ver muchas caras nuevas, ni me acordaría de la tuya —aclaró despreocupadamente.

—¿Es un insulto? —Charlie no supo cómo tomarse sus palabras.

La chica se encogió de hombros antes de darle otro sorbo al chocolate.

—Es la realidad.

—Tendrías que habérmelo dicho.

—¿Por qué? —Clavó sus ojos en los de él.

En realidad, Charlie no tenía ninguna respuesta factible. Podría decirle «Me gustaría haber sabido que ya nos conocíamos». Pero en realidad no se conocían, incluso sabiéndolo habría seguido siendo una desconocida. Podría haber optado por responder «¡Porque

es el destino, él nos junta!», pero eso sería terriblemente cursi y seguramente Alicia se reiría de él. Podría, simplemente, ser sincero y decir la verdad: «Soy más feliz sabiendo que estabas en mi vida incluso antes de conocerte». Pero Charlie no era muy amigo de Verdad. Y, siendo realistas, no cambiaba nada.

—¿De qué habláis? —Chase les miraba de hito en hito, pero para ellos se había vuelto invisible.

—Me habría gustado que me lo dijeras —contestó finalmente.

—Pues a mí no me gusta que lo sepas —replicó Alicia, que continuaba sin mirarlo.

—¿Pero por qué? Somos amigos, ¿no? ¿O he estado loco todo este tiempo? —La amargura que desprendían sus palabras era evidente y fue precisamente eso lo que consiguió que la chica le mirara a los ojos.

—¡No es eso! —protestó alzando la voz; su abuelo y Donna se volvieron hacia ellos un instante antes de seguir con la conversación—. Me daba vergüenza, ¿vale? Ya pensabas que estaba loca como para encima recordarte otra de mis locuras.

—¿Podéis, por favor, decirme de qué va todo esto? —Chase intentaba hacerse oír, pero entre Charlie y Alicia parecía haberse extendido una cortina que los aislaba del resto del mundo.

—Eso fue antes de conocerte. ¿Qué me dices de los últimos meses? Hemos hablado de un montón de cosas, podrías habérmelo dicho.

—Para mí no es importante. —La indignación y la indiferencia que había mostrado al principio se había convertido en algo mucho más profundo, algo parecido al miedo—. Y no debería serlo para ti tampoco. No quiero que eso estropee más la imagen que tienes de mí.

Y Charlie lo comprendió. Alicia tenía miedo, miedo de que cualquier cosa estropeara lo que tenían, que el suceso del pasado empañara de alguna manera la construcción que se había forjado entre ellos. Y esa revelación le hizo sentirse triste y feliz al mismo tiempo, eso que Alicia denominaba como trisfeliz.

—¿Más? —A Charlie se le había encogido el estómago, el corazón y el cuerpo entero, aunque nada superaría la manera en que Alicia había menguado en los últimos segundos. Quería acercarse a ella y abrazarla hasta borrarle ese miedo absurdo que mostraba en momentos como ese, cuando pensaba que cualquier cosa que hiciera podía hacerle perder a su nueva «persona»—. No se puede estropear más, ni siquiera un poquito, Alicia. Nada de lo que hagas puede hacer que cambie la imagen que tengo de ti. ¿Y sabes por qué? —Ella negó con la cabeza y Charlie le sonrió con dulzura—. Porque eres transparente. Es como si estuvieras detrás de un cristal inmaculado; no

importa lo que hagas, las veces que pongas la manos sobre él o que otros intenten ensuciarlo, porque seguiré viéndote tal y como eres.

La sonrisa de Alicia fue emergiendo al tiempo que el rubor de sus mejillas se iba acrecentando; era como ver crecer una recta hacia el infinito en la gráfica de una función lineal. Charlie sonrió con ella y, por un momento, podríamos asegurar que uno parecía el reflejo del otro.

Pero algo, o mejor dicho alguien, se encargó de romper toda la magia.

—No quiero cumplidos de esa clase —soltó de repente Chase con extrema petulancia, consiguiendo al fin que ambos se volvieran hacia él. Lo miraron como si fuera una aparición surgida de la nada—. Quietos cuando yo aparezco, por miedo a ser atrapados; nada os queda en los huesos si Garfio os tiene enganchados —citó una estrofa de Peter Pan. Levantó el garfio y señaló a Charlie—. Exijo saber de qué estáis hablando.

Charlie miró a Alicia para cederle la palabra. Ella asintió.

—El chico de la mermelada —le explicó a su primo fingiendo indiferencia mientras se terminaba la taza de chocolate. Charlie se percató de que no había probado la suya y revolvió el contenido con una cucharilla que cogió de la bandeja antes de dar un par de tragos, sin quitarle ojo de encima a Chase, que asentía sin terminar de entender—. Es Charlie.

—¿El chico de la mermelada es Charlie? —Chase arqueó las cejas—. Vaya, eso sí que no me lo esperaba —musitó con una sonrisa.

Y Charlie lo reconoció. Como si una ligera brisa se hubiera colado por la terraza trayendo consigo el recuerdo de aquel chico extravagante, de mechas azules y ojos perfilados de negro, que felicitaba a su prima por su cumpleaños al tiempo que hacía una reverencia. La misma noche del suceso de la mermelada Charlie había vuelto a encontrarse con ella en la sala de espera del hospital y, pese a la desconfianza que le despertaba la chica, había comprendido por la expresión anestesiada de su rostro que estaba a punto de perder a alguien importante. Alicia perdió una hermana aquella noche y Charlie se había escondido junto a lo que quedaba de su madre para no verla salir de la habitación, para no ver el dolor en sus ojos que tiempo después sería un reflejo del suyo propio. Chase estaba con ella y la presencia de ambos se le había presentado como una imagen tan grotesca en medio de las paredes muertas del hospital que no entendía cómo había estado tan ciego. Chase y Alicia destacaban en aquella sala de espera como lo harían dos salpicaduras de color en un lienzo vacío.

—¡Tú eras El Siniestro! ¿Cómo no me he dado cuenta? —Charlie abrió mucho los ojos, acercando la cara a la de Chase para

verle mejor.

—¿Siniestro? ¿Yo? ¿De qué hablas?

—Te vi —dijo señalándole con un dedo—, estabas con ella en la sala de espera. Os vi a los dos —remarcó, consternado.

—¿Y no me has reconocido hasta ahora? —Chase alzó una ceja e hizo un gesto airado con la mano—. Ni que yo tuviera un rostro mediocre. Soy inolvidable, Charlie, deberías saberlo.

—Pues yo te olvidé con facilidad. —Charlie se encogió de hombros. Lo que seguía sin entender era cómo podía haber olvidado a Alicia.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó Chase a su prima, olvidándose repentinamente de Charlie.

Alicia puso los ojos en blanco.

—¡Otra vez con lo mismo! —Se levantó, fulminándolos a ambos con la mirada, y salió al jardín con un gesto indignado que les robó una carcajada. Ni siquiera se volvió cuando Charlie le pidió a gritos que regresara, ganándose de paso una mirada reprochadora del abuelo.

Y a él no le quedó más remedio que contarle a Chase la idea que había tenido. El primo de su amiga lo escuchaba en silencio mientras se dedicaba a juguetear con el garfio.

—No tendría que salir a la calle. Representaríamos una obra, la que vosotros queráis, y Alicia actuaría para la gente que conoce. El grupo sería grande, pero hasta ahora ha podido quedar con ellos por separado. —Apuró el chocolate y volvió a mirar a Chase, que parecía algo aburrido—. Podrían venir los amigos de vuestro abuelo, Donna y también invitar a sus padres.

—Demasiada gente.

—Claro que no. Ya ha quedado con todos y lo ha superado. El sábado estuvo con los amigos del señor White, Donna solo es una más. Y con sus padres no debería tener problema.

—Eso lo dices porque no conoces a Rose.

—Puede salir bien —insistió.

—O puede ser un completo desastre. ¿Estás dispuesto a arriesgarte?

—¿Lo estás tú?

Chase guardó silencio y posó los brazos sobre la mesa, acercándose a él.

—La pregunta es, ¿qué sacas tú de todo esto?

—¿Yo? —No entendía a qué se refería—. Quiero ayudar a Alicia.

—¿Por qué? —Le acercó tanto el garfio que le rozó la punta de la nariz y Charlie tuvo que echarse hacia atrás—. Desde lo del armario me quedó clarísimo, así que no me lo niegues. —Charlie

frunció el ceño, sin comprender de qué le hablaba exactamente, por lo que Chase miró hacia los lados y bajó la voz antes de aclarar—: Te gusta mi prima. Es una tontería que lo niegues, nada de lo que digas me hará cambiar de opinión. Y te diré por qué. —Levantó una mano para contar, posando el garfio en cada uno de sus dedos—. Primero porque nadie se tomaría tan bien el suceso de la pared y mucho menos rechazaría que un profesional se ocupara de arreglar el desastre. Segundo porque… —Charlie desconectó, negando con la cabeza y frotándose la cara con las manos. De repente se sentía muy cansado y la pesadez de estómago se había hecho más latente.

Se removió en su asiento y dijo lo único que podía decir llegados a este punto.

—No lo niego.

Pero Chase parecía no haberlo escuchado, porque proseguía enumerando motivos por los cuáles estaba seguro de que le gustaba su prima.

—No es normal que te hagas tan amigo de una chica que no sale de su casa y que te preocupes por ella de la manera en que tú lo haces, queriendo solucionarle la vida a la velocidad de la luz. —Era su quinto dedo, el pulgar, y puesto que ya no tenía más en la mano derecha, se estaba preguntando si empezaría de nuevo por el meñique cuando Chase levantó la vista hacia él—. ¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—No he oído nada.

—Pues entonces será que no lo he dicho. —Charlie se encogió de hombros. No pensaba volver a repetirlo.

—Claro que lo has dicho. —Le señaló con el garfio, sus ojos abiertos de par en par—. Has dicho que no lo niegas.

—Creía que no había dicho nada.

—¡Ja! Así que te gusta mi prima. —No podía apartar los ojos de él, lo miraba con la misma fascinación con la que un niño miraría a un dibujo animado que sale de la pantalla y se sienta a su lado.

A Charlie le ardía la cara. Era la primera vez que se lo confesaba a alguien. La primera vez que se lo confesaba a sí mismo, para ser exactos.

—¿Ahora es cuando vas a echarme el sermón?

El chico entornó los ojos y movió los labios en un gesto pensativo.

—No podría aunque quisiera. Me he dejado esa parte del guion en el otro traje pensando que jamás lo confesarías.

Charlie rio, contagiando a Chase, y era tal el alboroto que hacían que el abuelo carraspeó repetidamente hasta que consiguieron guardar silencio, soportando estoicamente las miradas asesinas que este y Donna les dedicaban.

—Creo que deberíamos contarle a Alicia esa idea tuya. ¿Vamos al jardín?

—Sí, será lo mejor —asintió mirando con apuro al señor White—. Pero espera. —Lo agarró del garfio para llamar su atención. Chase se volvió hacia él—. Ni una palabra de esto a tu prima.

Los labios de Chase se curvaron en una sonrisa maliciosa reforzada por la vestimenta y la profundidad de su mirada.

—Eso ya lo veremos.

Y sin añadir una palabra más, atravesó la estancia para reunirse con su prima. Charlie suspiró. ¿Qué importaba ahora eso? Tampoco es que fuera una tragedia que Alicia se enterara de algo que podía verse a kilómetros de distancia.

-Capítulo 28-
Alicia

De la vida se despierta soñando y de los sueños viviendo.

Había pasado una semana desde que Alicia aceptara a regañadientes la idea de participar en una obra de teatro. Una semana en la que su primo la había vuelto loca, literalmente. Chase llegó el jueves, todavía vestido con su traje del Capitán Garfio, y lanzó sobre el colchón un guion sobre El Principito, que era el personaje que le tocaba interpretar la semana siguiente. Le comunicó que debía actuar como todos los personajes secundarios que van apareciendo en la obra: la flor, el zorro, los habitantes del resto de planetas… «El Principito solo puedo ser yo», había dicho el joven con orgullo; las protestas de Alicia no habían servido de nada. Charlie la había animado desde el hueco del armario, donde se había repantigado desde que ella había hecho sonar el silbato, y era tanta la ilusión que desprendía el chico que Alicia se había contagiado irremediablemente; se había empapado de ella como una esponja absorbiendo un anhelo más grande del que podía abarcar, esperanzas que no tardaban en caer por su propio peso.

Sentada sobre su cama, mientras repasaba las hojas que contenía el texto que debía aprenderse, sometida al escrutinio de Charlie y su primo, Alicia había pensado en la historia que tantas veces había leído, sola y junto a su hermana, y se había levantado para coger el ejemplar manoseado que yacía colocado de cualquier forma en la estantería de su dormitorio.

«¿Y quién será el aviador entonces? ¡No puedo hacerlo yo todo!», se había quejado ella, y Chase había respondido con una mueca; al parecer ni siquiera él, que tan acostumbrado estaba a esos menesteres, se había percatado de ese pequeño detalle. Y como si la idea hubiera llegado hasta la mente de ambos al mismo tiempo, se volvieron hacia Charlie arqueando las cejas y lanzándole una mirada que no daba opción a réplica. El chico, asustado, había vociferado un «¡No!» rotundo que reverberó en el armario, y que en realidad tenía muy poco de rotundo, ya que no le quedó más opción que terminar aceptando. A fin de cuentas, la idea había sido suya.

Los siguientes días habían sido una tortura. Alicia no solo había tenido que aprenderse todo el guion, sino que también había tenido que ayudar a habilitar su jardín para poder abarcar al pequeño

grupo de personas que acudiría a la representación. El mismo jueves Chase y Charlie habían salido a comprar varias sillas plegables que colocaron en la pequeña terraza que daba paso al jardín. Su vecino se había encargado de dibujar, en varias láminas de dos metros de altura, el Planeta de El Principito, una noche estrellada e incluso un desierto, bien coloreado simulando las ilustraciones en acuarela del propio Saint-Exupéry, que servirían como telón de fondo para la obra. Además, Charlie había dispuesto una pizarra blanca a un lado del jardín, que era el lugar en el que él se colocaría, con cuidado de no dañar las flores de Alicia. Dado que el chico era dibujante y narrador, no había mejor forma de representar la obra que no fuera haciendo gala de lo que mejor sabía hacer.

El abuelo no quiso asomarse ni una sola vez. Se había pronunciado en contra de esa «desfachatez», que era como había calificado la idea de Charlie, y no dejaba de refunfuñar cada vez que veía a su vecino pasearse por la casa. Alicia se reía entre dientes al ver a Charlie guardarse la incomodidad en un bolsillo y hacer caso omiso de las miraditas y los comentarios del abuelo, que parecía querer echarlo de su casa a punta de pistola. Y el humor de su vecino había empeorado el lunes, cuando Chase se presentó en su casa disfrazado de Cupido, un atuendo que su prima consideraba sumamente ridículo. Por supuesto, Alicia no había tenido reparos a la hora de confesárselo, pero él lo había obviado como si tuviera los oídos rellenos de serrín. Se suponía que esa semana debía empezarla interpretando *El Principito*, algo que ayudaría a Alicia a ensayar y calmar los nervios pero, por mucho que preguntó, su primo se había limitado a responderle con evasivas en un idioma extraño que ella era incapaz de comprender. Un idioma de miradas y flechas que lanzaba apuntando hacia el corazón de su prima o hacia el de Charlie, cualquiera de los dos le valía de diana. Alicia esperaba que solo quisiera descansar un poco de su papel y que no estuviera enamorado. Solo había una cosa peor que Chase: Chase enamorado. Ya pasaron por eso hacía algunos años y aguantar a su primo había sido una auténtica tortura. Había quien decía que las mujeres eran complicadas, una teoría que se caería ante aquel que observara un instante a Chase elucubrando sobre los asuntos del corazón.

Fuera como fuera, Alicia no era la única que se sentía contrariada ante la actitud de su primo. Charlie parecía sufrirlo a un nivel muy superior al de ella. Desde que observó a Chase por primera vez y este le lanzó una flecha certera que lo dejó con la boca abierta, el humor de su vecino había caído en picado, estrellándose contra el suelo. Por el día, en las horas que su amigo se escapaba de sus tareas para ayudarlos, Charlie apenas cruzaba dos palabras con Alicia. Se limitaba a seguir el guion, dibujar en su pizarra y devolverle las pullas

que Chase le lanzaba junto a sus flechas. Alicia se reía a carcajadas, parecían dos niños incapaces de convivir en el pequeño espacio del que disponían. La pobre Alicia no se percataba de dónde venía exactamente la irritación de Charlie, ni las miraditas cargadas de veneno que dirigía hacia el disfraz de su primo. Ella creía fervientemente que Chase desconfiaba de las intenciones que su vecino pudiera tener para con ella, o que sus comentarios cargados de ironía se debían a unos extraños celos por tener que compartir a su adorada prima. No tenía la menor idea de nada.

El miércoles por la noche, cuando se reunió con Charlie en el sofá de la entrada, Alicia se encontraba emocional y físicamente agotada. Se sabía al dedillo el guion que debía representar, pero no encontraba las fuerzas para enfrentarse a lo que se avecinaba. Dos días. Solo quedaban dos días para la representación y sus fuerzas habían mermado como un globo que va desinflándose con el paso del tiempo.

—No voy a poder —le dijo a Charlie acomodándose a su lado, todo lo pegada que sus cuerpos le permitían.

El chico sonrió y dejó a un lado el bloc de dibujo y el estuche. Alicia se fijó en que la lámina estaba en blanco.

—Claro que vas a poder —aseguró tomándola de la mano. Ella agradeció un contacto que en los últimos tiempos se había convertido en un imprescindible—. En los ensayos lo estás haciendo fenomenal.

—Pero no es lo mismo que actuar delante de tantas personas.

—Personas que conoces a la perfección. No importa que no hayas cruzado muchas palabras con Donna o con los amigos de tu abuelo, llevas años observándolos. Sabes que ellos quieren estar ahí tanto como tú quieres superar tus miedos. ¿Verdad o mentira?

—Verdad —musitó ella—. Pero aun así…

—¿Qué? —Charlie elevó el brazo de la joven y unió la palma de la mano con la suya, mucho más grande que la de ella; movió cada uno de los dedos y los fue entrelazando.

Alicia cerró los ojos. Le costaba tanto hablar de ella. Tanto.

—Eve lo haría con los ojos cerrados. Ella no habría tenido miedo.

—Y tú tampoco lo tendrás. Yo estaré allí, Chase estará allí y tu abuelo estará allí —añadió Charlie—. Además, ¿por qué mencionas a Eve?

—Porque yo no soy Eve. —Y no lo era, jamás podría hacerlo. Y cada paso que daba para hacer realidad esa obra le recordaba todo lo que su hermana se estaba perdiendo, lo feliz que sería ella sobre un escenario, lo bien que se desenvolvería. Sin miedos. Sin dudas. Eve era todo lo que ella nunca sería; Alicia solo era su sombra, la marioneta

que imitaba sus pasos cuando el titiritero en forma de miedo dominaba sus hilos.

—¿Era ella la que estaba aquella noche en el hospital, verdad? —preguntó Charlie con precaución.

Ella asintió.

—Fue su última noche en el hospital. —«Y en el mundo de los vivos». No se atrevió a decirlo en voz alta.

—Sé por qué no me hablas de ella —dijo Charlie. Y lo sabía, él también había perdido a la que era el pilar de su pequeño mundo, él también se había quedado solo—. Pero si alguna vez necesitas hablar, si necesitas…

Alicia le interrumpió antes de que pudiera continuar. Tenía la mente en otra parte, cegada por algo que no se atrevía a verbalizar.

—Ella no habría tenido miedo. Sería tan buena como Chase, ni siquiera necesitaría aprenderse el guion para que se creyeran todo lo que les contara y le aplaudieran, incluso aunque lo hiciera todo mal. —Negó con la cabeza—. Yo no soy ella.

Charlie comprendió que no quería seguir hablando de Eve.

—No, no lo eres. Pero tampoco eres esa niña miedosa que se escondía detrás de su hermana. Debes dejar a esa niña atrás.

—¿Y si no puedo?

—Nunca lo harás si no lo intentas. No puedes rendirte antes de tiempo, no puedes asegurar que vas a ahogarte cuando no haces nada por intentar nadar.

—Es tan fácil decirlo… —Suspiró.

—Lo sé.

Charlie la comprendía, de eso no le cabía la menor duda, y ese era el motivo por el que le gustaba tanto estar con él. No la juzgaba, ni la presionaba, ni se reía de ella. Quería ayudarla; por alguna extraña razón quería verla avanzar, se adaptaba a su ritmo y esperaba a que ella lo alcanzara. Pero, ¿y si no podía? Sentía terror ante la idea de verlo desaparecer en un mundo al que ella jamás podría acceder. Al menos se alegraba de que el mal humor que lo acompañaba en sus ensayos se esfumara en cuanto llegaba la noche y se quedaban solos bajo el techo más hermoso que pudiera existir.

—Tengo miedo —admitió apartándose un poco para mirarlo. Los ojos verdes de Charlie le devolvieron la calidez que ni el más grueso de los abrigos conseguiría mitigar—. Me siento como una mariposa a la que le han arrancado las alas. Me faltan las alas para volar.

—Tienes alas.

—¿De qué me sirven si no puedo volar? ¡Soy como una gallina!

Charlie elevó las cejas y se echó a reír más tiempo del que la

paciencia de la chica podía soportar. Entre resoplido y resoplido le propinó unos cuantos manotazos hasta que Charlie se quedó en silencio, mirándola de una forma tan extraña que hizo que Alicia se revolviera, incómoda, en su sitio.

—Yo he volado muchas veces —dijo Charlie.

—¿En serio? —Abrió mucho los ojos.

—En serio. Solía hacer puenting con mis amigos, es lo más parecido a volar. —Charlie esbozó una sonrisa que a Alicia le pareció más un recuerdo.

—¿Cómo es? —Él se recostó sobre el sofá, reposando la cabeza bajo los brazos, y cerró los ojos—. ¡Dímelo! ¿Por qué no me lo dices?

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En cuando volaba. —Hizo una pausa y abrió los ojos, mirando el cielo estrellado que les cobijaba—. Estaba pensando en que no sé por qué pensábamos que volábamos, cuando la verdad es que saltábamos al vacío y caíamos. Eso es lo que hacíamos: caer —repitió como si alguien le hubiera hecho una pregunta—. Y ahora todo tiene sentido.

—¿Qué es lo que tiene sentido? —Alicia no entendía nada, se había perdido a medio camino de la conversación. No quería interrumpir sus pensamientos, pero de verdad que se moría de ganas por saber cómo era eso de hacer puenting y si era necesario que hubiera más gente.

Charlie soltó una risotada y se incorporó, mostrando media sonrisa.

—Ahora entiendo por qué nos sentíamos tan bien después de saltar. —Su rostro estaba relleno de una felicidad infinita, parecida a la de un niño que acaba de hacer un gran descubrimiento—. Saltábamos porque en realidad ya estábamos en el suelo y por mucho que cayéramos no podíamos ir más abajo. Y como no podíamos caer más abajo, absurdamente lo que hacíamos al lanzarnos era elevarnos hacia arriba. —Debió de ver la confusión en el rostro de Alicia, porque continuó explicando—: La adrenalina de caer al vacío hace que lo que te mantiene pegado al suelo te suelte, que todos tus problemas parezcan menos pesados y seas capaz de vencer cualquier cosa que te propongas. Cuando caes, todo parece un poco menos difícil y eso te ayuda a levantarte.

Alicia no sabía qué decir.

—¿Caes para subir?

—Exactamente.

—Eso no tiene mucho sentido. —Negó con la cabeza y se centró en lo que le interesaba realmente de todo aquello—: Yo

también quiero hacer puenting, a lo mejor me ayuda.

—Claro que no —dijo Charlie con aspereza—. Lo tuyo es distinto.

—¿Por qué?

—Porque tú ya estás arriba. Ya sé que crees que eres diminuta respecto a los demás y que te sientes pequeña; pero no porque lo seas, sino porque desde donde miras las personas son solo puntitos que se mueven como hormigas. En comparación, tú eres enorme. Pero claro, tú no puedes verte, solo ves lo que está debajo o a los lados, pero nunca a ti misma desde atrás.

Alicia permaneció en silencio. Las manos habían empezado a temblarle.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Subir más, impulsarte con todas tus fuerzas hasta que no puedas seguir subiendo. Cuando llegues al final no podrás hacer otra cosa más que bajar. Subes para bajar, como yo bajo para subir.

—Es complicado de entender. —La perplejidad de Alicia podía verse en cada expresión de su rostro, en las arruguitas de sus ojos al entrecerrarlos, en sus labios abiertos como si su voz se negara a trasmitir lo que su mente proyectara.

—Nadie ha dicho que tenga que ser sencillo. —Charlie no pudo contener una sonrisa—. ¿Sabes? Puede que solo seas una gallina en un mundo de pájaros. —Arqueó una ceja, divertido—. Te sientes diferente y realmente lo eres. Eres tan rara, tan preguntona, tan curiosa y tan tú que no podías ser de otra manera. —Le mantuvo la mirada más tiempo del necesario antes de volver a hablar—. Aunque vueles, seguirás siendo una gallina. Una gallina que vuela, pero igualmente una gallina. Y de verdad que me encantan las gallinas.

El semblante de Alicia cambió ante esa nueva perspectiva. Bajar para subir era una tarea que podía ser muy dura para ella, pero ser una gallina era indignante.

—A mí no me gustan —dijo muy seria—. Necesito unas alas urgentemente.

—Eso no es problema. —Charlie esbozó una media sonrisa que le hizo enrojecer. Estiró el brazo para alcanzar su estuche, sacó varios rotuladores de colores y, a continuación, cogió el brazo de Alicia, remangándole el abrigo hasta el hombro—. Si no tienes alas, las crearé para ti. —Comenzó a trazar líneas de diversos colores, desde el púrpura hasta el celeste, simulando las alas de una mariposa—. Convertiré en alas tus brazos, crearé mariposas de papel que te ayudarán a alzar el vuelo o te construiré un paracaídas. ¿Qué prefieres?

—Conseguirás que me pase una semana intentando borrar todo esto —musitó contemplando las líneas que le había dibujado

hasta el codo.

Él hizo una mueca y le sacó la lengua.

—Estás rompiendo la magia. El Principito se pondría triste si te escuchara hablar así. —Había comenzado a dibujarle una pulsera de mariposas, cada una de un color, mientras Alicia lo observaba sin decir nada, perturbando la noche silenciosa con su risa solo cuando Charlie alcanzó la zona sensible del interior de su muñeca—. ¿Tienes cosquillas?

Alicia negó con la cabeza, pero sus ojos y sus labios decían otra cosa muy distinta.

—Va a salir bien —aseguró al tiempo que terminaba una última mariposa, la más grande y que casi ocupaba al completo la cara interna de la muñeca de la joven, cerrando la improvisada pulsera.

—Confías demasiado en mí.

Él ignoró ese último comentario, posó la mano de Alicia en su rodilla y, abriendo la palma, dibujó en ella un círculo perfecto con un rotulador naranja.

—¿Ves esto? —le preguntó señalando el círculo—. Es el mundo. Y esto —trazó una línea que partía el círculo en dos mitades— es la división de dos mundos. Este es el tuyo —dijo señalando una de las mitades—, y este el del resto del mundo. Y tú estás aquí. —Cogió un rotulador violeta y dibujó un punto sobre el borde del círculo, a las puertas del mundo al que pertenecía y al otro lado de la línea divisoria—. Lo más alejada posible de nuestro mundo. Aislada de todo y de todos. —La miró a los ojos de una manera que hizo que Alicia tragara saliva—. Tu mundo está bien, estás cómoda y te has convencido de que no necesitas nada. Pero aquí —señaló el otro lado —, aquí está la libertad. No te haces una idea de todo lo que te estás perdiendo y yo quiero enseñártelo. —Le acarició la palma de la mano, justo en el lugar donde se encontraba el punto que era ella—. Déjame enseñártelo —dijo en un susurro y Alicia sintió algo extraño en el estómago. Una sensación que nunca antes había sentido, algo que no podría calificar de ninguna de las maneras. ¿Qué le pasaba? No podía apartar sus ojos de los de Charlie y le ardían las mejillas—. Un ave no puede estar encerrada, necesita usar las alas o terminan atrofiándose. Incluso las gallinas pueden volar, Al.

Alicia se obligó a mirar la palma de su mano y tragó saliva.

—¿Dónde estás tú? —Apenas reconoció su propia voz—. ¿Aquí? —Señaló el interior de la otra mitad del círculo, lo que Charlie había definido como el mundo real.

Él sonrió. Cogió un rotulador azul y dibujó un punto justo en el centro.

—Estoy al borde de mi mundo y te estoy dando la mano. —Y para dar énfasis a su afirmación, posó su palma sobre la suya y la

apretó con dulzura, escondiendo el dibujo, mirándola a los ojos—. No voy a soltarte, te lo prometo —le dijo, y Alicia supo que lo decía de verdad.

De repente, sintió ganas de llorar. Pero no era tristeza lo que consumía su corazón, era alegría. Una felicidad tan extraña como el chico que tenía a su lado dándole la mano y acariciándola con su presencia. Charlie no debería estar ahí, pero estaba. Y eso la hacía inmensamente feliz.

—¿Te vas a quedar con mi mano? ¿Es tu venganza? —le preguntó, porque necesitaba bromear.

Charlie resopló, pero el momento mágico esta vez no se rompió. Se recostó de nuevo en el sofá y arrastró a Alicia con él, llevándose la mano consigo.

—Sí, es toda mía.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

Él pareció pensárselo, examinando los dedos uno por uno.

—Decidido —dijo con resolución—. Me la voy a comer. —Alicia rompió a reír cuando el chico se llevó la mano a la boca y empezó a mordisquearla con suavidad—. Uhm, deliciosa.

El silencio se instaló entre ellos como un manto que los abrigaba del frío y la realidad que se extendía al otro lado de aquel sofá sembrado con la magia de la vida.

Charlie abrió la palma de Alicia, tomándose su tiempo, y la besó en el centro. Una. Dos. Tres veces. La acarició con los labios y Alicia sintió su suavidad como el aleteo de una de esas mariposas que había dibujado sobre su piel, el mismo aleteo que sentía por todo el cuerpo y se concentraba en su estómago.

—Picas —murmuró cuando Charlie depositó la palma en su mejilla.

La respuesta del chico fue pasar la mano por toda su cara, haciendo que Alicia riera y se revolviera, olvidándose de todo.

Olvidándose que en dos días debía actuar delante de ocho pares de ojos que observarían cada uno de sus movimientos, que escucharían el temblor de su voz. Por un momento, sus problemas le parecieron tan lejanos que sintió que podía moverse con libertad por su mundo hasta alcanzar la mano que Charlie le tendía. ¿Sería capaz Alicia de cruzar al otro lado?

[image]

El último ensayo lo realizaron el viernes a media tarde. Charlie había colocado ocho peluches enormes de diferentes animalitos sobre las sillas replegables. «Imagínate que son personas» le había dicho. «¿Y me los puedo quedar?» había preguntado ella con los ojos brillantes. Eran unos peluches preciosos y tan suaves que podría haberse pasado horas abrazándolos. «¡Personas, Alicia! ¡Imagina que

son personas!». La irritación de Charlie era palpable y se vio acentuada por las risitas de Chase, que intentaba ensartar a los peluches con sus flechas mientras él lo perseguía para quitarle el carcaj. Era una escena digna de ver. «¡Personas, Alicia!» le había imitado Chase en tono burlón. «Imagina al abuelo como este lindo conejito» dijo señalando al conejo blanco mientras recogía una flecha.

Charlie había puesto los ojos en blanco, se había sentado en una de las sillas, apartando a un oso, y había esperado a que los dos primos dejaran de reírse a su costa. Aquel ensayo salió a pedir de boca. Tan perfecto que Alicia se sintió pletórica. Si hubo una vez en aquella interminable semana en que Alicia sintiera que podía atravesar su mundo para ver las delicias que había al otro lado, fue precisamente esa.

Pero los ánimos no tardaron en darse a la fuga.

El sábado por la mañana Alicia se levantó como un flan. Para su desgracia, pese a que el día estaba nublado, la lluvia se negó a hacer su aparición estelar para impedir que representaran la obra. Los invitados fueron llegando y ocupando sus respectivos asientos y ella estaba cada vez más nerviosa, encerrada en el despacho del abuelo con su ridículo disfraz de flor, repitiendo una y otra vez el diálogo. El cuerpo todo verde a modo de tallo, los brazos simulaban dos hojas y sobre su cabeza se alzaban los pétalos de una rosa que se movía a los lados cuando agitaba la cabeza.

—¡Ah! Acabo de despertarme… Perdóname… Todavía estoy despeinada… —murmuró intentando darse esos aires de superioridad que la flor de *El Principito* imprimía en todos sus comentarios, pero Alicia solo se escuchaba nerviosa, el timbre de su voz era el de una niña asustada.

Chase iba elegantemente vestido, con una capa turquesa con forro y mangas rojas que le llegaba hasta los tobillos, escondiendo su conjunto de camisa y pantalón blanco. Una peluca rubia revuelta, botas altas azules y una cinta de seda amarilla en la cintura completaban su atuendo. Estaba tan listo como podía estarlo y en su mirada solo podía encontrar seguridad.

En cambio, en los ojos de Charlie, a pesar de los ánimos que intentaba insuflarle, se reflejaba el miedo. Él también temía que todo se desmoronara, que nada saliera como habían planeado durante la última semana y media. Su atuendo era el más normal. Se había puesto un pantalón marrón, botas altas de motero y una chaqueta de cuero a juego con el pantalón, aunque en un tono mucho más fuerte. Lo más llamativo en él era la gorra de cuero de aviador y las enormes gafas sobre la cabeza; sus ojos verdes relucían en contraste con la ropa.

Se colocó junto a ella y la tomó de las manos, que estaban

bien enfundadas en el disfraz. Alicia sintió que necesitaba tocarlo de verdad, sentir su piel contra la de ella.

—Tranquila, piensa que casi todo el trabajo me ha tocado a mí —bromeó haciéndose el ofendido mientras le lanzaba una mirada a Chase, que se sacudía el traje—. Eres un presumido.

—Tengo de qué presumir —replicó Chase, mirándole por encima del hombro.

Incluso Alicia consiguió sonreír ante el comentario de su primo.

El primero en salir fue Charlie, que comenzó a relatar la historia con bastante soltura, utilizando la pizarra como un arma infalible. No solo conseguía que todos atendieran a esa voz que se asemejaba a una melodía sino que, además, lograba que se quedaran embobados mirando las líneas que iba trazando en la pizarra. Ese era su modo de engañarlos. Nadie se percató de las veces en que se equivocó, ni siquiera habrían pestañeado si cambiara de historia, porque la atención del pequeño público recaía por completo en la pizarra.

Cuando El Principito hizo su aparición, todos rompieron a reír y no tardaron en quedarse atrapados por la actuación. Se notaba su pasión por la interpretación. Ya nadie miraba la pizarra ni le prestaba atención a Charlie: todos contemplaban a Chase como mirarían a un ángel descender desde las alturas. Incluso Alicia, que los observaba desde la distancia, se quedó hipnotizada por lo que veía.

Hasta que llegó su turno y tuvo que salir al jardín y todas las miradas se concentraron en ella. Los ocho invitados contuvieron el aliento cuando abrió la boca para hablar y un segundo después la cerró. Todos la miraban. Todos. Sentía el peso de sus ojos puestos en cada parte de su disfraz. Escuchaba el murmullo de sus pensamientos, las risas, los comentarios burlones, el «¡Tienes un problema! ¡Estás haciendo el ridículo!»

Sintió miedo, vergüenza y una congoja que le recorría el cuerpo y ascendía hasta su garganta, bloqueándole la voz, impidiéndole articular palabra. ¿Eran cuchicheos lo que escuchaba? ¿Por qué la miraban de esa manera? ¿Por qué? Pero nadie la miraba ni hablaba a sus espaldas; lo único que murmuraban sus pensamientos eran palabras reconfortantes que la animaban a perder el miedo. Un miedo que no quería irse y del que ella no lograba desprenderse. Algo cálido se posó sobre su mano y escuchó la voz de Chase elevarse en el aire, pero Alicia no entendía nada, ni podía ver que era Charlie el que la sujetaba intentando hacerla volver a la realidad. Era como estar sumergida bajo el agua, sin poder escuchar, hablar o respirar. Se había quedado tan pálida que Rose se había levantado de su asiento con una mano en el pecho y Ofelia le decía algo mientras impedía que fuera

hacia ella.

Alicia no consiguió decir ni una sola frase, y cuando al fin reaccionó y se percató de lo que sucedía, cuando Charlie logró sacarla de su ensimismamiento tomando su cara entre las manos y uniendo su frente a la de ella mientras le hablaba en susurros, la vergüenza que la embargó fue tan grande que los ojos se le llenaron de lágrimas y salió corriendo para encerrarse en su dormitorio.

Una imagen que debería haber sido borrosa se había tornado nítida ante los ojos de Alicia, emborronando la realidad que la rodeaba: su hermana, la mañana en que habían representado una obra para ella, una obra que ni siquiera había podido terminar de ver. Había sido tan injusto. Eve era tan carismática como el propio Chase sobre un escenario. No necesitaba seguir un guion para hacerte reír o encogerte el corazón. No necesitaba vivir dentro de mentiras para poder respirar, ni a nadie que le tendiera la mano para atreverse a vislumbrar las maravillas que se encontraban al otro lado del espejo. Alicia solo era una sombra a su lado, la noche cuando Eve era el día.

Eve, tan llena de vida, se había marchitado, dejando caer unos pétalos que se habían pulverizado con el paso del tiempo. De ella solo quedaban los preciosos recuerdos que Alicia se encargaba concienzudamente de atesorar y rememorar como si aún siguiera ahí, tan cerca de ella que pudiera palparla al extender los brazos. No había dolor en sus recuerdos, solo el rasguño de la pérdida, de la ausencia, del silencio, le hacía guardarse para sí todo lo que tenía que ver con Eve. Y en ocasiones como aquella, Alicia accedía a ese lugar en el que atesoraba los recuerdos más íntimos de su hermana, y escuchaba una voz que le susurraba palabras que ella se negaba a escuchar, palabras que ni siquiera se atrevía a pensar y que le hacían tanto daño como la propia ausencia, como si reviviera el dolor de la muerte de su hermana por segunda vez. Porque Alicia, en el fondo de su corazón, pensaba que debería haber sido ella, que era ella la que debería haber ocupado el lugar de su hermana. Eve era de esas personas que hacían del mundo un lugar mejor, mientras que Alicia era de esas otras que preferían esconderse en él. Una estrella enorme y brillante frente a un pequeño punto impreciso. Así eran ellas.

A Alicia le gustaba recordar a su hermana, pero odiaba pronunciarla. Toda esa obra de teatro gritaba su nombre. Alicia la sentía, la pensaba. Era como un tesoro que escondía en lo más profundo de su ser. Hay cosas que son fáciles de pensar, pero difíciles de pronunciar. Eve era una de ellas. Y Alicia se sentía perdida, porque en esos momentos no se estaba comportando como ella misma, estaba convirtiéndose en lo que sería su hermana de seguir viva. Y tenía el temor absurdo de que si se comportaba como ella, la sustituiría. Y que Eve desaparecería irremediablemente para siempre. Y eso la asustaba

más que nada en el mundo. Mucho más que la gente.

Todo eso fue lo que Alicia le contó a Ofelia tras salir huyendo de la representación. Era la primera vez que no acudía a ella como psicóloga y la primera en que se abría sin reservas, confesándole algo que ni ella misma sabía que laceraba su alma con ferocidad. Lloraba y hablaba a la vez, atragantándose con las palabras, mientras se arrancaba el disfraz quedándose en pantis y camiseta de tiras.

—Es ella la que debería haber estado ahí, yo solo soy la copia mala. No puedo ser como ella, no puedo —repetía entre sollozos—. Estaba tan llena de vida, nunca se habría encerrado. A ella se le acabó el tiempo y yo me niego a vivir cuando tengo todo el tiempo del mundo para hacerlo. ¿Eso es lo que pensáis, verdad? Mamá también lo piensa, por eso me odia tanto.

—Por el contrario, eras tú la que estaba ahí. Puedes gritar, patalear o encerrarte una eternidad en tu habitación para hacer más patente tu dolor. Pero nada —dijo Ofelia, acercándose unos pasos a la cama donde Alicia se había hecho un ovillo—, nada hará que Eve regrese. Ni siquiera que dejes de vivir.

—¡Eso ya lo sé!

—No. No tienes ni idea. Por mucho que la pienses, ella ya no volverá. Ni aunque te comportaras exactamente como ella regresaría. Siempre serías tú y no ella, lo que me lleva a mi pregunta favorita: ¿Quién eres tú? —Alicia la miró con rabia pese a las lágrimas que se derramaban por sus mejillas—. Permíteme que esta vez sea yo quien te conteste. No eres la hermana de Eve, ni la nieta de White, ni la hija de Rose, ni la prima de Chase, ni la chica que teme a la gente. Tú eres Alicia. Simplemente Alicia, que puede ser quien quiera ser cuando decida serlo y seguirá siendo exactamente la misma aunque sea completamente diferente. Alicia es Alicia y siempre será Alicia. Una oruga cuando se convierte en mariposa sigue siendo la misma aunque no puedas reconocer a la oruga que hay en ella. Esa es la respuesta.

—Pero… Pero… —Tenía la garganta seca—. No quiero ser Alicia —balbució.

—Bienvenida al mundo real, pequeña. Hay tres cosas irremediables en la vida: el amor, la muerte y ser quien eres.

—Odio la vida.

—No, no lo haces. ¿Y sabes por qué lo sé? —Ella negó con la cabeza—. Porque si la odiaras no llorarías, no lucharías ni te habrías enfrentado a ocho personas aunque sabías de antemano que no lo conseguirías.

—Estoy cansada, Ofelia.

—Y yo estoy orgullosa. Las dos sabemos que no lo has hecho por ti. Sabías que no podrías ni con la primera frase y aun así has salido, por todos ellos, porque les quieres y porque no querías

defraudarles. Podrías simplemente no haber salido, pero lo has hecho. Y ha sido glorioso, has antepuesto el amor al miedo. —Hizo una pausa y se acomodó a un lado de la cama, muy cerca de Alicia—. Y eso me lleva a la segunda cosa irremediable de la vida: el amor. Te he visto sujetarte en su mirada a cada paso que dabas. He visto el amor en tu cara y hasta creo que me ha saludado. El miedo vive en la mente y el amor en el corazón. Un niño pequeño no teme a nada porque no sabe lo que es el miedo, pero ama sin condiciones. El miedo es algo que se aprende mientras que el amor es algo que se sabe. Y, sinceramente, no sé qué haces en esta cama tirada junto a una vieja loca, cuando podrías estar junto a alguien que aleja tu miedo. Eres un poco tonta, ¿no te parece?

Los ojos de Alicia volvieron a llenársele de lágrimas. Ofelia estaba traduciendo sus sentimientos, poniéndole nombre a todas aquellas cosas que no podía explicar con palabras vacías. Estaba hablando de Charlie.

—¡He hecho el ridículo! —sollozó—. ¿Cómo voy a mirarle a la cara otra vez? Estoy tan avergonzada… —Escondió la cara entre las manos—. Le he decepcionado. No he podido hacer realidad nuestra lista.

—¿Y qué es una lista sin tachones? Toda buena lista tiene algún tachón en su haber, es la regla primordial de las listas.

—No querrá volver a verme.

—Eso lo dices porque no has visto cómo ha corrido detrás de ti. Si no está aquí ahora mismo es porque le pedí que me dejara a mí. Sabía que necesitabas un momento para ti antes de enfrentarte a lo que ha pasado abajo.

—Le he decepcionado —repitió con un gemido.

—Qué curioso, porque me da la impresión de que él piensa lo mismo. A fin de cuentas la idea fue suya, ¿no? —preguntó la mujer llevándose un dedo a la barbilla—. ¿Le odias?

—Claro que no —contestó, sorbiéndose la nariz.

—Entonces podéis arreglarlo.

—Eres una psicóloga horrible.

Alicia siguió llorando y Ofelia hizo algo que no había hecho en los tres años que llevaba tratándola: la abrazó. Y Alicia encontró tanto alivio en la seguridad de sus brazos que sintió que salía a la superficie después de siglos enteros sumergida bajo el agua.

-Capítulo 29-
Charlie

Mi lluvia eres tú.

Charlie se sentía traicionado. Como si alguien hubiera plantado una semilla en su interior mientras dormía y, sin saber cómo, las sonrisas y los ojos de Alicia la hubieran regado. Porque Alicia tenía los ojos tan azules, tan intensos, que Charlie estaba convencido de que guardaba el océalo —que es cuando el océano y el cielo se juntan— dentro de ellos. Quería decirle: «deja de regar la semilla, Alicia». Pero quería esa semilla, quería sentir lo que sentía. Le gustaba Alicia, le gustaba más de lo que nunca hubiera estado dispuesto a admitir. Y entonces pensó que jamás había conocido un miedo tan sobrecogedor como el que sentía cuando estaba con ella, un miedo visceral e ilógico a que desapareciera. A que fuera un sueño del que pudiera despertar en cualquier momento y que Alicia terminara apagándose, «tsss», como una vela. Y durante el intento de representación había sido testigo de cómo desaparecía a unos pocos metros de él, apagándose pausadamente conforme avanzaban las agujas del reloj y todo había sido por su culpa.

No sabía en qué momento exacto había empezado a temblar. Quizá llevaba toda la semana haciéndolo y solo cuando la cruda realidad le había estallado en la cara, se había percatado de cuán afectado se sentía, del martilleo de su corazón y del desagradable cosquilleo que serpenteaba por todo su cuerpo, señas claras de su nerviosismo. Charlie temblaba de pies a cabeza mientras veía a Alicia desaparecer, mientras el aire frío de noviembre se llevaba consigo el rastro de la esencia de aquella chica que se había ganado un hueco en su vida.

Todo por su culpa.

Por más motivos que buscara en pos de su inocencia lo cierto era que de no haber sido por esa idea estúpida de querer mostrarle el mundo, nada de aquello habría tenido lugar. Podría haberlo evitado. La noche del miércoles, durante el rato que estuvieron juntos en el sofá de la entrada, había descubierto lo mal que lo estaba pasando, las dificultades a las que se estaba enfrentando. Charlie había tenido un claro presentimiento aquella noche. En el fondo de su corazón sabía cuál iba a ser el resultado, a pesar de que obviara todas las señales. No era que no tuviera la suficiente confianza en Alicia, que no la creyera

capaz de superar sus miedos; simplemente, no estaba preparada. Pero la paciencia nunca había sido una de las virtudes de Charlie. Con Alicia se sentía atado de pies y manos y, aunque se había resignado al hecho de que con ella debía mantener la calma, no estaba en su naturaleza quedarse quieto sin hacer nada por deshacerse de las ligaduras. Había querido empezar la casa por el tejado y la construcción entera había terminado por derrumbarse a sus pies sin que él pudiera hacer nada por mantenerla a flote. La había visto caer y no había podido hacer nada, solo observarla con impotencia.

La conversación que había mantenido con Chase, el primer día que se presentó en los ensayos disfrazado de Cupido, reverberó en su cabeza como un eco que gritaba enfurecido «¡culpable!» una y otra vez.

—¿A qué estás jugando? —le había preguntado, cogiéndole del brazo, cansado de ser el destinatario de sus flechas envenenadas de verdad.

—¿A qué juegas tú? —contraatacó Chase con una sonrisa de suficiencia.

—Yo solo quiero ayudar a Alicia.

—En eso estamos de acuerdo —dijo al tiempo que se ajustaba las alas, que se habían movido cuando Charlie lo había detenido—. Ahora bien, mi camino es distinto. Tú quieres ayudarla con una lista, yo tengo otro método.

—¿Que método?

—Destruye y construye, llora y sonríe, tabla y mar.

—¿Te has vuelto loco? —Charlie no entendía nada, o más bien se podría decir que no quería entenderlo.

—En asuntos de amor, los locos son los que tienen más experiencia. De amor no preguntes nunca a los cuerdos; los cuerdos aman cuerdamente, que es como no haber amado nunca —recitó a Benavente, teatralmente. Charlie se lo quedó mirando con la boca abierta de par en par y, en respuesta, el chico había emitido un estruendoso resoplido antes de aclarar—: Amor, Charlie, amor.

—El amor no va a curarla por arte de magia.

—Puede que no, pero sí que hay una cosa que hace el amor y que olvidas.

—¿Qué?

—Existir.

—No estoy entendiendo nada.

—El amor no cura, es en sí mismo la cura —aclaró con sequedad.

—No soy la cura de Alicia.

—Claro que no lo eres, seguramente dentro de unos años solo seáis un bonito recuerdo. —Esas palabras provocaron un pequeño

pinchazo en algún recoveco del interior de Charlie—. Pero ahora, en este momento, sois presente; y lo que veo en tus ojos cuando la miras, eso sí que cura.

—Dije que me gustaba. —Meneó la cabeza—. Ni siquiera lo dije, solo lo admití. No dije que estuviera enamorado de Alicia. —«¿Porque no lo estás, verdad?», le preguntó una vocecita interna—. Es demasiado difícil.

—¿Sabes lo que es difícil? Decir que no estás enamorado de alguien y que justo cuando pronuncies su nombre una sonrisa no te delate. Eso es difícil.

—Es complicado, ¿vale? No necesito que me arrojes a sus brazos, no eres Cupido por mucho que vistas como él. —Le examinó de arriba abajo con una ceja alzada y una mueca burlesca—. Aunque no creo que Cupido tuviera esas pintas.

—Puede que yo no sea Cupido, pero, sin duda, tú eres un pésimo mentiroso. Si de verdad piensas eso huye, corre ahora que estás a tiempo. Aléjate y no mires atrás. Es demasiado complicado, ¿para qué molestarse? —Charlie no pudo evitar sentir ganas de darle un puñetazo al escuchar esas palabras—. ¿Ves? Ahí está otra vez, tú mismo te delatas. Le tienes tanto miedo a ella como ella a la gente. Irónico, ¿no crees?

—No sabes nada —repuso. Un leve suspiro se deslizó por sus labios, cansado de todo y de nada. Le dio la espalda, dispuesto a marcharse.

—El amor cura, nunca daña —dijo haciendo que Charlie se detuviera. Ni uno solo de sus músculos se atrevió a moverse—. Lo que hiere es la huella que deja cuando se marcha. El amor no es complicado, lo complicamos nosotros. No lo olvides.

—Ni siquiera sé si es amor. —Fue lo último que dijo antes de emprender la marcha.

—Eso es fácil. Imagina un mundo sin ella y si no enloqueces, entonces no es amor.

Esas palabras fueron el eco que dejó Chase en él, un eco tan profundo que todavía podía oírlo, pese al tiempo, como si acabara de pronunciarlas. Y entonces lo entendió. No lo había hecho por Alicia sino por él; todo lo había hecho por él, porque la necesitaba de una manera visceral. Quería sacarla de su País de las Maravillas —o de las Pesadillas— y llevarla hasta su mundo, hacia un Nunca Jamás en el que fueran eternos y donde Alicia no supiera lo que significaba el miedo. Había sido un egoísta. Queriendo salvarla, la había empujado hacia el precipicio. Y ahí estaba ahora, contemplando los resultados de sus prisas, un desastre que podría hacer que Alicia volviera a replegar sus alas, arrollando todo su esfuerzo, malgastando las pequeñas batallas que había ido superando en los últimos meses.

Todo había sido por su culpa.

Se sentía avergonzado consigo mismo, mucho más avergonzado que cuando Chase había aparecido delante de él, vestido de Cupido, y le había arrojado una verdad en forma de flecha. La verdad no tiene por qué ser bonita siempre que sea verdad, aunque en este caso tuviera la forma más bonita que Charlie hubiese contemplado nunca. Le gustaba Alicia, esa era la verdad. Le gustaba de una manera diferente de cómo le habían gustado otras chicas anteriormente. Era un sentimiento que no se podía comparar con nada que hubiera experimentado antes. Alicia le transmitía algo que solo podía calificarse como mágico. Sentía algo mágico por ella, algo que era frágil como el cristal más fino, tierno como las nubes y brillante como una estrella; y Charlie temía que un solo paso en falso pudiera quebrarlo.

En todo eso pensaba mientras veía sin ver a la gente congregada en el precioso jardín de su vecina, escuchando sin prestar atención a la voz de Chase, que intentaba salvar la situación, ni a la discusión que el señor White mantenía con su hija. Y fue la visión de la madre de Alicia, lo llamativo de su traje de falda y chaqueta de un rojo mate, la voz proyectándose como una mala pesadilla por encima de la de su padre, lo que consiguió que Charlie saliera de las fauces de sus pensamientos.

—Papá, te lo he dicho un millón de veces. ¿De verdad pensabas que lo iba a hacer? —voceó la mujer recolocándose las gafas de pasta que se había puesto para ver la obra, tan rojas como el resto de su ropa—. Por el amor de Dios, llevo años intentando luchar contra esto. Esa mujer —dijo señalando la puerta por donde Ofelia había seguido a su hija— no tiene ni idea de lo que le pasa a la niña. No puede curarla.

—No hay nada que curar. Alicia no está enferma —replicó—. Solo es diferente, solo necesita tiempo y cariño. Necesita a una madre —rezongó el abuelo.

—¡Está enferma! ¿Por qué no eres capaz de verlo? Necesita que un especialista trate su problema.

—Está mejorando. Se está esforzando.

—¡No veo que esté mejorando! ¿Acaso soy la única que la ha visto salir corriendo?

—Cariño —intentó interceder Robert, posando una mano sobre el hombro de su alterada mujer. Pero ella seguía fulminando a su padre con la mirada.

—Se está esforzando como nunca y ha mejorado muchísimo. No has visto cómo estos últimos meses…

Rose no le dejó terminar.

—¡Yo no veo nada! Está enferma. En-fer-ma —silabeó con

acidez—. Necesita estar internada, necesita que la ayuden, que estén con ella día y noche. ¡Necesita gente que se asegure de que no comete una locura! Porque eso es a lo que la llevará su estado: enloquecerá, como Mary.

El señor White tenía los ojos inyectados en sangre y le mantenía la mirada a su hija con una expresión dolida, la misma expresión que tendría un moribundo después de haber sido apuñalado cruelmente por un ser querido.

Charlie temblaba más que nunca y apretaba los dientes de una manera tan salvaje que la mandíbula había empezado a dolerle. Pero esta vez no era miedo lo que sacudía su cuerpo: era rabia. Una rabia visceral que le hizo perder completamente el juicio. Su cuerpo se antepuso a la razón y cuando se quiso dar cuenta estaba delante de Rose, arrebatándole las gafas y estrellándolas contra el suelo de la terraza antes de pisarlas. Los cristales se hicieron añicos, como un reflejo de su turbación, y el plástico se fragmentó quedando un amasijo de algo que segundos antes habían sido unas lentes elegantes.

La mujer se había quedado estupefacta y lo miraba con una mezcla de ira y desconfianza. Todos lo miraban como si se hubiera vuelto loco, algo que Charlie no podía reprocharles.

—¿Pero cómo te atreves? —bramó Rose, encolerizada.

—¿Cómo se atreve usted? —replicó—. Viene aquí como si esto no fuera con usted, como si Alicia no fuera su hija y se pone a exigir soluciones a problemas que ni siquiera conoce.

—¡Soy su madre!

—¡Y yo soy su persona! —Solo había determinación en rostro de Charlie.

—¡Eres un mocoso! —rezongó, colocándose unos mechones detrás de la oreja—. No quiero que mi hija se junte con gente de tu calaña.

—¡De mi calaña! —Soltó una risotada mordaz, sacudiendo la cabeza como si no creyera lo que escuchaba—. Si yo solo le he hecho un favor. Está claro que no ve nada. —Se aferró a su rabia con uñas y dientes, dispuesto a impedir que esa mujer pagada de sí misma aplastara su determinación—. Necesita unas gafas nuevas, señora —dijo, casi escupiendo la palabra—, de lo contrario habría visto el esfuerzo que ha hecho su hija al salir ahí —señaló el improvisado escenario— y enfrentarse a sus peores miedos. Porque solo un ciego no vería todo lo que Alicia ha estado haciendo por salvarse a sí misma, lo mucho que ha cambiado en los últimos meses. Si hay alguna loca aquí no es Alicia, es usted.

Algo maravilloso sucedió de pronto, o eso creyó percibir Charlie a través del miedo, la vergüenza y la furia que lo dominaban. ¿Eran aplausos eso que escuchaba? Parpadeó y miró a los lados,

apartando la vista del veneno que la mujer emanaba de sus ojos; efectivamente, los amigos del abuelo de Alicia habían comenzado a aplaudir. Aplausos que cesaron en cuanto Rose los atravesó a todos con la mirada y pidió a gritos que se marcharan de la casa. Pero nadie se movió.

—¿Pero quién te crees que eres? —le gritó a Charlie, contemplando todavía conmocionada las gafas destrozadas. El disgusto de Rose se reflejaba en su cara, que había enrojecido tanto como su ropa, y en el cuello, donde habían aparecido unas extrañas ronchas debidas a la tensión—. ¿Cómo permites que mi hija tenga trato con alguien como él? —Esta vez la pregunta iba dirigida a su padre.

La madre de Alicia gritaba y ordenaba mientras su marido intentaba, en vano, conseguir que se calmara. El señor White no había dirigido ni una sola mirada a Charlie, se había apartado del grupo e ignoraba a su hija como buenamente podía.

Chase tuvo que intervenir para evitar que Rose se lanzara al cuello de Charlie y lo echara de la casa a patadas. Se aclaró la voz y dio unas palmadas para que el grupo les prestara atención.

—Nuestra flor ha resultado ser un poco tímida —dijo con resolución, acercándose a Charlie; su voz se elevaba por encima de los resoplidos de Rose y de la voz calmada de Robert—. Agradecemos vuestra asistencia, pero tendréis que disculparnos por terminar la obra tan apresuradamente. Os rogamos que desalojéis la casa para poder resolver esto en familia. —Era tanta la aflicción y ceremonia de su tono, así como las expresiones de su cara, que todos asintieron en respuesta y fueron desapareciendo—. Tú también —le pidió a Charlie, lanzándole una mirada que no daba lugar a réplica—. Ahora.

Él asintió, ignoró el monólogo sobre la educación y el saber comportarse que le dedicaba Rose y salió apresuradamente hacia su casa.

[image]

La espera fue un tormento para Charlie, que no consiguió concentrarse en su trabajo ni en los apuntes para el examen que tenía el lunes siguiente. Quería, necesitaba, hablar con Alicia, pero entendía que necesitaba tiempo, de modo que esperó con impaciencia a que fuera ella la que diera el primer paso.

No fue hasta pasadas las diez de la noche cuando comprendió que la chica no tenía intención de hablar con él aquella noche. ¿Se habría enterado de lo que había hecho con las gafas de su madre? ¿Estaría molesta? Charlie no concebía la posibilidad de que se hubiera encerrado de nuevo en su caparazón y no quisiera volver a verlo. Se negaba a pensar en ello y, al mismo tiempo, no dejaba de atormentarse con esa idea.

A las once se rindió. No pensaba seguir esperando. Tocó el silbato y dejó una nota en el armario de la chica que rezaba: «Te espero en el sofá. No tardes y abrígate. Creo que va a llover».

Se trasladó al sofá de la entrada sin nada más que dos paraguas y un abrigo enorme para sortear el frío de aquella noche de otoño. Había apartado a un lado el plástico con el que recubría el sofá en los días de lluvia —una recomendación de su amiga Wendy, que nunca dejaba escapar detalles como ese—, y se había sentado con dos paraguas abiertos, uno sobre su cabeza y el otro justo a su lado, posado en el respaldo, donde Alicia se sentaría si finalmente accediera a encontrarse con él.

Tardó media hora en salir, pero lo hizo, y a Charlie se le disparó el corazón cuando la chica se hundió en el asiento y sujetó el paraguas para poder acomodarse, todo lo unida a él que sus cuerpos le permitieron, como tantas otras veces había hecho.

Alicia tenía los ojos clavados en sus manos, negándose a mirarlo.

—¿De verdad le rompiste las gafas a mi madre?

Él tragó saliva.

—¿Estás enfadada?

—¿Por perdérmelo? Sí. —Emitió una leve risa que fue para Charlie como una caricia susurrada—. Lo siento.

—No, yo lo siento —se apresuró a decir.

—Te he decepcionado —siguió ella.

—Soy yo el que te ha decepcionado —repuso Charlie.

Y esta vez sí levantó la mirada. La tenía vidriosa por las lágrimas que se esforzaba por contener.

—¿Cómo vas a decepcionarme? Has estado ayudándome todo este tiempo. Y yo…

—Te he presionado. Tengo ese problema —sonrió a medias—, cuando quiero algo cambio de marcha y piso el acelerador, pensando que así conseguiré llegar antes. Te arrastré conmigo cuando no estabas preparada para ir tan deprisa. Soy yo el que debe ajustarse a tu ritmo.

—No tienes por qué hacerlo —replicó la chica—. No tienes por qué hacer nada de esto. —Meneó la cabeza—. No tienes por qué estar aquí.

—¿Me estás echando?

—¡Yo no he dicho eso!

—Pues entonces sí que debo estar aquí. Es el único lugar en el que quiero estar.

—Solo lo dices para que me sienta bien.

—Si crees que soy el tipo de persona que hace las cosas para que los demás se sientan bien es que no me conoces en absoluto. Dicen que hasta rompo gafas, no creo que eso le siente bien a nadie.

—Compuso una sonrisa socarrona—. Estoy aquí porque quiero estar. Llevo toda la tarde queriendo atravesar las paredes de tu habitación, has tenido suerte de que no lo hiciera. —Su sonrisa se ensanchó—. Demasiadas roturas por un día, ¿no te parece?

—Deberías haberlo hecho. Romper la pared, quiero decir.

—No me tientes, Al —bromeó al tiempo que la empujaba levemente hacia un lado.

—He hecho el ridículo.

—Solo has dejado un poquito peor a la flor del Principito. —Alicia lo miró sin comprender, lo que hizo que Charlie chasqueara la lengua y explicara—: Te has comportado como una flor tan presumida que ni siquiera se digna a dedicarle una sola palabra al pobre Principito. Tranquila, sobrevivirás y él también.

Pero Alicia no rio ante el comentario. Había tanta tristeza en su mirada que Charlie tuvo ganas de llevársela lejos, muy lejos, y esconderla para que nadie pudiera volver a dañarla.

—Lo siento. Lo he estropeado todo.

Charlie le cogió una de las manos, apartándosela del paraguas, y la abrigó entre las suyas. Estaba helada.

—Volveremos a intentarlo. Hay una lista que seguir —le recordó—, y esta vez iremos más despacio. ¿Quieres?

La chica asintió y observó cómo apretaba el mango del paraguas con la otra mano.

—Quiero.

Se acercó a ella y la tomó por la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos, y lo que vio removió la tierra que sujetaba ese sofá que parecía crecer con las finas gotas de lluvia que comenzaban a caer al mismo ritmo que las lágrimas de Alicia. Lágrimas amargas que arrastraban la pena, la vergüenza y la impotencia que habían acompañado a la joven en ese día interminable. Se atrevían a deslizarse —tímidas, ardientes, efímeras— por los límites del tiempo. Arrastraban consigo el sabor del dolor, surcaban su rostro en un burdo intento de narrar un sentimiento sin nombre, de capturar un segundo sin dueño. Su labor era tornarse eternas, invencibles y punzantes como un mar enfurecido que lo inunda todo con la fuerza agónica de la naturaleza. Y lo estaban consiguiendo, hasta que Charlie reparó en ellas. Las odió incluso antes de conocerlas. ¿Cómo se atrevían a conquistar el rostro de Alicia? Emborronó, con los dedos temblorosos, el rastro marchito que habían dejado a su paso. Sus dedos eran la salvación, el grito liberador que se abre paso a través del dolor, la caricia que calma, el susurro que ahuyenta el silencio. Por más lágrimas que destruía de los ojos de Alicia estas seguían saliendo, dispuestas a batallar. Respiró hondo. Muy lentamente, acercó los labios a la cara de la joven. Se las bebió. Todas. Donde se posaban sus

labios morían lágrimas. Probó el sabor de la pena; extrañamente dulce, caliente y con un regusto a sal. Las encerró en lo más hondo de su interior, alejándolas de Alicia para siempre. Jamás permitiría que fueran ellas las encargadas de contar su historia. Estaban destinadas a morir. Como todo. Como todos. Y si algo o alguien tuviera que contar su historia sería algo eterno, infinito. Algo parecido al amor. O al tiempo. O al palpitar desbocado en el que cabalgaba su corazón cada vez que la miraba.

Alicia se dejó hacer, aceptando cada caricia, cada roce de sus labios en su rostro helado, con las mejillas arreboladas y el aliento contenido en sus pulmones. Parecía una muñeca que se amoldaba a cada petición de aquel que movía sus engranajes. Charlie le arrebató el paraguas y lo colocó en el sillón junto al suyo antes de tirar de ella. Llovía, pero a ninguno de los dos parecía importarle.

—Vamos a bailar —le informó con la felicidad reunida en sus ojos.

—¿Qué? —Alicia abrió mucho los ojos, sin entender.

—¡Bailemos! —Charlie le tendió la mano.

—¿Por qué?

—¿Se necesita un motivo para bailar?

—Se necesita un motivo para todo.

—Entonces bailemos porque hoy es hoy y solo hoy será hoy. Aquí y ahora, este preciso instante no volverá a repetirse. Bailemos para despedirle.

—Se te ha ido la cabeza —dijo sin poder evitar una sonrisa.

—Algo se me tenía que pegar de ti. —Se encogió de hombros —. ¿Escuchas eso? —Alicia negó con la cabeza, observando cómo Charlie atrapaba sus manos y las alzaba hasta colocarlas sobre sus hombros, para luego posar las suyas en la cintura de la joven y atraerla hacia sí—. Presta atención y escucharás una canción. —Comenzó a moverse lentamente, su rostro a pocos centímetros del de ella, su mirada perdida en la profundidad de la suya—. ¿Escuchas la melodía? —le preguntó, refiriéndose a las gotas de lluvia que caían componiendo una extraña canción.

Ella asintió.

—Sí, pero no escucho la letra.

—Habla sobre una chica que está triste y que baila bajo la lluvia para aplacar su pena. —Se acercó más a ella para susurrar contra su mejilla—: Las gotas de lluvia son su consuelo, la acarician —susurró con voz grave, imprimiendo las palabras en sus labios, que subieron hasta la sien de la joven—, la envuelven —dijo estrechándola más entre sus brazos—. Borran la tristeza, se llevan las lágrimas. —La miró de nuevo y en sus ojos había una ternura tan grande y tan pura como la lluvia que iba cesando, dejando de arroparlos en esa noche en

la que incluso las estrellas habían decidido esconderse tras las nubes para concederles un poco de intimidad.

Alicia colocó las manos detrás de su nunca y, antes de recostarse contra su pecho y cerrar los ojos, le dijo:

—Mi lluvia eres tú.

-Capítulo 30-
Alicia

A veces intentamos sentir cosas que
solo podemos sentir a través de otros.

El sol emergía, casi tímido, a medida que ella avanzaba sin rumbo. El aire matutino le acariciaba el rostro y una embriagadora sensación de libertad iba expandiéndose en el interior de su pecho. Las calles desiertas no tardarían en ser invadidas por todo tipo de personas. Personas es un sinónimo de gente, esa a la que tanto teme. O temía. Cierto, en pasado. Lo que fue, ya no volverá a ser. Alicia ya no era el trono en el que se sentaba su miedo, gobernando como el más tirano de los villanos. El miedo la había abandonado, ni siquiera una mísera nota de despedida había dejado tras de sí. Tantos años en su compañía y se había volatilizado como si nunca hubiera existido. Como si ella no le hubiera alimentado o entregado su vida, como si no se hubieran fundido en un mismo ser.

Es curioso cómo las grandes cosas suelen desaparecer sin dejar ningún rastro visible; no queda nada cuando se va la vida, el amor, la fe o el miedo. Nada. Ni una huella, ni una triste fotografía en blanco y negro. No es que puedas sacarte el pecho y mostrárselo a alguien, de la misma manera en que tampoco puedes imprimir tus recuerdos; ni siquiera puedes grabar en vídeo tu dolor. Solo puedes decir «ya no está» y esperar a que el resto del mundo caiga en la cuenta de que ya no sientes algo dentro de ti que antes sí sentías. Alicia no podía mostrarle a nadie cómo su miedo se había esfumado. Un paso tras otro y nadie veía lo que no se podía ver. Que tiempo atrás, ese hecho —sin importancia— hubiera sido poco posible, que no imposible. Los imposibles no existen.

Vemos a gente sonreír sin saber cuánto ha costado esa sonrisa, qué precio ha tenido que pagar su dueño a la vida para merecerla. Sin saber siquiera si antes podía o no hacerlo con la misma facilidad. No podemos, entonces, decirle «Felicidades por sonreír» porque no sabemos lo que hay detrás; solo sabemos lo que vemos y eso es como no saber nada. Nadie podía felicitar a Alicia, porque nadie veía más allá. Pero no podemos culparles, es la ceguera implícita en la vista. Si tan solo pudiéramos ver los recuerdos, si tan solo pudiéramos sentir en un apretón de manos todo lo que ha sentido una persona… Si eso fuera posible, Alicia tropezaría con alguien por la calle —nada

importante, un breve empujón en una calle atestada de una marea de cuerpos con demasiada prisa y poco espacio— y, tras hacerlo, la otra persona se detendría. Ni un solo músculo movería mientras estuviera recibiendo el alma de la joven, viéndola en todos sus compartimentos. Solo entonces podría sonreír y decirle «Me alegro de que ya no nos quieras aplastar. Felicidades». Y Alicia se sentiría inmensamente feliz. El mundo sería un lugar mejor si en lugar de vernos con los ojos, lo hiciéramos con los recuerdos. No tendrías que preocuparte nunca de explicar quién eres o cómo eres, simplemente se sabría.

—¿Sigues viva? —le preguntó Charlie, mirándola con una ceja alzada.

—Sí —contestó ella, aunque en realidad pensó «¿Lo he estado alguna vez?».

—¿Estás viendo la película?

—No mucho. —Exhaló un suspiro.

—¿En qué pensabas?

—No pensaba. Estaba *recorvinando*.

—¿Rebobinando? —preguntó el chico con una mueca de diversión.

—No. ¿Cómo iba a rebobinarla si ni siquiera la estaba viendo? Dices cosas raras, Charlie.

Charlie puso los ojos en blanco, se cruzó de brazos y se inclinó hacia ella.

—Venga, va. Suéltalo.

—No sé de qué me hablas.

—Estás deseándolo —repuso.

—¿Yo? Ni siquiera sé de qué hablas. —Alicia negó con la cabeza, haciéndose la despistada.

Charlie se rascó el mentón, inspeccionando concienzudamente la expresión esquiva de la chica. Y, como si hubiera perdido una cruenta batalla, preguntó con abatimiento:

—¿Qué es *recorvinando*?

—Recorvinar —empezó, entusiasmada de poder explicarse— es cuando recuerdas una cosa que todavía no ha pasado.

—Sería entonces adivinar.

—No lo adivino, lo recuerdo —le corrigió ella, con una nota de irritación en la voz.

—¿Cómo lo vas a recordar si no lo has vivido?

Alicia se acercó un poco más a él y abrió los ojos con fingida inocencia.

—¿Tú no puedes?

—Pues no.

—Será porque tienes una de esas pobres memorias que solo funcionan hacia atrás.

—Perdóname por no tener tu gran mente —ironizó Charlie, y sus labios se curvaron pese al esfuerzo por mantenerse serio—. Y dime, prodigio de la naturaleza, ¿cómo se hace?

—¡Es muy fácil! —Alicia se incorporó, dando un brinco repentino que consiguió que Charlie se sobresaltara y estuviera a punto de tirar el portátil que descansaba entre sus piernas—. Me enseñó el abuelo. Solo tienes que usar tu memoria hacia adelante.

—¿No me digas? —se burló—. ¡Qué fácil!

—¿Verdad?

—Mira la película, anda.

A Alicia le pareció que la pantalla del portátil era un espejo y que Penélope era su propio reflejo. Exactamente igual, pero al revés. La protagonista no le tenía miedo a la gente, eran ellos los que le temían por tener cara de cerdo. Se imaginó que de existir la posibilidad de intercambiarse, todo sería perfecto. Alicia viviría encantada en un mundo donde todos le tuvieran miedo y Penélope viviría feliz en uno donde nadie se asustara de ella. Era una idea brillante, si nos permitís la intromisión. Solo tenía un fallo: Alicia no podía atravesar espejos. Ni pantallas.

Se le ocurrió que quizá Donna podría infligirle alguna maldición si se lo pedía educadamente. Una cara de cerdo sería suficiente. Aunque, pensándolo bien, a ella la careta de cerdo de Charlie no le había dado ningún miedo. La gente era un poco rara, la verdad.

—¿Por qué les da miedo? —preguntó, sin despegar la vista de la pantalla.

—Pues porque tiene cara de cerdo.

—No lo entiendo. —Había fruncido los labios y la confusión en su rostro no variaba ni un ápice. Continuaba pendiente de las imágenes que se sucedían en la pantalla, buscando respuestas que se negaban a mostrarse en su presencia.

Charlie se encogió de hombros

—Para ellos es un monstruo. Le tienen miedo.

—¿Solo porque le tienen miedo es un monstruo? —Ladeó la cabeza hacia Charlie y este le devolvió la mirada—. Quizá ella tiene la cara normal y el resto la equivocada. ¿Cómo pueden saberlo? Debería ser ella la que les tuviera miedo por no tener hocico.

—¿Qué dijimos? Calla y mira. ¡No vuelvo a ver ninguna película contigo! —Volvió a retroceder unos minutos de la película, para que Alicia pudiera ver lo que se había perdido mientras parloteaba.

—No tiene mucho sentido —resopló y se cruzó de brazos, acomodándose de nuevo en el sofá.

Charlie le dedicó una mirada que no admitía réplicas y ella

decidió mantener la boca cerrada. Siguió viendo su vida a través del espejo. Realmente debía de ser un espejo, porque Penélope se escapaba para vivir la vida que le había sido negada y para conocer gente. Un sinsentido total. El mundo al revés. ¿Quién querría conocer a alguien al que le das miedo? ¿Un sapo ansiaría hacerse amigo de un mosquito? Si Alicia conociera a ese sapo le diría que con la comida no se juega, y si por el contrario fuera el mosquito el que le pidiera consejo le diría que si tiene miedo del sapo por algo será.

Para cuando se quiso dar cuenta, Penélope estaba enloqueciendo totalmente: paseaba por calles, entraba y salía de tiendas e incluso hacía amigos. Alicia ni siquiera se molestó en reprimir una risa sarcástica. Vaya película más rara. No era capaz de encontrar la lógica. Para empezar, Penélope era desgraciada porque todo el mundo le tenía miedo por tener cara de cerdo. Cosa rara —el motivo de su desgracia, no la cara— pero, además, cuando encontraba a alguien que no le temía decidía huir de él. De invertir el espejo ese alguien sería la única persona a la que Alicia no tenía miedo: Charlie. Y ella nunca huiría de Charlie. Así que no era capaz de entender por qué Penélope lo hacía. Y mucho menos podía entender por qué quería conocer a otras personas fingiendo no tener cara de cerdo —tapándose con una bufanda—, cuando alguien ya conocía su cara y la aceptaba.

Y eso mismo le hizo recordar la lista de Charlie. Alicia había estado fingiendo que no temía a la gente cuando podía estar simplemente con Charlie, al que no tenía miedo. ¿Por qué? Quizá se había dejado seducir por la normalidad, pero eso solo es una palabra y una definición difusa en un diccionario que ella no había escrito. Entonces, ¿por qué le importaba tanto? ¿Por qué había empezado a querer ser diferente? Hiciera lo que hiciera, Alicia siempre sería diferente. Para ella misma o para el resto del mundo. Qué más daba.

La risa de Charlie irrumpió en sus pensamientos y en ella encontró la respuesta. Era por él. Quería hacerlo por él. Porque Charlie quería que lo hiciera. Hasta ahora, siempre le había dado igual la gente. Que Charlie perteneciera a la definición de «gente» le había hecho pensar que quizá se había estado perdiendo algo importante. Alicia no quería perderse nada y mucho menos perder a Charlie. Pero aunque la idea de «gente» le intrigara, nunca había ansiado conocerles. Prefería invencerles —que, por si os lo estáis preguntando, es cuando inventas a alguien—. Fotografías y libros era todo lo que necesitaba para darle forma al mundo sin exponerse a él. Ella estaba bien contemplándoles a través de su objetivo, se podría decir que en ocasiones había sido hasta feliz. ¿Por qué renunciar a eso? Puede que su felicidad se encontrara en la felicidad de Charlie. A veces intentamos sentir cosas que solo podemos sentir a través de otros. Quizá la lista no contuviera solo deseos de Alicia, puede que muchos

de ellos fueran de Charlie.

—¡No la estás viendo! —se quejó él, señalándola con el dedo.

—¡Claro que sí!

—¿Qué acaba de pasar? —quiso saber.

—Pues…. —Alicia miró la pantalla-espejo buscando la respuesta y, cuando vio que Penélope salía en los periódicos y que todo el mundo la adoraba, abrió mucho los ojos—. Las personas se han dado cuenta de que no tienen hocico y le han pedido perdón.

—Nunca más, Alicia —pronunció, masticando cada palabra—. Nunca jamás.

—¡Pero si la estoy viendo! —replicó ella.

—¿Sigues *recorvinando*?

—No, ahora solo estiraba mis pensamientos.

—¿Y?

—Pensaba que Penélope es un poco rara.

—¿Por qué?

—Pues no le gusta que le tengan miedo y encima cuando conoce a alguien que no le tiene miedo va y huye.

—¡La estás viendo a trozos, Al! No huye, se va para vivir su vida.

—Pero si ya lo tenía a él —insistió con un deje de irritación, como si realmente pensara que Penélope era tonta de remate—, que no le tenía miedo.

—Pero él la rechaza, Al. —Meneó la cabeza y no pudo evitar sonreír.

—¿Y por qué hace eso?

—Pues porque la quiere.

Alicia frunció el ceño; casi se podían escuchar los engranajes que hacían trabajar a sus pensamientos.

—No tiene sentido.

—A veces solo puedes ser feliz siendo infeliz. —Charlie sonrió con tristeza—. Verás, él sería feliz con ella, pero ella no sería feliz con él. Por eso la deja, para que pueda ser feliz sin él.

—Busca la felicidad de ella en lugar de la suya propia, para poder sentirla —resumió Alicia, intentando comprenderlo.

—Algo así.

—¿Tú me quieres? —preguntó de repente, inclinándose hacia él y abriendo mucho los ojos.

—¿A qué viene eso?

—Pues porque parece que te gusta mucho esta película y no quiero que me quieras y que por eso te alejes.

—No tienes de qué preocuparte —musitó, reacomodándose en el sofá.

—Dilo.

—¿Que diga qué?

—Que no me quieres.

—No te quiero, ¿contenta? —Resopló.

—Sí. Gracias —canturreo Alicia con una sonrisa que solo podía mostrar felicidad.

—No pensé que llegaría el día en que alguien me daría las gracias por decirle que no le quiero. —Sacudió la cabeza y se examinó el cuerpo con detenimiento. Los brazos, el pecho y hasta las piernas—. Definitivamente, estoy perdiendo mi toque.

—¡No me dejas ver la película! —protestó ella.

A Charlie se le desencajó la mandíbula.

—Serás…

—¡Shhh!

—¡Pero si eres tú!

—Charlie, es imposible ver una película contigo —manifestó con petulancia.

—¡Se acabó! —Cerró el portátil y lo apoyó en el reposabrazos del sofá—. Te quedas sin saber el final, por lista.

—Ya sé el final.

—No lo sabes.

—Sí lo sé.

—¿Cómo acaba?

—Él la besa, se rompe la maldición, viven felices y tienen hijos con cara de cerdo. —Se lo pensó unos segundos y sonrió antes de añadir—: ¡Ya sé por qué te gusta tanto! Está claro, tú eres uno de sus hijos cerdos.

Charlie no sabía si reír o llorar.

—Idiota.

—¿He acertado?

—A medias.

—¿En qué me he equivocado?

—Nunca lo sabrás.

—Seguro que viven felices. Todo acaba bien siempre.

—No siempre acaba todo bien.

—En todos los libros que he leído el final siempre es feliz. ¿Para qué contarlo, entonces? Podrían haber dicho «Penélope era infeliz hasta que fue feliz. Fin». Se ahorrarían muchas páginas.

—Qué bruja eres. También podrían haber dicho: «Penélope era infeliz y siguió siéndolo. Fin». —Arqueó las cejas—. ¿Ahora eres anti felicidad?

—Es mentira. En los libros y en las películas te dicen que todo acaba bien, que no importa todo lo que haya pasado hasta ese momento porque al final todo habrá valido la pena. Pero no es verdad. Las lágrimas, aunque ya no las veas, se han derramado igual. Si

alguien me escribiera, mi final nunca sería feliz.

—¿Y eso por qué?

—Porque ni aunque se rompiera mi maldición o me dieran un beso sería un final feliz. Eve no regresaría, ni todos los años que he perdido encerrada, ni el miedo que siento. Todo seguiría ahí. —No había duda en su voz, solo la certeza de estar hablando con el corazón—. No porque sea lo último que leas, o veas, es lo último que has de sentir.

—La cuestión es que el mundo es una mierda y normalmente las cosas no acaban bien, así que alimentan los sueños. Si Penélope, que tenía cara de cerdo, pudo, todo el mundo puede.

—Eso es mentir.

—Yo lo llamo esperanza.

—Has dicho tenía, entonces ya no tiene cara de cerdo. —Los ojos se le iluminaron y levantó la mano en señal de triunfo—. Yo tenía razón.

—Tienes razón, pero no tienes la verdad.

Permanecieron callados lo que pareció una eternidad. Charlie apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y miró al cielo, pero Alicia no se movió de su posición. Tenía los ojos clavados en él, pero su mente volaba bien alto; los ojos de Charlie ni siquiera podían distinguirla entre la cantidad de nubes que poblaban el cielo.

—Me da pena Penélope —admitió Alicia al cabo de unos minutos.

—¿Por qué?

—Es como yo. Puede que ya no tenga cara de cerdo, pero aunque ya nadie pueda verla, seguro que la siente. Se mirará al espejo y se verá como era antes, tendrá amigos sabiendo que solo están ahí porque ya no tiene cara de cerdo. Puede que a veces se le olvide, pero siempre tendrá la cara de cerdo planeando sobre sus pensamientos. —Se encogió de hombros—. Mi miedo nunca podrá desaparecer porque siempre lo tendré presente aunque ya no lo sienta, ¿entiendes? Puede que algo importante te abandone, una cara de cerdo o el miedo, pero tú nunca le abandonarás porque siempre lo recordarás. Y eso es básicamente como si nunca desapareciera. Que nadie lo vea, o que no lo sientas, no significa que no esté.

Charlie abrió los labios y los volvió a cerrar. Una. Dos. Tres veces. Al final, sacudió la cabeza y soltó una risotada, estirando el cuello para volver a perderse en la densidad de las nubes.

—A mí me da igual que no desaparezca, mientras tú estés. Y esa es la verdad más de verdad que tengo.

—La verdad nunca es eterna.

—¿Sabes que el lema de Harvard es veritas?

—No, una universidad presencial no es de mis mayores

intereses.

Charlie ignoró el comentario.

—Pues sí, pero además tienen una estatua. La estatua de las tres mentiras —comenzó a decir—. En la inscripción se puede leer: John Harvard, fundador, 1638. En realidad no la fundó John Harvard —explicó—, él solo donó libros. Se fundó en 1636 y el de la estatua no es él, no hay retratos suyos, nadie sabe cómo era. Usaron a un estudiante como modelo para hacerla. Tres mentiras dentro de una verdad. Lo que pone es mentira, pero lo que está escrito es verdad. Hay demasiados matices para definir lo que es verdad y lo que es mentira. La verdad es efímera.

—Puede que no la fundara oficialmente, pero sí donó libros, ¿qué es una universidad sin libros? Para mí es tan fundador como el mismo fundador. Si pone 1638 interpretas que se refiere a que se fundó en esa fecha, pero puede que solo sea la fecha en la que donó los libros. Y lo de que no es él… ¿si no hay retratos suyos cómo pueden saber que no es él? Puede que ese estudiante fuera igual que él o puede simplemente que su espíritu fuera el de cualquier estudiante. A mí no me parecen mentiras. Son más como verdades que no se ven a simple vista, pero no mentiras.

La sonrisa de Charlie se había ido expandiendo a medida que Alicia pronunciaba su réplica.

—Me gustas, Al. Y me da igual que sea verdad o mentira, es y ya está.

—Tú a mí también, eres mi persona favorita.

—Soy la única que tienes.

—¡Eso es mentira!

—Tu familia no cuenta.

—Entonces es verdad.

—¿Leíste el libro de Wendy? —preguntó Charlie, cambiando de tema.

—No.

—¿Por qué? Por falta de tiempo no será —dijo en un intento de picarla. Pero Alicia, para variar, no pilló la broma.

—Lo abrí, pero no tenía dibujos.

—¿Y qué?

—Pues que no me gusta.

—Si no lo has leído, ¿cómo vas a saber que no te gusta?

—Lo sé porque lo he visto y no tiene dibujos.

—Pues yo creo que te gustaría. Es una historia de las de verdad; en su libro acaba bien, pero en la realidad acabó muy mal.

—Ahora me gusta menos. Es una mentira.

—Es una mentira de verdad. En la realidad acabó mal, pero en su libro acaba bien. Solo cambia el final y lo hace porque es su

forma de reconciliarse con la vida.

—¿Se reconcilia contando mentiras?

—Lo hace con esperanza. Quizá algún día ocurra, quién sabe. Los finales, en realidad, no existen. Un punto y final siempre puede convertirse en un punto y aparte. Solo hace falta una frase más. No es una mentira; solo escribe *recorvinando*, como tú.

—¿Si me lo leo me contarás el final de verdad?

—Puede.

—¿Y me harás algún dibujo?

—Haré algo mejor: te enseñaré fotografías.

-Capítulo 31-
Charlie

Somos una mezcla de pasado y futuro.

El pasado, a veces, es como una mina antipersonas. Se esconde en tu interior, en algún lugar recóndito, y cuando menos lo esperas, cuando ni siquiera sabes que está ahí, se acciona y estalla en mil pedazos dentro de ti. Las minas antipersonas no se usan para matar, se usan para herir. Los heridos molestan más que los muertos. El pasado tampoco mata, pero hiere. Charlie acababa de pisar una mina perteneciente al pasado. Estaba tan quieto que ni siquiera parecía humano. Ni respiraba. Todos sus músculos se contrajeron y él se quedó ahí; suspendido en el tiempo. Tenía la impresión de que si se atrevía a dar un paso todos los recuerdos le estallarían en la cara, mutilándolo, asfixiándolo. El pasado era palpable en ese lugar, era un recordatorio tangible de sus demonios. Olía a polvo. Y a tierra mojada. Y a más pasado. Casi podía sentir la contracción de su estómago dispuesto a vomitar, a expulsar el dolor de su cuerpo. Como si fuera tan fácil, como si el dolor fuera tangible y pudiera arrojarse, esconderse o romperse. Como si pudiera deshacerse entre tus dedos. El dolor, si tuviera forma, indudablemente sería como el aire —transparente, intangible, eterno, omnipresente—.

Nick no dejaba de excavar en la tierra. La pala se hundía en ella con fuerza para, a continuación, volver a emerger. Cada vez que la pala se clavaba en la tierra, más cerca estaban de desenterrar la mina. Aquel día no llovía, pero Charlie hubiera deseado que lo hiciera, que tronara para poder llorar y gritar sin miedo a ser descubierto. De su garganta casi se escapaban palabras de súplica pidiendo que no removieran esa tierra, que dejaran el pasado donde debía quedarse: enterrado. Apretaba los puños y tenía la mirada fija en un punto indefinido del suelo. Solo veía marrón. Charlie se sintió más solo de lo que nunca se había sentido. Pese a que todos —o casi todos— sus amigos estuvieran presentes, pese a que el recuerdo escurridizo de Alicia le susurrara y provocara un cosquilleo en el lóbulo de la oreja, pese a todo. Ni siquiera le parecía real, era más como una pesadilla repleta de monstruos. Y entonces sucedió. La pala chocó con la mina y Charlie cerró instintivamente los ojos, rogando, desesperado porque los pedazos no le alcanzaran.

Sin embargo, no ocurrió nada. Nada más allá de su corazón

latiendo desbocado, sus piernas preparadas para huir y su alrededor rompiéndose en mil pedazos. Sentía como si él mismo formara parte de una fotografía que alguien sostuviera entre sus manos y fuera desmenuzando poco a poco. Casi podía ver a Thomas deshaciéndose delante de él.

—Ya está —dijo Nick mientras se adentraba en el agujero.

Sacó con cuidado una caja marrón, grande y de plástico, sellada a presión con cinta adhesiva y cubierta de tierra. A Charlie le pareció extraño cómo algo tan fuera de lugar había permanecido inmutable. No entendía cómo la tierra no había expulsado la caja de su interior por intentar ser semilla cuando solo era pasado y dolor. Las cápsulas del tiempo no deberían existir, nadie debería luchar contra las manecillas del reloj. Ni siquiera los recuerdos. ¿Quién ganaría en una batalla? ¿El tiempo o los recuerdos? No lo tenía claro. Sin duda, la muerte les ganaría a ambos y quizá era lo único que importaba; que, por mucho que luches contra el tiempo o contra los recuerdos, aunque consigas vencerles, tu final siempre será el mismo. Tarde o temprano, recordando u olvidando, solo serás polvo.

Respiró hondo. Recordaba perfectamente lo que había dentro de esa caja, él mismo apoyó la idea de Wendy tres años atrás. Pero entonces era todo tan distinto… Él estaba. Su madre estaba. Su dolor, por el contrario, gozaba de una intensidad muy distinta. Ahora todo era diferente. Él era otro. Sabía lo que había en ella y no quería verlo.

Nick abrió la caja y sonrió. Dentro había pequeñas cajitas de plástico etiquetadas con el nombre de cada uno. Nick las observaba con un deje de socarronería en el rostro, pero, cuando su mirada reparó en la cajita de Peter, la sonrisa se le borró de los labios. De hecho, la sonrisa de todos se esfumó de ahí, como si tuviera prisa, miedo o se hubiera colado en una fiesta a la que no había sido invitada. A Charlie casi le pareció verla correr. También le pareció ver una sombra, juguetona, sobre un árbol cercano. Sacudió la cabeza. Estaba empezando a enloquecer.

Wendy se adelantó y cogió la suya, rompiendo el silencio cargado de lágrimas que la caja de Peter había dejado caer entre ellos, fugaz y traidora como una tormenta de verano. La sostuvo entre sus manos mientras se alejaba unos pasos con una gran sonrisa que Charlie no se creyó. Y es que la sonrisa les había abandonado —él mismo la había visto huir—.

—Allá vamos —dijo la chica, y siguió murmurando frases que a Charlie se le antojaron ininteligibles. Frases que iban perdiendo fuerza a medida que su amiga iba abriendo la caja, hasta convertirse finalmente en un suave murmullo parecido al viento.

Algo fugaz destelló en sus ojos, algo sin nombre; algo que, si tuviera que describirse con una palabra, las mismas palabras se

esconderían aterrorizadas, deseando no ser las elegidas.

Ninguno de ellos dijo nada. Apartaron la vista, como si ante ellos alguien se estuviera muriendo y no pudieran hacer nada por salvar su vida. Sus miradas se detuvieron en la caja más grande, casi culpándola, fingiendo que alguien no se marchitaba delante de sus ojos. Cuando creemos que no hay nada que podamos hacer por ayudar a alguien, acostumbramos a obviarlo, a hacer como si no existiera. Y por eso mismo, durante unos minutos, Wendy no existió para ellos.

Wendy se sentó en el suelo, sin poner una toalla o un trapo que evitara que sus vaqueros blancos se ensuciaran, olvidándose de sus manías más arraigadas. Porque Wendy ya no era Wendy; era todo pasado, era recuerdos que se marchitaban entre sus manos, era una mañana de navidad sin regalos. Wendy era, a fin de cuentas, una niña que se había perdido. Más que sentarse se desplomó y, cuando Christian hizo ademán de acercarse a ella, levantó la mirada y lo que había en sus ojos fue tan poderoso que el chico retrocedió, asustado. Wendy ya no estaba allí con ellos y, fuese donde fuese el lugar en el que se encontrara, Charlie supo que estaría sola y que era así como quería estar. Y él hizo lo único que se le ocurrió para que la desgracia de Wendy dejara de ser el foco de atención: se lanzó hacia la mina. Se inmoló.

Con paso lento pero decidido se acercó a su caja, sintiendo como el oxígeno, poco a poco iba abandonándole, como si fuera un amor de verano en pleno invierno. Sintió el peso de todas las miradas sobre él y tragó saliva. Un paso y otro más. Ya casi estaba frente a la mina. Cuando la caja le cortó el camino y solo tenía que agacharse para coger su mina se quedó paralizado. En esa caja estaba su madre, su olor. También estaban sus esperanzas, sus ansias de un futuro mejor. No quería abrirla, no quería perderla una vez más. No podía perderla más veces. ¿Cuántas veces has de despedirte de la misma persona después de que ya se haya ido? ¿Cuántas? ¿Tantas? ¿Por qué? Charlie sentía que tendría que enterrarla una y otra vez, verla desaparecer del mundo y escabullirse de sus días para toda la eternidad.

Eternidad. Meneó la cabeza. Tantos hombres luchando por ella y ¿de qué servía? ¿Por qué alguien querría vivir eternamente? ¿Qué clase de persona seria capaz de hacerlo? Charlie no se imaginaba peor castigo que pasarse el resto de sus días sabiendo que todos morirían y él no. Más que una vida eterna, sería una vida de eternas despedidas, de eterno dolor. Sabiendo que eres finito te queda el consuelo de que todas las despedidas saben a un hasta luego, cuando eres infinito todos los adiós son rotundos y definitivos.

Sintió una mano en su hombro y no le hizo falta levantar la vista para saber a quién pertenecía. Thomas siempre olía a lealtad y,

aunque en esa caja también estuvieran enterrados sus demonios, estaba dispuesto a desenterrarlos si con eso aligerara el peso de los demonios de los demás. Pronto sintió pasos a su espalda y supo que era Sean, sin necesidad de ningún sentido distinto al de la amistad. Había caminado tantas veces junto a él que sabía cómo sonaban sus pasos, cómo cargaba ligeramente más el peso en la pierna izquierda que en la derecha. Sintió las respiraciones acompasadas de Aidan y Willam en su nuca. Acabó con la cabeza bajo el brazo de Nick, que le frotaba el pelo como cuando eran pequeños. Charlie le miró y Nick sonrió. Todos a la vez, juntos, cogieron sus respectivas cajas e hicieron de su dolor un dolor compartido, que aligeraba el peso que caía sobre sus maltrechos corazones. Puede que viajaran al pasado o que estuvieran en un presente pintado con recuerdos, pero lo importante, lo esencial, es que no estuvieron solos y que nunca lo estarían. Se tenían los unos a los otros y, aunque eso no bastaba ni era garantía de felicidad, era lo único que necesitaban.

Abrieron sus cajas en silencio. Charlie sostenía la suya cuando ladeó la cabeza y distinguió el contenido de la de Thomas. Tragó saliva y se alejó unos pasos pensando que, si ellos podían, él también podía. Lentamente, la caja le mostró su esencia y sus esperanzas. Había un delantal viejo, de cuadros amarillos y blancos, con una pequeña mancha de lo que parecía sirope de chocolate. Lo miró como si pudiera convertirse en polvo con el roce de una simple mirada. Había un pequeño papel doblado entre los pliegues del delantal, que cogió sabiendo lo que iba a encontrarse.

Se sentó en el suelo y depositó la caja a un lado con mimo. Quiso romper la nota, pero sus manos actuaron, traidoras, sin su permiso y se dio de bruces contra sus propias palabras.

Dile a mamá que la quiero, dale un beso enorme y abrázala mucho. No siempre estuvo con nosotros.

Fdo.
Charlie del pasado

El corazón de Charlie se encogió. La garganta se le secó. El aire se esfumó de sus pulmones. Los ojos le ardieron, la misma alma le ardió. Se sintió un Ave Fénix: renaciendo y muriendo. Y por más que quería, por más que rogaba, seguía ahí, vivo. El corazón le palpitaba y el oxígeno entraba y salía de su cuerpo, ajenos a sus pensamientos. Entendió, en ese preciso momento, que a veces para morir no necesitas dejar de vivir, solo desear hacerlo. Y Charlie murió en un cuerpo rebosante de vida que albergaba un alma muerta. Murió en vida. Murió viviendo. No como un hombre que exhala su último

suspiro o un pez que se remueve y serpentea en tierra sintiendo cómo el aire le roba la vida, sino como alguien que cruza una puerta por ser la única o como un reloj que se estropea en medio de un segundo. Vivió sabiendo que jamás habría más puertas o tiempos mejores; vivió sabiendo que nunca estaría completo, que siempre viviría a pesar de estar muerto. Y lo aceptó. Aceptó vivir a pesar de saber que nunca sería completamente feliz.

Se acercó el delantal a la cara y le susurró un pequeño «te quiero», para después abrazarlo y besarlo; fue extraño cómo algo tan dulce como el chocolate aceptó, sin una sola queja, las más saladas de las lágrimas. Por un momento, pareció que el delantal cobraba vida y arropaba a Charlie entre sus brazos. Hundió la cara en él, se perdió en los recuerdos y por unos segundos la realidad se apartó, compungida y culpable, y le cedió el sitio a un quizá que tomó la forma de su madre, abrazándole por detrás mientras él se deshacía, mientras él la lloraba una vez más.

Si los demás no hubieran estado desperdigados por el suelo, sumidos en sus propios pasados y recuerdos, si Charlie no hubiera tenido enterrada la cabeza en el delantal o si ese pequeño terreno desértico de vida no se hubiera convertido en pequeñas islas de dolor y pasado, todos hubieran podido ver cómo sus pérdidas se materializaban ante ellos, cómo sus anhelos se hacían realidad y cómo los quizás vencían a los fue. A veces, estamos tan perdidos en nosotros mismos que nos perdemos los pequeños milagros, la magia, los mapas que se dibujan frente a nuestros ojos.

No podríamos deciros cuánto tiempo pasó, si es que realmente avanzó. Lo cierto es que cuando las lágrimas se agotaron, los recuerdos se volvieron a esconder y el dolor se evaporó; algo en ellos se marchó para siempre y el peso que había ejercido el pasado sobre sus hombros se aligeró.

Se miraron entre ellos, cada uno sentado en una porción de tierra, en una soledad entonada con los acordes de la amistad. Y, como si lo hubieran ensayado, sus ojos se posaron sobre la pequeña caja de plástico que aún no se había abierto.

Una caja con el nombre de Peter.

—¿Deberíamos abrirla? —preguntó Nick a nadie en particular.

—Él no está —musitó Aidan, encogiéndose de hombros.

—Sigue siendo suya —repuso Thomas, paseando la mirada por cada uno de ellos.

—Que decida Wendy —resolvió Charlie. Su propia voz le pareció lejana.

Wendy levantó la vista como si la mención de su nombre la hubiera devuelto a la realidad. Sin decir una palabra, se puso en pie y

fue hasta la caja con resolución. La sostuvo unos segundos en sus manos antes de abrirla y extraer una pequeña nota; se quedó en suspenso, paralizada, al leer lo que había escrito en ella. Charlie pensó que Wendy se había convertido en piedra, aunque de haberlo hecho todo habría sido mucho más fácil. El pelo le escondía gran parte de la cara cuando dejó caer la caja al suelo junto a la nota. A punto estuvo de trastabillar al dar unos pasos hacia atrás, alejándose de la nota y de los sentimientos que esta había despertado en ella. En los segundos que tardaron en reaccionar, Wendy prácticamente había sorteado los metros de tierra que los separaban del interior de la nave. Todos la siguieron. Todos menos Charlie, que se había quedado rezagado a propósito, esperando a que todos se marcharan para robarle una pizquita de Peter a Wendy.

Una ira primitiva se instaló en su pecho al leer la nota, y supo exactamente a dónde había ido su amiga. Sabía a dónde dirigirse cuando se adentró en la nave: al museo de los relojes. Ahí estaba Wendy, rompiendo el tiempo, con una fiereza inaudita, haciendo estallar los relojes en mil pedazos.

Todos la observaron mientras algo —una pequeña sombra atada al pasado— salía de sus corazones, probablemente para siempre. Charlie sintió que estaba despidiéndose de Peter, su mejor amigo, por última vez. Cierto es que se equivocaba, pero eso fue lo que sintió en aquel momento. Le dijo adiós y dejó de sentirlo como un peso muerto con el que debía cargar. No había reproches ni odio por haberlos abandonado, por haber puesto tierra de por medio. Peter había huido y Charlie le perdonaba, aunque no olvidaba. Mientras veía a Wendy destrozar relojes sin compasión pensó que estaba batallando, no contra el tiempo o sus propios monstruos, sino contra la ausencia de Peter.

Por cada segundo que marcaba el tiempo, Peter se desdibujaba de sus vidas. Se convertía en una sombra en su memoria que se deslizaba sin compasión. Y sintió una inmensa pena por él.

[image]

Horas más tarde, Charlie y Thomas, apoyados en el coche de este último, se despedían de sus amigos con un gesto de la mano, contemplando cómo los coches se perdían en la lejanía.

—Vi tu caja, Thomas.

Thomas no dijo nada. El aire les azotaba el rostro y la noche comenzaba a cobijarlos en su manto.

—Puedes hablar conmigo —insistió. Se volvió para mirarlo y le pareció que estaba tan perdido como él—. O puedes no hablar. Sea como sea, estoy aquí.

—Es pasado —empezó su amigo al cabo de unos minutos que parecieron siglos enteros—. A veces siento tentaciones, cuando algo

me va mal. Pero entonces recuerdo la caja y pienso que no quiero abrirme dentro de unos años y ver que sigo siendo el mismo. Y ahora, al abrirla, no podía dejar de pensar en qué voy a hacer a partir de ahora.

—La caja da igual. El tiempo pasa con cápsulas del tiempo o sin ellas.

—Pensarás que estoy loco.

—No pienso nada.

—Solo quería sentir algo, aunque eso fuera dolor.

—Sentir está sobrevalorado. Puede que seas un superhéroe y ese sea tu super poder. No sentir. —Se quedó pensativo—. Mola. ¿Te imaginas a Superman haciéndose un collar de Kryptonita? Sería absurdo.

Thomas se echó a reír.

—Puede que sea el dolor el que está infravalorado. Cuando os he visto ahí dentro, sufriendo, lo primero que he pensado es que estabais vivos. Rellenos de vida. Rebosantes de ella. El dolor forma parte de la vida y si el dolor no forma parte de la tuya, puede que simplemente no estés vivo.

—Eres la persona más viva que conozco, Thomas.

—Ojalá fuera verdad.

—¿Sabes lo que es recorvinar? —Thomas negó con la cabeza —. Es cuando recuerdas lo que todavía no ha pasado. Alicia lo hace mucho. ¿Sabes cómo te recorvino? Sonriendo. Siendo feliz. Sufriendo. Volviendo a ser feliz. En realidad, cuando pienso en vida pienso en ti. Quizá solo estés anestesiado y necesites despertar.

Thomas alzó las cejas, divertido.

—¿Cómo se despierta de la vida?

—Soñando, soñando mucho. Es raro, ¿no crees? De la vida se despierta soñando y de los sueños viviendo.

—Tiene lógica.

—Algún día no necesitarás hacerte daño ni unas cuchillas para sentir. Sentirás y ya está. —Charlie suspiró—. Prométeme una cosa —le pidió—. Prométeme que si alguna vez sientes tentaciones de hacerte daño me llamarás, sin importar nada. Solo llámame.

—Hace tiempo que no lo hago, de verdad. Desde que él se fue. Solo son pensamientos aleatorios. Pero sí, te lo prometo.

—Puede que no te lo diga mucho —elevó una ceja—, o quizá no te lo haya dicho nunca, pero te quiero Thomas, más de lo que podría explicar con dos palabras.

—Lo sé. —Asintió y un ligero rubor cubrió sus mejillas.

—Sé que lo sabes, solo quería que me lo escucharas decir. No sé, he estado pensando y creo que damos muchas cosas por sabidas cuando no tienen por qué saberse. No me gustaría arrepentirme algún

día por algo que sentí y no dije.

Thomas lo miró atentamente, analizando cada uno de sus gestos.

—Estás muy pensativo últimamente. Casi no te reconozco.

—Estoy igual que siempre —repuso Charlie.

—Ya.

Una sonrisa traicionera se expandió por el rostro de Charlie.

—Es ella, ¿sabes? Me hace replanteármelo todo a cada minuto. Nosotros tenemos miedos reales, sabemos de qué escondernos y a qué temer. Ella teme al miedo, a toda la población. Y aun así es como una niña, siempre está sonriendo y revoloteando. Dice lo que piensa y, aunque le da miedo la gente, siente una curiosidad inaudita. Es como magia, toda ella es magia. Hasta se inventa palabras. —Se le llenó el rostro con una sonrisa—. Millones de palabras en el diccionario y no le bastan, necesita nuevas, así que en lugar de conformarse las crea. —Meneó la cabeza y su sonrisa se hizo más amplia, si es que eso era posible—. Es una bocazas y rara como ella sola, pero tiene algo, tiene algo que no creo que nadie pudiera describir nunca. Antes me enfadaba, nunca he logrado captarla en toda su esencia en un dibujo y eso me hacía maldecir; pero ahora sé que simplemente no se puede contener la inocencia, ni las ansias, ni las ganas, ni la magia. Nunca podré captarlo porque eso que tiene solo habita en ella.

—Yo sé lo que tiene.

—Que no, Thomas. No te haces una idea, tendrías que verla para saber de lo que te hablo.

—Te veo a ti y es lo único que me hace falta. Te tiene a ti, Charlie.

—¿Por qué es todo tan difícil? Si solo pudiera hacer que desapareciera toda la gente para que fuera feliz… —Charlie guardó silencio un instante—. Bueno, no te ofendas. Para ella eres gente, no es que lo seas para mí.

—No me ofendo, me encantaría conocerla.

—Ojalá pudieras. Te encantaría. Quizá algún día, cuando le consiga una isla desierta, puedas visitarla, aunque tendrías que hacerte pasar por un animal o algo. —Soltó una risotada—. El cerdo ya está cogido, se siente.

—Mejor no vayas diciéndolo por ahí. —Charlie soltó una carcajada y Thomas le miró con ternura—. Tú ya tienes una isla. La guarida siempre ha sido nuestra isla. En cualquier caso, si no tienes una isla siempre puedes crearla para ella. El único límite está en ti. ¿No es eso lo que siempre decías?

—No, eso lo decía Peter.

—Pues Peter tenía razón.

—Peter siempre la tenía.

—A veces, cuando no sé qué hacer, me pregunto ¿qué haría Peter? —Thomas se encogió de hombros—. Sé que es un capullo y que se olvidó de nosotros. Pero si algo tenía era magia. Me ha ayudado mucho pese a no haber estado, eso también debería contar. La cuestión es que quizá la única respuesta a tus preguntas sea una simple pregunta.

—¿Qué haría Peter? —se preguntó Charlie a sí mismo. Y siguió preguntándoselo horas más tarde, mientras intentaba coger el sueño y mientras se sumergía en él.

Se despertó en medio de la noche, sudoroso pese a que la ventana estaba abierta. Habría jurado que la había cerrado. Meneó la cabeza. La ventana le daba igual, ya tenía respuesta. Una sonrisa nacida en sus pensamientos reptó hasta sus labios.

-Capítulo 32-
Alicia

El miedo es muy travieso, pero también puede ser justo.
Se va cuando ya no tiene nada que hacer.

Encontró la estrella en su jardín, refugiada a los pies del duende que tocaba alegremente el órgano. Era noche cerrada y, por alguna extraña razón, Alicia estaba arrancando rosas rojas cuando un brillo captó su atención. Y ahí estaba, brillante, maravillosa, inalcanzable. El corazón casi se le detuvo de la alegría.

Soltó las rosas y fue hacia donde había visto la estrella para percatarse, con horror, de que esta había desaparecido. La buscó por todo el jardín antes de volver a detenerse delante del mismo duende. Lo inspeccionó a conciencia, como si este fuera capaz de cometer la fechoría de arrebatarle su estrella, pero parecía habérsela tragado la tierra. Y eso mismo fue lo que se le ocurrió: la tierra debía de haber engullido a su estrella.

Comenzó a escarbar con las manos, arrancando la tierra como si esta fuera arena de la playa que se escurría entre sus dedos. A Alicia debió de extrañarle ese detalle, de la misma manera en que debió de extrañarle que los otros cuatro duendes que habían desperdigados por el jardín se hubieran congregado en torno a ella. Los cinco reunidos junto a su dueña, observándola con una expresión maliciosa. «¡Allí!» dijo el que llevaba el farolillo amarillo. Alicia creyó captar un destello por el rabillo del ojo y se volvió en esa dirección, pero no encontró nada. «¡Allí!» bramó el que tocaba la trompeta, emitiendo un sonido atronador. Alicia dio un respingo y miró en la dirección que le señalaba el duende, el hueco entre las rosas blancas, pero por mucho que rebuscó tampoco había rastro de la estrella. «¡Allí!» chillaron al mismo tiempo los duendes que llevaban una rosa y un rastrillo. Le costó un último intento darse cuenta de que los diabólicos duendes se estaban riendo de ella. «¡Todos a vuestro sitio!» ordenó al tiempo que les daba la espalda, muy digna. Y como si de una aparición se tratara, la estrella volvió a surgir.

Estaba en su ventana, la misma ventana por la que cientos de veces se había asomado su tía. Alicia corrió escaleras arriba. Tampoco se dio cuenta de que no había muebles en la casa, ni de que eran rocas deformes lo que pisaba, rocas que ascendían en una pendiente imposible. Al atravesar su dormitorio para llegar a la ventana, donde

la estrella relucía como la luna más brillante, tampoco se fijó en que el suelo había desaparecido. Y Alicia cayó al vacío. Cayó con la vista aún clavada en la estrella, sus brazos alzados hacia arriba, los dedos sosteniendo el aire, sus gritos ahogándose en las profundidades de un agujero que parecía no tener fin. Cayó como lo hizo Alicia en la madriguera del conejo, solo que este agujero estaba relleno de miedo y pintado de soledad.

Se despertó bañada en sudor, con el corazón latiéndole a mil por hora y los ojos desorbitados por la adrenalina. Había sido un sueño extraño, demasiado incluso para ella. Un sueño por culpa del cual no había vuelto a pegar ojo y se había pasado la mañana buscando de nuevo la estrella por el interior de la casa. Hacía demasiado frío para salir al jardín y algo le decía que la estrella debía de estar en su habitación. Sentía como si su tía le hubiera enviado una señal en forma de sueños, recordándole que la estrella seguía desaparecida.

Alicia prácticamente había deshecho su dormitorio para volver a hacerlo, como un puzzle que se iba construyendo ficha a ficha, con la diferencia de que el armario continuaba inalterable. Había empezado a colocar su ropa en un robusto baúl de madera que había pertenecido a su abuela, y más tarde a su tía Mary, y que ahora cumplía la función de armario, ya que el viejo solo servía para comunicar a los dos vecinos. Con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados, Alicia miraba el armario abierto como si escondiera el mayor secreto del universo. Hizo a un lado la manta que cubría la pared rota, donde Charlie o ella solían apoyarse para hablar con el otro, y escrutó el hueco de la rotura de lado a lado.

¿Era cosa suya o brillaba algo ahí debajo? Alicia hizo tocar el silbato, pero ni rastro de Charlie. Supuso que debía de haber salido. Abatida y con la idea de que algo brillante se escondía entre la pared rota, algo que podía ser su estrella, fue a buscar la pica para darle otro toquecito a la pared. «Uno muy suave», se prometió. Eran apenas unos pocos centímetros, un espacio minúsculo que no supondría diferencia alguna. Armándose de valor, con la luz del armario bien encendida y los ojos puestos en la marca que había hecho en la zona donde debía picar, aporreó la pared con suavidad. Una, dos, tres veces. Tuvo la mala suerte de que una parte del lado izquierdo cedió antes y fue a parar al armario de Charlie. De improviso, el hueco se había ensanchado varios centímetros y Alicia comprobó con disgusto que su estrella continuaba encerrada.

—¿Pero qué estás haciendo? —Charlie había aparecido de improviso y la miraba con los ojos desencajados, pero ella no tenía tiempo que perder y se había puesto en posición para volver a aporrear el hueco—. ¡Para! —gritó, adentrándose en el armario y

arrebatándole la pica para impedir que continuara rompiendo la pared —. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—¡Suelta! —Tiró del extremo de la pica, intentando recuperarla, pero Charlie tenía más fuerza y la hizo desaparecer en un abrir y cerrar de ojos—. ¡Devuélvemela ahora mismo! —ordenó.

—No hasta que me digas lo que estás haciendo.

—¡Estoy buscando mi estrella! —Era tan obvio para ella que no entendía por qué le hacía semejante pregunta—. Mi tía me ha enviado un sueño, quiere que encuentre la estrella.

—Perdóname que te lo diga, pero dudo mucho que tu tía pueda hacer tal cosa. Y además, ¿para qué querría ella que encontraras algo que ella misma escondió antes de irse? Si la escondió debió de ser por algo, ¿no te parece?

Alicia levantó el mentón y le fulminó con la mirada.

—Solo la estaba guardando. Es hora de encontrarla.

—¿Para qué?

—Pues, pues… —Sacudió la cabeza. No tenía respuesta a esa pregunta, pero tampoco le interesaba. Volvió a mirar en el hueco y acercó los ojos lo más que pudo. Sí, había algo brillante, no cabía la menor duda—. ¿No lo ves? ¡Hay algo que brilla! —Los ojos se le iluminaron.

Charlie resopló, pero se acercó a ella y comenzaron una extraña batalla en la que sus cabezas luchaban la una contra la otra para ocupar el agujerito.

—Es una moneda —resolvió el chico.

—No es una moneda —repuso Alicia, indignada.

—Claro que sí. Es una libra, la veo perfectamente.

—¡No lo es!

—Debió de caérsele a alguien cuando construyeron la pared.

Alicia se apartó y le miró enfurruñada; la mueca que había compuesto en el rostro dejaba a las claras su mal humor. Porque ella también se había percatado de que, en efecto, era una libra aquello que tanto brillaba. Y, por mucho que la estrella no fuera realmente una estrella, dudaba de que la tía Mary hubiera escondido una libra.

—Te equivocas. —Por nada del mundo le daría la razón.

Charlie se había apartado del hueco y la miraba con una mezcla de diversión y ternura.

—¿Has visto alguna vez una libra? —preguntó con una media sonrisa.

—¡Pues claro que he visto una libra! ¿Cómo no voy a ver una libra?

—De la misma manera en que no sabes quién es Sheldon Cooper y que no has oído hablar de Benedict Cumberbatch.

—¿Y quién te ha dicho que no he oído hablar a Benedict

Cumberbatch? —repuso la chica—. Y no solo le he oído hablar, también le he visto.

—¿Pero no decías que no veías la tele? —Charlie alzó una ceja.

—Dije que no tengo televisión y que no me gusta ver películas sola, pero eso no significa que no vea capítulos de Sherlock Holmes —replicó, encogiéndose de hombros—. Chase tiene todas las temporadas —explicó—, y las he visto todas con él. Con Sherlock es imposible que me aburra, hay que estar atenta a cada detalle. —Esbozó una sonrisa de suficiencia—. Benedict Cumberbatch es el hombre más guapo que he visto. Y el más sexy —añadió.

—Ya —musitó Charlie, cruzándose de brazos.

—También vimos una que era de naves y planetas raros —continuó al notar el gesto de fastidio en el rostro de Charlie—, y estaba tan guapo que dolía mirarlo. Y esa voz y esa mirada que tiene… —Los ojos le brillaban. Se estaba divirtiendo mucho—. Es tan sexy que si lo tuviera delante me desmayaría.

Charlie torció el gesto.

—Eso lo harías con cualquiera. —Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida—. No veo qué tiene eso de especial.

A Alicia se le borró la sonrisa.

—¡Eres un idiota! —Se quitó un zapato y se lo lanzó a través del armario, pero Charlie consiguió esquivarlo con facilidad. Tan irritada estaba que cerró el armario y se apoyó en él mientras seguía escuchando las risas del Charlie al otro lado.

—¡Ya me callo! —prometió él, sin dejar de reír—. No puedes negar que me lo has puesto muy fácil. —Alicia no pudo evitar que de sus labios emergiera una sonrisa. Tenía ganas de abofetearlo, desde luego, la búsqueda de la estrella se había convertido en algo vital para ella, pero no podía evitar que la risa de Charlie se le pegara. Era como el algodón de azúcar que tanto le gustaba a Eve, que se te quedaba pegado al paladar y a los dedos—. Al, lo siento —le escuchó decir—. Ya paro, ¿vale? Abre la puerta, por favor —le pidió. Las risas parecían haber llegado a su fin—. Tengo algo que decirte.

—¡Mientes!

—De verdad que no. Abre la puerta y te lo cuento.

—Puedes contármelo con la puerta cerrada.

—Me gustaría mirarte a los ojos mientras te lo digo. Al, venga. —La súplica impresa en la voz de Charlie consiguió convencerla para abrir la puerta. Pero esta vez se quedó de pie, sin acercarse ni un solo centímetro a su interior—. No me estaba riendo de ti —aseguró el chico, ahora totalmente serio.

—Ya, claro.

—¿Crees que me estaba burlando de ti? —Había algo en la

mirada de Charlie, algo que Alicia no podía describir. Ella negó con la cabeza—. Pues dilo —le pidió.

Alicia frunció los labios y apartó la mirada.

—Te estabas riendo de mí.

—Eso no es lo que tenías que decir.

—Pues es lo que parecía.

—Hasta ahora no te había importado que bromeara. ¿Desde cuándo ha cambiado eso?

La chica abrió la boca para contestar, pero inmediatamente la cerró. ¿Cuándo había cambiado? ¿Cuándo había empezado a importarle lo que Charlie pensara de ella, que bromeara con «su problema»? No lo sabía. Alicia no tenía idea de nada, pero lo cierto era que lo hacía, le importaba de verdad. Mucho. No quería que sintiera lástima, ni que pensara que estaba loca o se riera de ella. No podía soportar que volviera a mirarla como lo había hecho cuando tropezó con él años atrás, ni tampoco como la primera la vez que se encontraron cuando Charlie acababa de mudarse.

—¿Al? —Charlie sacó la cabeza por el hueco—. ¿Estás bien? Tienes mala cara.

Ella asintió y se acurrucó en el armario, tomando la mano que Charlie le ofrecía.

—Sí, no pasa nada. Es solo que pensaba que era la estrella —contestó, cambiando a un tema en el que se sentía mucho más cómoda. Sentía como si cada terminación de su cuerpo pudiera traicionarla en cualquier comento, confesándole a él cosas que aún no era capaz de asimilar ni de confesarse a sí misma.

Charlie le soltó la mano para acariciarle la mejilla y, al comprobar que seguía sumida en sus pensamientos, la tomó por la barbilla para hacer que lo mirara.

—¿Sabes? Tengo algo que podría alegrarte.

—¿El qué? —preguntó ella con desgana. Cerró los ojos y permitió que Charlie le acariciara el pelo y el cuello con las yemas de los dedos.

—Una vez dijiste que te gustaría vivir en una isla desierta. —Alicia asintió con la cabeza—. Yo tengo una isla y estoy dispuesto a compartirla contigo.

Alicia abrió los ojos de golpe.

—¿Qué clase de isla?

—Si te lo digo no sería una sorpresa. —Retiró la mano y buscó la manta que Alicia había apartado—. ¿Dónde la pusiste? —Alicia se agachó, la recogió del suelo y se la tendió. Charlie la colocó de nuevo sobre la pared rota para poder apoyarse en ella. Ahora que el agujero era un poco más grande resultaba más cómodo mirarla sin tener que forzar la posición del cuerpo.

—Me da igual que no sea sorpresa, puedes decírmelo igualmente.

Charlie se echó a reír.

—No vas a conseguir que te lo diga. Sorpresa es y sorpresa será hasta que decidas descubrirla.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Venir conmigo a un sitio.

Frunció el ceño y se inclinó para verlo mejor.

—¿Qué quieres decir? ¿A dónde quieres que vaya? —Meneó la cabeza—. Ya sabes que no puedo salir.

—Sí que puedes. —Había decisión en sus ojos—. Saldremos de noche y le pediré el coche a Nick. Tiene los cristales tintados —explicó a la vez que alzaba las cejas—, ¿sabes lo que significa eso? —Alicia hizo un gesto de negación—. Que nadie podrá verte, aunque tú sí puedas verlos a ellos.

—¿Y está muy lejos esa isla? —Su tono de voz dejaba entrever el recelo que sentía ante la propuesta de abandonar la seguridad de su casa.

—Pues… —Charlie se lo pensó un instante—. A unos quince minutos desde aquí, más o menos. ¿Te atreves a venir conmigo?

—No sé si es buena idea. Yo…

—No lo pienses —la interrumpió él—. Si lo piensas no lo harás, de modo que, ¿para qué pensarlo? Ven conmigo, Al. Te prometo que te va a gustar y que no te va a pasar nada. No tendrás que ver ni hablar con nadie. Puedes incluso cerrar los ojos y te pondré el reproductor de música. Ni siquiera te darás cuenta de que has salido.

Alicia se mordió el labio. Era tanta la ilusión que encerraba la voz de Charlie, la emoción que transmitía, que no sabía cómo decirle que no estaba preparada, que temía que todo se fuera al traste y el miedo pisoteara su voluntad. Tenía el mismo absurdo presentimiento que tuvo días antes de la fatídica representación; algo en lo más hondo de su ser le decía que no debía ir, que no iba a salir bien. Pero, de la misma manera en que minutos antes no había podido confesarle lo mucho que le importaba lo que pensara de ella, no encontraba la manera de decirle que no ahora.

—Eh —volvió a tomarla de la barbilla—, ¿recuerdas la lista? Una de las cosas era subirte a un coche y dar una vuelta. Esta es la oportunidad. Podríamos tacharlo y será divertido, no tienes que tener miedo porque nadie se va a acercar a ti. Y podrás ver la isla.

—Podré ver la isla. —Alicia asintió—. ¿Una isla desierta, de verdad?

El gesto de Charlie se suavizó y una sonrisa emergió de sus labios.

—Es mucho más que una isla. Está desierta, pero aun así hay piratas, y hadas, y sirenas, y estrellas. Incluso hay un cocodrilo.

Alicia le miró extrañada.

—¿Como Nunca Jamás?

—Como Nunca Jamás.

—¿Y está desierta?

—Totalmente.

—¿Y no vamos a encontrarnos con nadie?

—Con nadie.

—¿Prometido? —Alicia levantó el meñique para unirlo al de él en una promesa.

—Prometido —respondió Charlie, cubriendo su meñique con el de ella, y sonriendo como si los problemas no existieran, como si el mismo miedo hubiese dejado de existir.

—Pero entonces tendrás que hablar con el abuelo. Se preocupará si salgo sin decirle nada.

La sonrisa de Charlie se enturbió unos grados, pero no tardó en resurgir con renovada decisión.

—Lo haré.

—Pues acaba de llegar. —Sacó la cabeza del armario para agudizar el oído y, efectivamente, se oían los pasos del abuelo desde la planta inferior.

—¿Ahora? —La sonrisa de Charlie volvió a peligrar, desaparecía y emergía como las olas se deslizan y retroceden en la orilla de una playa. Ella asintió, mordiéndose los carrillos para no echarse a reír. Era divertido ver cómo Charlie perdía el color ante la idea de enfrentarse al abuelo—. Vale, pues… —Se rascó la cabeza—. ¿Llamo al timbre?

—A menos que prefieras atravesar el agujero. —Hizo un gesto hacia donde se suponía que había escondido la pica. Se levantó y, antes de desaparecer, le miró una última vez—. Vamos, quita esa cara. El abuelo no te va a comer. No te pasará nada, te lo prometo. —Imitó casi a la perfección el tono de voz que había puesto él para convencerla de acompañarlo a la supuesta isla.

—Qué graciosa. —Se agachó para recoger el zapato de Alicia y se lo lanzó al otro lado, lejos de donde ella se encontraba para evitar darle—. Ve preparándolo —dijo, refiriéndose al abuelo—, bajo enseguida.

Y ella no pudo más que asentir y correr escaleras abajo, con el estómago rebosante de nervios y expectación.

[image]

Pasaban las diez de la noche cuando Alicia se asomó a la ventana y comprobó que Charlie la esperaba fuera. Estaba junto al sofá, dando vueltas de un lado a otro, con las manos en los bolsillos de

un abrigo oscuro que no parecía quitarle el frío a juzgar por la manera en que se movía. Claro que Alicia no podía saber que en realidad eran los nervios eso que hacía que Charlie temblara de pies a cabeza, más que el frío otoñal. Había aparcado el coche de su amigo justo delante de la entrada.

Abrió la ventana y le hizo un gesto para avisarle de que ya bajaba. Él le dedicó una amplia sonrisa, que tenía mucho de amplia pero poco de sincera —aunque de esto Alicia tampoco pudo percatarse— antes de desplomarse sobre el sofá. Alicia sintió un retortijón en el estómago mientras bajaba las escaleras y se despedía del abuelo. El señor White la acompañó hasta la puerta, todavía con ese gesto de desconfianza con el que había asimilado la propuesta de Charlie. Le recordó, una vez más, que para cualquier problema se había encargado de que Charlie apuntara el número de Ofelia y el de casa. Por supuesto, le había costado bastante conseguir que le diera su aprobación, si es que se podía llamar de esa manera. El abuelo se había limitado a hundirse en su asiento y aceptar, a regañadientes, algo que para él era un absoluto despropósito, una completa locura. Y cuando había intentado quedarse a solas con su nieta y que esta se sincerara con él, que confirmara que ella tampoco estaba de acuerdo, Alicia le había tranquilizado alegando que confiaba en Charlie y que estaba segura de que no le haría ningún daño salir con él. Es más, se había negado a posponer la salida unos días, incluso cuando Charlie le pidió que esperara a que adecentara esa isla a la que pretendía llevarla. Era ahora o nunca.

Alicia necesitaba quitarse esa espina de encima, pasar el mal rato y complacer a Charlie. Porque eso era lo que hacía: acceder a una petición para la cual no estaba preparada. Aceptaba esa sorpresa como lo haría un condenado a punto de ser ejecutado. Alicia odiaba sentirse de esa manera, pero no podía evitarlo. Era mucho más fuerte que ella. No quería decepcionar a Charlie y por eso escondía su miedo dando un paso hacia adelante, pese a que todo su cuerpo le pedía a gritos correr en dirección contraria, refugiarse en la seguridad de su dormitorio y no salir hasta que sus monstruos internos se hubiesen calmado.

Tras despedirse por enésima vez del abuelo, que la miró con una mezcla de miedo y dulzura y se aseguró de que llevara bien puesto el abrigo, salió al aire frío para reunirse con Charlie, que se levantó del sofá en cuanto la escuchó llegar.

—¿Estás preparada? —le preguntó, posando sus manos sobre las mejillas de la joven.

Alicia se estremeció por el contacto y cerró los ojos. Pese a que se había acostumbrado a ese tipo de escenas, seguía disfrutando de ellas como si fuera la primera vez. Y no quería dejar de hacerlo,

quería experimentar esa sensación con la misma intensidad de las primeras veces; para Alicia cada roce era el primero y el último y quería, necesitaba, darle la importancia que se merecía. Solemos obviar los pequeños detalles, esos que nos hacen grandes pese a parecer tan insignificantes. Pero ella no lo hacía, quizá porque su vida distaba mucho de ser como la de los demás. No sabía si Charlie se había dado cuenta de que absorbía cada contacto como se alimentan las flores al regarlas. Pero ella sí que había notado que a Charlie no le desagradaba regarla, aunque no sabía si lo hacía por él o por ella. ¿Por qué riega una flor un jardinero? ¿Por amor a las flores o porque disfruta haciéndolo? No lo sabía y tampoco necesitaba saberlo. No quería saber nada que pudiera estropearle lo que estaba viviendo.

Charlie tenía las manos cálidas por haberlas resguardado en el interior de los bolsillos, y el rostro de ella no hacía más que enfriarse a cada segundo que pasaba.

—Preparada.

—Mientes —murmuró con una media sonrisa. Sacó el reproductor de música del bolsillo y le colocó los auriculares uno a uno, con extrema delicadeza, sin dejar de mirarla a los ojos. El pulso de Alicia se había acelerado, aunque no sabría decir si era por los nervios, por el miedo que tanto la atormentaba o por la profundidad que veía en los ojos de Charlie. Si pudiera elegir uno de esos poderes que tenían los superhéroes que tanto le gustaban al chico, elegiría poder escuchar sus pensamientos, incluso por encima de volar o de dejar de tener miedo—. Espero que te guste la recopilación. Tienes una mezcla de canciones de Birdy, Within Temptation, Dadvid Hodges, Avantasia, Natasha Bedingfield… —Se calló de repente al comprobar la mueca que había hecho Alicia, y sacudió la cabeza al comprender que no conocía a ninguno—. No importa, solo espero que te gusten.

Ella asintió, esperó a que él pusiera en marcha el reproductor y lo dejara en pausa mientras la guiaba hasta el interior del coche. Se sentó en los asientos traseros, o sería más acertado decir que prácticamente se acostó en ellos, colocándose como pudo el cinturón de seguridad. Charlie, todavía plantado junto a la puerta trasera, reprimió una sonrisa y se acercó a ella.

—Recuerda: nadie puede verte, solo tú puedes ver lo que hay al otro lado. Pase lo que pase, me pare las veces que tenga que pararme, no tengas miedo. ¿Vale?

Ella asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer? El miedo era algo que no podía controlar. Era algo que vivía con ella y tenía voluntad propia. Pero explicárselo a Charlie arruinaría su sorpresa, las ilusiones puestas en aquella pequeña aventura hacia una isla desierta.

—¿Estás seguro? —Alicia se incorporó para mirarlo.

—Segurísimo.

—A ver. —Estiró el cinturón e hizo ademán de cerrar la puerta, no sin antes decirle—: Pégate a la ventana y dime si ves algo, ¿vale?

—Dios, eres como una niña —refunfuñó, pero no había ni una pizca de irritación en su semblante.

—¿Ves algo? —gritó la chica desde el interior del coche, pero al parecer Charlie no la escuchaba y tampoco la veía, porque por más muecas o señas que hacía la expresión de su vecino no variaba ni un ápice. Charlie tenía la cara pegada al cristal y Alicia había estirado los labios y sacaba la lengua como lo haría una niña con el archienemigo de su clase. Pegó la cara al cristal y juntó los labios, imitando a un pez dentro de una pecera.

Sin previo aviso, Charlie abrió la puerta y la pilló desprevenida en esa posición tan poco favorecedora. La miró de hito en hito y rompió a reír, ante la mirada furibunda de Alicia, que le cerró la puerta en las narices.

El chico rodeó el coche y ocupó su asiento. Por el espejo retrovisor comprobó, antes de arrancar, que había vuelto a recostarse, y le pidió que cerrara los ojos y se colocara los auriculares.

—Te avisaré en cuanto lleguemos —le aseguró y ella asintió e intentó relajarse.

Claro que, si ya era difícil intentar relajarse, podéis imaginar lo que le costaba conseguirlo. Así que dejó de hacerlo. Le dio al play y los primeros acordes de *Standing in the way of the light*, de Birdy, rompieron el monótono sonido de su voz interior en un estallido de notas. Fascinada por la letra y por la voz delicada de la joven, se dejó arropar por ella mientras sentía cómo su cuerpo se tensaba y relajaba con cada movimiento del coche.

—¡Yo quiero otro igual! —gritó cuando la canción iba por la mitad, refiriéndose al reproductor.

—Te lo puedes quedar —le contestó él a la nada, porque ella no escuchó ni una sola palabra.

Abría un ojo y volvía a cerrarlo para, instantes después, abrir los dos de golpe y repetir el mismo proceso. Ni siquiera se dio cuenta del momento exacto en que la canción llegó a su fin, ni prestó atención a las otras que le siguieron. Alicia solo podía concentrarse en una cosa: en aquello que había al otro lado de la ventana. Muy lentamente, como aquel que pone un pie sobre un lago helado a la espera de que el hielo no ceda, se atrevió a subir en su asiento hasta sacar media cabeza para descubrir lo que había fuera.

Charlie redujo la marcha para girar a la derecha y Alicia estuvo a punto de soltar un grito al contemplar cómo un hombre cruzaba la carretera a la carrera, pasando muy cerca de su ventanilla.

Y aunque se escondió rápidamente, el hombre no la vio, como tampoco lo hizo la chica que esperaba en el semáforo unas calles más allá, ni la señora que caminaba por la acera en la misma dirección que ellos. Poco a poco, la chica fue sacando la cabeza hasta que todo su cuerpo estuvo pegado a la puerta y la frente y la nariz quedaron prácticamente soldadas al cristal.

—¿Has visto? —comenzó a gritarle a Charlie. Acababan de pararse en un semáforo y él la escrutaba por el espejo retrovisor—. ¡No pueden verme!

—¿Al? ¿Qué haces? ¿No se suponía que tenías que cerrar los ojos?

Alicia agitó las manos a un grupo de adolescentes que pasaban junto a ellos. Esta vez tampoco respondió nadie y la sonrisa no le cabía en el rostro.

—¡Nadie puede verme! —volvió a gritar. *Fire and ice*, de Within Temptation, llenaba sus oídos junto a la emoción que se arremolinaba en cada fibra de su cuerpo—. Este coche es la versión con ruedas de la capa de invisibilidad.

—¿Has leído Harry Potter? —preguntó el chico, pero, obviamente, seguía sin escucharle—. ¡Pensé que no te gustaban los libros sin dibujitos!

—¡Mira esa gorra! —Señaló un escaparate que Charlie no pudo ver, estando como estaba concentrado en la carretera e intentando no volverse loco con tanto grito—. ¿Eso es un grupo de música? ¿Tocan en la calle? —preguntó mirando con los ojos desorbitados a un grupo ambulante rodeado de lo que a ella le parecía una gran multitud, aunque en realidad no habían más de diez personas—. ¡Más despacio, Charlie! ¡No me dejas verlos! —se quejó sin mirarlo ni una sola vez.

Él se echó a reír y murmuró algo que la joven no pudo escuchar. Alicia siguió preguntando y comentando, cada vez más alto, todo lo que iba llamándole la atención, que era prácticamente todo aquello en lo que sus ojos ansiosos, ávidos de vida, reparaban.

—¡Me vas a dejar sordo! —dijo Charlie, elevando la voz, sin conseguir que le prestara atención, de modo que dejó de intentarlo—. ¿Sabes? Si no estuviera detrás del volante te besaría. —Se quedó callado y miró de reojo por el retrovisor para comprobar que la chica seguía en una nube, fascinada por el mundo del que se escondía. Todavía llevaba los auriculares puestos e incluso Charlie podía escuchar la canción que salía de ellos—. ¿Crees que estoy loco, Al? Porque eso fue lo que pensé cuando te saqué de tu casa y es lo que pienso ahora que te veo feliz y solo puedo pensar en las ganas que tengo de besarte.

—¡Cuidado! —chilló Alicia, apartando por primera vez los

ojos de la carretera para fulminarlo con la mirada—. ¡Has estado a punto de atropellar a un gato! —Observó cómo el animal se escabullía en la hilera de coches aparcados junto a la acera y volvió a respirar, feliz, aunque un poco triste al saber que el gato no tenía hogar—. Pobrecito, con el frío que hace en la calle y toda la gente que hay —gritó para sí misma, intentando oírse.

Charlie resopló.

—¿Pobrecito él? ¡Pobrecito yo! —gruñó, obviando los nuevos comentarios que Alicia le iba haciendo sobre la dirección que estaban tomando. Ya habían comenzado a alejarse de la urbe—. No te haces una idea de lo que me ha costado decirlo. Si supiera…

—¿A dónde vamos? —le interrumpió ella, sin saber que lo hacía, pegando aún más la nariz en la ventanilla, tanto que se le había achatado.

Charlie la ignoró de la misma manera en que ella le ignoraba a él.

—Si supiera que no vas a echar a correr lo haría.

—Charlie, volvamos a la zona de antes. Solo hay tierra y casas aburridas —dijo refiriéndose a las naves industriales que comenzaban a aparecer, desperdigadas, por los terrenos desérticos.

Él no se detuvo ni dio la vuelta. Solo había un lugar al que quería llevarla y era allí a donde se dirigía.

—Si supiera que no te vas a apartar…

—No me gusta nada este sitio —se quejó la chica.

—Que sientes lo mismo —continuó.

—¿Esto es la isla desierta? —La nota de decepción en su voz no pasó desapercibida para Charlie, que suspiró.

—Si supiera que tú también quieres…

—¿Qué yo también quiero qué? —dijo de pronto Alicia pegada a su oreja, con uno de los auriculares en la mano.

Charlie dio un respingo. No se había percatado del momento en que la chica se había quitado un casco y había apoyado los brazos en su asiento.

—¿Qué haces? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar.

—Hacerte una pregunta.

Él quiso contestar, lo intentó incluso, pero ni un solo sonido salió de su garganta.

—¿Estás sordo? Te he hecho una pregunta —repitió y a Charlie casi le entró un ataque de risa.

—Perdona, pero eras tú la que iba gritando como una loca por todo el camino.

—No gritaba —repuso ella.

—Vaya que sí.

—Te estaba hablando.

—A gritos —insistió él.

—Porque estás sordo.

—Pues eres tú la que no ha oído ni una palabra de lo que te he dicho.

Charlie entornó los ojos al comprobar que estaban llegando a su destino. Giró una vez más a la izquierda y se detuvo en la única construcción que había en varios kilómetros. Le escuchó respirar hondo antes de salir y abrirle la puerta.

—Vamos —dijo, tendiéndole la mano.

Alicia dudó. Se quedó mirando la mano como si fueran las llamas que la conducirían al mismísimo infierno. *Wild Horses*, de Natasha Bedingfield, se derramaba por el auricular que aún llevaba en una oreja, haciendo que se le encogiera un poquito más el corazón. Se sintió tan identificada con la letra, tan lastimada, que no podía entender cómo una canción podía transmitirle tanto. Alicia también quería ser como un caballo salvaje, salir al aire libre y arriesgarse, sin miedo, sin reservas, sin nada que la atara a tierra firme más que lo que su corazón le dictaba. Y fue aquella voz, la fuerza que emanaba de ella, lo que consiguió que saliera del coche y tomara la mano que Charlie le ofrecía. Confiaba en él como nunca había confiado en nadie.

Pero incluso confiando, algo más fuerte que ella la apremió a preguntar:

—¿Seguro que no hay nadie?

—Solo tú y yo. Y los piratas. Y las sirenas. Y el cocodrilo. Y las hadas. —Tiró de su mano y la arrastró hacia la entrada principal.

Alicia se detuvo para contemplar cómo pudo, dada la oscuridad que imperaba en el lugar, la construcción de paredes blancas y el terreno desértico que se extendía a los lados.

—¿Vive alguien ahí?

Él negó con un gesto de la cabeza.

—No. Es lo que queda de una antigua nave, que ya no es una nave ni es vieja. —Charlie contempló el lugar con melancolía—. Se puede decir que crecí en este lugar, era como mi segunda casa.

—¿Era? ¿Ya no lo es?

—Bueno, ya tengo otra casa. Y a una vecina un poco plasta que se dedica a tirar las paredes abajo —bromeó, empujándola con suavidad.

Alicia sonrió.

—¿Entonces es tuya?

Esta vez no contestó. Tiró de nuevo de ella y la obligó a seguirlo hasta una puerta amplia situada en la esquina izquierda de la nave. Alicia se quitó el casco que le quedaba y le devolvió a Charlie el reproductor.

—Te dije que podías quedártelo.

Ella frunció el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Cuando me gritabas en el coche.

—No te gritaba —repitió con un largo suspiro.

—No empecemos. ¿Lo quieres o no lo quieres? —Le puso el reproductor delante de la cara.

—¿De verdad me lo das? —preguntó, emocionada.

—De verdad.

Alicia asintió.

—Pues entonces puedes guardármelo —dijo y continuó inspeccionando el lugar, olvidándose del regalo. Charlie puso los ojos en blanco y se lo guardó en un bolsillo.

Alicia se pegó a él cuando accedieron a la nave y por un segundo se quedaron completamente a oscuras, con el eco de sus respiraciones como único sonido.

—Espera. —Charlie estiró un brazo para darle al interruptor de encendido, casi arrastrándola consigo durante la tarea. La luz emergió lentamente y como por capas, cada fluorescente volvió a la vida como un bostezo largo y perezoso—. ¿Ves? No hay nadie.

Charlie la miraba con el rostro a unos centímetros del de ella. Y Alicia volvió a sentir una sensación, o más que una sensación podría decirse que fue como una sacudida que ascendió desde la planta de sus pies para aposentarse sobre su estómago, el pecho y hasta en la garganta. Tragó saliva y se apartó para observar la estancia que se extendía en su totalidad, sin ninguna división que entorpeciera el espacio; metros y metros de magia proyectándose ante sus ojos. Y Alicia comprendió. Lo hizo en cuanto se adentraron unos pasos en esa isla que Charlie había prometido compartir con ella. Su Nunca Jamás con un mar que no era mar dibujado sobre las paredes, con rocas que no eran rocas y que sobresalían de estas, y un barco que no era barco y que imitaba a las rocas, desafiando la lógica de los ojos humanos. Contempló y recorrió, fascinada, las paredes que mostraban los espesos bosques decorados, siguió a los pieles rojas, al enorme cocodrilo con un ojo muy abierto y onomatopeyas del tic-tac de un reloj pululando sobre su cabeza, a los niños perdidos, al Capitán Garfio, a Campanilla, a Peter Pan y a Wendy. Las sirenas parecían seguir su recorrido y entonar una canción que se acompasaba a sus pasos, una melodía que solo el corazón de Alicia parecía escuchar. Saludó a la luna que presidía una noche tachonada de estrellas sobre el techo plano, al sol que alegraba una mañana llena de vida.

Observó distraídamente la estantería de libros que decoraba la esquina izquierda de la nave y dejó atrás las cuatro literas que seguían a esta, hasta detenerse junto a una cama con dosel colocada algo separada del resto.

—¿De quién es?

—De Tink —respondió Charlie, pero a ella eso no le dijo nada—. Es la prima de un amigo. O del que fue un amigo —se corrigió, sacudiendo levemente la cabeza.

Un interrogante enorme y parpadeante se posó sobre la cabeza de Alicia mientras atravesaban la estancia, sorteando mesas, sillas, colchonetas y más trastos de los que había podido ver en su vida. Se paró delante de dos televisores de plasma de tamaño descomunal y pensó que ver una película en un televisor como ese debía de ser como ir al cine de verdad.

—¿Son todos tus amigos? —preguntó, y él asintió en un gesto casi imperceptible. Habían llegado a una pared decorada por cientos de fotos. Se fijó en cada uno de los chicos que ya había visto entrar y salir de la casa de Charlie, en la rubia de pelo rizado que siempre estaba con ellos, en la niña de ojos verdes y mirada traviesa.

—Esa es Tink —señaló Charlie a la niña—, la dueña de esa cama espantosa y la culpable de todo lo rosa que hay en la nave.

—¿Y quién es su primo? —quiso saber, sin dejar de mirar las fotos.

—No está ahí. —Meneó la cabeza y exhaló un hondo suspiro—. Supongo que ha llegado la hora de que te hable de él.

—¿De quién?

—Peter. —Sintió alivio al pronunciar su nombre en voz alta después de tanto tiempo. Fue como si llevara años aguantando la respiración y, de repente, soltara el aire y luchara por que este entrara y saliera de sus pulmones.

—¿Quién es Peter? —preguntó Alicia en un tono de voz tan bajo que Charlie apenas pudo escucharlo. Tenía la mirada perdida en las fotos.

—Era mi mejor amigo.

—¿Era? ¿Ya no lo es?

—No se puede ser amigo de alguien que no está.

—Pues claro que sí. Yo soy amiga de Chase, aunque sea también mi primo, y no está.

—No me refiero a eso. Peter se fue, se fue hace años. —La chica hizo ademán de hablar, pero Charlie la interrumpió con un gesto—. Déjame terminar. —Ella asintió y guardó silencio—. Peter es todo esto. —Abrió los brazos abarcando la inmensa sala—. Este lugar fue su regalo para nosotros. Nos sacaba de casa en el momento preciso y nos proporcionaba un refugio, un mundo en el que vivir alejados de la realidad. Es como lo que sientes cuando estás en tu jardín —explicó—. Peter era el capitán de nuestro barco y nosotros los piratas que seguíamos sus órdenes sin rechistar ni cuestionarle. Poco importaba que se equivocara, pues nosotros mirábamos hacia otro lado y nos

hacíamos los locos. Era nuestro héroe y salvador y nosotros sus peones. Ahora sé que es imposible sostener una amistad de esa manera. —Compuso una amarga sonrisa—. Le conozco de toda la vida. Crecimos juntos y compartimos mucho. Creía conocerle como a nadie, pero me equivoqué. Ahora lo sé. Peter se aseguraba de que tuviéramos cuanto necesitáramos, pero se cuidaba de que no supiéramos lo que a él le faltaba. Por eso, cuando se marchó, ni siquiera volvió la vista a atrás. Se fue sin más, sin un adiós ni una carta de despedida, y nosotros no solo perdimos a nuestro mejor amigo, también nos quedamos sin brújula, sin la balsa y sin la fuerza. Y aquí estamos, aferrándonos a lo poco que nos queda de él cuando ya ninguno sueña con verle aparecer por esa puerta. —Dedicó una mirada fugaz a la entrada de la nave—. Supongo que es nuestra manera de olvidarlo.

—Es triste olvidar a un amigo —murmuró Alicia—. No debería ser posible.

—Pero lo es. Lo es cuando con eso consigues avanzar, lo es cuando significa seguir adelante con tu vida. No podemos aferrarnos al pasado eternamente.

—¿Por eso no está ahí? —Alicia miraba el tablón repleto de fotografías.

—Sí, por eso nos deshicimos de todas sus fotos. —Se acercó a la pared para contemplar mejor una foto en la que Sean sostenía una tarta en forma de barco pirata que años atrás había preparado junto a Wendy—. Pero no nos engañamos. Quizá no está ahí, pero está en cada rincón de este lugar.

—¿Por qué se fue? Tuvo que tener algún motivo.

—Se fue porque era un cobarde.

—Ese no es un motivo.

—Es una historia larga de contar y no me corresponde a mí hacerlo. No es mi historia.

—¿Pero le hiciste algo?

—¿Yo? ¡Claro que no! —Suspiró—. Peter siempre tuvo un pie dentro y otro fuera de este barco. —Alicia lo miró con suspicacia y él puso los ojos en blanco—. Es una forma de hablar. Como te decía —continuó—, él solo necesitaba un motivo para echar a correr y Wendy fue ese motivo.

—¿Wendy? ¿Qué tiene que ver ella? —Alicia, que ya había visto una foto de Wendy en la solapa de su libro, examinaba con curiosidad una foto en la que esta y Charlie se besaban en una playa. Charlie tenía a Wendy cogida en brazos y ella le rodeaba la espalda con las piernas y el cuello con los brazos. La luz anaranjada del atardecer bañaba una imagen que a Alicia se le antojaba muy bonita, aunque se le hacía extraño ver a Charlie besando a alguien. Se

preguntó cómo sería besarlo y no supo si lo que sintió era algo bueno o algo malo.

—Ella tuvo que ver con su marcha —contestó él, arrugando el entrecejo y acercándose a la chica para ver mejor la foto que tan concentrada la tenía—. Fueron novios durante un tiempo.

—No entiendo. —Le señaló la foto, y Charlie se ruborizó como un colegial—. En la foto parece que es tu novia.

—Lo fue, pero eso sucedió después. Peter rompió con ella al marcharse, como lo hizo con nosotros y con su familia. Wendy y yo empezamos a salir meses después.

Alicia pasó el dedo índice por la foto, acariciando la arena de la playa, preguntándose cómo sería estar allí con Charlie y pisar la arena. Tenía un vago recuerdo de haber ido a la playa cuando era niña, en uno de los viajes familiares, pero no recordaba lo que se sentía al hundir los pies en arena mojada, al sentir el tacto frío de las olas enroscándose en sus pies para luego marcharse y dejarlos en libertad. El instante en el que la ola se marcha y esperas a que otra arremeta contra ti debía de ser algo similar a ese silencio que te engulle cuando esperas una respuesta que cambiará tu vida para siempre, cuando miras a la cara al miedo e intentas mantener a raya el traqueteo incesante de tu corazón.

—Pensé que erais amigos.

—Y lo somos.

—Los amigos no se besan —repuso ella, volviéndose para mirarlo. Sus ojos se detuvieron a conciencia en los labios de Charlie. Nunca antes se había fijado bien en ellos. Eran carnosos, el superior más fino que el inferior y los tenía entreabiertos, en el inicio de una sonrisa que no terminaba de emerger. Alicia pensó que eran unos labios muy bonitos y se preguntó si habría alguna norma establecida para besar, si los labios de aquellos que quieren besarse debían encajar de alguna manera porque, de ser así, a ella le gustaría saber si los de Charlie encajarían con los suyos. Y si curaban. El abuelo, gran amante de los besos como era, solía decir que los besos curaban a las personas y a ella le gustaría saber qué clase de enfermedades podían curar y si el miedo era de esas cosas que podían aplastarse por la fuerza de un beso.

Alicia no advirtió la incomodidad de Charlie, que se había percatado del escrutinio al que estaba siendo sometido. Tuvo que apartarse unos pasos y fingir que toda su atención estaba concentrada en las fotografías; algo que, desde luego, no era cierto.

—En ese entonces éramos más que amigos —explicó—. Estuvimos dos años juntos, pero no funcionó.

—¿Por qué? ¿No la querías?

—Claro que la quería. La sigo queriendo, pero como amiga. Se

puede querer a una persona de maneras distintas.

—Los amigos no se besan —repitió Alicia, que volvía a mirar la fotografía con los ojos entrecerrados—. Yo creo que si quieres a alguien lo quieres de la única manera que se puede querer. O le quieres o no le quieres. Es así como funciona —resolvió, como si realmente supiera de lo que estaba hablando.

Charlie suspiró.

—Hay muchas maneras de querer y ocurre con todo, empezando por la familia. Tú quieres a tu abuelo de una manera diferente de la que quieres a tus padres o a tu primo. —Estaba a punto de añadir algo más, pero se mordió la lengua—. Algo así sucede con el cariño que sientes por un amigo y lo que sientes por una pareja. Tú misma dices que a los amigos no se les besa, al menos, no en los labios. —Sonrió por lo bajo—. Y tienes razón. Cuando Wendy y yo dejamos de besarnos, cuando dejamos de querer hacerlo, se hizo mayor la línea que separa la amistad del amor, si es que en nuestro caso podía llamarse así. —Posó una mano sobre la foto que Alicia seguía contemplando—. Hubo un tiempo en el que estábamos bien y pensábamos que funcionaría. Pero por mucho que lo niegue, ella aún no lo ha olvidado. Y yo no soy conformista. Ahora es mi mejor amiga.

Alicia guardó silencio durante lo que a Charlie le pareció una eternidad. No entendía cómo dos personas podían pasar de ser novios a ser amigos. Era incapaz de comprender cuál era la línea que separaba esos dos tipos de amor de los que hablaba. Y todo por un beso. ¿Querría acaso decir que, si de repente, quisiera besar a Charlie lo querría de una manera diferente? ¿Dejaría entonces de ser su amigo, su persona?

—Di lo que estás pensando —le pidió él, incapaz de soportar su silencio.

—¿Por qué crees que estoy pensando en algo?

—Porque empiezo a conocerte bien. —Se acercó y le presionó el cachete con el índice—. Suéltalo.

—¿A mí también vas a besarme? —Alicia tenía una expresión de alarma en el rostro. No, por muchas vueltas que le daba no creía que dejar de ser amiga de Charlie tuviera algo positivo. Los besos estaban sobrevalorados.

—¡Lo haré si no dejas de hacer preguntas tontas! —repuso él, más rojo si cabe, y la cogió de la mano para llevarla al otro extremo de la estancia—. Ven, tengo algo para ti.

—¿El qué? —quiso saber. Se había aferrado a la mano de Charlie y dejaba que la guiara mientras ella se perdía en los dibujos del techo, en las hadas diminutas que danzaban en una dirección contraria a la que tomaban ellos.

—Te dije que tenía una sorpresa para ti, ¿ya lo has olvidado?

—Pensé que era esta la sorpresa.

—Pues pensaste mal.

—¿Entonces es una doble sorpresa?

—Uhmm. —Se lo pensó un instante—. Algo así.

—¿Son todo tuyos, verdad?

Charlie siguió la dirección de su mirada hacia los dibujos del techo.

—Todos, sí.

—¿Las rocas que salen de la pared y lo demás también lo hiciste tú?

—No. Eso es de Sean, se le dan bien estas cosas. —Se detuvo y ella casi se chocó contra su espalda—. Y antes de que me lo preguntes, sí, él también me ha ayudado con eso.

Alicia inspeccionó lo que tenía ante sus ojos y la mandíbula se le abrió de tal manera que Charlie soltó una risotada. Alejada unos metros de un pequeño escenario, que de niños les había servido para representar cientos de obras, Charlie había construido una isla. Aprovechando los dibujos del mar de la pared, había colocado un buen puñado de sacos de arena sobre los cuales se extendía una tela amarillenta que, debido a los desniveles y deformidades que daban los distintos sacos, creaban un efecto muy similar al que tendrían unas dunas de arena. Sobre la arena ficticia se alzaban tres palmeras rebosantes de cocos.

—Una isla dentro de otra isla —dijo emocionada. Le apretó la mano con mayor fuerza y sus labios se extendieron en una sonrisa radiante—. Nunca lo hubiera imaginado.

Él se echó a reír.

—Me ofendes, Al. —Le revolvió el pelo y Alicia le dio un tortazo.

—Pero… —Recorrió de un lado a otro la isla improvisada. Su isla. La isla que Charlie le había regalado. Una isla dentro de otra isla. Sacudió la cabeza, contemplando la inmensidad de la nave, dándole forma a aquella multitud de pensamientos que se agolpaban en su mente, y le miró a los ojos—. Ya no es Nunca Jamás —resolvió. Charlie alzó las cejas, confundido—. Ahora es El País de Maramás.

—¿País de Maramás?

—Siempre tengo que explicártelo todo. —Chasqueó la lengua —. Es cuando El País de las Maravillas se une con Nunca Jamás.

—¿Y eso en qué libro pasa? —preguntó más por molestarla que porque realmente pensara que tenía una respuesta. Aunque Alicia siempre tenía una respuesta para todo, como no tardó en demostrarle.

—En ninguno. Es como un eclipse. A veces, simplemente, se juntan.

—¿Y tú lo has visto alguna vez?

—Lo estoy viendo ahora. Tú también, aunque estás demasiado ciego como para darte cuenta.

Charlie se la quedó mirando y rompió a reír. Ella no le hizo el menor caso y se dedicó a admirar su pequeña isla, pisoteando los sacos de arena para comprobar si podía hundir los pies en ellos. No, no era posible, y estaba a punto de comentarle lo desilusionada que se sentía con este hecho cuando sintió que Charlie se colocaba tras ella, posando la barbilla en su hombro para ver qué era lo que la tenía tan distraída.

—¿Qué haces?

—¿Qué haces tú? —Sacudió los hombros para apartarlo, pero, en respuesta, el chico colocó un brazo sobre su hombro libre. Se podría decir que prácticamente se había desplomado sobre la espalda de Alicia, que se revolvía indignada para apartarlo—. ¡Pesas! —se quejó—. ¡Vas a hacer que me caiga! —Y, como si del eco de sus palabras se tratara, Charlie la sostuvo por la cintura y la hizo caer sobre los sacos de arena.

—Vamos a tomar el sol —dijo, colocando un brazo extendido sobre el estómago de la joven por el simple placer de rozarla y molestarla.

—¡Que te quites! —chilló, intentando en vano apartarle el brazo—. Está bien, tomemos el sol. —Le puso un brazo sobre la cara, dispuesta a devolverle la jugada, pero Charlie la mordió—. ¡Au!

De un momento a otro, se vieron mirándose a los ojos y estallando en risas, felices, alejados de cualquier mal, de la realidad que se proyectaba como la más vil de las traiciones al otro lado de aquella construcción de ensueño. Alicia pensó que quería quedarse allí para siempre, en una isla dentro de otra isla.

—¿Qué hay allí? —preguntó señalando la puerta corredera de cristal que había en el fondo. Se incorporó y entornó los ojos para intentar ver mejor desde su posición—. ¿Son relojes? —Se levantó y fue hacia la puerta seguida por Charlie.

—Es nuestro pequeño museo de los relojes.

—¿Coleccionáis relojes?

—No —sonrió él—, los destrozamos.

—¿Los destrozáis? —Se detuvo delante de la puerta, fascinada por la cantidad de relojes que decoraban mesas, paredes y suelo. Relojes de todos los tamaños y formas, desde antigüedades que parecían salir de una casa victoriana hasta relojes de pulsera.

—Matamos el tiempo, eso es lo que hacemos.

—No se puede matar el tiempo. Si te escuchara, se enfadaría.

—Se puede —insistió Charlie.

—Imposible.

—Te lo demostraré. —Abrió la puerta de cristal, que retenía el

sonido del tic-tac de los relojes, y la invitó a pasar.

Las suelas de las zapatillas de Alicia resonaron en el suelo blanco de cerámica. Lo miraba todo con fascinación, tocando con la punta de los dedos los relojes que tenía más a mano para asegurarse de que eran reales. Le daba la impresión de haber viajado a otra dimensión, una en la que la vida no transcurría, en la que el tiempo estuviera encerrado tras un enorme cristal.

Charlie cogió un reloj de pulsera plateado y lo colocó sobre la mesa de madera que había en medio de la estancia. Buscó hasta dar con unas gafas protectoras y se las colocó a ella con cuidado. A continuación, le puso en las manos un martillo cuya cabeza podría jurar que era más grande que la suya propia.

—¿Recuerdas las hormigas? —Alicia asintió, ¿cómo olvidarlas?—. Pues ahora, mátalo. —Señaló al reloj de pulsera—. Puedes matar el tiempo, mátalo hasta que no quede nada, hasta que su sonido deje de atormentarte. Aplástalo como si tu vida dependiera de ello, como si fuera lo que más odias en la vida.

—El miedo —susurró, acercándose al reloj.

—Eso es, mata al miedo.

Y Alicia lo hizo. Partió el miedo en dos y, después de hacerlo, se sintió un poquito más liberada, como si hubiera recuperado una minúscula parte de sí misma. Charlie, que ya había experimentado la sensación y sabía cómo se sentía, le pasó otro reloj, esta vez un despertador de un rojo que a Alicia le recordó a las rosas de su madre. Lo rompió con más ganas, si eso era posible. Golpeó hasta que los pedazos se esparcieron por toda la habitación, salpicando de rojo el blanco inmaculado del suelo, hasta que no quedó nada, solo el sonido de los tic-tac como acompañamiento.

Conforme más relojes rompía, más viva se sentía Alicia, más suya, más libre. «El tiempo se puede matar. Te sientes tan bien cuando haces que se calle…» se dijo a sí misma mientras daba golpes y más golpes. Se imaginaba la cara que pondría el abuelo si se enterara, o el propio señor Seehat, fiel defensor del tiempo. Alicia mataba el tiempo, que para ella era el miedo, y lo hacía con un convencimiento que nada tenía que ver con la chica asustada que había salido de casa.

Cuando terminó de romper el séptimo reloj estaba exhausta, pero su felicidad era más grande que el cansancio. Miró a Charlie como si lo viera por primera vez. Los ojos le brillaban y parecía tan feliz como ella, feliz por hacerla feliz. Entonces ocurrieron dos cosas. La primera, que Alicia quiso saber a qué sabían sus besos. Si los besos curaban, de la misma manera que el miedo podía matarse a través del tiempo, entonces quería curarse del todo. Quería romper esa última red que aún le aprisionaba el corazón y la libertad. Miraba los labios de Charlie mientras sentía cómo su corazón atronaba como nunca

antes lo había hecho, como si entonara una canción que solo ellos dos pudieran escuchar.

La sonrisa de Charlie se esfumó y ella estuvo segura de que le había leído el pensamiento. Como si lo viera a cámara lenta, observó cómo su rostro mutaba en una expresión que no era capaz de descifrar. ¿Querría él también besarla, curar su miedo? Los labios de Charlie se movieron, sin llegar a decir nada, y dio un paso hacia ella para rodearla con sus brazos. El beso nunca llegó. Lo que sucedió fue algo con lo que ninguno de los dos contaba.

La segunda cosa que Alicia comprendió aquella noche es que era imposible matar el tiempo, de la misma manera en que era inútil querer matar el miedo. Simplemente, no se podía. Y cuando tres de los amigos de Charlie aparecieron al otro lado del cristal, Alicia volvió a la realidad y supo que su miedo solo se había adormecido, despistándola, alimentando falsas esperanzas que ahora eran destruidas por tres pares de ojos y el resurgir del tic-tac de los relojes.

—¿Hola? —Wendy atravesó la puerta y los miró con esos enormes ojos castaños que solo expresaban curiosidad y un matiz de ternura. Pero Alicia no pudo captar nada de eso. Para ella eran tres personas asaltando su espacio, robándole el oxígeno, atravesando su piel con la fuerza de su mirada, con su mera presencia.

Sintió cómo aquellas cuatro paredes iban haciéndose cada vez más pequeñas y no había ninguna ventana por la que escapar. La claustrofobia arremetió contra ella, robándole la respiración y haciendo que la piel le hormigueara. Ni siquiera se fijó en la puerta que había en una esquina, del mismo color que el resto de la estancia, decorada con un viejo reloj en forma de ave. El espacio se iba reduciendo conforme los segundos clamaban por su existencia. ¿Estaría ella agrandándose o era la habitación que, por alguna extraña razón, había cobrado vida y había decidido que no precisaba de tanto espacio?

—¡Marchaos! —ordenó Charlie casi a gritos a sus amigos, que se quedaron inmóviles por unos segundos. Unos segundos que, para Alicia, discurrieron de una manera muy diferente.

El rostro le había empezado a arder, como si toda la sangre se hubiera concentrado en esa zona de su cuerpo. Las miradas de esos tres chicos se le clavaron como cuchillas. Podía escucharlos murmurar, podía hacerlo. Alicia podía escuchar sus pensamientos, sus risas ahogadas, la lástima y el rechazo que sentían hacia ella. Sabía lo que estaban pensando, que su amistad no era buena para Charlie. La miraban como un juez miraría a un asesino, condenándola.

—¡Salid de aquí, ahora! —gritó Charlie y ella pudo sentir los latidos de su corazón contra su cuerpo.

Thomas tiró de Sean y se volvieron por donde habían venido.

Solo Wendy se quedó allí, mirando a la chica con expresión de alarma.

—¿Está bien? Charlie, creo que no está bien. —Era miedo lo que se concentraba en su voz y, de no estar tan asustada, Alicia se habría percatado de ello; llevaba años siendo amiga y compañera del miedo.

—Al, mírame —le pidió Charlie, tomándole la cara entre las manos.

Pero Alicia no podía verle. Había dejado de escuchar y de sentir. Una capa de sudor se había instalado en su frente y sentía las gotas descender por su espalda. Las palmas de las manos también habían comenzado a empapársele y, por extensión, a humedecer el abrigo de Charlie que agarraba con tanta fuerza como agarraría alguien una cuerda que lo protegiese de caer al precipicio. Alicia tenía todo un precipicio bajo sus pies y Charlie era la cuerda que le impedía caer al vacío. El corazón le martilleaba a una velocidad de vértigo, tan deprisa que Alicia lo sentía rasgar su pecho, dispuesto a recuperar su autonomía, a emprender la marcha fuera del pecho para no volver. Sus pulmones también parecían querer dejar de pertenecer a su cuerpo; se habían declarado en huelga y se negaban a permitir la entrada de aire. La garganta se le secó y abrió los labios para intentar decirle algo a Charlie, pero ni una sola palabra salió de sus labios. Una lágrima solitaria descendió hasta su cuello y Alicia se alegró por ella: al menos una de las dos había conseguido ser libre.

—Al, Al, ¡mírame! —El chico la sacudió y le presionó las mejillas—. Dios mío, Wendy, se está asfixiando. —Alicia no podía ver la desesperación de Charlie, que le abrió el abrigo a duras penas e intentó abanicarla con una mano—. Al, escúchame. Tienes que respirar.

—Llamaré a una ambulancia —informó Wendy al tiempo que sacaba el móvil de su bolso.

—¡No! Nada de ambulancias. —Wendy lo miró de hito en hito —. ¿No ves que le tiene miedo a la gente? No puedes traer a nadie más. Toma —le tendió su móvil—, llama a Ofelia y dile lo que está pasando. Rápido.

—¿A quién? —preguntó Wendy, sin entender.

—¡Ofelia! ¡Está en la agenda! —le contestó en un grito.

Wendy asintió y se puso manos a la obra mientras él continuaba frotándole la cara e intentaba hacer que volviera a la realidad. Pero las voces distorsionadas de ambos solo consiguieron ahogarla más, que doliera más. Sintió una sacudida y el cuerpo entero comenzó a temblarle. La cabeza le daba vueltas y la visión se le difuminaba. ¿Alguna vez habéis dado vueltas sobre vosotros mismos, vueltas y más vueltas con los brazos abiertos hasta que el mareo consigue haceros parar? ¿Recordáis lo que pasa después? Toda la

habitación se desploma ante vuestros ojos como un estallido de formas irregulares que van y vienen, que se acercan y desaparecen. Eso mismo era lo que veía Alicia, una mancha difusa de colores brillantes. La habitación era ya tan diminuta que le aprisionaba el cuerpo, impidiéndole todo movimiento, y los relojes parecían desplomarse sobre ella mientras escupían los segundos a destiempo. Cada sonido actuaba sobre Alicia como el martillo con el que había aporreando el tiempo, intentando matarlo. Quizá esta fuera su venganza.

Era como estar en un País de Pesadillas donde el miedo la hacía bailar al son de una música escalofriante, llevándola hacia la muerte. Porque era eso lo que sentía. Alicia sentía que se moría y otra clase de miedo, uno más primitivo y visceral, le provocó náuseas.

Se moría. No podía respirar y el corazón seguía latiéndole de forma descontrolada; sentía cada latido como una puñalada, como un desgarro más. Luchaba por respirar, pero una opresión en el pecho se lo impedía.

—Me muero —susurró con la voz distorsionada por la falta de aire.

—No, no vas a morirte —replicó la que le pareció la voz de Charlie—. ¡Wendy!

Su amiga había salido de la habitación y volvía a la carrera con una bolsa de papel. Tenía el móvil en una mano y hablaba atropelladamente con Ofelia.

—Siéntala —ordenó Wendy con apremio, arrastrando una silla hacia ellos—. Está hiperventilando, hay que hacer que deje de pensar que se está asfixiando. Habla con ella.

La Wendy que tan bien conocía Charlie se hizo con el control de la situación. Y él se sintió aliviado y temeroso, siguiendo sus órdenes al pie de la letra como un niño que actúa bajo la fe ciega que le proporciona el cabeza de familia. Tomándola por la cintura, sentó a la chica en la silla y se hizo a un lado para que Wendy pudiera acercarse.

Alicia no distinguía a uno de otro, sus manos seguían aferradas al abrigo de Charlie y él veía ese contacto como una prueba de que todavía seguía con ellos.

—Al, mírame, estoy aquí. Piensa en la isla, en el club de lectura del abuelo. ¿Recuerdas lo nerviosa que estabas y lo bien que salió? —Le presionó el rostro y le limpió el sudor de la frente con las mangas de su abrigo—. Mírame.

Alicia quería verlo, de verdad que sí. Pero se ahogaba, necesitaba respirar y no podía. Alicia no quería morir, no ahora que había descubierto lo que era la felicidad, no quería caer ahora que había emprendido el vuelo, ahora que sus alas se habían desplegado como las de esas mariposas que Charlie había dibujado sobre su brazo.

Mientras él le hablaba, Wendy siguió las indicaciones de Ofelia. Sujetando el móvil con la oreja y el hombro, le comprobó el pulso y le hizo respirar dentro de la bolsa de papel para contrarrestar la hiperventilación con el aumento de dióxido de carbono en su organismo. Alicia sintió cómo el papel se hinchaba y vaciaba como el batir de sus alas rotas intentando mantener el peso de su cuerpo muerto.

—Despacio —le susurró Wendy muy cerca de su oído mientras le acariciaba el hombro.

Pero Alicia no podía ir más despacio, se moría. Era demasiado tarde para ella. Sentía cómo la soga le apretaba el cuello. Su verdugo era el miedo y ni siquiera se dignaba a taparle la cara. Y aun así, unos segundos antes de que todo se fundiera en un negro cegador, Alicia reparó en la cara descompuesta de Charlie y pensó que lo volvería a hacer. Por él. Y ese pensamiento le hizo sonreír, porque sus sonrisas eran las sonrisas de Charlie. Hablamos constantemente de dar la vida por otro sin pensar en las consecuencias, sin detenernos a comprender todo lo que encierran esas palabras. Lo decimos como si no significara nada, como si fuera fácil, como si a la hora de la verdad pudiéramos hacerlo realidad. Lo cierto es que la mitad de esas promesas caerían al vacío al hacerse tangibles. La gran mayoría huiría para salvar el pellejo. Es la ley de la vida, un acto de supervivencia. A la hora de la verdad pocos se quedarían quietos mientras todo su ser implora por correr hacia la salvación. Alicia se había quedado quieta y había dado, literalmente, su vida por Charlie. Lo había hecho al acceder a algo que para ella era como morir. Alicia creía fervientemente que estaba a punto de morir, que su existencia se convertiría en vacío, que ni siquiera los recuerdos se apiadarían de ella.

Por eso mismo, lo último que hizo antes de desmayarse fue maldecirlo. Por entrar en su vida, por haberla llevado a la morada de la muerte y por haber permitido que sus monstruos se adentraran en su isla, que debería haber sido un pequeño paraíso. Le había tendido una trampa y esta había dolido. Mucho.

-Capítulo 33-
Charlie

Y en ese instante comprendió que el amor es como la magia;
solo funciona si alguien la crea.

Charlie tenía los ojos inyectados en sangre. Notaba las palpitaciones de su maltrecho corazón en la sien. En realidad, todo su cuerpo palpitaba. Caminaba sin rumbo, haciendo y deshaciendo sus pasos una y otra vez. Desde la distancia parecía un animal enjaulado y casi se podían ver los barrotes que le impedían alcanzar la libertad. Pero los suyos no eran de metal, estaban hechos de personas. De tres, para ser exactos. Wendy, Sean y Thomas le cortaban el paso hacia la salida, la resolución pintada en cada una de sus caras.

Hacía tan solo media hora que Alicia había desaparecido junto a una resuelta Ofelia y un furioso señor White. Y él estaba ahí, encerrado. Enjaulado.

—¡Dejadme salir ya! ¡Ya me he calmado, joder! —vociferó, sin dejar de moverse.

—Lo hacemos por tu bien —se limitó a decir Sean en un susurro.

Charlie se paró en el acto y dirigió su mirada hacia él.

—¿Por mi bien? ¡Por mi bien! —Se llevó las manos a la cabeza y, por unos segundos, se perdió en los dibujos del techo que tanto le habían confortado tiempo atrás, para al momento volver a cargar el peso de su mirada contra él—. Por mi bien —repitió con acritud—. ¿De quién fue la brillante idea? ¡Os dije que no os acercarais a la guarida! ¡Que ni pensarais en ella! ¡Maldita sea!

—Pensamos que quizá… —intentó explicar Wendy, que se sentía inmensamente culpable.

—¿Pensasteis? —Charlie soltó una risa amarga, antinatural. Se acercó más a ellos y algo en él les hizo retroceder—. ¿Quién os pidió que pensarais? ¡Ni siquiera la conocéis! ¿Cómo os atrevéis? Si le pasa algo… —Negó con la cabeza, ni siquiera se atrevía a pensar en ello. Los miró de uno a uno; palabras envenenadas rogaban por salir de su garganta, pero hacía lo posible por luchar contra la tentación. No podía culparles, habían intentado ayudarle. No podía y sin embargo lo hacía.

—Estás alterado, tienes que relajarte. —Thomas se acercó a él, intentando establecer el contacto, pero Charlie le esquivó.

—Me habéis jodido.

—Somos tus amigos, intentábamos ayudar. —El chico dio otro paso hacia él.

—¿Mis amigos? —gruñó—. Yo ya no tengo de eso. —Vio el gesto de horror de Thomas y una sonrisa tétrica se dibujó en sus labios —. Tú solo eras amigo de Peter. Solo te importaba él y te abandonó. Yo no tengo amigos, pero tú tampoco.

Thomas le miró como si acabara de propinarle el peor de los golpes. Y lo había hecho. Charlie se quedó muy quieto. Había vuelto a caer en viejas aficiones. Solía herir con sus palabras cuando quería estar solo. Nunca le había conducido a nada. Ahora tampoco lo haría. Pero la rabia no razona, solo actúa. Y estaba actuando.

—No lo dices en serio. —Wendy ni se inmutó.

—¿Quieres que hablemos en serio, Wendy? —Abrió los brazos, abarcando la inmensidad del recinto—. Bien, hagámoslo. Han pasado tres años y sigues llorando por los rincones por un tío que se fue, que te abandonó. Seguramente ni se acuerde de cómo cojones te llamas. ¿Te gustaría que te lo trajera? ¿Te gustaría ver cómo ni siquiera te reconoce? ¿Te gustaría que me metiera en tus malditos asuntos? —La chica compuso una mueca de horror, pero no dijo nada —. Eso me imaginaba —dijo con aspereza—. Y, sin embargo, tú te metes en los míos.

—Te estás pasando, Charlie. —Sean ni siquiera era capaz de mirarle a los ojos.

Charlie sonrió, aunque más que una sonrisa pareció una sentencia.

—El bueno de Sean… —ironizó—. Ni siquiera eres capaz de quedarte en bañador en la playa o de mirarte al espejo. Alicia le tiene miedo a la gente, pero tú te lo tienes a ti. Ni si quiera me das asco, solo pena. —Sean tenía los ojos clavados en el suelo. Charlie se mantuvo a escasos centímetros de él, condenándole con la mirada—. Tú deberías haber sido el que parara esta locura —dijo, señalándolo con un dedo—, tú más que nadie sabes lo que es preocuparse por lo que piensen los demás. ¿Me has visto alguna vez arrojarte desnudo a la calle? ¿Me has visto hacer algún comentario sobre ti o sobre el hecho de que te pases todo el verano vistiendo de negro y en manga larga? ¿Digo algo cuando apartas la vista hasta de los escaparates para no verte? ¿No, verdad? ¡Eso es porque yo no me meto en los asuntos de nadie! —gritó a escasos centímetros de su oreja, pero Sean continuó con la mirada gacha, dejando que el pelo le cubriera la cara —. ¿Ni siquiera me miras? —preguntó, rabioso, y le cogió de la barbilla para levantarle la cara. Estaba inundada de lágrimas. Sean le mantuvo la mirada apretando los labios y frunciendo el ceño, intentando no sucumbir ante las palabras que se le habían clavado en

el pecho.

Y fueron las palabras que Sean no pronunció, el tormento que se imprimió en su rostro, lo que hizo que Charlie retrocediera, asustado de sí mismo. Había estado odiando a Peter por huir, pero él se quedaba para destruirlo todo. Quizá Peter hubiera preferido poner tierra de por medio antes de hacer que todos naufragaran con él. La visión de Peter, de sus ojos grises, se entremezcló con la de Sean y estuvo seguro de que él era mucho peor. Su cuerpo entero se estremeció ante semejante revelación. Permaneció inmóvil, contemplando a sus tres amigos que le miraban sin verle, ajenos a sus pensamientos. Charlie habría jurado que incluso podía oír cómo le maldecían.

La rabia se había esfumado y solo quedaba desolación en él. La rabia suele ser mal consejera, cuando desaparece solo deja tras de sí un campo de pérdidas y solo quedas tú y esa sensación de querer deshacer tus pasos, de viajar atrás en el tiempo. Pero eso no es y nunca será posible: lo hecho, hecho está. Los sentimientos son volátiles, aparecen y desaparecen, impregnan cada poro de tu ser para después abandonarte sin un triste adiós; en cambio, los actos permanecen y tú… tú te quedas con las consecuencias.

Charlie se derrumbó. Se dejó caer al suelo, en medio de aquella ficticia isla, y deseó desvanecerse de la misma manera en que lo había hecho su rabia. Se imaginó entonces las caras de sus amigos cuando un día se despertaran y él ya no estuviera, pudo ver a Alicia haciendo sonar el silbato eternamente sin que nadie le contestara y algo en su pecho se quejó. Las lágrimas empezaron a desbordarse por su rostro y enterró la cara entre las piernas, sollozando mientras buscaba en vano un consuelo que no llegaba.

Se sintió a la deriva, solo, exiliado. Pero él no estaba solo. Los sentimientos suelen ser bastante mentirosos, y como prueba de ello sintió una mano en su hombro, una presencia sentada a su lado izquierdo y, segundos más tarde, otra a su derecha que le masajeaba la espalda.

—Lo sien…to —balbuceó, entre lágrimas e hipidos.

—No hay nada que sentir. Estas aquí, eso es lo que importa —dijo Thomas a su espalda, sin apartar la mano de su hombro.

—Yo… Solo quería… —intentó continuar.

—Da igual. Lo sentimos, pensamos que te estábamos ayudando. Simplemente creímos que nos vería, que no tendría miedo y que tú… —Sean suspiró—. Que estarías contento. Solo queríamos ayudarte.

—Lo sé —consiguió decir, descubriendo el rostro para comprobar que Sean le sonreía—. Yo…

—¿Has dicho algo en los últimos veinte minutos? —Wendy

negó con una sonrisa, mientras seguía acariciándole la espalda—. La acústica de este sitio es horrible, ¿no creéis?

—Sin duda —aseguró Thomas apretando más fuerte el hombro de Charlie.

—Da asco. —Sean se encogió de hombros—. Así que, ¿decías algo?

—Que os quiero. Mucho.

—Y nosotros a ti. —Wendy le abrazó y los otros dos chicos no tardaron en sumarse al abrazo.

[image]

Charlie daba vueltas por el largo pasillo ante la mirada furibunda del señor White que, sin duda, le culpaba de lo ocurrido. Y con razón. Pero eso no era lo que le importaba en esos momentos. Nada le importaba. Solo quería saber cómo estaba, ver salir a Ofelia de la habitación y que esta le dedicara unas palabras alentadoras, que le dijera que todo iba bien. Se apoyó en el marco de la puerta y posó la cabeza sobre la fría madera. No sentía nada, solo una inquietud que lo estaba matando. Necesitaba verla, saber que estaba bien, que sus labios se curvaran en una de esas sonrisas que llenaban ríos en plena sequía, que alumbraban los días lluviosos y calmaban tempestades. Quería verse iluminado por su sonrisa, acariciado por la espontaneidad de sus ojos.

En cuanto se había tranquilizado, Thomas lo había acercado a casa y las piernas de Charlie le habían conducido a donde se encontraba su corazón. Porque ella tenía su corazón, sus piernas, sus manos, sus sonrisas; lo tenía todo de él. La quería, ahora lo sabía, con miedo y sin él. Con todos sus compartimentos. La quería sabiendo que el amor no es más que una palabra, una invención, una utopía. El amor solo existía cuando ella sonreía, cuando le miraba, cuando revoloteaba a su alrededor. Era como si ella guardara el amor en una pequeña cajita de música y la hiciera sonar cuando él estaba cerca. Para Charlie el amor no significaba nada si en la definición no estaba implícita Alicia. Sin ella no quería amor ni quería nada. Era una necesidad visceral, profunda, que ni siquiera le dejaba pensar. Y en ese instante comprendió que el amor es como la magia; solo funciona si alguien la crea. Alicia creaba amor para él y lo esparcía por su interior, casi como si tuviera una varita mágica o polvo de hadas.

No dejaba de revolverse el pelo y dar vueltas sobre sí mismo. Sentía el peso de la mirada del señor White sobre su nuca.

—Sé que es culpa mía y lo siento —le dijo, devolviéndole la mirada—. Pero solo sé quererla.

Las piernas comenzaron a temblarle y el señor White le miró por encima del hombro.

—Vamos —le instó con una calma extraña en él—. Voy a

preparar un té.

Charlie clavó los ojos en el suelo y se limitó a asentir. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se obligó a moverse, como un autómata, hasta la cocina y permaneció de pie en medio de la estancia, sin saber qué hacer a continuación. Le temblaba todo el cuerpo. El señor White, que no le quitaba ojo de encima, se ocupó de guiarlo hasta una silla y allí permaneció quieto, con los codos sobre las rodillas y un puño cerrado aprisionado entre sus dientes. Tenía el rostro enrojecido por la ansiedad y movía los hombros en un tic nervioso. No escuchó nada, ni el resonar de las tazas, ni siquiera percibió el olor dulzón ni la calidez que emanaba de una de ellas. Charlie estaba lejos, muy lejos de allí, estaba con ella, en los latidos de su corazón, en el sonido desacompasado de su respiración, en las lágrimas que rodaban por sus mejillas, en el miedo que la convertía en una bola de nieve que se deshacía hasta desaparecer entre sus dedos. Con ella, solo con ella.

Solo cuando tuvo al señor White a escasos milímetros de su cara, estudiándolo con porte severo, pudo al fin reaccionar.

—¿Me estás escuchando? —preguntó el hombre, alzando una ceja.

—No —reconoció con cierta timidez.

El señor White esbozó una leve sonrisa y se apartó unos pasos de él.

—Siempre he pensado que eres un maleducado. Preferiría un tornado a tu compañía. De hecho, si me dieran a elegir entre un insecto y tú, probablemente elegiría al insecto. —Charlie abrió mucho los ojos, pero el abuelo de Alicia se limitó a encogerse de hombros—. Me recuerdas demasiado a mí. Cuando conocí a mi esposa supe que era ella. Es la única cosa que he tenido clara en mi vida, que era ella. Ni siquiera sabía qué significaba que fuese ella, solo que era ella. —Se quitó una pelusa de su impecable chaqueta—. Y, créeme, no paré hasta que conseguí que me viera. Lo que me costó bastante, dicho sea de paso. Pero esa es otra historia… —Miró a su alrededor, algo incómodo—. Cuando te vi por primera vez con mi nieta supe que era ella para ti. ¿Qué podía hacer? Cuando es ella, simplemente no puedes parar hasta que te ve. Es irritante visto desde fuera.

—Es ella y lo he estropeado todo —susurró Charlie, abatido.

—Qué poco sabes —refunfuñó el hombre—. Cuando es ella no puedes estropear nada, porque seguirá siendo ella pase lo que pase. Olvídate del miedo, del orgullo o de cualquier sentimiento. Cuando es ella, es ella y ya está. Lo demás son simples contratiempos. ¿Juegas al ajedrez? —Charlie asintió con la cabeza—. El objetivo es derrotar todas las fichas del contrario. Podría limitarme a derribarlas con las manos y ganar, pero eso sería bastante aburrido. Por eso hay reglas, para hacerlo interesante. —Charlie jamás había pensado en el ajedrez

de esa manera, pero, después de todo lo que había vivido desde el día en que se mudó, ya nada le parecía extraño—. El amor es como el ajedrez; los sentimientos solo son las normas que hacen el juego más interesante. Pero si es amor, si es ella, entonces solo es cuestión de tiempo. Si crees que el amor es un sentimiento es que eres muy tonto. —El tono de voz del señor White era muy similar al que usaría un padre al aleccionar a su hijo pequeño—. El amor está por encima de los sentimientos, es una certeza, una verdad absoluta, eres tú. Así que dime, Charlie. —Se acercó a él con una ceja alzada—. ¿Es amor, es Alicia ella?

—Sí. —Charlie le miró con los ojos verdes desteñidos por una lágrima que descendía por su rostro, con lentitud, como única prueba de su verdad.

—Conozco a mi nieta y tú eres él. Así que no veo el problema ni el motivo de tanto drama. Sois unos pésimos jugadores de ajedrez.

Charlie soltó una risa llena de tristeza.

—Tiene usted razón.

—Claro. Yo siempre la tengo, la guardo en un cajón. Y ahora vete a tu casa y descansa, mañana será otro día. Alicia estará bien. —Posó una mano sobre su hombro y Charlie asintió, sumamente agradecido.

—Guardaré su secreto —le dijo, despistadamente.

El rostro del señor White se endureció, pero Charlie compuso una sonrisa.

—Su club de lectura, es un club de teatro. Les vi actuando en el centro.

—Buenas noches, Charlie.

[image]

Esa noche durmió en el armario. Intentando estar lo más cerca posible de Alicia, deseando que le rociara con su polvo de hadas. Las cortinas juguetearon desde la ventana, proyectando sombras en la habitación. «¿Qué haría Peter?» se preguntó. La respuesta era demasiado fácil, demasiado dura. «Huir», eso haría Peter. Pero Charlie no era Peter, él jamás podría hacerlo. Solo cuando vives algo por ti mismo puedes juzgarlo. Esa noche Charlie juzgó y sentenció al que había sido su mejor amigo, cerrando su carpeta para siempre. Ya no necesitaba el odio que albergaba hacia él. En su cuerpo solo cabía un gran es ella.

Porque Alicia era ella y siempre sería ella. A pesar del tiempo y de la muerte. A pesar del olvido. A pesar de todo. Lo que sentía era más grande que el miedo, que el tiempo o que las palabras. Y eso solo significaba una cosa: Alicia era ella.

-Capítulo 34-
Alicia

La oscuridad no es más que la ausencia de luz, y si existe su ausencia, entonces la luz tiene que existir aunque no la veas.

Un frío sobrecogedor serpenteaba por su espina dorsal dejando a su paso pequeños regueros de escalofríos. Se quedó contemplado el aliento que emanaba de su boca, viendo cómo lo invisible se hacía visible. Pequeñas gotitas de nieve se posaban en su cara.

—¡Vamos! —susurró Eve mientras emprendía el camino.

Ella la siguió. Caminaron unos minutos en completo silencio. Alicia contaba las huellas que su hermana iba dejando sobre la nieve.

—¿A dónde vamos? —preguntó cuándo empezó a estar cansada.

—A Nunca Jamás.

—¿Y dónde está?

Eve se paró de golpe y se giró, chocándose con ella.

—En una estrella a la derecha y después recto, claro.

—No veo ninguna estrella.

Su hermana alzó el rostro hacia el cielo. Era cierto, no había ninguna estrella.

—Vamos a buscar una estrella —sentenció, decidida, antes de emprender de nuevo la marcha.

Alicia no se movió. Eve estaba asustada, había roto una de las figuras de su madre y quería huir antes de que esta se enterara y le cayera una buena bronca. Pero Alicia tenía frío, miedo y echaba de menos su casa. Y además, ella no había hecho nada.

—¿Alicia? —la llamó Eve al ver que se había quedado quieta.

—Vámonos a casa. Nos vamos a perder. —Tiró del abrigo de su hermana en la dirección opuesta.

—Nos perderá mamá, tonta. Y cuando nos encuentre estará tan contenta que le dará igual que haya roto la rosa.

—¿Y si no nos encuentra?

[image]

Alicia estaba durmiendo, se removía en la cama agitada. La pesadilla se cernía sobre ella. Una mujer sin rostro agarraba su mano y empezaba a gritarle.

Se despertó, asustada, con las pulsaciones descontroladas.

—Soy yo, Ali. —Eve le sonreía, sentada en un extremo de la cama—. ¿Otra pesadilla? —Ella asintió, cansada—. ¿Te importa que duerma contigo? Tengo frío y tú eres una buena estufa.

Alicia sonrió y se hizo a un lado. Eve se acurrucó junto a ella y sus caras quedaron separadas por unos pocos centímetros.

Eve restregó sus pies fríos contra los de Alicia.

—¿Te he despertado? —preguntó Alicia.

—No. Estaba soñando despierta. —Vio la expresión de confusión en el rostro de su hermana y añadió—: Me he enamorado, Ali.

—¿De quién?

—Eso no importa. Lo importante es que estoy enamorada. ¡Enamorada!

—¿Y cómo lo sabes?

—¿Cómo no saberlo?

[image]

—¿Estás bien? —preguntó Eve, mirando a Alicia como solo ella sabía mirarla.

—Claro —contestó sin poder devolverle la mirada.

—Mentirosa —rebatió con una media sonrisa, evocando otros tiempos; tiempos en los que sujetaban una baraja de cartas entre las manos.

—Esto no es un juego. —Alicia estaba enfadada.

—Todo es un juego —repuso Eve mientras sujetaba una taza humeante entre sus dedos pálidos—. Solo nos han subido el nivel de dificultad, pero ganaremos. Siempre lo hacemos, Ali.

—Podemos irnos.

—No tenemos siete años. —Se encogió de hombros antes de darle un sorbo a su té—. No podemos huir. Y mucho menos de una palabra. Las palabras están en todos lados. Nos encontraría.

Alicia resopló. Desde que apareció la palabra «cáncer» odió las palabras y todo lo que estas representaban. Las odió tanto, tantísimo. Lo primero que hizo cuando lo supo fue buscar la procedencia de la palabra. Se quedó ahí, minutos o quizá horas, frente a la enciclopedia, a veces leyendo el mismo párrafo una y otra vez y otras con la mente en blanco. «Cáncer» viene del griego y significa cangrejo. Llamaron a la enfermedad de Eve cáncer porque cuando observaron las células tumorales advirtieron que se aferraban a todo lo que encontraban a su paso con fuerza, con obstinación y perseverancia, y eso les recordó a los cangrejos marinos y por eso mismo le llamaron cáncer. Su hermana tenía un cangrejo en su cuerpo, uno tóxico, un Rey Midas que destruía todo lo que tocaba, devorándola por dentro. Y ella odió al cáncer, a los cangrejos, a la vida y a las palabras. Era injusta, las palabras no tenían la culpa; aunque la enfermedad de Eve no hubiera

tenido nombre la hubiera consumido de la misma manera. Pero estaba enfadada, furiosa, frustrada y el odio siempre busca culpables. Recordó esos organismos diminutos en forma de dibujos animados que se adentraban en los cuerpos humanos y deseó que aquellos dibujitos espantosos fueran reales, poder entrar en el cuerpo de su hermana y luchar con sus propias manos contra las células cancerígenas que amenazaban con conquistar su cuerpo y destruirlo. Pero no podía. No había absolutamente nada que ella pudiera hacer. Nada. Y eso la mataba.

[image]

—Prométemelo.

—No.

—Prométemelo.

—No.

—¡Ali, prométemelo!

—No quiero.

—Me estoy muriendo, deberías compadecerme y prometerme todo lo que te pida.

—Eres idiota —le espetó, levantándose y saliendo enfadada de la habitación del hospital donde había sido ingresada su hermana.

[image]

—¿Has ido tú sola?

—Sí.

—¡Sabía que lo harías!

—¿Estás contenta? —preguntó Alicia con un hilo de voz, temiendo que el sonido terminara de romper lo que quedaba de su hermana.

—Mucho. Y me ha encantado la obra. Estás preciosa, Ali. ¿Por la calle también ibas así?

—¡Claro!

—¡Has cumplido tu promesa! —Eve se esforzó en sonreír, pero una mueca de dolor le atravesó el rostro—. Estoy muy feliz.

—Te estás muriendo —musitó Alicia, más para sí misma que para Eve.

—¿Y? Estoy feliz igual.

—Te voy a echar de menos.

—Eso es imposible. Cada vez que te mires en el espejo me verás. Yo seré la que te eche de menos, no creo que en el cielo haya espejos.

—Puede que sí.

—Si los hay, entonces no te echaré de menos. —Los ojos de Eve comenzaban a cerrarse.

—A lo mejor cada vez que se rompe un espejo va al cielo.

—¿Romperás uno por mí?

—Claro.

—Estoy cansada, Ali.

—Descansa, Eve.

[image]

Los recuerdos se deslizaban por el interior de Alicia convirtiendo el pasado en sueños. De sus ojos cerrados escapaban lágrimas congeladas por el dolor que anidaba en ella. Estaba cansada. Se removía en la cama; sus sueños del pasado eran pesadillas que le recordaban que no solo habitaban en su imaginación, también lo hacían en la vida. Abrió los ojos, empapada en sudor y lágrimas. Le dolía la cabeza. Permaneció callada, contemplando el techo sin pensar en nada, solo dejando que los minutos pasaran. No se dio cuenta del momento en el que los ojos se le cerraron, devolviéndola de nuevo hacia el mundo de los sueños. Y esta vez fue conducida hacia recuerdos más recientes, junto a Charlie, con el añadido de su hermana sonriendo a su lado. Su felicidad se convertía en la de Eve. Y Alicia se veía obligada a multiplicar su alegría para compartirla con ella.

Se despertó con una sonrisa, sintiendo a Eve muy cerca, con el sabor de un *quizá* en el paladar que le recordaba que su hermana siempre viviría en ella. Se miró en el espejo y saludó a su reflejo antes de tirarlo al suelo, haciendo que se rompiera en mil pedazos. Una pequeña felicidad la invadió antes de recordar la noche anterior. La isla dentro de una isla. Charlie. El terror. Un pequeño velo de tristeza y aceptación cayó sobre ella.

Con el corazón encogido, fue hasta el armario e hizo sonar el silbato varias veces, pero Charlie no contestó. Llegó a la conclusión de que el chico estaría enfadado con ella, la misma Alicia lo estaba consigo misma. Bajó las escaleras hasta el piso inferior con miedo, temerosa de la represalia del abuelo. Fue entonces cuando escuchó risas y la voz de su abuelo alzarse por encima de otra voz que conocía igual de bien.

Intentando hacer el menor ruido, se asomó a la cocina y lo que vio la hizo dudar de si todavía seguiría soñando. Su abuelo estaba junto a Charlie y los dos reían. Agitó la cabeza y se pellizcó la mejilla, confusa. Quizá no fuera su abuelo. Estaba de espaldas a ella, no podía ser él.

—Buenos días, Al —saludó Charlie alzando la voz unos tonos, sin dignarse siquiera a mirarla. Continuó alegremente la conversación con quien fuera que estuviera hablando, como si su presencia solo hubiera sido momentánea.

Alicia se adentró en la cocina sin apartar la vista de la espalda del hombre, que se giró revelando que realmente sí se trataba del abuelo.

—¿Quieres tortitas? —le preguntó, sin detenerse a mirarla más que un instante.

—Vale —contestó Alicia en un susurro.

Se sentó a la mesa, al lado del chico, y descubrió el plato repleto de tortitas que yacía en mitad de la misma. Charlie le tendió un plato vacío con aire distraído, concentrado como estaba en la conversación que mantenía con el abuelo sobre ajedrez.

Alicia dudó.

—No muerden —musitó el chico, volviéndose hacia ella.

—Ya. —Cogió una tortita. El rostro de Alicia era una máscara de confusión y estrujaba sin darse cuenta la tela del pantalón de su pijama. Intentaba ordenar sus recuerdos cuando sintió que una mano cubría la suya. No necesitó mirar para saber que se trataba de Charlie. La sujetaba con fuerza, como si temiera que se fuera a ir corriendo. Pero cuando buscó sus ojos comprobó que seguía sin hacerle caso, hablando con el abuelo como si fuera lo más normal—. ¿Os habéis vuelto locos? —quiso saber.

—¿Te puedes volver loco si ya lo estás? —le devolvió Charlie la pregunta, ladeando la cabeza para mirarla. Ella negó con la cabeza y el chico sonrió—. Entonces no.

—Ayer… —empezó.

—Ayer es ayer y hoy es hoy —la interrumpió el abuelo.

—Totalmente cierto —resolvió Charlie.

—Lo siento —musitó, bajando la mirada hacia la mano de Charlie, que continuaba sosteniendo la suya con firmeza.

—Deja el perdón para los pecadores y come. —El abuelo le sirvió dos tortitas más, pese a que aún no había probado bocado alguno. Tiró de la cadena de su reloj de bolsillo y lo estudió con detenimiento—. Llego tarde. Otra vez —rezongó, guardándoselo de nuevo—. Este chico me enemistará con el reloj para siempre —se quejó al tiempo que se levantaba y salía de la estancia.

—Bueno, ¿qué te apetece hacer? —le preguntó Charlie, componiendo una enorme sonrisa.

Alicia dejó caer el tenedor en el plato.

—Esto es surrealista.

—Mira, Al. Lo siento por lo de ayer, les pedí que no se acercaran, pero pensaron que no tendrías miedo. No volverá a pasar y no creo que me lo perdone nunca. Pensé que te perdía y casi me muero de miedo yo también. No sirve de nada lamentarse. Como ha dicho tu abuelo: ayer es ayer y hoy es hoy. Y hoy estás aquí, delante de mí, sana y salva y eso es lo único que me importa. —Charlie sonrió y la sinceridad que vio en su rostro la conmovió—. En realidad, no creo que me importe nada más. Solo me importa que ahora estás aquí y como me digas que me vaya me moriré. Pero me moriré de verdad

—aseguró, haciendo un gesto con la mano—, me esfumaré de la faz de la Tierra, no quedarán ni mis huesos. Pesará sobre tu conciencia y no volverás a dormir nunca más. Te quedarás sin mis maravillosos dibujos y mi estupendo sofá flor, porque él también se morirá. Hasta puede que me convierta en fantasma y te aceche por el resto de tus días. —Se rascó la barbilla y sonrió—. A mí me encantaría; es mi versión del cielo, aunque supongo que sería un poco pesado para ti. Puedo ser un fantasma muy molesto. Así que, por favor, no me digas nada que no sea qué es lo que quieres hacer hoy.

El pecho de Alicia intentó salir de su cuerpo para abrazar a Charlie, pero no pudo, por lo que se quedó atrapado, dando saltitos en forma de latidos, intentando alcanzarle.

—Encontrar la estrella —dijo ella, porque fue lo único que se le ocurrió.

—¡Vamos a ello! —Charlie se levantó y se encaminó hacia el salón.

—Charlie —le llamó Alicia.

El chico se detuvo en el marco de la puerta.

—¿Qué?

—Me encantaría tenerte como fantasma. —Alicia sonrió. Olvidó el desayuno, las pesadillas y se levantó para seguirlo.

—Y a mí ser tu fantasma.

[image]

—¿Cómo va a estar en un libro?

—¿Acaso sabes dónde está? —Ella negó con la cabeza—. Eso pensaba. Pues si no sabes dónde está no puedes saber dónde no está. Así que déjame buscar.

—Gruñón.

—Aburrida.

Llevaban todo el día buscando la estrella, solo habían hecho una pequeña pausa para comer. Alicia ya estaba cansada de buscar. Charlie, sin embargo, seguía buscando como si solo llevaran unos minutos. Miraba en todas partes, entre los libros y armarios, debajo de los muebles y el sofá. Incluso en la nevera.

Alicia se dejó caer en el sillón del abuelo mientras esperaba a que el chico acabara de rebuscar entre los libros.

—Pues no está —dijo Charlie unos minutos después, desplomándose en el sofá.

—Mi tía era una gran *escondedora*.

—De las mejores, diría yo. —Se revolvió el pelo—. Quizá simplemente no está.

—Ya —musitó, haciéndose pequeña en el sofá.

—Si está, aunque sea en el cielo, la encontraré. Te lo prometo.

Alicia pensó que ya no quería la estrella. Tenía a Charlie y, sin

duda, él era mejor que cualquier estrella. Comprendió que, en ocasiones, cuando buscamos algo desesperadamente podemos llegar a encontrar otra cosa que no buscamos, pero que resulta ser mejor. Y Alicia había encontrado a Charlie, no podía imaginar una estrella que pudiera superarle. Mirándolo fijamente, se despidió de su estrella y le recitó interiormente un poema que recordaba —o eso creía— de su infancia.

Y esa fue la despedida a una estrella que nunca conoció, pero que le hizo el mejor regalo que jamás pudo soñar.

Dijiste que fuiste a verla
y que te habló de mí;
pero las estrellas no hablan,
no las que yacen en un jardín.
Ella juró que el cielo la esperaba
(bien sabemos que es verdad),
pero si no subiera
¿qué podría pasar?
No tiene alas, no puede volar.
Tú la encontraste,
o ella te encontró a ti
y ahora brilla en mi jardín.
Si a ella o a mí nos vieras
a través del espejo de la verdad,
nos deberías liberar
pues el miedo también puede apresar.
Fuiste tú, según yo pienso
(antes de encontrarla a ella),
el que me dio alas para flotar
y si yo puedo; una estrella, sin duda, podrá volar.
Tú procura que ella sepa
que ya se puede marchar,
una estrella no se riega,
y yo no la puedo cuidar.[6]

6 Versión del Poema Judicial incluido en *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll.

-Capítulo 35-
Charlie

El tiempo acaba por dar respuestas
a preguntas que ya habías olvidado.

La lluvia arreciaba cuando Charlie llegó a Chiswick, casi sin aliento, y aparcó el coche. Sentía como si hubiese recorrido una maratón, como si llevara días apretando el paso sin detenerse siquiera a respirar o a beber agua. Estaba exhausto y, al mismo tiempo, eufórico. Todo su mundo, que antes era un puzzle de cinco mil piezas sin orden ni concierto, se había alineado de repente. Por primera vez en años sabía lo que quería, había encontrado su lugar y pensaba luchar por él con todas las consecuencias.

Aparcó en la entrada, cogió la bolsa que guardaba el delantal de su madre y salió a la carrera. Hacía meses que no pisaba la casa y esta vez ni siquiera se detuvo a admirar los cambios. Con la ropa empapada por los segundos que había tardado en abrir la puerta de la entrada, buscó a su padre por toda la planta inferior, en el patio trasero e incluso en la primera planta, pero la suerte parecía haber echado a correr más deprisa de lo que él lo hacía.

—¡Papá! —le llamó a gritos.

Había quedado en comer con él a sabiendas de que estaría solo en casa. Maggie pasaba esa semana con sus padres y Charlie había aprovechado la ocasión para aceptar una de las múltiples invitaciones de su padre, cuyo fin era pasar tiempo juntos. Invitaciones que llevaba meses esquivando. Pero ya no era el mismo Charlie de antaño. Era un Charlie renovado dispuesto a enfrentarse al mundo por aquello que más quería. Él quería a Alicia. Y si no podía salvarla crearía una nueva isla para los dos, una donde el miedo no pudiera alcanzarla, donde estuviera segura para siempre. Charlie era un marinero que había naufragado y había acabado llegando a una isla gobernada por alguien llamado Miedo. En esa isla, que le parecía más como un pequeño país, había un tesoro escondido. Un tesoro custodiado por temibles piratas. Charlie no les tenía miedo —ni tampoco a la isla o a su gobernante—, lo que temía era que al abrir el cofre estuviera vacío y no hubiera nada para él. Pero ahora sabía que en el cofre había un cielo, una estrella y una chica que albergaba en su interior una belleza indescriptible.

Oyó un golpe en la planta superior y supuso que su padre

estaría en el desván, rodeado por los recuerdos. Charlie subió despacio e igual de despacio accedió a la habitación atestada de cajas y muebles que ya no se usaban. Y ahí estaba su padre, colocando cajas en forma de recuerdos. Una de las cajas se había volcado y Nicholas colocaba de nuevo los objetos en su interior. Pertenencias de su madre. Su cepillo favorito, su caja de música, los cuadernos de recetas, sus bolígrafos de colores. Y Charlie la vio, la nostalgia que su padre llevaba tanto tiempo escondiendo, el amor que una vez había sido capaz de mover montañas y que él pensaba que había enterrado junto a su madre.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, pero el corazón de Charlie latía tan fuerte que supuso que su padre lo había escuchado, porque se volvió hacia él de repente y le hizo un gesto para que pasara.

—Lo siento, hijo. No te había escuchado. —Dejó los bolígrafos dentro de la caja y le dio un abrazo que duró por toda una vida, un abrazo que hablaba de pérdida, de consuelo y de un amor demasiado grande para estar encerrado en las cuatro paredes de una habitación polvorienta—. Ha sido como volver a verla —dijo Nicholas a media voz.

Charlie recogió una nota que había en el suelo. «Los bombones sabían muy mal. Puedes traerme más» decía esta. Era la letra redondeada de su madre. Sonrió y tuvo ganas de abrazar la nota, de incrustarla en su pecho.

—A mí me pasó algo parecido la semana pasada. —Le tendió la bolsa y Nicholas arrugó el ceño. Sacó el delantal y pudo ver cómo los ojos le brillaban por unas lágrimas que eran trisfelices.

El señor Crowell se llevó el delantal a la nariz y cerró los ojos, absorbiendo el pasado, llenándose de recuerdos.

—Pensé que lo había perdido.

—Estaba enterrado. —Su padre le miró sin comprender—. Hicimos una cápsula del tiempo hace años, cuando aún estaba Peter. Eso fue lo que enterré. —Se peinó el pelo con los dedos y unas gotas de lluvia diminutas fueron a parar al suelo—. Era hora de que volviera a casa, es aquí donde debe estar.

Nicholas asintió y acarició el delantal con los dedos, cada mancha, cada arruga.

—Sé que me odias porque crees que la he olvidado.

—No te odio —replicó Charlie.

—Es una forma de hablar —explicó—. Ya sé que no me odias, pero también sé que en el fondo me guardas rencor por haberla sustituido. Sé que te fuiste porque eras incapaz de ver a otra mujer ocupar el lugar de tu madre. Lo sé, hijo, y no pasa nada. —Posó una mano sobre su hombro—. Solo tengo que mirarte a los ojos para

saberlo. Eres tan transparente como ella.

Charlie tragó saliva.

—Tienes derecho a ser feliz. Sería un egoísta si te pidiera que te quedaras llorándola toda la vida.

—Palabras, Charlie. Solo son palabras, cosas bonitas que se dicen para que los demás se sientan bien. La verdad es que me casé con otra mujer, que vive conmigo en una casa que una vez ocupó tu madre. La verdad es que quiero a Maggie y que soy feliz teniéndola a mi lado. Y la verdad es que nunca olvidaré a Catherine. —Guardó silencio y zigzagueó por entre las cajas hasta detenerse junto a la ventana—. Tal vez no puedas creerme, pero no la he sustituido. Nunca podría hacerlo. Está aquí —se frotó un brazo—, en mi piel —se palmeó el pecho—, está muy dentro de mí. ¿Cómo crees que podría sacarla? No se puede. Cuando quieres a alguien como yo quiero a tu madre, no puedes sustituirla.

Charlie ahogó un sollozo. Ni siquiera se había dado cuenta del momento exacto en el que había empezado a llorar. Hasta ese momento no se había percatado de lo solo que había estado, porque el día en que su madre murió su padre lo había hecho con ella. El hombre que quedó distaba mucho de ser aquel padre entregado que se desvivía por robarles cada día una sonrisa. Charlie lo había echado en falta. Lo había odiado por querer construir una nueva vida sin su madre, sin él. Y ahora comprendía que su padre solo había escondido su dolor, de la misma manera en la que él escondía el suyo. Alejándose. La distancia es una buena aliada, aunque rara vez se presta a ofrecerte consuelo.

—Tu madre decía que el amor nos ayuda a vivir, que sin amor estamos perdidos. Que el amor es como cuidar una planta o hacer un buen bizcocho. Hay que prestarle atención, cuidarlo, alimentarlo. Para ella el amor estaba por encima de todo, cualquier amor era bueno. Si tenías amor, lo tenías todo. —Sonrió—. Recuerdo que la mujer de unos amigos del instituto murió y que él volvió a casarse tiempo después. Estaban muy unidos y la pérdida lo destrozó. —Movió la cabeza y estrechó con fuerza el delantal contra su pecho—. Yo no podía entenderlo y en un principio me negué a ir a la boda. ¿Sabes qué me dijo tu madre? —No esperó respuesta—. Que era así como tenía que ser, que somos siempre una suma, una gran y compleja suma. Y que no había nada de malo en querer a alguien. Por el contrario, lo malo era negarse ese amor, restar cuando debía ser suma. —Respiró profundamente y Charlie supo que intentaba controlarse por él—. Aceptar a alguien en tu vida, querer a alguien, no implica olvidar, solo entregas amor y recibes amor. Porque siempre hay espacio para el amor, nunca se gasta. Puedes atesorar todo el amor que quieras y el que siento por tu madre siempre estará conmigo.

Hasta el día que me muera y pueda reunirme con ella.

—Una suma. —Se secó las lágrimas para poder recuperar la visión—. Yo creo que somos una ecuación compleja, con un millón de incógnitas.

Nicholas rio.

—Probablemente. —Dobló el delantal con delicadeza, como si pudiera desgarrar la tela con sus manos desnudas—. Cuando murió tu madre solo pensaba en irme con ella. Hay amores que te cambian la vida, no es una utopía ni una fábula para contentar a los más románticos. Es, simplemente. Y cuando llega lo das todo, porque es así como debe ser. Yo se lo di todo a tu madre y cuando se fue comprendí que también se había llevado mi fuerza, mis ganas de vivir. No encontraba una razón para quedarme. —Meneó la cabeza—. Pero entonces te miraba a ti y me imaginaba lo que Cathy me diría si supiera lo que estaba pensando. A ella le habría gustado que viviera, por mí, por ti, por ella. Ella querría que te viera crecer, que absorbiera todo lo que la vida me ofrecía; cuantos más dígitos tuviera el resultado de mi suma, más feliz sería ella, porque eso significa que has vivido. —Atravesó de nuevo la estancia y se colocó delante de su hijo. Ninguno de los dos ocultaba las lágrimas, por primera vez se hallaban desnudos. Padre e hijo, dos almas con la misma sangre, compartiendo el mismo dolor, el mismo amor—. Estoy aquí por ella. No importa cuántos muebles cambie, porque ella nunca desaparecerá de mí; es una parte esencial de mi suma. Algún día tú también encontrarás el dígito más grande de tu suma y ella te cambiará la vida.

Charlie bajó la mirada al suelo.

—Ya la he encontrado —dijo casi en un susurro, pero su padre le escuchó muy bien y el rostro se le iluminó.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que estoy vivo y respiro.

Una sonrisa emergió de los labios del señor Crowell.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Alicia. Es… mi vecina.

Su padre alzó las cejas, animándolo a contarle más. Charlie dudó un segundo, una duda que solo le sirvió para coger fuerzas y deshacerse ante ese hombre al que tanto había echado de menos. Se lo contó todo desde el día de la mudanza, la manera en que Alicia le espiaba desde su ventana, la rotura del armario, sus conversaciones, los dibujos… incluso le explicó que ya la había visto años atrás, relatándole el suceso de la mermelada y el encuentro en la sala de espera del hospital. Se desahogó como lo haría un niño pequeño que le pide auxilio a su padre. Porque era eso lo que Charlie necesitaba: ayuda. Debía encontrar una estrella.

—¿Una estrella? —le preguntó su padre cuando terminó de

hablar. No hubo preguntas, ni reproches, solo aceptación. Y Charlie había sentido su aceptación como una caricia directa al corazón, como el consuelo que llevaba tanto tiempo esperando.

—No una estrella cualquiera sino «la estrella», sea lo que sea esta.

Nicholas se echó a reír.

—¿Por qué tenemos unos gustos tan extraños? Una estrella. —Sacudió la cabeza—. Al menos no busca al hombre ideal. —Charlie se volvió hacia él—. No me mires así, eso era lo que buscaba tu madre: al hombre ideal. La gracia es que su hombre ideal era todo lo opuesto de lo que sería un hombre ideal para el resto de la humanidad. Su hombre ideal jamás le regalaría rosas ni le susurraría palabras cursis al oído. ¿Y arrodillarse para pedirle matrimonio? —Negó con un gesto—. Me habría descartado si solo me hubiera atrevido a pensarlo. Su hombre ideal siempre llegaría más tarde que ella, incluso el día de la boda. ¿Te contó alguna vez cómo tuve que pedirle matrimonio? —Su hijo negó con la cabeza—. Llevábamos unos seis meses viviendo juntos, a escondidas de tus abuelos —explicó, refiriéndose a los padres de Catherine—; porque claro, para saber si era el hombre ideal antes debíamos vivir juntos. Pero no podíamos esconderlo por más tiempo, así que una mañana cogí una nota y le escribí «Voy a estar liado y necesitamos leche, pan rallado y embutidos. ¿Podrías pasar por el supermercado? Yo traeré pan y dulces de camino a casa. P.D.: ¿Nos casamos?» y se la pegué en la nevera antes de marcharme.

—¿Le pusiste eso? —Charlie lo miraba con los ojos como platos. No se imaginaba semejante declaración. ¿Por qué nunca le habían hablado de eso?

Nicholas asintió.

—Cuando llegué a casa y miré en la nevera, tu madre había añadido al final de la nota un simple: «Ok». Y yo fui el hombre más feliz de la tierra. Me había escogido, yo era su hombre ideal.

—Yo también quiero serlo —murmuró, conmovido por el relato—. Quiero hacerla feliz. Necesito encontrar la estrella.

—Estás un poco pesado con la estrella —le regañó Nicholas—. No puedes ser tan cerrado. Si quiere una estrella, bájasela.

—Pero entonces no sería su estrella.

—Lo será si se la regalas.

La confusión de Charlie era palpable y, si pudierais observarlo —por ejemplo, por un agujero en un armario—, seguramente se os escaparía una sonrisa.

—¿Cómo se baja una estrella del cielo?

—Con imaginación.

Y Charlie lo entendió. Dejó que su mente se abriera como se abren los pétalos de una flor o las alas de una mariposa.

—Lo tengo —anunció. La felicidad le llenaba toda la cara.

Su padre se echó a reír y le pidió que le contara qué era lo que le rondaba por la cabeza. Pero él se negó a contárselo. Era un secreto, su sorpresa para Alicia, y ella sería la primera en descubrirla. El hombre terminó por rendirse y, tras acariciar una última vez el delantal de su difunta esposa y guardarlo entre sus cosas, decidió que era hora de bajar a comer.

—¿Estás seguro de lo que haces? —le preguntó Nicholas antes de salir del desván—. Con esa chica, quiero decir. No quiero meterme en tus asuntos, pero si tienes la menor duda…

—¿Alguna vez dudaste de lo que sentías por mamá? —A su padre no le hizo falta negarlo—. Nunca he estado más seguro de algo.

El señor Crowell se quedó contemplando a su hijo como si lo viera por primera vez.

—No me había dado cuenta de lo mucho que has crecido. ¿Cuándo has dejado de ser un niño? —Porque sí, era eso lo que había sucedido. El reloj de Charlie se había activado y el tiempo había empezado a avanzar.

Aquella tarde Charlie dejó de ser un niño perdido.

-Capítulo 36-
Alicia

Los tesoros no se regalan, se esconden en islas desiertas.

El reloj marcaba las cuatro de la madrugada cuando algo despertó a Alicia. No sabría decir qué había sido exactamente. Adormilada y algo enfurruñada, comprobó el lateral de la cama para ver si el reloj se había vuelto a estropear y le había dado por adelantarse, pero este continuaba marcando la hora de siempre. Se imaginó que habría sido una pesadilla ya olvidada y se dispuso a acostarse de nuevo cuando algo captó su atención. Había luz en el armario de Charlie. Se frotó los ojos para desperezarse y volvió a mirar en esa dirección. No eran imaginaciones suyas. La puerta del armario de Alicia estaba abierta de par en par y la luz del armario de su vecino se colaba en su habitación, proyectando sombras deformes que habrían hecho gritar a la chica de no saber quién se encontraba al otro lado, lo que significaba que de ahí provenía el ruido que la había despertado.

Aquella noche no había podido ver a Charlie, primero porque el abuelo la había entretenido hasta casi la una de la madrugada, alegando que se encontraba mal y que quería que le leyera en voz alta. El abuelo jamás se quejaba de sentirse mal, ni le pedía que hiciera nada por él. Era demasiado orgulloso y protector con ella; prefería aguantar cualquier dolor a admitir algo que solo preocuparía a su nieta. Por eso Alicia se había preocupado muchísimo y no se había movido de su lado más que para llevarle la cena o lavarse los dientes. Para cuando el abuelo se quedó dormido, Nida no quería salir y ella estaba demasiado cansada para insistir. Alicia se había derrumbado en el armario para hablar un rato con Charlie, pero por mucho que lo llamó con el silbato no recibió respuesta alguna. Supuso que habría salido con sus amigos, pero le extrañaba que no le hubiera dejado una nota o un dibujo. La tristeza había cubierto a Alicia y ni siquiera las mantas o la calefacción habían logrado quitarle la sensación aterida del cuerpo.

Descalza, y con la extraña sensación de encontrarse dentro de un sueño, se asomó al armario de Charlie para descubrirlo cómodamente sentado, pasando las páginas de un cómic y disfrutando de la lectura, como si leer dentro del armario a las cuatro de la mañana fuera algo que cualquier persona acostumbrara a hacer.

—¿Qué haces? —La voz le salió ronca por el sueño.

—Leo —contestó él, pasando una hoja sin prestarle la menor atención.

—¿A las cuatro de la mañana?

—Eso parece.

Alicia asintió.

—¿Qué lees?

—Un cómic —respondió él, algo que la irritó muchísimo. Era obvio que leía un cómic, la ilustración de la cubierta le tapaba prácticamente toda la cara, que era lo que Alicia quería ver.

Pero ella también sabía jugar a ese juego.

—¿Qué cómic?

—*Fábulas* —respondió, chasqueando la lengua. Por supuesto, Alicia podía ver claramente el nombre del cómic sin necesidad de preguntárselo.

—¿Y va de hombres lobo? —quiso saber, ya que en la portada salía un hombre que sostenía a una chica en un brazo y con el otro amenazaba a un grupo de lobos que parecían dispuestos a devorarlos. El hombre tenía garras y enseñaba una hilera de dientes que podían competir con los de los lobos.

—No —dijo al tiempo que pasaba otra hoja—. Son personajes de cuentos, de ahí su título. Él es el Lobo Feroz —explicó, dando un toquecito en la portada con un dedo.

—Pero entonces va de hombres lobo.

—No, ya te he dicho que no va de eso. No solo sale el Lobo Feroz, también está el Príncipe Azul, Blancanieves, la Bella y la Bestia, Pinocho… y muchísimos personajes de cuentos.

—Pues la portada no le pega nada.

—Claro que le pega. —Charlie apartó el cómic y se dignó a mirarla por primera vez—. Así no hay quien lea. —Quería parecer molesto, pero lo cierto es que Alicia no podía tragárselo. Podía ver la sonrisa que escondían sus labios, el brillo en sus ojos y algo que no alcazaba a descifrar.

—Son las cuatro de la mañana.

—¿Y qué? ¿Hay algún toque de queda para leer? —Volvió a concentrarse en las páginas del cómic, aunque ella podría jurar que solo fingía leer para fastidiarla. Pasaba las páginas demasiado deprisa cuando había comprobado de primera mano que a Charlie le gustaba tomarse su tiempo para admirar cada detalle del dibujo. Era más lento leyendo un cómic que ella leyendo un libro ilustrado con mucho más texto. Lo tenía comprobadísimo.

—Me has despertado. —Alicia le quitó el cómic de las manos.

—No lo he hecho.

—Claro que sí. —Se puso cómoda y abrió el cómic para ver el

dibujo—. Es más bonito por fuera que por dentro —se quejó, chasqueando la lengua.

—¡Dame! —Intentó quitárselo, pero Alicia le dio un tortazo.

Hizo que leía un par de páginas y, tras unos minutos, soltó el cómic en el suelo de su dormitorio.

—¡Aburridísimo! —zanjó.

Charlie, que sacaba la cabeza por el agujero, le dedicó una mirada furibunda.

—Hay que ser listo para entenderlo —la picó.

Pero ella era más lista que él. La había despertado por algún motivo que no acertaba a comprender y sabía que no tardaría en ceder si dejaba de seguirle el juego. Empezaba a conocer a Charlie como la palma de su mano.

—Buenas noches. —Se levantó y cerró el armario, dejándolo sin cómic y con la palabra en la boca.

Con una sonrisita en los labios, comenzó a contar los segundos que tardaba en llamarla. Fueron solo dos.

—¡Al, abre la puerta! —Le ignoró y se metió en la cama, cubriéndose con las mantas hasta el cuello. Ya no tenía frío. Saber que Charlie estaba ahí, al otro lado, y que no se había olvidado de ella le hacía sentirse viva, colmada de felicidad—. ¡Al! —seguía llamándola. Pero ella había decidido dejarlo sufrir un poquito. Solo un poquito más—. Si no abres no te daré la sorpresa que tengo para ti. —Silencio. Alicia no movió ni un solo músculo—. Te he despertado para eso, ¿sabes? Me he pasado toda la tarde y toda la noche preparándola. —Alicia ni siquiera pestañeó. ¿De verdad tenía una sorpresa para ella? —. ¿Por qué te crees que tu abuelo no dejó que salieras de casa? Me costó muchísimo convencerlo. —Se incorporó a la velocidad de la luz. ¿Había mencionado al abuelo? ¿Era una broma?—. Está bien, abre la ventana de tu cuarto y podrás verla. Buenas noches, Al.

Oyó ruido en el armario de Charlie, pero la mente de Alicia volaba en otra dirección. Más concretamente, en la dirección de su ventana. Se podría decir que Alicia planeó hasta la ventana y mantuvo una lucha encarnizada con las cortinas y persianas, que parecían confabuladas para impedirle descubrir aquello que tanto ansiaba ver. Ni siquiera se planteó la posibilidad de que fuera mentira. Alicia casi gritó de regocijo cuando el aire fresco de la noche le acarició el rostro y pudo por fin sacar la cabeza por la ventana.

No tuvo que buscar demasiado. El regalo de Charlie era inmenso, descomunal. Tan enorme que toda la calle podría verlo si se asomaran a sus ventanas. Tan grande que el mundo entero podría verlo si pudiera detener el tiempo y soplar con fuerza el silbato para llamar su atención. Alicia exageraba, por supuesto. El regalo no ocupaba más de un metro cuadrado, pero para ella bien podría haber

ocupado un planeta entero, aunque ese planeta fuera tan pequeño como el asteroide B612. ¿Sabéis lo que vio Alicia? Una estrella. Charlie le había regalado una estrella.

Había una estrella en su jardín. Y Alicia no podía ser más feliz. La felicidad la llenaba por completo; le subía desde la planta de los pies, se inyectaba en su piel y viajaba por cada célula de su cuerpo. Su felicidad era tan grande que no cabía en ella y soportaba su peso dando saltitos mientras se aferraba al marco de la ventana. Los mechones se le escapaban de la trenza y de su garganta salían palabras que no podríamos reproducir porque ni ella misma era capaz de entenderlas; era como escuchar la melodía que entona el sol cuando abre los ojos y se decide a compartir su luz o el sonido de las primeras gotas de lluvia que caen contra el suelo, reclamando su pedazo de tierra.

Así es, había una estrella en su jardín. Pero no era una estrella cualquiera. Charlie había colocado una fina película de luz por medio de fibra óptica y le había dado forma de estrella. Y el interior de esa estrella de luz estaba relleno de rosas blancas, sus favoritas. Una estrella que brotaba como una flor, una estrella que se creía flor. Era perfecta y era suya.

Su estrella.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, al mismo tiempo, comenzó a reír tan alto que el eco de su voz le devolvía la risa tímidamente. Fue corriendo hasta el armario y no se extrañó al ver a Charlie allí, esperándola de brazos cruzados al otro lado del armario.

—¡Hay una estrella en mi jardín! —Sacó medio cuerpo por el agujero, atascándose a medio camino.

Los labios de Charlie se curvaron en una sonrisa.

—Una estrella en tu jardín.

—¡Una estrella en mi jardín! —repitió, como si el mismo eco hubiera decidido seguir trabajando para ella.

—¿Es lo único que vas a decir? —se quejó él—. Con un «gracias» me conformo. —Pero ella ya no le prestaba atención.

Salió del armario y buscó a tientas la cámara de fotos, para a continuación volver a la ventana y sacar cientos de fotos desde todos los ángulos posibles. Charlie la llamaba desde el hueco, pero era como hablar con la pared, con el aire o con el mismo cielo. Cuando decidió que ya tenía suficientes fotos, lanzó la cámara sobre la cama y volvió al armario.

—¡Hay una estrella en mi jardín! —chilló, eufórica como estaba, como si el tiempo no hubiera pasado y volvieran a retomar la conversación. Charlie habría resoplado en cualquier otra situación, pero era Alicia, y jamás la había visto más adorable y más ella, plantada como estaba delante de su armario con el rostro henchido de

alegría. Parecía que iba a emprender el vuelo en cualquier momento y, absurdamente, Charlie temió que echara a volar y se alejara de él para siempre.

—No, ¿en serio? No la había visto. ¿Se puede saber quién ha sido el tonto que la ha puesto ahí? —Miró hacia los lados—. Ah, sí. He sido yo. —Se señaló a sí mismo—. Pero no hace falta que me des las gracias. Ya te dije que plantaría estrellas en tu cielo.

Y Alicia rio. Muy alto, sin importarle quién pudiera escucharla. ¿Qué más daba? Empezó a dar vueltas y más vueltas por la habitación, gritando que había una estrella en su jardín y que era suya y solo suya.

—Sí, vale, puedes ignorarme. Ni siquiera estoy aquí —protestó él, que prácticamente se había desplomado sobre la pared rota, enfundándose una sonrisa que no le cabía en la cara. Disfrutaba del espectáculo desde la primera fila.

—¡Te quiero! —chilló Alicia, que seguía dando vueltas por la habitación, sin más intención que la de dar nombre a aquella sensación cosquilleante que se arremolinaba por todo su cuerpo. Fue un te quiero infantil, sencillo, verdadero, sin más. Un te quiero fácil. Un te quiero que hizo que la sonrisa de Charlie se esfumara y se golpeara la cabeza contra la pared al querer salir del hueco.

Se la quedó mirando muy serio, tan serio que Alicia se detuvo en seco y tuvo que agacharse hasta que se le pasó el mareo.

—No deberías decir esas cosas tan a la ligera. —El verde de los ojos de Charlie se había oscurecido y había tanta profundidad en ellos que Alicia sintió que podía perderse en su mirada. Y no le importó.

Entonces lo vio. Fue como una caída al vacío, como el brinco que das al despertar de una pesadilla, como la tristeza que te embarga en el momento antes de que los ojos se te llenen de lágrimas. Y no es que Alicia estuviera triste. No. Alicia había olvidado lo que era la tristeza, la estaba pisando ahora mismo, haciéndola añicos sin remordimiento alguno. Alicia estaba viendo a Charlie. Sus ojos habían estado vendados, cubiertos por una tela que impedía entrar la luz, la única luz que conseguía que una lágrima supiera a sonrisa y que una mirada arropara como un abrazo.

No, no lo había dicho a la ligera. Tal vez sus labios la habían traicionado confiando verdades que ni ella misma se había atrevido a verbalizar. Pero era cierto. Le quería. Tan cierto como que Charlie estaba delante de ella y él también había leído la verdad en sus ojos. Si el chico había tenido alguna duda respecto a los sentimientos de Alicia, esta había ido a parar al mismo lugar que la tristeza de la joven: aplastada, pisoteada.

El corazón de Alicia se detuvo, o quizá había empezado a

funcionar a tanta velocidad que no era capaz de encontrar el freno. Iba a estrellarse y tenía miedo. Pero el miedo y Charlie no podían ir de la mano, así que se dijo que si iba a estrellarse lo haría sin miedo, solo sujetando la mano que Charlie le tendía.

-Capítulo 37-
Charlie

Era el pensamiento que precede a la palabra,
la mirada que delata al amor, la inocencia que vive en cada niño.

Charlie no le tendió la mano. Haciendo honor a Verdad lo que el chico hizo fue desaparecer de la vista de Alicia, que se quedó tan pasmada que no sabía si echarse a reír o patalear como una niña.

—¿Charlie? —gritó sin importarle a quién pudiera despertar —. ¡Charlie!

Pero no creáis que Charlie había huido a ninguna parte. Lo único que había hecho había sido salir a la carrera hacia una de las habitaciones libres en busca de algo que necesitaba con urgencia. Su vida dependía de ello.

—¡Charlie! —volvió a gritar Alicia—. ¿A dónde has ido? ¡Charlie! —seguía gritando y, como si el chico no oyera cada uno de sus gritos, decidió acompañarlos con el sonido insistente del silbato.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de gritar? ¡Vas a despertar a tu abuelo! —le pidió, apareciendo de repente con la pica entre las manos—. Y ahora hazte a un lado.

—¿Pero qué haces? —Alicia lo miraba con los ojos desorbitados.

—Pasar el tiempo, nada más. —Resopló—. ¿Tú qué crees? —Quitó la manta que cubría la pared rota y se colocó en posición. No quería hacer demasiado ruido, así que pensaba emplear toda su fuerza y romper el agujero con unos pocos golpes—. Aléjate del armario, Al.

—No hace falta que sigas buscando la estrella. Ya tengo mi estrella —le aseguró, señalando a la ventana. Había tanta inocencia en sus ojos que Charlie sintió que se tambaleaba.

—¿Tengo pinta de estar buscando una estrella? —Lo dijo con la mayor naturalidad que pudo emplear en su tono de voz, pero una sonrisa torcida le traicionó y se rindió a ella—. Voy a besarte, Al, y esta pared es la única cosa que me lo impide, así que pienso destruirla. Y ahora, aléjate del armario.

Los ojos de Alicia se abrieron como dos naranjas y retrocedió instintivamente hacia atrás.

—¡No puedes hacer eso!

—Claro que puedo, ya lo estoy haciendo. —Y lo había hecho, desde luego. Charlie se llevó consigo unos buenos centímetros de la

pared con dos golpes certeros, dejando espacio suficiente para poder atravesarla. Dejó la pica en el suelo y atravesó el armario de Alicia con una facilidad pasmosa.

Alicia le contemplaba como si de una aparición se tratara.

—¡Has roto la pared!

Charlie miró el hueco ensanchado y sus labios dibujaron una enorme sonrisa.

—Venga, Al. Nunca le tuviste demasiado cariño a esa pared. —Un destello metálico entre los restos que se habían desperdigado por el armario de Alicia captó su atención y se agachó para cogerlo—. Y aquí tienes tu libra. —Le quitó el polvo y la lanzó al aire para volver a cogerla, dedicándole una sonrisa radiante a la chica, que seguía mirándolo con asombro.

—No deberías haber hecho eso —dijo Alicia con un hilo de voz.

—Claro que sí, solo estorbaba. No es que tu abuelo fuera a dejarme entrar en tu casa a estas horas. —Dio un paso hacia ella con precaución, temeroso de que en cualquier momento huyera asustada. Y él no pensaba permitirlo, no dejaría que se le escapara—. Voy a besarte, Al. Si hay algo que brilla más que una estrella en esta habitación, esa eres tú. Tú eres mi estrella y yo necesito besarte. —Reprimió una sonrisa al comprobar cómo las mejillas de la joven se encendían.

—¡Te aconsejo que pares ahora mismo! —dijo ella en respuesta, señalándolo con un dedo. Había llegado al borde de la cama y la única manera de escapar sería echar a correr hacia los lados o subirse a ella.

—Vamos, Al. Lo estás deseando, no puedes negarlo —bromeó sin otro motivo que quedarse con ella.

—¡Claro que no! —protestó ella, indignada, pero el nerviosismo de sus ojos la delataba.

—Llevas queriendo que te bese desde que llegué a esta casa, admítelo. Por eso me espiabas y me sacabas fotos —siguió vacilándola.

—¡He dicho que no!

Charlie sonrió y tomó una de sus manos entre las suyas.

—¿Ves? Te acabas de poner roja y solo te he tocado. Seguro que en cuanto te bese te desmayarás —dijo con una sonrisa socarrona —. Pero no te preocupes, prometo no dejar que te caigas al suelo.

—¡Eres un idiota! —La chica intentó apartar la mano, pero él la sostuvo con más fuerza. Charlie podía ver cómo batallaba consigo misma y el corazón se le llenó de un sentimiento más grande que él—. Preferiría que me besara un sapo.

—Pues lo siento, Al, se nos han acabado los sapos. Tendrás

que conformarte con un falso cerdo. —Tiró de ella con suavidad y dio un paso más. No quería asustarla, quería hacer las cosas bien. Llevaba demasiado tiempo esperando ese momento y ahora que la tenía tan cerca, al alcance de su mano, sentía que se iba a volver loco. De felicidad, pero también de miedo.

Alicia dudó. Sus ojos viajaban del rostro de Charlie a las manos entrelazadas.

—Estás temblando —susurró e hizo ademán de ir a cerrar la ventana, pero Charlie se lo impidió salvando los pocos centímetros que los separaban.

—No es de frío. —Colocó una mano temblorosa en la nunca de la chica para atraerla hacia él. Se agachó y pegó su frente a la de ella—. Tengo miedo.

—¿De qué? —Alicia posó la mano libre sobre el hombro del chico para evitar el repentino mareo causado por su cercanía.

Podría contestarle alguna fanfarronería, hacerse el listillo de mil maneras distintas o simplemente podía esquivar la pregunta. Pero Charlie no quería huir, quería estar exactamente donde estaba. Cerca de Alicia. Perdido en el cielo azul que eran sus ojos, en todo aquello que nadie más le había hecho experimentar antes.

—De equivocarme y que desaparezcas. —Su voz era apenas un susurro cálido y Alicia absorbía cada palabra como una flor absorbe cada rayo de luz, floreciendo, haciéndose más y más hermosa —. Eres lo más bonito que me ha pasado nunca, lo más perfecto.

Alicia se apartó para poder respirar y mirarlo a los ojos.

—No soy perfecta.

—Lo eres para mí, siempre lo serás para mí. —Las mejillas le ardían, pero no se apartó ni un milímetro cuando dijo—: Nadie puede querer a otra persona como yo te quiero a ti, Alicia Little. Quiero todo lo que representas, quiero cada una de tus imperfecciones. —Había hundido la mano en el pelo de la joven y, tirando de ella con suavidad, salvó de nuevo la distancia que los separaba. Le acarició el cuello y sintió cómo su pulso se aceleraba. Estaba más preciosa que nunca—. Y ahora, si me lo permites, voy a besarte.

—No sé cómo se hace —admitió ella con timidez.

Charlie sonrió, la besó en la sien y, sin despegar sus labios, le regaló una hilera de besos hasta la mejilla. Alicia cerró los ojos, disfrutando de la suavidad de sus labios contra su piel.

—Piensa que yo tampoco sé. —Ella retrocedió y le miró con extrañeza—. Es la primera vez que beso a alguien de quien estoy enamorado —explicó, dedicándole una media sonrisa—. Así que, prácticamente, es como si fuera la primera vez.

—¿Y si no te gusta?

—Me gustará.

—¿Y si no me gusta a mí?

Charlie frunció el ceño.

—Lo repetiremos hasta que te guste.

—¿Nunca te das por vencido?

El comentario le hizo sonreír.

—Contigo, nunca.

Alicia fue a decir algo más, pero en el último momento se arrepintió.

—Está bien. Pero deja que lo haga yo. —Él arqueó las cejas—. No pongas esa cara, quiero intentarlo.

Charlie levantó las manos en señal de rendición.

—Adelante.

—Cierra los ojos.

Y así lo hizo. Charlie cerró los ojos y esperó, pero el beso parecía no querer llegar.

—¿Vamos a estar así todo el día? Eres lo menos romántico que conozco.

—Shhhh —lo acalló. Y de repente lo sintió, una suave caricia contra sus labios, apenas un roce imperceptible—. Ya está. ¿Qué tal lo he hecho?

—¿El qué? —Abrió los ojos y la vio allí delante, con las mejillas arreboladas y una expresión de felicidad—. No he sentido nada.

—¿Cómo qué no? ¡Si te he besado! —protestó, indignadísima.

—A eso no se le puede llamar beso. Ni a un niño engañaría y yo no soy un niño.

—Perdona, pero sé lo que es un beso, lo he visto muchas veces.

—Pues debías de tener los ojos cerrados, porque no lo has pillado.

—¡Has dicho que te gustaría! —replicó Alicia. Su cara era todo un poema y él tuvo que contenerse para no echarse a reír—. Eres un mentiroso. Ya puedes marcharte —le señaló el hueco de la pared —, me voy a dormir. —Se dio la vuelta, muy digna con su pijama azul de gatitos—. Y ya puedes arreglar la pared del armario —siguió murmurando mientras cerraba la ventana.

—Está bien. Me voy. Buenas noches, Al —se despidió, mordiéndose los labios para evitar que se le escapara la risa. Sentía la presencia de la chica a sus espaldas y casi podía verla abrir la boca y mirarlo como si estuviera cometiendo la mayor de las fechorías. Solo tuvo que volverse un segundo para descubrir lo que ya sabía que encontraría. Los ojos de Alicia le traspasaban mientras continuaba plantada a medio camino entre la ventana y la cama. No quería que se marchara, de la misma manera en que Charlie no quería estar en

ningún otro lugar que no fuese allí, con ella. Besándola. Besándola de verdad.

Y Charlie supo que no podía reprimirse ni un segundo más. Atravesó la estancia en dos zancadas y la estrechó entre sus brazos. El primer beso fue un roce robado, una caricia que hablaba de promesas, de un cariño donde las estrellas podían ser flores y los armarios podían conectarse como las tapas de dos libros contiguos en una estantería. Y a ese primer beso le siguió otro que fue como el abrazo de un niño que llevaba siglos enteros anhelando el contacto humano. Charlie la besó tomándose su tiempo, con una ternura desconocida incluso para él, mimando sus labios, haciéndola sentir como una prisionera que pisa por primera vez la hierba fresca tras años de encierro en un castillo de cristal. Y conforme el beso se tornaba más profundo, más íntimo, fue atravesando las barreras de esa maldición que la mantuvo demasiado tiempo prisionera.

Cuando los labios de Charlie se separaron de los de ella pudo verla como nunca la había visto antes.

—Eso sí ha sido un beso de verdad —bromeó, intentando controlar los latidos de su corazón—. ¿Ves la diferencia?

Alicia asintió y se tomó unos segundos para recuperar el aliento.

—¿Vas a dejar de ser mi amigo ahora que nos hemos besado?

—Claro que no. —Rio—. Seré algo más.

—¿Mi novio?

—Tu sombra.

—Ya tengo una sombra.

—La mía es mejor —aseguró, feliz de verla tan contenta, de estar tan cerca de ella y saber que sus sentimientos eran correspondidos. No había un ser en el mundo más feliz que Charlie.

—¿Y quién lo dice?

—Yo, por supuesto.

—¿Podemos repetir? —preguntó la chica con cierto grado de timidez.

Y Charlie rompió a reír. Por supuesto, la respuesta no se hizo de rogar.

[image]

Aquella noche durmieron juntos, el uno pegado al otro, las manos entrelazadas y los sueños planeando sobre sus cabezas. Hablaron y hablaron, de todo y de nada, hasta que la mañana se abrió paso a través de los cristales y un nuevo día se ofreció a ser testigo de una dicha que nada ni nadie podría enturbiar. Es trabajoso molestar a la felicidad, e imposible cuando se comparte y es el doble de robusta. La felicidad que Alicia y Charlie compartían era sólida como una roca, indestructible.

Ninguno de los dos recordó el momento exacto en el que se quedaron dormidos, pero Charlie jamás olvidaría aquel sonido atronador que le despertó y le zarandeó todo el cuerpo. Y fue tal el susto que acabó en el suelo, con el corazón a punto de salírsele por la boca. La cama entera se agitaba, como si sufriese una especie de ataque, al tiempo que un sonido similar a un teléfono antiguo atronaba por toda la habitación. Alicia estaba en medio de la cama y se estiraba con una sonrisa enorme en los labios y los ojos todavía cerrados. Como si despertarse de esa manera fuese lo más normal del mundo; es más, hasta parecía encantada.

—Al, tu cama se ha vuelto loca.

La chica abrió los ojos de golpe al escuchar su voz y se inclinó hacia un lado de la cama.

—¿Charlie? —Él sonrió al ver cómo el rostro de la chica iba aumentando de tonalidad al recordar los besos que se habían dado—. ¿Qué haces en el suelo?

—Tu cama me ha tirado.

—Es una cama despertador, no tira a la gente.

—¿Una cama despertador? ¿Eso existe?

Alicia alzó las cejas.

—Es obvio que sí —contestó con un deje condescendiente.

Él estaba a punto de protestar cuando el señor White entró como un huracán en el dormitorio de su nieta.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

—Charlie dice que la cama le ha tirado e intento explicarle que no tira a la gente, que solo los despierta.

Charlie se levantó como un resorte y se planchó la ropa con las manos. Aunque ya era demasiado tarde y Alicia acababa de estropear cualquier excusa que pudiera darle.

—¿Y se puede saber qué hacía en tu cama?

—Pues dormir —contestó la chica, que no veía el problema por ninguna parte.

Charlie podría haber soltado cualquier tópico manido como «¡No es lo que piensa!» o «¡Déjeme que se lo explique!», pero lo cierto es que poco había que explicar. Charlie había dormido con Alicia y esa era una verdad como un templo, una verdad que no podía ocultarle al señor White y menos después de que este reparara en lo que había quedado del armario.

—¡Santo cielo! —bramó el hombre, siguiendo a Charlie, que saltó por encima de la cama de Alicia y atravesó la habitación hasta el armario mientras esta se reía a carcajadas—. Pero, ¡¿cómo te atreves?! ¡Pequeño sin vergüenza!

—Solo estábamos hablando y nos hemos quedado dormidos. Díselo, Al —le pidió a la chica antes de pasar al otro lado del armario,

huyendo del señor White.

—¡Abuelo, hay una estrella en mi jardín! —Alicia se había levantado para comprobar que la estrella no hubiera desaparecido con la luz del día.

Pero el abuelo solo tenía ojos para su vecino.

—¡Cobarde!

—El cementerio está lleno de ellos —repuso Charlie antes de despedirse con una mano y cerrar el armario tras de sí.

Pero incluso con la puerta cerrada todavía pudo escuchar la risa de Alicia y la voz del señor White.

—Debería haber tapiado esa pared hace tiempo.

—¿Lo sabías? —La voz de Alicia transmitía su asombro y Charlie pudo imaginársela abriendo los ojos.

—Por supuesto que sí. Un agujero en la pared no es algo que pueda pasar desapercibido, como tampoco puede hacerlo el sonido irritante de un silbato —explicó, levantando el silbato para mostrárselo a su nieta—. Ni el escándalo de anoche.

Un silencio se apoderó de la habitación de al lado y Charlie tuvo que agudizar el oído para escuchar lo que decían a continuación.

—Lo siento —se disculpó Alicia en voz muy baja.

—Yo no.

-Capítulo 38-
Alicia

Los muertos no pueden hacerte nada. Hay que temer a los vivos.

Alicia había cometido una locura. Una más, queremos decir. La cuestión es que había acabado hechizada por la sonrisa de su abuelo y no había podido negarse. El corazón le latía con fuerza. Su madre estaba a escasos metros de ella. Era su madre, la quería. Pero era uno de esos amores difíciles. Alicia pensaba que si su madre no fuera su madre le caería realmente mal. Puede que hasta más que Donna. Que Rose fuera su madre lo cambiaba todo y nacía de ella un amor profundo y visceral, pero no podía evitar pensar que su amor no era libre. Era un amor aprendido. No era menos amor por eso, el amor es amor venga de donde venga, sea cual sea su condición. La cuestión es que llega y cuando llega no se le hace preguntas, solo se le recibe. Pero Alicia era muy pensadora —y preguntona—, por lo que estudiaba a su madre intentando imaginar cómo sería su relación si esta no fuera su madre. No habría relación y esa era la única respuesta posible.

Sintió la mano del abuelo en el hombro y se volvió para mirarlo. Al abuelo le querría fuese quien fuese. Pensó, entonces, que si el abuelo no fuera su abuelo y tuviera su edad, a Charlie no le caería nada bien el abuelo —que ya no sería el abuelo—.

—Ve a hablar con ella —le susurró, empujándola levemente en dirección al jardín trasero.

Alicia encontró a su madre contemplando las rosas, tocándolas con la punta de los dedos, con tanta delicadeza que parecía acariciar a un ser que fuera a romperse al más mínimo roce. Nunca le había visto una expresión tan melancólica y vulnerable y Alicia sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Detuvo el paso bruscamente, pero ya era tarde.

Rose levantó la mirada y le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Has escuchado alguna vez la historia de las rosas? —Alicia meneó la cabeza y su madre sonrió, acariciando una de ellas—. Había un hombre llamado Destino, condenado a escribir la historia de todos sin poder vivir la suya propia. Estaba encerrando en una cueva, bajo tierra. Alejado de todo y de todos. Pasaba las horas imaginando sus vidas, escribiéndolas, conectándolas. Les escribía sin conocerles ni recordar su mundo. Escribía para conocer, supongo. Y conoció.

Destino se enamoró —reveló—. Nunca la había visto, ni siquiera sabía si cuando sonreía se le formaban arruguitas en la frente o cómo era exactamente el timbre de su voz. Sabía de ella lo que él mismo había escrito, incluso conocía cómo sería su final. Él mismo lo estaba escribiendo. El mejor de todos. Pasó semanas escribiéndolo, dándole forma. Y cuando iba a poner el punto y final en su vida, lloró. Se enfadó tanto… —Rose ladeó la cabeza y comenzó a acariciar otra rosa —. Ya nunca más podría volver a escribirla. En un arrebato de ira, destrozó la tinta y el papel eterno que le había regalado su madre, que no era otra que la Muerte, negándose a que su amor acabara siendo un personaje más de un libro interminable. El mundo se había quedado sin rumbo, sin Destino, pero él se había quedado sin ella. Le parecía justo. A su madre no se lo pareció. Así que lo primero que hizo fue visitar a aquella mujer que le había robado el corazón a su hijo. Por aquel entonces ya era una anciana. Y se la llevó, de la peor de las formas. Demostrándole a su hijo que él solo era palabras y que ella era hechos. Sin él la vida perdía belleza, pero no final. Destino sintió la muerte de la mujer y, enfadado, con su propia sangre comenzó a escribir otro final en las paredes de la cueva. Retando a Muerte. Escribió la misma frase una y otra vez, sin descanso. Hasta que toda la cueva fue un rastro marchito de palabras muertas. La tierra absorbió sus palabras, creando flores que yacían sobre él y tornándolas rojas como su propia sangre. Cuando Muerte olió la sangre de su hijo fue hacia allí y contempló las flores llenas de palabras. Rojas, exultantes. Su hijo Destino, nacido de Muerte, había creado una nueva vida. Y al ver lo que había escrito en la cueva, lloró tanto que borró el rojo de alguna de ellas, volviéndolas blancas.

—¿Qué había escrito?

—«Siempre vivirá, es una palabra y a una palabra no se la puede matar». —Rose miró a su hija con ternura—. Muerte llamó a las flores que habían nacido de las palabras y la sangre de su hijo como a aquella mujer: Rosa.

—¿Qué palabra era Rosa?

—No lo sé. Quizá fuera amor o quizá Rosa fuera en sí misma una palabra. Puede que todos seamos palabras.

—Por eso prefieres las rojas.

—Cuando veo una rosa blanca pienso en el dolor de una madre, cuando veo una roja pienso en el amor.

—Su dolor también era amor.

—El amor solo duele cuando se va. Su amor se fue con él.

—¿Qué pasó con Destino?

—Tengo algo para ti —dijo como única respuesta.

Sacó algo del interior de su abrigo y comenzó a quitarle el pañuelo que lo envolvía con extrema delicadeza. Alicia se quedó

petrificada al comprobar lo que era. Una estrella. Alicia lo supo al instante. Contuvo el aliento, miró a su madre y esta asintió al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—La he tenido yo todo este tiempo —le dijo, rozándola con la punta de los dedos con la misma delicadeza con que tocaba los pétalos de la rosa segundos antes—. Puedes cogerla. —La depositó sobre la palma de su hija, que no tardó en comenzar a acariciarla, sintiendo la suavidad de su textura y la hermosura de la piedra.

A decir verdad, no era exactamente una estrella. Era un vidrio negro en forma de estrella amorfa con inclusiones de cobre que lograba que el conjunto adquiriera la apariencia de una noche estrellada, con sus destellos brillantes azulados y plateados. Una estrella hermosa que la tía de Alicia había intentado hacer regresar al cielo.

—Es preciosa.

Rose asintió. Las lágrimas habían desaparecido milagrosamente. Pero Alicia ya las había visto y, por mucho que intentara no pensar en ello, no podía quitarse la sensación de que su madre no era solo su madre, también era otras personas. Nadie es igual siempre, todos somos una mezcla extraña de nosotros mismos y nuestro alrededor, de la gente con la que tratamos. Alicia no era igual con su madre que con el abuelo. Hay muchas versiones de una misma persona, casi como piezas de un puzzle que no hacían más que sumar palabras a una definición difusa que nadie conocía exactamente. Alicia se sorprendió pensando que nunca llegaría a conocer a nadie realmente. Nunca vería el puzzle completo de nadie, ni siquiera de sí misma, solo piezas sueltas.

—No sé cómo ni quién la puso ahí ni por qué lo hizo, pero un día tu tía encontró la estrella en el jardín. La escondió en el jardín delantero, para poder vigilarla desde la ventana de su habitación. —Sonrió con un deje de melancolía y Alicia pensó que Charlie era un genio—. Yo estaba enfadada con ella y con esa estúpida estrella. Sentí tanto miedo cuando la vi ahí arriba… No quería que volviera a intentar subirla, así que la desenterré y la guardé para que nunca más pudiera volver a hacer esa estupidez. —Guardó silencio unos instantes y alzó la cabeza al cielo como si buscara algo en el infinito—. Nunca te he hablado de ella. Se parecía mucho a ti. —Paseaba la mirada por las rosas blancas con el rostro contraído por algo que Alicia ya podía comprender—. Mary adoraba las rosas blancas, quizá por eso las he odiado toda la vida. Desde que tu abuela nos contó la historia de las rosas yo adoré las rojas y ella las blancas. Fue como una competición. Nos pasábamos el día dando motivos por los que la de cada una era mejor. Tonterías de niñas. —Negó con la cabeza, suspirando—. Me pasaba el día vigilando el jardín, pero ella siempre encontraba el

momento perfecto. Hacía que me confiara y olvidara cualquier preocupación para arrancar todas mis rosas rojas.

—¿Por qué lo hacía? —logró preguntar Alicia.

Rose elevó una ceja.

—Decía que cuando Muerte lloró borró las muertes de Rosa y Destino, y que por eso el rojo sangre desapareció. Decía que las blancas no eran más que el final feliz. Yo nunca estuve de acuerdo, pero es lo que tienen las historias: cada uno las interpreta como quiere, o como sabe. La cuestión es que yo respetaba su final y nunca me acerqué a ninguna de las suyas, pero a ella parecía que le molestaba que yo tuviera el mío. Las arrancaba y jamás confesaba haberlo hecho. Por las noches, venía a mi cama y me pedía perdón en nombre de la persona que hizo morir a mis rosas y me prometía que sería la última vez. Claro que no lo era. —Se llevó una mano al pañuelo que tenía anudado al cuello—. Era la niña de los ojos de tu abuelo. Su mayor tesoro. Hacía hasta lo imposible por tenerla contenta, pero ella no podía cumplir con sus expectativas. —Miró a Alicia un instante y vio tanto pesar en sus ojos, tanto dolor, que sintió cómo el corazón se le encogía en el pecho—. Mary siempre tuvo un pie fuera de esta casa. A diferencia de lo que te pasa a ti, ella amaba destacar, sentir que era un punto brillante en medio de una multitud insignificante. Quería ser actriz, ese siempre fue su gran sueño, y ni siquiera el amor que sentía por el abuelo logró hacer que cambiara de opinión. Prometía que se marcharía, que lo conseguiría, y meses antes de cumplir la mayoría de edad ya tenía lista su maleta. —Rose estaba nerviosa y las manos le temblaban al sujetar el pañuelo—. El abuelo la retuvo unos meses. Hizo todo lo posible por que se quedara, le contaba historias, volcaba todo su amor en ella, pero todos sabíamos que no podía durar para siempre. Cuando se marchó no hubo despedidas, ni lágrimas, solo vacío. Dejó su cama hecha y las ventanas abiertas. —Los ojos de Rose volvieron a llenarse de lágrimas.

»Pensábamos que el abuelo no lo superaría y, a su modo, quizá nunca lo hizo. No dijo ni una palabra, solo asintió y salió a dar su paseo de todos los días. Y Mary se convirtió en un fantasma, su habitación permaneció intacta y cerrada, el museo de una vida. —Guardó silencio unos segundos mientras cogía aliento. Alicia se rodeó el estómago con los brazos como si con ese gesto pudiera contener la tristeza—. Ese día perdí a mi única hermana. —Miró a su hija a los ojos—. Aunque no lo parezca, la quería mucho. Me la imaginaba como Rosa, haciendo enloquecer a Destino sin tan siquiera necesitar nada más que ser quien era.

Rose dio unos pasos hacia las rosas, la mirada perdida en el pasado. Alicia no se movió y esperó pacientemente a que continuara.

—Tu tía vio cumplido su sueño. Brilló en el teatro donde

comenzó a trabajar. Brillaba tanto que dolía mirarla. —Sonrió con tristeza—. Seguí su trayectoria sin decir una palabra a tus abuelos. Pero no duró mucho.

—¿Qué le pasó? —susurró Alicia.

—Se quedó embarazada. Y las oportunidades pasaron. Los meses en el calendario no esperan por nadie y de ella solo quedó un recuerdo. Tu tía no podía vivir sabiendo que había tenido entre los dedos la felicidad y que se le había escapado. Se obsesionó buscando culpables.

—¿Os culpó…? —empezó, pero su madre la interrumpió.

—Se suicidó. —Alicia abrió la boca, pero la volvió a cerrar inmediatamente. Nunca había sabido cómo sucedieron los hechos, y a decir verdad quizá era mejor seguir viviendo en la ignorancia—. Llevábamos años sin saber de ella y cuando llamaron para darnos la noticia no me sorprendí. Fue como si llevara mucho tiempo esperándolo. La abuela ya había muerto y el abuelo se encerró en sí mismo. No volvió a ser el mismo hasta que apareciste tú. —Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de Rose y a Alicia le pareció la lágrima más triste que había visto en su vida—. Contigo pudo por fin enterrarla, deshacerse de todas sus cosas y guardar los recuerdos en un cajón cerrado dentro de su corazón, con los de la abuela.

Se secó las lágrimas con las manos antes de continuar:

—Yo también sé lo que es perder a una hermana. Sé lo que se siente cuando los lazos se rompen, tener que seguir hacia delante sobre las cenizas de tu antigua vida. Y, desgraciadamente, también sé lo que es perder a una hija. —Cerró los ojos y ahogó un sollozo—. No puedo explicarte lo que se siente al perder a una hija y rezaré todos los días para que nunca tengas que pasar por eso. Cuando se muere una hija, mueres con ella. —Sacudió la cabeza—. Dejas de ser la misma, ves el mundo de otra manera, lo importante se vuelve insignificante y todo lo que te rodea deja de tener sentido. Hubiera seguido el camino de tu tía si no hubiera sido por ti. Quería morirme, sin más. Pero entonces pensaba que no podía dejarte sola, no todavía. Y me sentía mal todo el tiempo. No podía estar con ninguna de las dos por completo. Me sentía dividida entre la vida y la muerte. Estaba tan perdida, Alicia. Tanto. Y tu miedo me daba tanto miedo. No sabía cómo hacerlo. —Hizo una pausa para tomar aire y miró a su hija—. Cuando ella se fue empeoraste y sentí que, de alguna manera, os había perdido a la vez. Pero a ti no podía llorarte, ni enterrarte, ni llevarte flores a ningún sitio.

—Mamá, no tenemos que hablar de Eve —dijo con un hilo de voz. Le partía el corazón verla sufrir de esa manera.

—Sí, tengo que hacerlo. Escúchame, hija, porque creo que no tendré fuerzas para volver a hacerlo. —Acercó su mano y Alicia la

estrechó entre las suyas; la estrella yacía enredada en ellas—. No puedo perderte a ti también porque si te pierdo, Alicia, ten por seguro que no habrá nada que me retenga en este mundo. Os seguiré y no dudaré. Y no puedo ni imaginarme al abuelo o a tu padre, quedándose aquí, siendo abandonados. Pero si desapareces tú, desaparecen mis motivos para vivir y Dios sabe que amo al abuelo y a tu padre con todas mis fuerzas, pero vivir ya no sería una opción. —Comenzó a sollozar incontroladamente—. Te veo muerta en vida. Y siento unas ganas tremendas de morir contigo. No puedo morirme porque sigues viva, pero no puedo vivir porque estás muerta. Siento que te estoy perdiendo todo el tiempo y que no puedo hacer nada por salvarte. Lo he intentado, tal vez creas que soy una mala madre, que no puedo entenderte, pero solo hago lo que puedo para seguir viviendo mientras tú estés. Tú eres mi motor, Alicia. Eres literalmente mi vida. —Se acercó a ella y posó una mano sobre su mejilla, secándole las lágrimas —. Te pareces tanto a mi hermana. Tan hermosa y llena de vida —murmuró con dulzura—. No puedes ser el recuerdo de nadie, no puedes quedarte aquí de por vida. Tienes que buscar una manera de echar a volar, construirte unas alas y vivir. Debes vivir, vida mía. Prométemelo —le pidió con la voz desgarrada por la desesperación y las lágrimas—, prométemelo.

Y Alicia se lo prometió y encontró consuelo en la calidez de los brazos de su madre, un refugio al que volvía como un soldado que regresa al amparo de su hogar tras años de lucha en una guerra en la que solo era un peón más dentro del tablero de la vida.

-Capítulo 39-
Charlie

Algunos países no son trozos de tierra,
algunos están hechos de personas,
de palabras y de recuerdos.

Seis meses después

Alicia proviene de «alétheia», que en griego antiguo significa verdad. Charlie pensó que no había nada que definiera mejor a Alicia que verdad. Alicia era toda verdad, estaba por todas partes; en su extrañeza, en su risa, en sus ojos. Estaba hecha de palabras que se escondían en su interior. Y, de tantas palabras que contenía, no lograba dar con la adecuada para capturarla.

Cierto era que Alicia tenía demasiadas heridas, toda ella era una herida. La cuestión es que las heridas sanan, pero dejan cicatrices que te recuerdan lo que la vida puede doler. Quien tiene una cicatriz tiene un recordatorio perpetuo de lo que significa sufrir. Las personas con cicatrices son las más peligrosas, harían cualquier cosa para no volver a sentir ese dolor. Cualquier cosa.

Había un deje socarrón en la sonrisa de Charlie. Tenía mucha suerte de que Alicia no fuera una persona. Alicia era verdad, era sonrisas, era esperanza; por ser, hasta era una hormiga, pero no era una persona. Alicia era quien quería ser y, para alegría de Charlie, ella quería ser vida.

—Calla un poco —le pidió la chica, mirándole con arrogancia.

—No estoy hablando. —Elevó una ceja.

—¿No? Pues yo no hago más que oírte. —Resopló, irritada—. Así no hay quien lea.

—¿Ah, sí? Y dime, ¿qué digo? —Se levantó para acercarse, juguetón, muy lentamente hacia ella.

—Blablá aburrido, blablá no me interesa, blablá… —empezó Alicia, sin levantar la vista del libro.

—¡Idiota! —Le arrebató el libro y se abalanzó sobre ella, aplastándola bajo su peso contra el sofá.

Alicia soltó una risotada.

—Blablá… blablá… —Suspiró—. No haces más que pensar a gritos.

—¡Estoy pensándote a gritos! —Chocó su frente con la de ella —. ¿Lo puedes oír?

—Pues claro que sí —le respondió mientras el cielo de ella chocaba contra su jardín.

—¿Y qué estoy pensando ahora mismo?

—Piensas…

—¿Sí?

—Piensas que eres tonto.

—¿Y eso por qué?

—Porque estás hablando cuando podrías estar besándome.

—Propongo hablarte en besos y besarte en palabras.

—Entonces deberías besarme menos y hablarme más.

—Totalmente cierto.

Charlie trazó círculos en su mejilla, lentamente, deleitándose en el tacto de su piel, en el suspiro contenido de la joven, en el mundo que se caía bajo sus pies. Le acarició los labios con las yemas de los dedos, los ojos de Alicia clavados en los de él. Esbozó una media sonrisa antes de agarrarla entre sus brazos.

—Tengo tantas palabras que decirte…

—Dilas todas, no te dejes ninguna.

Y Charlie habló. Atrapó sus labios mientras el corazón le latía desbocado, intentando saltar al cuerpo de Alicia. La besó entre sonrisas, suspiros y pequeños gemidos. Todo olía a ella, ni siquiera recordaba que existiera otro olor. No recordaba nada que no tuviera que ver con Alicia, lo empapaba todo con su aroma a verdad. Era una infección, una plaga. Se deslizaba risueña por su interior y se adhería a todo lo que encontraba a su paso. Era la libertad, la vida, la sal del mar, el tiempo, materia pura, la muerte, el instinto, la magia. Era el pensamiento que precede a la palabra, la mirada que delata al amor, la inocencia que vive en cada niño. Era una sonrisa, toda verdad. Era agua, la gran parte de su mundo. Era una lágrima, toda sentimiento. Era una palabra, eterna. Y estaba encerrada entre sus brazos, entre sus labios, cautiva bajo su cuerpo. Sentía su caricia antes de que fuera realizada, se perdía en sus besos cuando aún sus labios no se habían perdido en los de ella. Tan empapado de Alicia estaba, como si ella fuera una tormenta que le hubiera sorprendido en pleno día de verano, que ni siquiera necesitaba tenerla para sentirla. Le costaba besarla porque sus labios, ajenos a él, no dejaban de sonreír.

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y Alicia emitió una risa que hizo que Charlie se deshiciera. No sabía cuándo había pasado, pero de verdad que no tenía suficientes labios para besarla. No tenía suficientes manos para acariciarla. Se sentía un punto frente al gigante de sus sentimientos y pensaba que en cualquier momento su gigante saldría de él, frustrado por las limitaciones de su cuerpo. Quería susurrarle a su alma, abrazarla tanto que acabara encerrada dentro de su cuerpo, quería besarla y nunca detenerse, quería envejecer

besándola, quería morir sintiendo el cosquilleo de sus labios con el recuerdo de sus ojos como último pensamiento, quería que su nombre fuera lo último que saliera de su garganta. Alicia. Alicia. Alicia. Él era tan diminuto y lo que sentía tan grande que sabía que acabaría rompiéndose. Sentía una frustración agónica al pensar que nunca estaría lo suficientemente cerca de ella.

—Deja de pensar ya.

—No puedo.

—Pues puede.

—Me faltan labios para besarte.

Alicia alzó una deja, divertida. Una sonrisa burlona se instaló en su semblante.

—Eso es porque solo besas con los labios.

—¿Y cómo sugieres que te bese? ¿Con los pies?

—Con el alma.

Alicia le atrajo hacia sí y se detuvo unos segundos ante sus labios, como saludándoles. Le dio un pequeño beso en los labios, y después otro en la comisura, y otro más en la mejilla. Le besó en los ojos, despacio. Sin prisa, sin ansias. Le besó como quien lee un libro y va pasando página tras página. Charlie era el libro y Alicia le leía, lentamente, saboreándolo, disfrutándolo, deleitándose en cada palabra no pronunciada. Le besó como si cada beso fuera el primero y también el último.

Todo el cuerpo de Charlie temblaba, lo sentía como una tortura, las ansias gritaban desde todos los poros de su ser. Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no besarla con la desesperación que sentía. Intentaba mantenerse inmóvil, casi como muerto cuando nunca se había sentido tan vivo. Con Alicia nada tenía sentido nunca y, sin embargo, nunca lo había visto todo tan claro. Se besaron hasta que sus labios ardieron, hasta que sus suspiros se agotaron.

Charlie se separó unos centímetros de ella, como si fuera lo peor que había tenido que hacer en toda su vida.

—Tengo que irme, Al.

—¿Estás seguro?

—Solo estoy seguro de una cosa y no es de eso precisamente. —Sus ojos se habían detenido en los labios de la joven; era como una droga y cada vez se le hacía más difícil resistirse a ella. Tragó saliva y apartó la mirada, obligándose a pensar en otra cosa—. Pero sí, tengo que irme. —Suspiró—. Tengo que ponerme guapo.

—Suerte, entonces.

—Ja, ja. Soy un caramelito, Al, y lo sabes. Hay millones de mujeres por ahí deseando probarme. Deberías dejarme libre, el mundo está perdiéndose esto —se señaló de arriba abajo— y es una tragedia. Ni siquiera sé cómo puedes tener la conciencia tranquila.

—¡No tengo conciencia! Se debió fugar con tu modestia.

—Perdóname por ser sincero.

—¡Vete, pesado!

—Tú te lo pierdes, fea —le dijo, burlón, mientras atravesaba la habitación hasta el armario y esquivaba un libro que Alicia le había tirado—. ¡Bruja! —Le sacó la lengua y cerró la puerta tras de sí, desapareciendo en el interior del armario antes de que la chica le hiriera con palabras, literalmente.

[image]

Charlie se había probado tres camisas cuando sonó el timbre. Era Wendy.

—¿A qué se debe el honor? —le preguntó con una nota de sorpresa en la voz una vez que la tuvo delante.

—Hoy es tu día, estoy cubriendo la noticia. —Alzó la mano donde llevaba una pequeña cámara de vídeo.

Charlie sonrió, invitándola a entrar.

—Asegúrate de sacar mi lado bueno —le advirtió.

—¿Dónde está Alicia? —preguntó su amiga, burlona.

—Estáis muy graciosas últimamente. No debería haberos presentado.

—Tarde. Voy al armario a saludarla.

—Toda tuya.

Le hacía muy feliz que ambas chicas se llevaran bien. Charlie había ido presentándole a sus amigos uno a uno y, aunque para Alicia siempre era como escalar una montaña o atravesar un espejo, había logrado superar cada barrera sin demasiados rasguños. Wendy había sido la primera y, quizá por ser una chica, no habían tardado en hacerse amigas. El día que la conoció, Alicia se pasó horas bailando al otro lado del armario, feliz por tener una nueva persona. Tal vez, en otras circunstancias, la antigua relación que hubo entre Charlie y Wendy habría impedido que las dos chicas se entendieran tan bien. Pero siendo Alicia como era, no hubo ni celos ni animadversión para con su nueva amiga, algo que él agradeció enormemente. Todavía recordaba con una sonrisa el ceño arrugado de Alicia cuando se había acercado a Wendy y le había preguntado muy seriamente «Ya no quieres besar a Charlie, ¿verdad?». Wendy había enrojecido de pies a cabeza y le había asegurado que no, que de aquella relación incluso las cenizas de lo que hubo se habían esfumado para siempre. Por supuesto, su amiga se había ofrecido a quitar, e incluso a romper, la foto de la guarida, pero Alicia, amante de la fotografía como era, se había negado rotundamente. «Es una foto preciosa, ¡no puedes tirarla!» le había contestado. «¿Sabes lo que cuesta capturar un momento? Hay vida en esa foto. Pasado. Y el pasado no se puede borrar, aunque intentes deshacerte de sus huellas. El abuelo siempre

dice que somos una mezcla de pasado y futuro».

Charlie siguió rebuscando entre sus camisas, que ahora yacían junto al resto de su ropa en el armario de una de las habitaciones vacías, hasta que dio con la adecuada. Una de un azul oscuro, que combinó con una americana negra y unos vaqueros desgastados.

Fue hasta su habitación, colocándose frente al armario donde Wendy y Alicia parloteaban.

—Ya podéis admirarme en todo mi esplendor.

Ninguna de las dos le hizo caso, continuaron cuchicheando y riendo como si él no estuviera en la misma habitación.

—Vaya reportera me has buscado, Al —rezongó, tirándose sobre la cama. Wendy se giró de golpe y le miró, ceñuda. Pudo ver también la cara enfadada de Alicia desde el agujero—. ¿Estáis insultándome?

—Pues sí —contestó Alicia con hastío. Miró a Wendy con una sonrisa—. No te olvides de grabarlo todo. Seguro que mi abuelo y sus amigos le desmoronan el cómic en dos preguntas, no puedo perdérmelo.

—No te preocupes, esta pequeña —señaló la cámara— cubrirá la caída de Charlie.

—Genial.

—Me estáis quitando las ganas de hacer la presentación. Seguro que el abuelo de Alicia se queja porque no hay besos, Seehat porque no he dibujado ningún sombrero y tendré suerte si Leep no me interrumpe con sus ronquidos.

—No te olvides de Leemarch, seguro que te mata con la mirada cuando se entere de que no lo has ambientado en marzo. Por no hablar de Donna —continuó—, que seguramente lleve sopa para todos. —Alicia rompió a reír y Wendy se le unió, divertida.

—¿Tanto me odias? —quiso saber, haciéndose el dolido.

—Harán bulto, se divertirán y tendrás una parte de mí contigo.

Charlie chasqueó la lengua.

—Sigue sin convencerme…

—No seas quejica, Charlie —le regañó Wendy.

—Os perdono porque esa rabia que tenéis hacia mí solo es envidia.

—Podría perdonar más fácilmente su vanidad, si no hubiera herido la mía —dijo una voz risueña que conocía muy bien desde el dormitorio de Alicia.

Charlie resopló.

—¿Y hoy quién eres, Chase?

—¿Y esta es toda la contestación que he de tener el honor de esperar?

—No lo pillo.

—No podría decirte qué momento, qué lugar, qué mirada o qué palabra sirvieron de base. Hace ya demasiado tiempo. Lo que sí sé decirte es que para cuando me di cuenta ya estaba metido hasta el cuello.

Charlie entrecerró los ojos y compuso una mueca.

—Darcy —dijo casi en un suspiro Wendy, embelesada.

—Permítame usted que le manifieste cuán ardientemente la admiro y la amo —le respondió Chase; los dientes le brillaban al sonreír de oreja a oreja.

—Lamento decirte que te has salido del papel —le dijo Wendy, haciendo que Chase la mirara interrogante—. Lo de la vanidad lo dice Lizzy, no Darcy.

Chase se encogió de hombros.

—¿No es acaso Lizzy una parte de Darcy y Darcy una parte de Lizzy? ¿No están acaso unidos por algo más fuerte que sus cuerpos?

Wendy abrió mucho los ojos para terminar asintiendo casi a cámara lenta.

—Entonces solo hablaba en palabras de mi amada. —Se podía percibir la satisfacción en la sonrisa de Chase.

—Déjame la cámara, Wendy, que alguien acaba de corregirte. Esto tengo que enseñárselo a los chicos. —Se levantó de un salto y le arrebató la cámara de las manos a su amiga—. Está bien, ¿podéis repetirlo? —preguntó mientras encendía la cámara y se alejaba unos pasos para enfocarlos.

Wendy se levantó, enfadada, y le arrebató la cámara.

—¿No tenías que preparar las cosas antes de la presentación?

—Sí. —Comprobó el reloj—. Thomas debe de estar llegando. ¿Vamos?

—Yo iré después. Le prometí a Alicia que le enseñaría una cosa.

—¿A mí? —Alicia sacó casi media cabeza por el agujero.

Charlie la observó, alzando una ceja.

—Te veo después, entonces. Chase, ¿vienes? —El chico asintió —. ¿De verdad vendrás vestido así?

—Esa pregunta debería hacerla yo —repuso el aludido, examinándole con cierto desdén tras el agujero, una expresión que bien podría pertenecer al mismísimo Fitzwilliam Darcy.

[image]

—¿A qué se debió el añadir unas notas de color amarillo en algunos de los capítulos? —preguntó una chica cuando le cedieron la palabra. La presentación había terminado y estaban en la ronda de preguntas de los asistentes.

—Esos fueron los capítulos más complicados de hacer porque

no era el miedo, el vacío ni la soledad lo que aterrorizaba al protagonista, sino la melancolía. Quise diferenciarlo de esa manera. —Charlie bebió un sorbo de agua antes de proseguir—. Tanto el negro como el amarillo son colores que tienen connotaciones negativas y los dos representan a los sentimientos nocivos, por decirlo de alguna manera. La palabra «negro» en griego es «mèlas» y «amarillo» es «colé »; y de la unión de ambos surgió la melancolía. Por eso mismo quise usar esos colores en los capítulos en los que la melancolía teñía sus pensamientos y acciones.

—¿De dónde surgió la idea de que el trono del Rey Miedo fuera una persona y que, además, la amara pese a que ella ya tenía dueño? —preguntó un hombre sentado muy cerca del señor Leep. Charlie tuvo que contener la risa al comprobar cómo este se balanceaba peligrosamente hacia él; se había vuelto a quedar dormido.

Se aclaró la voz antes de responder:

—En el cómic hay una parte de mí. Tanto las palabras como los dibujos provienen de pensamientos. Es difícil, por no decir imposible, separar pensamientos de recuerdos. Somos lo que hemos vivido y hay mentiras que se disfrazan de verdad. —Esbozó una media sonrisa—. Vino de donde viene la imaginación, de los recuerdos que se convierten en caricaturas del pasado.

—En el cómic dibujas el amor como cuando alguien enciende la luz, ¿a qué se debe? —preguntó ahora una chica algo más joven que Charlie.

Se tomó unos segundos para encontrar las palabras.

—Pienso que el amor es así. Estás a oscuras, la ropa amontonada encima de la silla te parece un monstruo y todo te da miedo y te parece que no hay color; entonces, alguien enciende la luz y poco a poco te adaptas a ella, a volver a ver, a la ausencia de oscuridad. Y finalmente todo cobra sentido. —Balanceó un bolígrafo metálico entre sus dedos y miró a la chica, que tenía los ojos abiertos de par en par. Una idea cruzó por su mente—. Os demostraré cómo es.

Se levantó, arrastrando suavemente la silla hacia atrás. Paseó la mirada por la estancia y frunció los labios. Se colocó junto a la mesa.

—¿Podéis levantaros todos? —pidió con resolución, haciendo un gesto con las manos. No había ni un atisbo de duda en su semblante. Los asistentes obedecieron y un murmullo de desconcierto creció por toda la sala—. Ahora os voy a pedir que os coloquéis frente a frente junto a la persona que tenéis a uno de vuestros lados. —Barrió la estancia con la mirada—. Así es, por parejas. Acercaos un poco más —pidió—. Así, perfecto. —Sonrió, satisfecho.

Los amigos de Charlie, su padre y Maggie lo miraban como si

se hubiese vuelto loco. En los ojos del señor White, desde su posición en el fondo de la sala, donde se había asentado nada más llegar con sus tres amigos, se dejaba entrever una mezcla de curiosidad y desconfianza. Donna parloteaba, comentando con quien quisiera escucharla que «a ese chico le encantan mis platos». Chase era toda una sonrisa, le encantaban esas cosas. Lo curioso fue ver cómo Ofelia sonreía, algo que se le antojó insólito. ¿Desde cuándo esa mujer sonreía?

—Bien, ahora quiero que cerréis los ojos, que los apretéis con fuerza. Venga, sé que podéis hacerlo mejor —dijo en tono socarrón. La gente obedeció y apretaron los párpados tanto como pudieron—. Muy bien. Y ahora debéis mantener los ojos cerrados hasta que os avise. No vale hacer trampa —le advirtió a un señor que había abierto los ojos. El hombre los volvió a cerrar inmediatamente—. Cuando os avise los abrís de golpe, ¿vale? —Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y activó el cronómetro para controlar el tiempo.

Parecía que un fantasma hubiera sobrevolado sobre sus cabezas de tan silenciosa que estaba la sala. Y eso mismo fue lo que hizo que Charlie casi se cayera de la tarima donde presidía la presentación: un fantasma. Parpadeó varias veces y cuando volvió a fijar la vista en la entrada de la sala el fantasma seguía inmóvil, eterno. Y entonces lo supo: no era un fantasma, aunque él hubiera apostado toda una fortuna a que sí.

-Capítulo 40-
Alicia

Somos todo y nada, una mezcla de blanco y de negro.

Alicia atesoraba entre sus manos el regalo de Wendy junto con la estrella de su tía. Apretaba entre sus manos la fotografía unida a la estrella. Wendy le había regalado una fotografía. Y no una cualquiera, le había regalado en ella un pedazo de su alma, de su pasado, de sus recuerdos. Alicia era la tumba escogida por Wendy para albergar los quizás que volaron, los que se esfumaron junto a las manecillas del reloj. Todavía sentía el eco ensordecedor de las lágrimas de Wendy sobre ella, como si estas hubieran sido la tierra que caía sobre una Alicia que había ejercido de ataúd, de fosa y de un pequeño pero definitivo «adiós». En su cabeza bombeaba el recuerdo que todavía sabía a presente.

—¿Qué regalo es? —había preguntado mientras seguían en el armario, ilusionada—. ¿Es grande?

—No es muy grande. Pero es lo que me dijiste que te prometió Charlie. —Alicia frunció el ceño, intentando recordar. Wendy aclaró—: Te dijo que te enseñaría fotografías de mi libro, ese en el que dices que miento. Aquí tengo una.

Sacó una fotografía de su bolso con extrema lentitud y Alicia estuvo tentada de arrancársela de las manos. ¡Era su regalo! Tenía todo el derecho, pero, sin embargo, algo en el ambiente que las envolvía le hizo esperar. Eso y que entre ellas se interponía un pedazo de pared rota. Fuera por lo que fuera, ahí estaban ellas.

Alicia asomaba media cabeza por el agujero del armario y Wendy sacaba a cámara lenta la fotografía del bolso.

—¡A ver! —exclamó, ya incapaz de aguantar más.

Wendy sonrió, aunque ella creyó ver que lloraba. Le tendió la fotografía. Alicia la examinó detenidamente, con una mueca de concentración que la hacía parecer más niña de lo que ya parecía.

—Te has equivocado de fotografía —dictaminó.

—No, no me he equivocado.

—No se ve nada. —Alicia la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿No ves nada? Mira bien —la animó Wendy.

—Solo hay media cabeza y techo. Está mal encuadrada, movida y ni siquiera tiene buena resolución. ¿Esta es tu historia de

verdad?

Wendy rio, pero, una vez más, pareció que lloraba.

—Es toda mi verdad. Puede que no sea la mejor fotografía del mundo, pero ¿sabes por qué? Estábamos tan ocupados besándonos que ni siquiera pudimos hacerla en condiciones. Ni tres segundos teníamos. Esa es mi verdad y es la foto más nítida de él que tengo, la única que conservo en realidad. —Respiró hondo y elevó la vista hacia las figuras de papel que se balanceaban sobre su cabeza, intentando que las lágrimas volvieran dentro de ella. A Alicia le pareció la escena más triste que había visto en su vida—. No creo que el amor sea algo perfecto. Es más como una fotografía espantosa, una cama deshecha o dos tazas en el fregadero. El amor es perfecto en su imperfección porque estás tan ocupado amando que te da absolutamente igual todo lo demás. Tienes entre tus manos mi definición de amor.

—No me terminé tu libro —admitió Alicia, bajando la mirada.

—¿Quieres saber cómo acaba? —Alicia asintió—. No acaba. Un libro es lo más parecido a la vida que conozco y la vida no termina hasta que no mueres. Es curioso, ¿no te parece? Los libros, que en su mayoría contienen la palabra «fin», son infinitos. Es bastante irónico. El punto y final siempre puede ser un punto y seguido.

—Me gusta tu final sin final.

—A mí también, me da esperanzas. Hasta que no muera, ningún punto será definitivo.

—¿Estás segura de que quieres regalármela? —preguntó Alicia —. Parece un tesoro y los tesoros no se regalan, se esconden en islas desiertas. Charlie me hizo una, quizá puedas enterrarla allí.

—Creo que he cubierto mi cupo de enterrar cosas —musitó la chica y Alicia pudo sentir la melancolía rasgar las palabras—. Sí, quiero que la tengas. Tú serás mi isla desierta, mi cofre del tesoro. Es mi manera de empezar el siguiente capítulo de mi historia. Y ahora tú eres parte de ella, como también lo es Charlie. —Hizo balancearse la figurita de papel en forma de rana que tenía cerca de la frente—. Alicia, tienes que ir a la presentación.

—No puedo, ya lo sabes… —repuso, perdiendo tonos del azul de sus ojos.

—Es verdad, tampoco importa. Habrá más presentaciones, esta solo es una más. Puedes ir a cualquiera cuando estés preparada.

—Sí —confirmó Alicia, no muy convencida.

—Eso es lo que piensas, pero ¿sabes qué pasará realmente? Que siempre pensarás eso. Te dirás a ti misma «La próxima vez», una y otra vez. Y nunca irás. Y algún día pensarás en todo lo que podrías haber hecho y no hiciste, en todas las cosas que te perdiste sin ni siquiera intentarlo, y todo eso hará que el peso de los quizás te aplaste y te convierta en una marioneta. Y tú no tienes pinta de marioneta,

tienes más pinta de titiritera.

—No es por el miedo —confesó—. El miedo me da igual, ya lo he sentido otras veces y puedo sentirlo las que hagan falta. Puede que el miedo me reine, pero Charlie es más como el cielo y el cielo es algo de lo que no se puede escapar, ni renegar, ni matar. Un rey es efímero, el cielo es eterno. Es por Charlie, cuando me pongo nerviosa no sé cómo voy a reaccionar, pierdo el control y no quiero estropearle su momento o hacer que se avergüence.

—¿De verdad lo haces por Charlie?

—Pues sí. Puedo inmolarme, pero no puedo saber que cuando estalle mis pedazos le cortaran.

—Creo que a Charlie le daría igual que le cortaras.

—No estás en su cabeza; no lo dirá, pero lo pensará.

—¿Estás llamando mentiroso a Charlie? Como se entere… —bromeó la chica.

—Charlie es la mejor persona que conozco y nunca mentiría, pero por mí seguro que lo haría. Haría cualquier cosa y yo no quiero eso. Y la verdad es que le haría pasar un mal rato.

—La verdad no tiene voluntad. Son los mayores los que deciden por ella. La verdad es como nosotros. Es obediente y siempre hace lo que se le pide. Si le dices a la verdad «sé buena» la verdad lo es. Pero si le dices «escóndete bien para que no te vean» entonces se disfraza para que no la reconozcan. Su verdad eres tú y todo lo demás son solo palabras. No creo que Charlie se avergonzara nunca de ti porque su verdad es lo que él decide que sea y él ha decidido que eres tú. ¿Entiendes? —Miró la fotografía que aún sostenía Alicia entre las manos—. Si pierdes el control y montas una escena, ¿qué más da? Charlie es un teatrero, le encantará hacer de héroe y rescatarte. Creo que incluso deberías fingir para que se sienta tu salvador.

Alicia sonrió, cómplice.

—Sí que es un teatrero. Me hizo una estrella.

—¡Y una isla!

—También hizo de cangrejo.

—Le encanta ser el centro de atención. —Wendy meneó la cabeza—. ¿Qué le vamos a hacer? Es como es y tenemos que aceptarlo y apoyarle.

—Tienes razón, vamos —resolvió Alicia mientras se levantaba de un brinco, como una niña que había decidido dejarse convencer.

—Vamos —la siguió Wendy, mirando la fotografía y susurrándole un pequeño «gracias» a alguien que, pese a su ausencia, seguía estando.

Una vez estuvo preparada, Alicia salió a la carrera de su casa y se metió en el coche donde Wendy la esperaba.

—¿Qué te parece si me hago la muerta y después hago como

que resucito entre sus brazos?

—Un poco drástico.

—Sí, tienes razón. Debería solo desmayarme.

—O podrías demostrarle que la terapia y el trabajo que has estado haciendo todos estos meses han servido para algo.

—Eso no le haría creerse el protagonista.

—Si le dices que todo ha sido gracias a él, sí.

—No acaba de convencerme. Ya improvisaré —sentenció Alicia, como si ella pudiera decidir. En realidad no podía. Pero gracias a Wendy tenía un cuento que explicar si el fracaso y el miedo la derrotaban.

Cuando Wendy detuvo el coche frente a la librería, el corazón de Alicia hacía tiempo que latía desbocado, adelantándose a los acontecimientos. Esperó unos minutos, intentando relajarse. Wendy sujetaba el volante con firmeza, como si Alicia no estuviera allí, dejándola reunir las fuerzas que necesitaba.

«El miedo no existe. No se puede ver, ni tocar. Solo es un cuento, una invención. No puedo tener miedo porque el miedo no existe» se dijo a sí misma, pero tan pensadora como era no pudo evitar continuar: «El amor tampoco se ve. Pero el amor sí que existe. Y si el amor, que no se puede ver ni tocar existe, entonces, el miedo también». Negó con la cabeza para reconducir los pensamientos. «El amor sí que se ve, lo he visto hoy en una fotografía». Acercó una mano a la manilla. «Espera, espera» dijo otra voz dentro de su cabeza. «El miedo lo he sentido y lo he visto en muchos rostros. Entonces el miedo también existe». Retiró la mano y se masajeó las sienes para acallar las voces.

—¿Sabes cómo se gana al miedo? —Alicia no contestó, estaba demasiado nerviosa, pero Wendy continúo hablando—: Con miedo. Si el miedo puede asustarte, tú también puedes asustarle. Todos tenemos temores, hasta los monstruos; incluso el miedo siente miedo. Piensa en algo que pueda asustarle o en algo que te dé más miedo.

—¡No puedo pensar! —le gritó ella, cansada. Reparó en cómo la miraba la chica, con paciencia y ternura, y se sintió inmensamente culpable—. Lo siento.

Wendy le sonrió y se encogió de hombros.

—No he hablado nunca con mi miedo, no sé qué le puede asustar —razonó Alicia.

—¿Nunca has hablado contigo misma?

—Todo el tiempo.

—Tu miedo es una parte de ti, así que tu miedo eres tú. ¿Qué es lo que más miedo te da en el mundo? ¿Hay algo que te dé más miedo que la gente, o que morir?

«Charlie», pensó Alicia. Lo que más miedo le daba en el

mundo era Charlie o, mejor dicho, la ausencia de Charlie. Alicia no temía a nada, en realidad, la ausencia de Charlie no existía en sí misma, solo podía existir si existía Charlie. Se imaginó que esa librería era una trampa, que iban a capturar a Charlie y a hacer que desapareciera para siempre y que solo ella podía salvarle. En un atracón de fuerza y adrenalina miró a Wendy, decidida, mientras hacía ademán de abrir la puerta del coche.

—Te espero aquí, preparada por si hay que huir —le guiñó un ojo y Alicia no esperó más. Sabía que, si esperaba, eso que sentía, esa fuerza desmedida, acabaría apagándose y se quedaría para siempre encerrada en aquel coche.

Salió corriendo y se internó en el establecimiento, siguiendo las indicaciones que le había dado su amiga sin pensar, sin mirar nada más que los carteles y pasillos que la guiaban hasta Charlie. Al localizar la sala en la que se encontraba este, abrió la puerta con extrema lentitud, evitando hacer el menor ruido, y sacó media cabeza. Tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces para comprobar que no se había vuelto loca. La gente estaba de pie, unos frente a otros, con los ojos cerrados. Incluso la editora de Charlie y un señor, que hacía de presentador, tenían los ojos cerrados, mirándose sin verse.

Alicia no entendió nada, pero lo agradeció. Entró en la sala con el mismo sigilo y se quedó allí, detenida en el tiempo, haciéndole señas a Charlie, que seguía delante de la mesa observando expectante a la multitud. Pasaron unos segundos hasta que reparó en ella y, cuando lo hizo, parpadeó. Tardó varios segundos en reaccionar, y cuando tuvo claro que no se trataba de una aparición, bajó de la tarima y fue hacia ella con una de las mejores sonrisas que Alicia había visto en su vida; sin duda debían estarle creciendo flores en los ojos en ese mismo instante. Fue a decir algo, pero él se llevó el dedo índice a los labios mientras alzaba las cejas, pidiéndole silencio.

Cuando estuvo justo delante de ella, le dio un fugaz beso en los labios que le supo a esperanza, acariciándole la mejilla. Hundió los dedos en el pelo de Alicia y acercó su rostro lentamente. Pensó que iba a volver a besarla y verdaderamente iba a hacerlo, pero no como ella pensaba.

—Te quiero —susurró, y más que palabras parecieron un beso. La guió hacia una esquina de la sala y le guiñó un ojo para inmediatamente regresar al lugar que ocupaba antes de la llegada del supuesto fantasma. Ojalá todos los fantasmas fueran como este.

Mirando a la chica una última vez, comprobó en el cronómetro del móvil que había pasado tiempo suficiente y se aclaró la voz para decir en voz alta:

—¡Ya podéis abrirlos!

Los asistentes fueron abriendo los ojos unos antes que otros,

pero el resultado era muy similar en todos. Parpadeaban, confusos, mirando a la persona que tenían enfrente como si de una aparición se tratara.

Charlie asintió, satisfecho. Intentaba no mirarla para que nadie reparara en ella, pero le costaba horrores. Solo quería mirarla por siempre jamás.

—Eso es el amor. Estás a oscuras, alguien ha apagado la luz o quizá nunca se ha encendido, quién sabe… La cuestión es que todo es una mezcla de negro y sombras a tu alrededor y no ves nada. Solo negro y más negro, pero el negro no es un color sino la ausencia de color. Es egoísta, ni siquiera refleja la luz. A nadie le cae bien el negro. —Se encogió de hombros y sonrió—. La oscuridad no es más que la ausencia de luz y si existe su ausencia, entonces la luz tiene que existir aunque no la veas. Y, de repente, aparece alguien y le da al interruptor. —Miró brevemente a Alicia, apenas un segundo en el que miles de pensamientos le invadieron—. Al principio te sientes confuso, has estado a oscuras toda tu vida y solo había que darle a un interruptor. Tus ojos se intentan adaptar, la imagen se difumina poco a poco y lo ves todo borroso, como os ha pasado a vosotros hace un momento. Pero en cuanto la imagen cobra fuerza sabes que por fin alguien ha encontrado el maldito interruptor y que ya nunca volverás a estar a oscuras. Eso es el amor. —Su mirada le traicionó y se dirigió directamente hacia ella.

La presentación duró unos minutos más, en los que Charlie respondió con soltura a las preguntas de sus lectores, sin dejar de mirar brevemente en su dirección, comprobando que seguía allí, tan real como las ganas que tenía de estrecharla entre sus brazos.

Cuando el señor White reparó en su nieta él también creyó que se trataba de una aparición; abrió mucho los ojos, sin creérselo, y a punto estuvo de ponerse a aplaudir, pero entonces se fijó en lo quieta que estaba, en cómo apretaba entre sus manos lo que parecía una fotografía y algo más que no lograba distinguir, y el aplauso se convirtió en un codazo al señor Seehat, que estaba a su lado. Poco a poco, entre codazos y patadas, disimuladas con más o menos acierto por debajo de las sillas, todos fueron percatándose del pequeño milagro que estaba sucediendo ante sus ojos. Los ojos de Ofelia se llenaron de lágrimas, algo que era tan inconcebible como la sonrisa que se había dibujado en sus labios en el momento en que Charlie les había pedido que se levantaran de sus asientos. Aunque si lo pensamos bien, lo más raro de todo era que llevara más de una hora sin encender un cigarrillo. Y pensando en rarezas, ni el señor White ni sus amigos habían interrumpido ni una sola vez la presentación; y Chase ni siquiera había abierto la boca de tan sorprendido que estaba. Sin duda, parecía que Forbbiden Planet era un lugar mágico en el que

todos encajaban dentro de sus rarezas, haciéndoles parecer normales. Incluso Alicia estaba ahí, rodeada de gente, como en el más hermoso de sus sueños. Quizá fuera porque entre tantos libros era imposible que no hubiera magia y esperanza, volando invisible por el ambiente. Charlie resolvió, con una gran sonrisa, que tendrían que repetir la experiencia más a menudo. Quizá hasta se planteaba mudarse.

Todo esto lo supo Alicia porque Charlie pensaba, como hacía siempre, a gritos. Y agradeció el gesto de todos, que también disimulaban a gritos, de convertirla en invisible. Mientras sostenía la fotografía y la estrella entre sus manos, insuflándose fuerzas, supo que aquella estrella ya no le pertenecía —como tampoco era del cielo, había dejado de serlo hacía mucho tiempo—, y que ya era hora de devolverla a su hogar.

[image]

—¿Estás preparada? —le preguntó Charlie una vez hubo terminado la presentación y esperado un tiempo prudencial a que la sala se despejara por completo.

Se encontraban frente a la puerta de salida de la librería, en el intento número cuatrocientos noventa y siete —¿o era el quinientos?— de atravesar la línea que separaba los sueños de la realidad, los quizá encerrados al vacío y amontonados en estanterías que se alzaban, gloriosas, invitándoles a quedarse un poquito más.

—¿La verdad? —Alicia, que había enroscado una mano en la camisa de Charlie haciendo que le saliera por fuera del pantalón, se mordió el labio y sacó la cabeza y parte del cuerpo fuera del establecimiento, contemplando la multitud de personas que iban y venían. Parecía una niña que evitaba ser pillada in fraganti en medio de su travesura más elaborada.

—Mejor no.

—Vale, pues estoy preparadísima —anunció, tirando un poquito más de él hacia fuera.

—Al, vas a arrancarme la camisa. Ya sé que estás deseando verme desnudo, pero…

—Shhh —lo acalló ella, colocándose un dedo en los labios—. ¡Ahora, que está despejado! —Y sin pensárselo ni un segundo más, se internó en la calle, bien sujeta a la camisa de Charlie, que la seguía con una enorme sonrisa.

Dejaron atrás Forbidden Planet casi a la carrera. La duda guiaba los primeros pasos apresurados de Alicia, impidiendo que disfrutara de su primera salida oficial hacia la libertad. Esquivaba a la gente como si el mero roce de su mirada pudiera quemarla y romperla en mil pedazos diminutos. Avanzaba y retrocedía, pegándose a Charlie cuando el miedo ganaba la partida o tirando de él cuando era ella la que tomaba las riendas. No dejaba de sentir el peso de todas las

miradas sobre ella, casi podía sentir cómo la señalaban y reían en un murmullo. Se estaban riendo de ella. Todos.

Respiró hondo y se obligó a reconducir sus pensamientos, tal y como le habían enseñado en terapia. «No pasa nada. Se ríen de algún chiste. No me conocen de nada, hay mucha gente, no tienen por qué estar hablando de mí. Hablan de sus cosas». Levantó la vista del suelo y sus ojos se cruzaron con los de una señora de mediana edad que la miraba, sentenciadora. «Tranquila. Solo te está mirando, no pasa nada. No la conoces, no importa». Fue reconduciendo sus pensamientos una y otra vez, controlando la respiración y dejando volar su imaginación. Charlie estaba con ella, no pasaría nada malo. Él no dejaría que nadie le hiciera nada.

Charlie le pasó un brazo por los hombros, acercándola a él y haciendo de su cuerpo un refugio.

—Qué gente de mentira tan bien conseguida, ¿quién los habrá hecho? —le preguntó en un susurro, muy cerca de su oreja y haciéndole cosquillas con el aliento—. Me he dejado la pintura naranja en casa, qué lástima.

Alicia soltó una risa fugaz, sintiendo un escalofrío que era como un cóctel de miedo, anhelo y un afecto que amenazaba con desbordarle el alma. Apretujó más la camisa del chico y siguió caminando junto a él, acostumbrándose poco a poco al sabor de la libertad que le erizaba la piel.

Si el miedo llama a tu puerta invítale a pasar, prepárale una cena deliciosa y ofrécele una cama cómoda. Quizá un sofá estaría bien, uno que sea un poco menos cómodo que el sofá flor del *no-salón* del Charlie. No dejes que se ponga demasiado cómodo, pero, al mismo tiempo, distráele. Consigue que se sienta como en casa y, una vez haya descansado, prepárale una bolsa para que pueda seguir su camino. Hay más casas, más personas que ofrecerán su hospitalidad —quizá más tiempo del necesario, como le había sucedido a Alicia—. El miedo es muy travieso, pero también puede ser justo. Se va cuando ya no tiene nada que hacer, cuando se aburre de la misma casa. Durante un tiempo permanece su olor, su recuerdo, la fuerza de su dictadura. Pero con el tiempo, es relegado al cajón de los recuerdos y su fragancia acaba desdibujándose hasta no poder recordar ya exactamente a qué olía.

Poco a poco, un trono fue remplazando al rey y comenzó su mandato.

Con cada paso que daba, Alicia iba dejando su miedo un poquito por detrás. Primero unos escasos centímetros que fueron convirtiéndose en metros y metros de un triunfo que ni ella misma se esperaba. Como si hubiera dejado encerrado el miedo dentro de algún libro en aquella librería y ahora lo abandonara, alejándose de él,

intentando no mirar atrás. Cuando se quiso dar cuenta, habían llegado al Queen's Theatre y, detenida en medio de la acera —sin importarle las miradas curiosas o molestas de aquellos que debían esquivarla para seguir su camino—, señalaba el enorme cartel que anunciaba el musical de Los Miserables.

—¡Quiero verlo! —casi gritó, dando saltitos.

—Lo veremos cuando quieras —aseguró Charlie.

—¡Ahora!

—Al, ahora está cerrado. Abrirá por la tarde.

—Pero… —Estaba a punto de protestar cuando algo llamó su atención. Un hombre que tocaba varios instrumentos al mismo tiempo, haciendo uso de su cuerpo para dar con una mezcla de sonidos que era como el tintineo de un hada para oídos de Alicia.

Lo siguió, dejando atrás a un Charlie con la camisa arrugada y una expresión divertida en el rostro. Prácticamente corrió para llegar hasta el hombre y se detuvo a examinar cada detalle del amasijo de instrumentos que cargaba por su cuerpo: la estructura metálica que le sobresalía por el cuello hasta la boca, donde el hombre soplaba alegremente una armónica; el enorme bombo que cargaba a la espalda y que a la chica le hacía pensar en una falsa tortuga que intentaba sacudirse del caparazón que tenía por hogar.

—¿Tiene calambres? —le gritó al ver que sacudía los pies de manera continua.

A Charlie se le borró la sonrisa de la cara y corrió hacia ella.

—¿Perdón? —El hombre se había detenido y miraba a la joven con incredulidad.

—Me ha parecido que tenía calambres en los pies. Tal vez debería sentarse a descansar. Debe pesarle mucho todo eso. —Señaló los instrumentos.

—Perdónela, es la primera vez que ve a un hombre orquesta —se disculpó Charlie con el señor, que había comenzado a reírse a carcajadas.

—¿Hombre orquesta? —repitió Alicia, mirando a Charlie un segundo antes de volver la vista hacia el hombre—. ¿Se está riendo de mí?

—¿Yo? ¡Válgame Dios! —repuso el hombre sin parar de reír. Eran tan fuertes sus carcajadas que las lágrimas le corrían por las mejillas; Alicia las seguía con la mirada, indignadísima.

—No soy yo el que va por ahí vestido de torquesta, ¿sabe? Y ni se me ocurriría saltar de esa manera. —Alicia volvió a imitarle, consiguiendo que las risas de Charlie se unieran a las del hombre—. Ni aunque tuviera tres calambres seguidos.

—Al, va de hombre orquesta. Mueve los pies así para que el pedal del pie conectado al bombo haga que suene a la vez que la

armónica y los platillos.

—¿Y quién querría vestirse así?

Charlie se encogió de hombros.

—Es mejor que disfrazarse de cerdo.

—No deberías renegar así de tus orígenes, Charlie.

—Dudo que mis orígenes se acercaran a estos niveles de perfección. —Se señaló el cuerpo con las manos, esbozando una sonrisa traviesa—. Soy fruto de la evolución de las especies.

Alicia puso los ojos en blanco y el hombre carraspeó, dudando de quién tenía que dar la propina a quién. Charlie sacó un par de libras y las depositó en el sombrero que tenía el hombre colgado de uno de los mecanismos que sobresalían del bombo. Este les dio las gracias haciendo sonar los platillos.

—¿Torquesta? —preguntó el hombre, alzando la voz, antes de que se alejaran.

Alicia se volvió y, sin dejar de caminar, respondió:

—Es cuando una tortuga, en vez de un caparazón, lleva una orquesta a cuestas. ¡Mala combinación! —le dijo con una sonrisa.

—¡Al! —Charlie la tomó por la cintura para darle la vuelta y evitar que tropezara con el escalón al cruzar la calle.

—¿Qué? —preguntó al tiempo que se despedía del hombre orquesta con un gesto de la mano.

—¡Has hablado con un persona y no te ha pasado nada!

Alicia se detuvo en el acto. Lo había hecho. Aunque no fuera una persona en el sentido literal de la palabra y fuera más bien un torquesta, había hablado con él y su miedo no había, ni siquiera, susurrado.

—Charlie —dijo con un hilo de voz.

—Dime.

—¡No vamos a llegar nunca!

—Qué sí, aparqué por aquí cerca... —La cogió de la mano y evitó que se distrajera con todo lo que iba viendo a su alrededor.

[image]

Alicia apartaba hierbas y ramas que se acumulaban entre las tumbas que iba sorteando y resoplaba al darse cuenta de que se había vuelto a equivocar.

—No me lo digas, otra vez te has vuelto a equivocar. —Pero ella hizo oídos sordos a su comentario, por lo que Charlie continuó insistiendo un poquito más—: Esa memoria tuya debe de estar enterrada por aquí también, quizá la encontremos. —Sacó el móvil del bolsillo, cansado—. Voy a preguntarle a tu abuelo.

—¡No le llames! Sé que estamos cerca.

—Lo sabes —repitió Charlie con una nota de ironía en la voz.

Alicia se detuvo junto a la estatua de un ángel de mirada

gacha. Posó una mano sobre la superficie desgastada donde reposaba; la piedra rugosa, castigada por los años y por la caricia cruda del viento y la lluvia, dejó un rastro de melancolía impresa en la palma de la joven. Un movimiento en una de las tumbas abandonadas captó su atención y la rodeó con sigilo. Una ardilla diminuta, preciosa, le devolvió la mirada, haciéndole sonreír.

—No te quiero meter prisa —murmuró Charlie, colocándose detrás de ella. Su aliento le acarició la nuca—, pero es la tercera ardilla a la que te quedas mirando como un pasmarote y empieza a anochecer. No vamos a encontrarla. Deja que llame a tu abuelo.

—Esto es precioso —dijo alzando la mirada, intentando descubrir dónde acababa la masa verde de hierba que contrastaba con los tonos anaranjados de un sol que empezaba a emitir sus primeros bostezos.

Y lo era. El cementerio Highgate irradiaba vida en un lugar que era como una cama enorme para el descanso de los muertos. La vida crecía en cada rama, en cada animal, en los susurros de las hojas caídas y en aquellas que se revelaban contra la propia naturaleza. A Alicia le parecía curioso que la vida cobijara a la muerte.

—Es un cementerio, Al —repuso, y juraría que pudo escuchar el escalofrío que recorrió la espalda del joven—. Es espeluznante.

—¿Te da miedo?

—Yo no he dicho eso.

—Eso sí que no tiene sentido. Los muertos no pueden hacerte nada. Hay que temer a los vivos. Sería mucho más lógico que tuvieras miedo en… —Se lo pensó un instante—. Un centro comercial.

—Lo que tú digas. Si en diez minutos no encontramos la tumba, llamo a tu abuelo o la estrella se queda sin hogar. Tú decides.

Y Alicia decidió. Echó a correr, sintiendo el crujir de las hojas muertas bajo sus pies. Se enredó en un bosque que parecía dispuesto a evitar, con sus ramas que eran como dedos huesudos que crujían al más leve roce, que una estrella ocupara el lugar que le pertenecía, demasiado hermosa, viva y luminosa. Sabía que estaba cerca, solo tenía que seguir las rosas, el ángel que rogaba con la mirada perdida eternamente hacia el cielo.

Tenía los ojos cerrados cuando tropezó con la tumba. Le gustaban los sonidos incesantes de los pájaros, de la naturaleza en estado puro, que llenaban las terminaciones de su cuerpo, acariciando su alma, invitándola a permanecer allí, con los ojos cerrados, disfrutando de la paz que proporcionaba el contraste de la vida y la muerte.

Rosas blancas rodeaban la lápida —hermosas, vivas—, custodiándola mientras esta se alzaba, majestuosa. Apenas podía apreciarse el verde de la hierba, de tan conquistada que estaba la

tierra por aquellas rosas. Alicia susurró un tímido saludo, como si pudiera recibir respuesta. Acarició la lápida y sintió el frío de la piedra bajo sus dedos. Ramas, juguetonas, habían ido naciendo alrededor de la lápida, confiriéndole un aire a cuento. Rodeada de tanta vida, la muerte parecía menos gris, menos oscura, menos definitiva.

—Te he traído una cosa —le dijo. Un pájaro echó a volar muy cerca de ella y retrocedió varios pasos, asustada, para luego sonreír. Sintió los pasos de Charlie acercarse a su espalda muy lentamente, sin decir una sola palabra que interrumpiera ese ritual que había comenzado. Apartó, con suma delicadeza, las hojas que ocultaban las palabras de la lápida, queriendo hacerlas desaparecer—. Te devuelvo tu estrella —depositó la estrella sobre la piedra—, yo ya tengo la mía. Espero que te ayude tanto como a mí, estés donde estés.

Se giró, pero la felicidad de su rostro mutó al descubrir el horror en los ojos de Charlie, las palabras que eran incapaces de salir de sus labios se agolpaban en su mirada. Estaba pálido e inmóvil, y Alicia pensó que quizá había visto un fantasma. Y lo cierto es que ese pensamiento tenía algo de cierto.

—¿Tu tía Mary? —La voz de Charlie sonó grave, afónica. Era el mismo terror lo que salía de sus labios, incapaz de seguir encerrado dentro de su cuerpo.

Alicia se asustó, quizá su miedo no se había esfumado y solo había saltado al cuerpo de Charlie.

—Sí —dijo con un hilo de voz—. ¿Estás bien?

—No puede ser.

—Charlie, me estas asustando.

—Mary viene de Marianne… —dijo sin poder creérselo, asimilando sus propias palabras conforme salían de sus labios—. La madre de Peter.

Alicia miró la tumba, después a Charlie, que no apartaba los ojos de aquel nombre que parecía embrujado, para a continuación volver a mirar la lápida, que les devolvía la mirada retadora y desafiante. El eco de las palabras de Charlie —las pronunciadas y las más silenciosas— le revolvía el pelo y serpenteaba entre las rosas, dejando a su paso una estela de quizás.

Un cuervo graznó desde lo alto, agitando sus alas, respondiendo a una pregunta que nadie había pronunciado, pero sí gritado en pensamientos.

[image]

-Capítulo 41-
Charlie

«Entonces siente, siente algo por ti».
J.M. Barrie

Alicia siempre fue su Nunca Jamás.

Puede que él fuera el niño cerdo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Incluso podría ser que se perdiera y, como todos los niños abandonados, fuera a parar a una pequeña isla en la que residían todos los niños perdidos. Por poder hasta podría ser que pertenecieran a historias distintas, que se conocieran cuando alguien dejó en una estantería sus dos libros juntos. Y por posibles hasta podría ser que alguien hiciera un pequeño agujero en sus dos portadas, haciendo que las historias se juntaran y se volvieran una, pero lo cierto es que…

-Capítulo 42-
Alicia

«Todo tiene una moraleja, solo falta saber encontrarla».
Lewis Carroll

Charlie siempre fue su País de las Maravillas. Su lugar favorito en el mundo, sus ganas de volar, de creer en lo imposible, de desafiar a la locura. El mapa que le hizo encontrar la salida, que le enseñó que algunos países no son trozos de tierra, algunos están hechos de personas, de palabras y de recuerdos. Y es que hay armarios que no albergan estrellas ni cielos, pero sí caminos a otro mundo.

-Epílogo-

Gris. Un color indefinido. El color del lamento, de la desesperación, de la duda, de la tristeza. El gris es parte de nosotros; nos hayamos dentro de la gama del color, en alguna de sus ramificaciones. Somos todo y nada, una mezcla de blanco y de negro.

Gris.

Como el plumaje de un ave.

Como los ojos de Peter.

Un gris tan oscuro que podría decirse que era negro, como las plumas de los cuervos posados sobre las esculturas de piedra ennegrecidas por los años. Así era el cielo, tan gris como el ánimo de los asistentes al entierro, como cada rincón del cementerio Highgate. Poco importaba el verde de los arbustos, la hierba que había decidido desafiar las reglas de la naturaleza o las flores salvajes que profanaban a la mismísima muerte. No importaba que la vida quisiera resistirse a la muerte, porque incluso el sol, ahí arriba, había decidido vestirse de gris y llorar en nombre de Marianne Gallahan.

Las lágrimas de los allí presentes se mezclaban con las primeras gotas de lluvia que le daban el último adiós a la difunta. Un cuervo graznó al tiempo que el primer puñado de tierra caía sobre el ataúd. El niño alzó sus ojos grises, empañados por algo más grande que la tristeza, para verlo alzar el vuelo, alejándose como un fantasma más entre la espesa vegetación del lugar. Dio un paso atrás, azotado por un miedo al que no podía dar nombre. No sabríamos decir qué fue exactamente, si el lamento desgarrador del ave, el restallar de la tierra contra el ataúd o el aire frío que calaba hasta los huesos y que imprimía al lugar una nota más siniestra y descorazonadora si cabe. A Peter no le gustaba ese sitio, y no porque odiara los lugares siniestros más propios de una novela de terror; cualquiera que lo conociera sabría que tomaría todo Highgate como un escenario en el que vivir una gran aventura. Pero no ahora. No ahora que la muerte se había convertido en una gran aventura de la que no sabía si conseguiría salir. No después de que la vida hubiera exiliado a su madre, de que la tierra se hubiera tragado sus restos mortales.

Mientras el ataúd desaparecía por la espesura de la tierra mojada, Peter supo que no volvería a pisar aquel lugar. Nunca. Sus ojos estaban secos y su mirada perdida. Había vacío en sus ojos, rencor y una pizca de soledad, la desesperación de un niño que anhela la calidez de los brazos de una madre. Una madre que le había sido arrebatada mucho antes de que la muerte se cerniera sobre ella.

A su alrededor, la gente murmuraba. «No ha derramado ni una sola lágrima» le decía una vieja amiga de la difunta a otra mujer. «Pobre niño, ver morir a su madre así» le respondía la otra. «Es una tragedia» alegaba alguien muy cerca de ellas. «Tuvieron que cerrar las vías un día entero» cuchicheaba alguien en una de las últimas filas. Susurros que se perdían con el viento, que eran arrastrados por las malas hierbas y enterrados en alguna tumba, sepultados en el nombre de la muerte. El niño no los escuchaba, sus oídos estaban sellados por su propia desazón, por la incomprensión de no encajar la cruda realidad a la que se había tenido que enfrentar. Para él era como una de esas pesadillas de las que te ves incapaz de salir, solo que la pesadilla seguiría atormentándolo mucho más tiempo del que podría siquiera imaginar.

Tal vez el niño no escuchaba nada, pero los dos adultos más afectados sí lo hacían. Uno de ellos se limitaba a hacer oídos sordos. Se hallaba solo, alejado de los demás, muy cerca del agujero en el que había desaparecido lo que quedaba de su preciosa hija. Él tampoco lloraba, pero sus ojos inyectados en sangre contrastaban con los mechones del color de la nieve que se le escapaban del riguroso peinado como consecuencia del viento. Las voces no le afectaban, pues había otra voz mucho más patente y desgarradora arañando su alma. La culpa es terrible si la dejas penetrar en tu alma, venenosa como la peor de las serpientes. Y el señor White se sentía infectado por su veneno. Por haber sido un necio, por haberla dejado marchar, por no haber intentado evitar ese desastroso final. Su hija, que era un torbellino de vida, convertida en polvo de nada cuando apenas había empezado a vivir.

Y todo por su culpa.

Porque sí, había un responsable y tenía nombre y apellido. John Gallahan, el mismo demonio vestido como el mejor de los ángeles había corrompido a su pequeña hasta hacerla desaparecer.

Y no se lo perdonaría nunca.

John Gallahan también oía los susurros, le taladraban el cerebro y le hacían querer salir corriendo de aquel lugar. Encabezaba el grupo y su porte era amenazador, displicente, digno del más temible de los piratas. A su lado, su asistente Seth le escuchaba con una calma propia del que sabe manejar un navío incluso cuando el mar parece a punto de absorberlo entre sus fauces.

—Esto no es más que una manera de sanar nuestras almas heridas —decía John. Él también susurraba, pero era un susurro lo suficientemente alto como para ser escuchado por aquel que quisiera hacerlo—, como si honrando su tumba paliáramos también nuestro dolor. Pero aquí no hay nada más que carne y huesos, alimento para gusanos. Muerte y más muerte azotada por el viento, decorada por la

hierba del color de la desesperación y por estatuas que se caen a pedazos. Un lugar donde saciar la curiosidad de los turistas aficionados a la literatura gótica del siglo XIX. —Alzó el mentón, mirando por encima del hombro no solo a los asistentes y a todo el cementerio Highgate, sino a los propios muertos—. No hay nada de mi Marianne aquí. Y toda esta parafernalia solo sirve para echar un poco de sal en la herida. Daría la mitad de mi fortuna con tal de no ver sus caras deformes por un dolor que no es el suyo. Me dan asco —escupió, refiriéndose a las voces susurrantes—. Todas esas lágrimas de cocodrilo. Cada una de esas lágrimas mancilla el nombre de mi mujer.

—¿Y por qué lo hace, señor? —quiso saber su asistente, carraspeando para hacer que un hombre mayor al que no conocía dejara de mirarle—. ¿Por qué lo aguanta?

—Por él. —Señaló a su hijo con un gesto—. Míralo, es solo un niño condenado a convertirse en un adulto. Marianne lo sacó de la cuna y le obligó a crecer. Y él no está preparado para crecer.

—¿Qué va a ser de él? ¿Cree que necesitará ayuda profesional?

John compuso una mueca exasperada y se masajeó la mano derecha con la izquierda para mitigar un calambre, la misma mano que hacía tiempo había decidido gobernarle y convertirlo en un escritor de renombre.

—Los loqueros no sirven para nada —gruñó—, ya deberías saberlo. Si uno tiene que acabar en una tumba lo hará, y de nada servirá que nos llenen la cabeza de tonterías. —Miró a su hijo—. Dejaré que siga siendo un niño, al menos por ahora.

A unos pocos metros de ahí, bien sujeta del brazo de su hermana, Alicia contemplaba la escena que se desarrollaba ante sus ojos sin saber bien qué era lo que estaba sucediendo. Eran muy pocas las ocasiones en las que se hablaba de la tía Mary, y su madre siempre terminaba gritando y enfadándose por el mero hecho de que fuera mencionada en su presencia. Pero el abuelo siempre les contaba a ella y a su hermana alguna travesura de la Mary niña, y Alicia creía conocerla un poquito a través de esos relatos. Ver su foto en el altar de coronas y flores que habían dispuesto y el ataúd que apenas se distinguía ya entre tanta tierra, le hacía sentir una pena inmensa que no sabía bien de dónde provenía.

Quería saber por qué la tía Mary no salía de la caja esa, y por qué todos lloraban sin hacer nada por sacarla de allí.

—¿Tú lo entiendes? —le decía a su hermana.

Eve le puso un dedo sobre los labios.

—No, pero será mejor que nos callemos —susurró—. Creo que mamá está enfadada.

—Mamá siempre está enfadada.

—Pues no sé tú, pero yo no tengo ganas de escucharla.

Alicia asintió. Ella tampoco tenía ganas de que le gritara, así que se mantuvo inmóvil, contemplando la expresión indescifrable de Rose. No sabía si estaba triste o enfadada, pero con su madre era siempre así: pura incertidumbre.

Pero lo que la tenía realmente afligida era el abuelo. Él sí que estaba triste, y era la primera vez que Alicia veía esa expresión de pérdida en su rostro. A la tierna edad de seis años, la niña comprendía que algo muy malo le sucedía al abuelo. Ni siquiera había dejado que sus amigos o su hija se acercaran a él. Era su manera de castigarse un poquito más, regodearse en su dolor en completa soledad. Y ella no podía verlo así.

—Sígueme. —Tiró del brazo de su hermana, asegurándose de que sus padres no se percataban de la huida, y esta no tardó en seguirla.

Anclada fuertemente a la mano de Eve, sortearon a un buen grupo de personas que no habían visto nunca, todas vestidas de negro. Alicia pensó en un mar de cuervos gigantes y se asustaba muchísimo cada vez que la miraban; sentía los ojos de los extraños posados sobre su cuerpo como fuertes picotazos contra su piel. El corazón le rugía como una locomotora y solo la mano de Eve conseguía apaciguar su aprensión.

Fue entonces cuando chocó de bruces con el niño de ojos grises que había derramado el primer puñado de tierra en el ataúd de su tía. «Tu primo», le había dicho su padre. Alicia solo conocía un primo y lo había dejado atrás, junto a sus padres.

El niño las miró a las dos, deteniéndose unos segundos en cada una. Parecía estar buscando las diferencias.

—Son tus primas —le dijo una mujer, agachándose para quedar a la altura de los niños.

—¿Cuál de las dos es la de verdad? —preguntó el niño, dirigiendo una mano hacia el rostro de Alicia para tocarla.

Alicia se asustó y echó a correr. Tal vez fueran los ojos de Peter o esa sonrisa que parecía guardar el secreto del mismo universo, pero de alguna manera pensó que el dedo del niño que se aproximaba a su cara la haría desaparecer, extinguirse, «tsss», como la llama de una vela. Se alejó sin esperar a que Eve se reuniera con ella.

Corrió hasta su abuelo e hizo lo que llevaba queriendo hacer desde hacía mucho rato: compartir su dolor. Y no conocía otra manera de hacerlo que dándole la mano.

Durante un buen rato, no dijo nada, sintiendo la mano suave y temblorosa del abuelo aferrarse a la suya.

—Abuelo —dijo cuando no pudo seguir por más tiempo en silencio. Él la miró de soslayo—, ¿por qué encierran a la tía Mary?

¿Cómo puede subir al cielo si le ponen toda esa tierra por encima?

—Porque ella ya no está ahí —contestó él con dulzura.

—¿Y dónde está?

—Aquí —se llevó la mano al pecho—, yo me encargaré de subirla después.

Alicia arrugó el ceño.

—¿Y te quedarás en el cielo con ella? —La preocupación que teñía su voz era palpable.

—No, claro que no. La subiré y luego bajaré de nuevo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —El señor White le acarició el pelo.

En algún momento, entre pregunta y pregunta, Rose se acercó a ellos y se llevó a la niña para que su padre pudiera disfrutar de unos momentos a solas con su hija menor. Lleno de tristeza, pensó que, dadas las circunstancias de la muerte, ni siquiera había podido volver a ver su rostro después de muerta. No había vuelto a verla desde que desapareció de su casa al cumplir la mayoría de edad, dejando la cama hecha y una casa llena de recuerdos.

Tras terminar la ceremonia, los asistentes se fueron marchando silenciosamente. Solo los familiares más cercanos permanecieron apegados unos minutos más cerca de la que sería la nueva cama de Marianne, observando la foto de una mujer demasiado joven para dejar de existir. Su melena castaña enmarcaba un rostro de sonrisa radiante, viva, de ojos cristalinos y piel inmaculada. Era preciosa, como un ser etéreo. Pero estaba muerta. Parecía uno de esos ángeles que custodiaban las tumbas, hermosos y deformes por el paso del tiempo.

El segundo hombre se acercó al primero, sus pasos un leve rumor en la hierba.

—Hay hombres que parecen tener solo una idea y es una lástima que sea equivocada —dijo John Gallahan con una voz que parecía salida de las profundidades de la tierra. Sus ojos se detuvieron en el mismo punto en el que se habían detenido los del otro hombre: la fotografía de su mujer.

—Dickens.

—¿Qué pasa con él?

—La frase, es suya —repuso el señor White.

—¿Y quién lo dice?

—¿Y usted es escritor? —gruñó el hombre—. Me permitiré plagiarle, entonces.

—Hágalo. No importa quién lo escribió, lo importante es que se escribió.

—Nunca usaría nada suyo, no visto mis palabras con mediocridades.

John emitió una imperceptible risa que reverberó por todo el cementerio, chocando contra las lápidas y asustando a los ángeles eternos.

—Sin embargo, las viste con algo tan miserable y mediocre como el desprecio. Yo moriré, pero su odio hacia mí no lo hará. Viviré mi vida y usted desperdiciará minutos, quizá años gloriosos, dedicándome pensamientos que nunca escucharé. El odio envenena, sería una lástima que enturbiara su noble corazón. —Se detuvo un instante para hacerle un gesto de asentimiento a su hermana, que le avisaba de su marcha, llevándose a Peter con ella—. Veo al hombre que hay debajo de las palabras, el hombre del que me hablaba mi mujer. No me gustaría estropearle en vano.

—En eso estamos de acuerdo. Ya ha estropeado demasiadas cosas —asintió el señor White.

—Siempre la amaré y siempre será mía. Ni la locura me separó de ella, mucho menos un puñado de tierra.

—Esa tierra de la que habla se podría haber evitado. No quiso escuchar, no quiso ayudarla y ahí está —torció el gesto, señalando hacia la tierra húmeda—, bajo tierra, muerta. Puede disfrazar sus palabras, pero siguen siendo la vanidad de un hombre que perdió el amor por no poder alejarlo. En ocasiones amar significa saber perder, permitir que la distancia sustente a ese amor. Un amor forzado, que oprime y te quita la vida, no es amor, a eso solo se le llama egoísmo.

—No venga a darme lecciones sobre amor, White. No tengo por qué darle explicaciones ni justificar mis actos.

—La alejó de su familia —le recriminó—. Es la primera vez que veo a mi nieto.

—Y será la última vez que lo vea. Me encargaré de ello personalmente.

—Abuelo, no encuentro a Eve —dijo Alicia de pronto, irrumpiendo en la conversación y tirando del pantalón del señor White.

—Vamos a buscarla, cariño. —Le dedicó una sonrisa paternal y volvió a dirigir una única vez más su mirada hacia John—. Destruye todo lo que toca. A él también le destruirá.

John alzó una ceja y esbozó una sonrisa torcida, amarga.

—¿Es eso una amenaza?

—Es su destino.

Y lo era. Desde luego. Algún día, esas palabras atormentarían a John más de lo que nunca se llegaría a imaginar.

Pero esa es otra historia.

-Nota de las autoras-

Una estrella en mi jardín es nuestro particular homenaje, nuestro pequeño «gracias» a Lewis Carroll, desde el más absoluto respeto y cariño. *Alicia en el País de las Maravillas* es otra de esas historias que más que historias son amigas de infancia. Es la otra cara de la magia, la que reside en la fuerza de los pensamientos, de los quizás, de los imposibles.

Una estrella en mi jardín nació poco tiempo después de haber finalizado el manuscrito de *Recuerda que me quieres* —que era homenaje a *Peter Pan*—, y lo hizo cambiando nuestros imposibles por posibles. *Recuerda que me quieres* abrió las puertas a algo que siempre habíamos querido escribir, pero nunca nos habíamos atrevido. Ya en esa novela Alicia asomó la cabeza, tropezando con Charlie y esparciendo la semilla de algo que no dejaba de crecer, algo que en un principio pensamos que tardaría años en brotar. Nos resultaba complicado trasladar todo el mundo de Carroll a la realidad, darle ese toque de realidad a la locura, a los sueños. Pero, como suele ocurrir, el tiempo acaba por dar respuestas a preguntas que ya habías olvidado o que ni siquiera te habías planteado. Así que cuando las pequeñas semillas que habíamos ido sembrando en Recuerda que me quieres —sin saberlo— se unieron a nuestra ilusión por contar otra versión de la historia de Alicia, a una de esas historias que siempre te rondan por la mente, todo cobró sentido. Fue extrañamente sencillo. Todo encajaba, habíamos establecido todas las bases sin ni siquiera pensar en ello. Fue raro y, al mismo tiempo, abrumador. Pronto empezamos a jugar, a balancearnos sobre la historia original.

Hay muchísimos guiños, unos son literales y otros quizá están más ocultos, pero Una estrella en mi jardín está inundada de pequeños susurros a Carroll. Por poner un ejemplo, uno de esos guiños más ocultos lo encontraréis en las citas que hay al principio de cada capítulo, frases que hemos ido dejando a lo largo del libro. Es un juego con el tiempo. Se citan antes de que ocurran, técnicamente antes de que hayan sido escritas, adelantándonos a los acontecimientos. Las versiones de poemas —pedimos perdón a sus autores— son un guiño a Carroll y a su afición por versionar, así como una de las aficiones de Alicia —la fotografía— era también una de las grandes pasiones del autor. Que Charlie sea un diminutivo del verdadero nombre de Carroll es una de esas grandes coincidencias que no planeamos. Y si hablamos de casualidades, después de haber decidido unir a través de Charlie —uno de nuestros niños perdidos— los libros de *Peter Pan* y *Alicia en el*

País de las Maravillas caímos en la cuenta de que, en uno de los capítulos de esta última, Alicia regala un dedal en la carrera. ¿No es un poco como magia? Nosotras creemos que sí. ¿Cómo no íbamos a escribirlo? Todo se aliaba a nuestro favor.

Una de nuestras principales preocupaciones era cómo conseguir unir dos libros distintos en uno solo. Y entonces, sin más, lo supimos: hay armarios que son como libros. Y también hay un niño cerdo que aparece en cierto libro, homenajeado en estas páginas, para no volverse a saber más de él, y casualmente existe un país donde van a parar todos los niños que se pierden. De modo que, ¿por qué no? Y así es como el «im» de un imposible se convierte en imaginación en lugar de en negación.

¡Ah, sí! Las palabras maleta, otro gran clásico de Carroll. Ese hombre adoraba jugar con las palabras y nosotras nos hemos sentido como unas niñas traviesas siguiendo sus pasos. Alicia contiene en su interior toda la fuerza de las palabras, el miedo de una niña —y también su inocencia—, el querer saber el porqué de todo, la curiosidad, las ganas y su increíble fuerza. Nuestra particular Alicia nos fue conquistando página a página, junto con todas sus rarezas y su miedo. A ella le dejamos intacto el nombre porque no nos la imaginábamos de otra manera. Con el resto improvisamos y seguramente ya les habréis descubierto. El abuelo de Alicia es nuestro conejo blanco, Chase nuestro gato de inagotable sonrisa, Ofelia una gran oruga, Donna cierta duquesa con afición a la pimienta y, ¿cómo no reconocer a los personajes que se dan cita en el club de lectura? Seehat es el sombrero, al que también homenajeamos con la cama despertador (el hombre que inspiró inicialmente el personaje era conocido por haber ideado semejante invento), Leemarch es la liebre de marzo y el señor Leep es, obviamente, el lirón. Pero todo esto ya lo debes de saber, no es que hayamos sido muy enrevesadas con los nombres.

Hemos jugado mucho, saltado de un lugar a otro, de una isla a un país, sin miedo, dándole forma a una historia que una vez creímos imposible versionar en una trama realista. A nosotras también nos gusta pensar en seis imposibles antes del desayuno, qué le vamos a hacer.

Y ahora podríamos despedirnos, pero creemos que es mejor irnos lentamente, apagándonos como la llama de una vela, «tsss»…

Los finales, en realidad, no existen

Las estrellas son hermosas, pero no pueden tomar parte en nada, lo único que pueden hacer es mirar y mirar. Es un castigo que les tocó por algo que hicieron hace tanto tiempo que ninguna de ellas sabe lo que fue.
Peter Pan, de J.M. Barrie

¿Alguna vez, por remota que sea esta, os habéis detenido a observar el brillo de una estrella? El brillo no es más que una señal parecida a aquella que dejaba Hansel para marcar el camino con migas de pan.

Las estrellas quieren llamar tu atención.

Que las mires.

Que te preguntes por qué.

Que las encuentres.

Algunos dicen que son presumidas, que es su vanidad lo que las hace inalcanzables. Otros que son escurridizas y un poco traviesas y que, por más que busques, jamás llegarás hasta ellas. Puede, también, que os digan que son solo esferas de gas, cuerpos celestes, que producen su propia luz y energía en su interior. Y luego están los que afirman con solemnidad que son tímidas. Apenas son visibles al ojo humano pese a ser gigantes; su brillo es tenue, tan solo un parpadeo en el cielo y aun así ansían ser vistas, encontrar un amigo, una aventura en la cual embarcarse.

La realidad es que la timidez no es más que una máscara que cualquiera puede dejar olvidada en un cajón, como el miedo. La estrella que nos ocupa en esta historia solía ser así. Tenía un brillo tenue, casi tímido, y a pesar de estar bien escondida —viviendo de mentiras— deseaba por todos los medios ser vista. Resultó que la timidez terminó por convertirse en rebeldía y que de aquella estrella asustadiza solo quedó un ligero fulgor con sabor a recuerdo. La estrella escapó del firmamento buscando un navío en el que zarpar.

Y precisamente esa estrella de melena rubia y ojos azules era la que, sentada en el suelo de la librería con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en una estantería, leía fervientemente aquella estrofa de *Peter Pan* cuando reparó en lo que aquel chico de aire ausente tenía entre las manos.

Alicia soltó el libro y salió de su escondrijo, asomando la

cabeza hacia el diminuto pasillo que conectaba la sección de clásicos ilustrados con la de libros de segunda mano. Miró al chico con una mezcla de asombro y fascinación. De rodillas como estaba, Alicia alzaba el rostro con los labios entreabiertos, el pelo le caía en cascada hacia los lados y le había crecido tanto que las puntas acariciaban la superficie del suelo. Ni siquiera se dio cuenta de que su cuerpo había tomado el control de sus actos y que avanzaba hacia el chico como un animal que acechaba a su presa hasta encontrar el momento idóneo para atacar.

Era de agradecer que no hubiera nadie más en la librería en aquel momento. Solo el señor Davies, inclinado en el mostrador, dirigió su ceño fruncido hacia la joven.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó casi en un susurro, mirando alternativamente hacia ellos.

Ella lo mandó a callar posando un dedo sobre sus labios. Continuó su recorrido hacia el chico sigilosamente a ras de suelo para evitar que este pudiera alertarse de sus propósitos. El chico, ajeno a todo, pasaba las páginas ensimismado. Un mechón de pelo le cubría parte del rostro y Alicia se preguntó si era un escudo, una manera de esconderse del mundo.

Alicia se habría tragado sus palabras, o sus pensamientos, de haberlo conocido en otro tiempo. Pero en aquel momento sus especulaciones tenían algo de cierto. Él también había estado encerrado durante demasiado tiempo, viviendo de mentiras con la soledad como único compañero de viaje. Su cárcel había estado hecha de huesos, de sombras y recuerdos; y su verdugo no era otro que él mismo. Curiosamente eran extrañamente parecidos.

—*¡Oh, siempre llegarás a alguna parte, si caminas lo suficiente!* —leía él en el grueso ejemplar ilustrado de *Alicia en el País de las Maravillas* cuando sintió que estaba siendo observado.

Inmediatamente, el chico clavó los ojos en el señor Davies, que a su vez puso cara de estar molesto y apartó la mirada, haciendo ver que se concentraba en la montaña de papeles que tenía sobre el mostrador. Estaba claro que el hombre quería verlo lejos, muy lejos de aquella librería, y más lejos aún de la joven que trasteaba en el almacén y por la cual él estaba ahí. Echaba de menos los tiempos en los que el señor Davies no le veía como una amenaza, en los que su relación era más que cordial.

El joven se encogió de hombros en un gesto apenas visible y justo en el instante en el que sus ojos volvían de nuevo a posarse sobre la ilustración del gato de Cheshire, el libro desapareció de sus manos y fue a parar a manos de una chica cuyo rostro le resultaba familiar. Fue un gesto igual de rápido que un parpadeo.

Y lo decimos completamente en serio.

¿Cómo? ¿Que no nos creéis? Entonces parpadead. Venga, no seáis tímidos. Nadie os está viendo, os lo prometemos.

Parpadead y ya está.

Una sola vez.

¿Ya?

¿A que ha sido rápido?

Ajá. Pues así de rápido desapareció el libro de las manos del chico.

El asombro vino unos segundos después, tras el tiempo en que tardó en recuperarse de su confusión. Sus ojos grises se posaron en la figura de apariencia frágil pero mirada feroz que abrazaba el libro como si fuese un viejo amigo al que llevaba años sin ver.

—Es mío —dijo con resolución. No había duda en su voz, ni en sus ojos, ni en su cuerpo. Alicia era toda decisión y decidida estaba a no dejarse intimidar por nadie. Había sido una tarea ardua que había durado años, pero ahora podía sentirse orgullosa de estar ahí, enfrentándose a la mirada de alguien que no estaba acostumbrado a ceder ante nadie.

—¿Y si es tuyo cómo es que lo tenía yo? —quiso saber el chico. Era normal que la chica estuviera interesada en el libro dado que era una edición antigua muy difícil de conseguir, pero le divertía la actitud defensiva que mostraba. Era como si estuviera dispuesta a librar la más cruenta de las batallas con el fin de apropiarse de un tesoro en forma de libro de tapas gastadas con olor a cuero viejo.

—Pues está claro que querías robármelo.

—Si quisiera robártelo ten por seguro que ya no lo tendrías. —Señaló el libro con un gesto de la cabeza y en sus labios se dibujó una media sonrisa burlona al ver cómo la chica presionaba con más fuerza su tesoro—. Créeme, se me da muy bien.

Alicia puso cara de sorprendida.

—¿Se te da bien robar? —En respuesta, el chico dijo que sí con la cabeza y dejó que el peso de su cuerpo recayera en una sola pierna. Ella no podía imaginarlo, pero toda su atención estaba puesta en el ejemplar que sabía, con total seguridad, que volvería a sus manos en cualquier momento. Solo un despiste y sería suyo otra vez —. ¿Y qué has robado? —preguntó con curiosidad.

—Muchas cosas —contestó él, queriendo escabullirse de la pregunta.

Pero Alicia era curiosa por naturaleza y no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

—Pues dime algo —insistió. Pero al decirlo se lo pensó mejor y añadió—: ¿Cuál ha sido tu mayor robo?

Él hizo que se lo pensaba. Frunció los labios y sus ojos se dirigieron hacia algún punto del estante que Alicia tenía a la espalda,

al tiempo que observaba con regocijo cómo los brazos de esta iban aflojándose, olvidando lo fácil que podía ser para un pirata experto hacerse con un botín.

—Una chica —contestó tras lo que a Alicia le pareció un siglo entero.

—¿Una chica? —repitió ella. Su rostro era una amalgama de confusión—. ¿Robaste una chica?

—Eso mismo. —El joven alzó el mentón. Una sonrisa emergió de sus labios y su voz se volvió apenas un susurro. Se acercó a ella y, como quien cuenta un secreto de estado, confesó—: ¿Nunca te han dicho que no hay que dejar las ventanas abiertas? Entré por su ventana y me la llevé a Nunca Jamás. —Al decirlo miró de reojo hacia el mostrador, donde el señor Davies contemplaba la escena con total desconfianza.

Alicia puso cara de indignación. Esperaba un relato grandioso y, a cambio, el chico había usado el nombre de la librería para burlarse de ella.

—Nunca Jamás está sobrevalorado —dijo con cierto retintín en la voz—, y además tiene fecha de caducidad.

Él se echó a reír.

—Así que prefieres *El País de las Maravillas*.

—Pues no. Yo prefiero *El País de Maramás*. —Y estaba a punto de explicar lo que era cuando el chico se apoderó del libro imitando la rapidez de un parpadeo que minutos antes Alicia había empleado para hacerse con él.

—Te dije que se me daba muy bien —le recordó, recalcando las dos últimas palabras. Balanceaba el libro entre las manos y su semblante era el vivo retrato del orgullo.

Alicia, que se había quedado mirándolo con la boca abierta, se quedó paralizada. Sus mejillas comenzaron a teñirse de rojo y cerró los puños en lo que parecía el inicio de una rabieta en toda regla.

—Es mío —dijo con la misma seguridad que había empleado en la primera toma de contacto.

—Me ha quedado claro —aseguró él. Se sentía tan vencedor que tuvo que resistirse las ganas de sacarle la lengua. Le recordó a la infinidad de veces que había hecho rabiar a su prima pequeña.

—Devuélvemelo.

—Me temo que eso no será posible —determinó con teatralidad.

Entonces sucedió algo que el chico no esperaba.

Un hipido, alto y claro, consiguió que su orgullo se convirtiera rápidamente en alarma. Y el hipido fue seguido de gemidos grotescos acompañados por lágrimas. Como distorsionado por el horror oyó como en un eco lejano cómo el señor Davies —que ahora se afanaba

en sacar libros de las cajas que tenía apiladas sobre sus pies—, le preguntaba algo a la chica, que lloraba y gemía con más vehemencia. Y no pudo hacer otra cosa más que soltar el libro como si le quemara en las manos. Alicia recordaba haber visto ese gesto de horror antes en los ojos de Charlie, muchos años atrás, la vez que tropezaron y el chico contempló la forma en que el miedo podía dominarla.

Pero esa vez había sido diferente, porque el miedo ya hacía tiempo que se había marchado de su vida. En el momento en que Alicia tuvo de nuevo el ejemplar en sus manos, las lágrimas cesaron y los sollozos se convirtieron en una sonrisa de oreja a oreja.

—Todo pirata tiene un punto débil —dijo la chica esgrimiendo el libro en lo alto—, solo hay que saber encontrarlo.

El horror del joven se convirtió en indignación y fue a decir algo, pero Alicia le interrumpió antes siquiera de que pronunciara una sola palabra.

—Ya te dije que es mío. —Abrió una de las primeras páginas y se la mostró rápidamente—. ¿Ves? Alicia Little. Esa soy yo.

Por supuesto, no era su nombre el que aparecía en la portada sino el de Alice Liddell, la niña en que Lewis Carroll se basó para escribir la novela y persona a la que iba dedicado el libro, pero él había perdido las ganas de discutir y había decidido que era mejor seguirle la corriente.

—¿Y se puede saber cómo ha parado en la estantería de libros de segunda mano? —preguntó más por preguntar que porque realmente le interesara la respuesta.

—Se lo dejé a mi primo ayer. Tenía una representación y lo necesitaba para aprenderse los diálogos —explicó, encogiéndose de hombros—. Lo dejó olvidado aquí y alguien debió de confundirlo con uno de los libros en venta. —Era increíble la facilidad de esa chica para contar mentiras sin pestañear. De no haber estado tan indignado la habría felicitado.

—Ya veo, Alicia Liddell —dijo, remarcando la *D*. Se la quedó mirando, analizándola detenidamente. Estaba claro que quería intimidarla, pero Alicia ya había aprendido a no dejarse intimidar—. Ahora que te miro bien eres un poco como la Alicia de Carroll.

—Un poco no —musitó Alicia al tiempo que su sonrisa se ensanchaba—. Soy ella —afirmó en un susurro, dando un paso hacia él, que la miró interesado—. He sido pequeñita. —Se llevó un dedo a los labios en un gesto pensativo mientras él alzaba las cejas—. Más bien diminuta. He estado encerrada en un lugar demasiado pequeño mientras me sentía grande y me asfixiaba. —Abrió mucho los ojos y puso el dedo en lo alto, casi señalándole—. Pero también he sido muy grande. He atravesado un agujero y he encontrado a un chico cerdo. Y he aplastado gente de mentira a lomos de un cangrejo que también era

de mentira —añadió. Se quedó callada de repente al ver la expresión divertida en el rostro del chico—. Ahora es cuando dices que la Alicia de Carroll no aplastaba nada, pero te diré que…

—No he dicho nada —la interrumpió él—. Por supuesto que aplasta. Alicia aplasta a tantas personas como cabezas manda a cortar la reina de corazones. Eso lo sabe todo el mundo —le aseguró con cierto engreimiento en la voz, de la misma manera en que lo haría un pirata al dirigirse a su tripulación.

A punto estaba Alicia de replicar cuando fueron interrumpidos por un claxon.

—Alicia, creo que Charlie está fuera —le informó el señor Davies.

Ella abrió los ojos, miró la hora y corrió hacia el mostrador olvidándose del chico, que vio cómo pagaba su supuesto libro y se despedía del señor Davies alegremente, pidiéndole que saludara a Wendy de su parte.

El joven sonrió. Esa chica le inspiraba tanta ternura que volvió a ver en ella a su prima Tink. De repente, recordó algo y se acercó a la entrada.

—No me has dicho lo que es *El País de Maramás*. —No sabía bien por qué se le había venido eso a la cabeza, pero estaba seguro de haberlo escuchado antes.

Al oírlo Alicia se detuvo en seco junto a la puerta, acordándose de repente de él.

—Es cuando Nunca Jamás y El País de las Maravillas se juntan. Eso lo sabe todo el mundo. —Esta vez fue ella quien lo miró con altanería.

El joven creyó que sería lo último que oiría, pero entonces, justo cuando atravesaba el umbral de la puerta, la chica se dio la vuelta una última vez y clavó sus ojos azules en los de él.

—Adiós, Peter.

A Peter no le dio tiempo de reaccionar antes de que la chica echara a correr. En ningún momento le había dicho su nombre, de eso estaba seguro. Pero entonces…

Entonces lo vio. A Charlie, esperándola en el coche al otro lado de la calle. Y Peter unió las piezas de un rompecabezas que ni siquiera sabía que existía.

No cabía la menor duda: ese era Charlie, el que un día había sido uno de sus mejores amigos; un hermano para él. Un Charlie al que había llegado a odiar tan intensamente como lo había querido. Y ella era Alicia, la intrusa de las fotografías desperdigadas en la guarida que una vez había sido su refugio.

Lo último que pensó Peter aquella tarde, antes de que Wendy llegara hasta él y le diera la mano al ver la expresión perdida en su

rostro, es que le había mentido. A ella. A Alicia. Si una vez había sido un astuto ladrón, de este solo quedaba una sombra difusa que dudaba fuera capaz de recuperar todo lo que había perdido. Y es que había perdido cosas que ni siquiera sabía que existían.

Agradecimientos

Los libros que de verdad me gustan son esos que cuando acabas de leerlos piensas que ojalá el autor fuera muy amigo tuyo para poder llamarle por teléfono cuando quisieras.
El guardián entre el centeno.

A ti. Siempre a ti.

Te hemos incluido en los agradecimientos. De hecho, y haciendo honor a Verdad —que ya no está enfadada—, eres la única persona que figura en ellos. Eres como nuestra mejor —o única— persona. Así que si te ha gustado nos encantará hablar contigo. Si no te ha gustado déjanos tu número y, si eso, ya te llamaremos…

Es broma.

O no.

Que sí, que sí. Queremos saber de ti. A cualquier hora, en cualquier momento, sin más. Hablar por hablar, por jugar con las palabras. De todo y de nada.

Así que aquí tienes nuestro número:

facebook.com/WD.WendyDavies
Y
twitter.com/WDavies_

Llama cuando quieras.

Nos vemos en el próximo libro,

W. Davies